

M. MIGNET



CARLOS QUINTO

TRADUCTOR

J. GALVÈRE

PRECIO

14 Reales.

BIBLIOTECA

PEROJCO

MADRID

147

2634

7 Oct. 78



M. MIGNET

DE LA ACADEMIA FRANCESA

20 074

# CARLOS QUINTO

## SU ABDICACION, SU ESTANCIA Y MUERTE

EN EL MONASTERIO DE YUSTE

VERTIDO AL CASTELLANO DE LA ULTIMA EDICION

POR

JAVIER GALVETE



BIBLIOTECA PEROJO

MADRID.

PIZARRO, 15, BAJO.

PARIS.

19, RUE PROVENCE.

1875  
K. T. ...

STUDIO ROMA

29 6<sup>a</sup> (611)

47-2634



CARLOS QUINTO

33 11



---

MADRID: TIPOGRAFÍA ESTEREOTIPIA FEROJO  
MENDIZABAL, 64

---

M. M I G N E T

DE LA ACADEMIA FRANCESA

---

# CARLOS QUINTO

SU ABDICACION, SU ESTANCIA Y MUERTE

EN EL MONASTERIO DE YUSTE

VERTIDO AL CASTELLANO DE LA ÚLTIMA EDICION

POR

JAVIER GALVETE



BIBLIOTECA PEROJO

MADRID.

PIZARRO, 15, BAJO.

PARIS.

19, RUE PROvence.

M. MIGNET

DE LA UNIVERSIDAD DE BORDEAUX

CARLOS QUINTO

Res. p. 570. lib. 70-

Es propiedad.



BIBLIOTECA FERDINANDINA

PARIS  
19, rue Soufflot

BRUXELLES  
rue de la Harpe, 17

## DOS PALABRAS SOBRE EL TRADUCTOR

La obra presente fué la última de todas las que tradujo Javier Galvete. Como en *El viaje al país de las Bayaderas*, de Jacolliot, como en el viaje á *Australia*, del conde de Beauvoir, se admiran en ella el buen gusto, la inteligencia, la fidelidad del traductor concienzudo, la discrecion y la elegancia del publicista ilustrado y culto.

Poco tiempo despues de traducir este libro Galvete moría, extinguiéndose á una la inteligencia más brillante y el talento más claro que admirábamos en nuestra juventud contemporánea. Galvete pudo decir y dijo al fin de sus dias lo que Becquer en el prólogo de sus obras, porque se llevaba de este mundo al seno de lo desconocido un rico tesoro de ideas, de pensamientos, de proyectos, de concepciones. Murió harto jóven para desenvolver y realizar ninguno, y si su pérdida, por el afecto y las simpatías que inspiraba, siempre hubiera sido dolorosa y triste, ¡cuánto no la hemos de llorar

meditando que secó en flor las más legítimas esperanzas, las más halagüeñas y levantadas ilusiones!

Tenia Galvete al morir 25 años. De la madurez de su talento y de la riqueza de dotes que le adornaban, responden tanto las obras traducidas que hemos dado á luz, y entre las cuales ésta es la más importante y voluminosa, como sus *Ensayos y fragmentos*, originales, recogidos merced al tierno cuidado y al inextinguible afecto de su desventurada madre (1). Los que le conocían, los que le trataron, los que hayan leído alguna vez sus escritos, no tendrán por exageradas estas alabanzas que consagramos á su recuerdo. Todas las merecía; de todas fué digno. Su muerte debe reputarse una verdadera y sensible pérdida en nuestra república literaria y en nuestra sociedad científica.

Espíritu del siglo en que vivimos, su espíritu, ilustrado por las lecciones de la ciencia y por las enseñanzas de la vida, parecía llamado á derramar nuevos y vívidos fulgores sobre nuestras más valiosas glorias intelectuales.

Era Galvete uno de los obreros á quienes se había asignado mayor obra en la tarea de colocar á nuestro pueblo dentro del concierto

---

(1) Este libro se publicará en breve ordenado y con un prólogo escrito por D. Francisco de Asís Pacheco.

admirable de las naciones más adelantadas y progresivas. Tenía fuerzas para cumplirla bien y realizarla toda. Deja entre sus compañeros un vacío grande é irreparable. Su concurso nos falta y el recuerdo de la desdicha que dolorosamente nos impresiona, produce en el ánimo cansancio y abatimiento. ¡Pobre Galvete!

Madrid, Setiembre de 1878.

---





## PREFACIO DEL AUTOR

---

La abdicacion de Cárlos V y su estancia en un claustro de Extremadura durante los dos años postreros de su vida, tal es el objeto de este libro. Consagrar todo un libro á la relacion de un acontecimiento que hace salir de la historia, por decirlo así, á ese poderoso monarca, y á la pintura de una existencia terminada léjos del trono en la monótona inaccion de la soledad y en medio de repetidas prácticas piadosas, ¿no será demasiado?

En primer lugar se trata de un grande hombre que, despues de haber llenado durante cuarenta años la escena del mundo, se retira de ella, y por un acto de los más extraordinarios, renuncia al más vasto imperio.

Ademas, los verdaderos pensamientos y los actos supremos de Cárlos V cuando se convirtió en solitario piadoso, sin dejar de ser hasta el fin eminente político, no fueron bien conocidos y sí enteramente desfigurados por los his-

toriadores de los tres siglos que preceden al nuestro. No será, pues, inoportuno explicar la abdicacion del príncipe, asignándole sus motivos y su grandeza, y referir su vida en la sombra del claustro, restituyéndole toda la exterior influencia que conserva y todo el atractivo interior que la anima.

¿Cómo bajó voluntariamente del trono el tentado á quien se atribuye el primer designio de monarquía universal? ¿Por qué, cesando de regir el imperio de Alemania, de reinar sobre España, Italia y los Países Bajos, de mandar en las islas del Mediterráneo, de ocupar la costa septentrional africana, de poseer los inmensos Estados de América, fué á concluir sus dias entre frailes jerónimos en un pequeño palacio construido al lado de su convento? ¿Cuándo tuvo ese pensamiento tan extraño en su siglo y con su ambicion? Y si lo tuvo muy al principio, ¿por qué razon tardó tanto en realizarlo? ¿Se arrepintió prontamente de su abdicacion, como algunos han pretendido, ó siguió celebrando su retiro y complaciéndose en su reposo? ¿Cuál fué su vida en el monasterio de Yuste? ¿Permaneció allí extraño á todos los negocios del mundo, como durante largo tiempo se ha creido, ó por el contrario, conoció, juzgó, preparó algunas veces ó aconsejó muchas de las cosas que se hicieron durante aquella época tan fecunda en sucesos políticos y militares?

¿Debilitóse en la devoción su espíritu, ya cansado por abrumadores trabajos y largas enfermedades, ó conservó su lúcida integridad, su previsora firmeza, su imperiosa altivez? Hé aquí lo que hoy, mediante numerosos y auténticos documentos, publicados algunos recientemente y otros inéditos todavía, se puede aclarar con exactitud y exponer con interés.

El principal de esos documentos es un volumen manuscrito de D. Tomás Gonzalez, sacado principalmente del Archivo español de Simancas. Este volumen comprende los proyectos de retiro de Carlos V, su estancia, sus ocupaciones, los varios incidentes de su vida, sus dolencias, su postrera enfermedad y su muerte en el monasterio de Yuste. Titúlase *Retiro, estancia y muerte del emperador Carlos V en el monasterio de Yuste*, y añade D. Tomás Gonzalez: *Relacion histórica documentada*. Es, en efecto, una relacion histórica compuesta con documentos que reúnen la más alta importancia y la más preciosa autenticidad. Consiste en cartas del Emperador mismo, de su hijo Felipe II, de su hija la princesa Doña Juana, que gobernaba á España en ausencia de Felipe II; de su mayordomo Luis Quijada; de su sumiller de corps Juan de Poupet, señor de la Chaulx; de su secretario Martin de Gaztelú; de su médico Enrique Mathys, que le siguieron al monasterio; del gran comendador de Alcántara D. Luis de

frances en Abril de 1844 (1), y está desde entónces depositado en los archivos de negocios extranjeros.

Adquirido por Francia, debía aprovechar á la historia; y en efecto, ha sido consultado útilmente por los autores de dos libros relativos á ese asunto y á esa época, é impresos á poco en Lóndres y Paris. Ha servido de principal fundamento al lindo volúmen que Mr. Stirling dió á luz en 1852 bajo el título de *The cloister life of the emperor Charles the fifth* (2), y que ha merecido ya 13 ediciones en Inglaterra, así como tambien á la interesante *Crónica de la vida interior y de la vida política de Carlos V* (3), que acaba de publicar M. Amadeo Pichot. Poniendo el conocimiento de los hechos al alcance de los historiadores, permite al público llegar por fin á la realidad de la historia.

Ese documento inédito se completa hoy con una coleccion impresa, no ménos preciosa. M. Gachard, archivero general del reino de

---

(1) Bajo el Ministerio de M. Guizot y por mediacion de M. Tiran, encargado entónces de una mision científica en España y canciller despues de la embajada francesa en Madrid.

(2) Esta *Vida del emperador Carlos V en el claustro* habia aparecido ya en 1851 en el *Fraser's magazine*.

(3) El título exacto del volúmen de M. Pichot, es: *Carlos V, crónica de su vida interior y de su política, de su abdicacion y su retiro en el claustro de Yuste*.

Bélgica, á quien nuestro tiempo debe ya muy sabios trabajos y muy importantes publicaciones históricas, ha reunido bajo el título de *Re-traite et mort de Charles quint au monastère de Yuste*, los despachos y piezas que desde 1843 á 1845 le permitieron copiar en el gran depósito de Simánkas. El primer volúmen de esta rica coleccion contiene 237 documentos, siendo el primero una carta escrita en Laredo el 29 de 1556, al siguiente dia de desembarcar Cárlos V en España, y el último una carta de Quijada á Felipe II en 13 de Diciembre de 1558, no cumplidos todavía los tres meses despues de su muerte.

Puede considerarse ese curioso volúmen, al que seguirá otro muy pronto (1), como complemento, en cierta manera, del manuscrito de D. Tomás Gonzalez. Además de algunos documentos interesantísimos que no se encuentran en el manuscrito, la coleccion de M. Gachard contiene íntegras las cartas del Emperador, de su mayordomo, de su secretario, de su médico, del secretario de Estado Juan Vazquez, etc., que en la de D. Tomás Gonzalez están con frecuencia en extracto ó análisis. Mas por su par-

---

(1) El segundo tomo, que saldrá á la luz en el mes de Setiembre en Brusélas, segun me escribe M. Gachard, contendrá 200 documentos nuevos é importantes que ha recibido de Simánkas, y la relacion del fraile Jerónimo de Yuste, de que se hablará luego.

te, el manuscrito de D. Tomás Gonzalez comprende piezas que no se hallan en el primer volumen de M. Gachard. Por nuestras citas se verá que hemos cosechado abundantemente en uno y otro, pues el manuscrito de D. Tomás Gonzalez se tuvo á nuestra disposicion desde 1844, y M. Gachard tuvo á bien comunicarnos los pliegos de su coleccion á medida que se iban imprimiendo, con la amabilidad á que nos tiene acostumbrados y que no podremos agradecerle bastante.

Pero esas dos obras, igualmente necesarias para quien quiera escribir la historia de Carlos V en su retiro, no son las únicas que sobre aquel gran príncipe y aquella gran época se ofrecen en nuestros dias á la curiosidad del público.

Documentos de todas clases, consistentes en papeles de Estado, correspondencia política y privada, negociaciones diplomáticas, autos oficiales, relaciones escritas por los observadores más hábiles y penetrantes han salido de los varios archivos de Europa para imprimirse: en Leipsick con la *Correspondencia del emperador Carlos V* (1); en Viena con la *Historia de Fer-*

---

(1) *Correspondance des Kaisers Karl V, aus den Koeniglichen Archiv und des Bibliothéque de Bourgogne zu Brüssel mitgetheilt von Dr. Karl. Lanz.* Leipzig, 1844 á 1846. Tres volúmenes en 8.º

nando I (1); en Madrid con la *Coleccion de documentos inéditos para la historia de España* (2); en Florencia con las *Relaciones de los embajadores venecianos* (3); en París con los *Papeles de Estado del cardenal Granvela* (4).

Además de esos documentos, en algun modo políticos, que ilustran tantos puntos de la vida y tantos aspectos del carácter de Cárlos V, quiso la casualidad que se descubriese, hará cosa de cuatro años, en los archivos de la córte feudal de Brabante, una nueva y circunstanciada relacion de su existencia religiosa en Yuste, escrita por un fraile de dicho convento: la relacion de ese jerónimo desconocido es más extensa y minuciosa que la del prior del mismo monasterio, Fr. Martin de Angulo, de que se sirvió demasiado exclusivamente Sandoval en su *Vida del emperador Cárlos V en Yuste*. Fray

---

(1) Geschichte der Regierung Ferdinand des Ersten. Aus gedruckten und ungedruckten Quellen von F. B. von Buchholtz. Viena, 1831-1838, 9 vol. en 8.º

(2) Por D. Martin Fernandez Navarrete, D. Miguel Salvá y D. Pedro Sainz de Baranda. El primer tomo se publicó en 1842 y el segundo en 1853. La coleccion continúa.

(3) *Relazioni degli ambasciatori Veneti al Senato*, Raccolte, annotate ed edite da Eugenio Alberi. Firenze, 1839 á 1844, 7 tomos. De esta coleccion, cuya publicacion fué interrumpida frecuentemente, quedan muchas relaciones venecianas, todavía inéditas.

(4) En la gran coleccion de documentos inéditos publicados por el ministerio de Instruccion pública.

Martin de Angulo no pasó en Yuste sino los cuatro últimos meses de la estancia de Carlos V, mientras que el fraile anónimo estaba allí cuando llegó, permaneció allí despues de su muerte y siguió sus restos cuando en 1574 fueron llevados al Escorial. Las relaciones dejadas por esos dos contemporáneos de Carlos V sirvieron á Fr. Joseph de Sigüenza para escribir la parte de su historiea, de la órden de San Jerónimo, relativa al establecimiento del Emperador en Yuste. M. Bakhuizen van den Brink ha dado en francés un extracto muy completo del manuscrito que ha descubierto y que M. Gachard debe publicar con todo el texto español en el segundo tomo de su coleccion. Tambien me ha servido, como asimismo Fray Martin de Angulo, citado por Sandoval, y Fray Joseph de Sigüenza. Pero he creido, sin embargo, que debia recurrir á ellos con cierta reserva. He preferido los testimonios de los servidores mejor informados y más verídicos de Carlos V, siempre que estaban en desacuerdo con las relaciones de los monjes.

Ayudado de esos documentos nuevos y de algunos documentos viejos, he tratado de restablecer, por mi parte, el extraño término de aquella gran vida. He podido fijar, no ya por oidas vagamente comunicadas, sino por palabras que salieron de la propia boca de Carlos V, la época precisa en que tuvo su primer

pensamiento de abdicacion. A la edad de 35 años, ántes de su viudez y sus reveses, cuando era el hombre más afortunado y el príncipe más potente y glorioso, concibió la resolucion de retirarse del mundo. Esto queda ya fuera de toda duda por un despacho inédito del embajador portugués Lourenço Pires de Tavora, de 16 de Enero de 1557, escrito despues de una conversacion con el Emperador en el castillo de Jarandilla, veinte dias ántes que Cárlos V se encerrara en el monasterio de Yuste, cuya apreciable comunicacion debo al señor vizconde de Santarem, que posee y emplea con hábil discernimiento muchos papeles diplomáticos sobre las relaciones de Portugal con los varios Estados de Europa, y principalmente con España.

Esta historia de Cárlos V, un poco ántes de su abdicacion y desde su abdicacion hasta su muerte, se bosquejó ya en artículos publicados por el *Journal de Savants* desde el mes de Noviembre de 1852 al mes de Marzo de 1854. Hoy la presento con nuevos desarrollos y bajo su forma definitiva. Al retirarse de la escena Cárlos V, no se retira de la historia. Acompañanle los negocios al convento en que se encierra, y llenan todavía su soledad con lo mismo en que habia ocupado su poder. Las atenciones de la guerra, las inquietudes por la ortodoxia religiosa amenazada en el propio corazon de Es-

paña, las combinaciones de la política, le siguen y agitan en el monasterio. El Papa, el rey de Francia, el rey de Portugal, el rey de Navarra, el rey de España, la reina de Inglaterra, el infante D. Carlos, los duques de Alba y de Guisa, el duque Filiberto Manuel de Saboya y el condestable Anne de Montmorency, el conde de Egmont y el mariscal de Thermes, comparecen allí, en algun modo, al propio tiempo que se anuncia el breve y brillante destino de D. Juan de Austria. Allí se tratan muchas negociaciones y graves acontecimientos se preparan. Las guerras de Italia y Francia, las batallas de San Quintin y Gravelinas, los sitios de Calais y Thionville, las empresas marítimas de los turcos, tienen su resonancia en Yuste, donde Carlos V, ya por el conocimiento, ya por el consejo, no es ajeno á nada de lo que sucede por entónces en el teatro del mundo. Por consiguiente este libro, consagrado á su vida en el monasterio, es á la par un estudio íntimo de Carlos V, y un cuadro de la historia general de aquel tiempo, visto desde el fondo de su claustro y bajo las miradas y juicios del mayor político del siglo.

24 de Junio de 1854.

Desde que apareció la primera edición de esta obra, tan bien recibida y tan prontamente agotada, M. Gachard ha hecho imprimir en Bruselas el segundo tomo de los documentos que le han enviado de Simancas. Este segundo tomo aumenta las riquezas históricas contenidas en el primero. Numerosas cartas importantes ó interesantes, escritas las más por los mismos personajes, y algunas por personajes nuevos, muestran cada vez mejor la parte que tomó Cárlos V desde su retiro en los sucesos políticos y militares de aquellos dos años, la solicitada influencia de sus consejos y la invocada intervencion de su autoridad en los negocios graves y delicados. Esas correspondencias, dictadas ó escritas por el Emperador, van precedidas del famoso manuscrito jerónimo, recientemente descubierto por M. Bakhuizen van den Brink, que M. Gachard publica hoy, y cuyo animado relato esparce luz muy viva sobre las interioridades de Cárlos V y sus costumbres religiosas en Yuste.

Habiéndome comunicado M. Gachard, con su ordinaria benevolencia, los pliegos de este segundo volumen tan pronto como se imprimían, he podido servirme de ellos para asentar más sólidamente algunos hechos, para restituir todo su carácter á ciertos actos, para pintar mejor varios pormenores y para dar juntamente más exactitud y extension á las negociacio-

nes entabladas sobre el cambio del ducado de Milan por Navarra y la futura anexion de Portugal á España. Al establecer más y más esta obra sobre los sólidos materiales sacados de los archivos donde por largo tiempo estuvieron abandonados, y que son los únicos capaces de servir para fundamento de la historia, espero haberla hecho ménos indigna de la atencion y favor público.

15 de Setiembre de 1854.

---

¿Asistió Cárlos V á sus funerales, celebrados en vida en el monasterio de Yuste? Nos lo refieren los cronistas jerónimos, y así lo admitía la historia, incierta por largo tiempo acerca de los motivos que condujeron á Cárlos V al retiro de Extremadura, y mal informada, sobre todo, por lo que respecta á la vida que llevó despues de haberse encerrado allí. El canónigo D. Tomás Gonzalez, ilustrado por la lectura de documentos auténticos, es el primero que se levantó contra errores admitidos hasta entónces, y contradijo formalmente la celebracion de esos anticipados funerales. A

A mi vez he manifestado dudas tocante á la realidad de un acto tan raro de supersticiosa devocion. En el capítulo VIII de este libro he dado las razones de mis dudas, que son éstas:

1.º El precepto religioso, que prohíbe á los vivos tales ceremonias, reservadas para los muertos;

2.º Los delicados negocios que trataba Carlos V en el momento señalado por los frailes á esos funerales, y sus incesantes ocupaciones, muy propias para apartarlo de un extraño capricho, que sólo hubiera podido inspirar una imaginacion desocupada;

3.º La salud del Emperador, que muy próximo á su fin, recien salido de un ataque violento y prolongado de gota, sosteniéndose con dificultad sobre sus piernas, aún enfermas, y desde mucho ántes debilitadas, era incapaz de asistir varios dias seguidos á los oficios fúnebres en honra de su padre Felipe el Hermoso, de su madre Juana la Loca y de su mujer la emperatriz Isabel, oficios fatigosos seguidos de su propio funeral, más fatigoso todavía;

4.º La inverosimilitud de que á fines de Agosto se celebrasen honras por la Emperatriz, habiéndose celebrado ya tres meses ántes, el 1.º de Mayo, aniversario de su muerte;

5.º El absoluto silencio que guardan á ese propósito el mayordomo Quijada, el secretario Gaztelú, el médico Mathys, que hablan en su

habitual correspondencia de actos religiosos ordinarios por parte del Emperador, y que en sus cartas, ménos frecuentes y más circunscandadas á la sazón, no dicen palabra de una ceremonia en que los frailes les hacen tomar parte activa, y cuyo extraño carácter, no ménos que sus peligrosas consecuencias, hubieran debido impresionarles mucho, puesto que habría precedido, y en cierto modo producido, su enfermedad mortal, acaecida, segun ellos, por otra causa y en otra fecha;

6.º No sólo el silencio de los servidores de Cárlos V, sino el desacuerdo de sus testimonios con las relaciones mucho ménos incontestables de los frailes.

No insistiré aquí sobre estos diversos puntos que se desarrollan en el libro. M. Gachard, examinando la cuestion de los funerales en los dos sabios prefacios que ha puesto á la cabeza de los dos tomos de documentos tan hábilmente recogidos y tan juiciosamente interpretados por él, despues que en 1854 quedó bastante indeciso respecto á su celebracion, se ha mostrado en 1855 más afirmativo. No ha creído que, siendo testigos asiduos de la vida de Cárlos V en Yuste, no hayan sido los frailes historiadores verídicos. Está dispuesto, por tanto, á admitir la inocente exactitud de sus relatos. Empeñase en disipar algunas de las objeciones que les opone la correspondencia de los servidores,



harto más instruidos y de todo punto sinceros, de Carlos V. Espera hacer más creíbles los extraños funerales cambiando su fecha, que los frailes fijan de un modo formal en el 31 de Agosto, y que él, por conjeturas, pone en el 30. Pero en uno ú otro caso, la veracidad del fraile anónimo, cuya interesante crónica ha publicado M. Gachard, cae igualmente en falta. Si los funerales se verificaron el 31, Carlos V, retenido en su aposento por la grave enfermedad que se había declarado la víspera, no pudo asistir á ellos; si se verificaron el 30, el médico Mathys, que el Emperador había enviado á Jarrandilla, no pudo hallarse aquel día en la escena del terrado, donde el fraile jerónimo le hace intervenir y hablar.

En cuanto á las 2.000 coronas que guardaba el Emperador para sus verdaderos funerales, y que habrían servido para pagar los gastos de los funerales fingidos, aún es más difícil admitir que se consagraran á semejante uso. Es verdad que al siguiente día de la muerte de Carlos V no quedaban sino 54 escudos de oro en la bolsa de terciopelo donde estaban guardadas. M. Gachard lo advierte, notando también que la víspera se habían sacado de ella 600 para la madre de D. Juan (1). Ahora bien;

---

(1) Véase *Retraite et mort de Charles Quint*, t. II, prefacio, p. CLI á CLXI, con las notas.

los restantes 1.346 escudos de oro, cuyo empleo no se conoce, y que habrían sido dados como los 600 á Bárbara Blomberg, formaban una suma excesivamente grande para funerales sin esplendor. En efecto; la suma cuatro veces menor de 300 ducados fué más que bastante para los solemnes, prolongados y dispendiosos funerales que despues de muerto el Emperador se celebraron (1). Por otra parte, ¿cómo se habían de comprar en el mes de Setiembre las colgaduras negras para la iglesia de Yuste y los vestidos de luto para los servidores de Carlos V, si ya estaban comprados desde el mes de Agosto?

Sólo añadiré pocas palabras. M. Gachard ha consultado con motivo de los anticipados funerales á los doctos y hábiles teólogos de la Universidad de Lovaina, que los han considerado irregulares sin encontrarlos condenables. Un concilio celebrado en Tolosa en 1327 fué más léjos. Decidió que como contrarios al derecho eclesiástico y al derecho seglar, teníalos la Iglesia por actos reprobables de supersticion, y prohibió ejecutarlos bajo pena de excomu-

---

(1) Esos 300 ducados fueron llevados de Valladolid: «Pagado que se hayan los lutos, cera y otros gastos que se deben de las honras de S. M. de los 300 ducados que se han traído, servirá lo que de ellos sobrara para pagar, etc.» (Carta de Quijada á la princesa doña Juana, de 16 de Octubre de 1558, en *Retraite et mort*, etc.; t. I, p. 430.)

nion. En este libro indico las circunstancias y doy el texto de esa prohibicion. Por lo demas, el lector mismo decidirá, despues que tenga conocimiento del relato de los jerónimos y de los hechos y razones que lo contradicen y muestran su inverosimilitud.

25 de Julio de 1857.



# CARLOS QUINTO.

---

## CAPÍTULO PRIMERO.

### CÁRLOS V ÁNTES DE SU ABDICACION.

Primeros pensamientos de abdicacion en Cárlos V.—Necesidades que por mucho tiempo le impiden realizarlos.—Gobierno de sus Estados; extension de sus empresas.—Cosas que establece en Italia; expediciones que hace al Africa; resistencia que opone á las conquistas de los turcos en Hungría; guerras que prosigue contra Francia; contiendas religiosas que sostiene contra los protestantes de Alemania.—Dificultades para que un solo hombre ejecutase tarea tan extensa y complicada.—Complexion física de Cárlos V; su carácter, espíritu, sentimientos, costumbres, enfermedades.—Momento en que, habiendo logrado sus varios propósitos, cree poder ejecutar el más peligroso de todos, sometiendo la Alemania á su autoridad y convirtiéndola al catolicismo.—Sus campañas y victorias en el Danubio y el Elba.—Momentánea sumision de Alemania.—Viaje del príncipe de España que Cárlos V apercibe para que le suceda, y á quien quiere reservar la posesion de la corona imperial.—Acuerdo con este motivo entre las dos ramas de la casa de Austria.—Trastorno de ese proyecto y de la dominacion de Cárlos V en el imperio por el combinado ataque de los príncipes protestantes que se sublevan en Alemania, y del rey de Francia que invade la Lorena.—Peligrosa situacion de Cárlos V; su fuga á Inspruck.—Negociaciones de Passau; restablecimiento de la independencia política y religiosa de los Estados germánicos.—Fracaso de Cárlos V contra Metz.—Disposiciones morales y enfermedades físicas que le deciden á renunciar el poder y retirarse del mun-

do.—Sus relaciones con los frailes y su preferencia por los jerónimos.—Religiosos de San Jerónimo en España; su regla; su saber; sus establecimientos. — Monasterio de Yuste en Extremadura. — Orden secreta que da Carlos V para construir al lado de ese monasterio la residencia donde, despues de renunciar sus coronas, debe pasar sus postreros dias.

El Emperador Carlos V renunció á todas sus coronas para ir en 1556 á terminar en la soledad de un cláustro su vida. Esta determinacion extraordinaria admiró á los contemporáneos, y sus causas no dejan de estar oscuras para la posteridad. El anciano Papa Paulo IV, dijo que Carlos V *había perdido el juicio* (1), y le declaró atacado de la misma locura que su madre (2). Los protestantes no vieron en su abdi-

(1) Así dice Paulo IV en el mes de Diciembre de 1555 en pleno Consistorio: «Continuant, puis après Sadite Sainteté dit que l'on avoit envoyé un mandat au nom de Charles, naguères empereur, por résigner l'empire; qu'il estoit aisé á entendre que le dit Charles n'avoit point parlé; et quand bien il auroit parlé, que tout ce qu'il auroit fait estoit de nulle valeur, attendu qu'il est notoire á chascun qu'ils est *impos mentis*.» (Memoria de 20 de Diciembre de 1555, enviada de Roma por el cardenal Du Bellay, en Ribier. *Lettres et Memoires d'Estat des rois, princes et ambassadeurs, etc., sour les regnes de François Ier, Henri II et François II*, 2 vol. in fol. Paris, M.DC.LXVI, t. II, p. 623.)

(2) «..... Notre saint-père me dit que, quant á l'empereur..... il est aujourd'hui comme un homme mort, estant retiré hors du commerce des hommes, et, ainsi qu'il entend, agité de mesme maladie que sa mère.» (Carta del obispo de Angulema, escrita de Roma al rey Enrique II, el 2 de Junio de 1558, en Ribier; t. II, p. 747.)

cacion sino un acto de abatimiento y casi de desesperacion. Atribuyéronlo á los inesperados reveses que había sufrido en Alemania aquel soberano, hasta entonces omnipotente, que se había prometido restablecer allí la unidad católica y extender la autoridad imperial, y cuyos planes habían sido súbitamente malogrados por el comun esfuerzo de los luteranos, á quienes había vencido, y de los príncipes á quienes tenía sujetos. Muchos católicos trataron de explicarla por la ambicion impaciente de Felipe II, que había hecho bajar del trono prematuramente á su padre para reemplazarle más pronto.

Las dudas sobre los motivos que decidieron á Carlos V á la abdicacion, se han extendido á los sentimientos que tuvo despues de haberla consumado. Unos le figuran arrepentido prontamente, pretendiendo que se cansó en seguida de la soledad y quiso recuperar las coronas que había dejado. Otros, por el contrario, hácenle llevar la vida humilde y limitada de un fraile en el convento jerónimo de Yuste: léjos de representarle como un ambicioso arrepentido, no han visto en él sino un observador puntual de todas las reglas monásticas, cuidadoso de su salvacion hasta el punto de darse disciplina en el coro de la iglesia al propio tiempo que los demas religiosos y en presencia de todos (1). Sandoval y Robertson, el historiador más pomposo y el historiador más acreditado de ese gran político, que fué por treinta años dominador de

---

(1) Historia de la órden de San Jerónimo, etc., por fray Joseph de Sigüenza; III parte, lib. I, c. xxxvii, página 195, ed. en fól.—Strada, *De bello belgico*, lib. I, p. 9, ed. en Madrid, 1605, fól. Roma, 1632.

Europa, hánle reducido en Yuste á un estado de pobreza, más conveniente para un recluso que para un soberano retirado del mundo, hánle hecho insensible á todo lo que pasaba fuera de su claustro, y ajeno á todos los negocios de los reinos que había regido. Fiando en los cronistas jerónimos (1), hánle hecho morir á consecuencia de extraños funerales que en vida había celebrado por un acceso de supersticiosa singularidad y pía desocupacion.

Cárlos V no abdicó sino despues de haber meditado largamente. Ningun arrepentimiento tuvo de un acto á que había llegado naturalmente, y que realizó con prudencia y lentitud. Poseedor de su cabal juicio y de una consumada experiencia, instruíanle en su cláustro de los negocios de la monarquía española y su hijo, que le guardó siempre respetuosa deferencia y cariñosa sumision, consultóle sobre los más im-

---

(1) Esos cronistas jerónimos son: el prior del monasterio de Yuste, fray Martín de Angulo, cuya relacion, que quedó manuscrita, fué consultada por Sandoval (*Historia de Cárlos V*, t. II, lib. XXXII, § III, ed. en fól., Pamplona, 1634); la relacion de un fraile jerónimo de Yuste, que M. Bakhuizen van den Brink extractó en 1850, en Bruselas, bajo el título de *Retiro de Cárlos V*, etc., por un religioso de la órden de San Jerónimo, en Yuste, c. xxxiii, p. 44; y en fin, el P. Joseph de Sigüenza, que en su historia, part. III, lib. I, c. xxxviii, p. 220 y 201, ha copiado casi al monje anónimo de M. Barkuizen. Siguiéronlos enteramente D. Juan Antonio de Vera y Figueroa, conde de la Roca, en su *Epítome de la vida y hechos del invicto emperador Cárlos V*, en 4.º; Bruselas, 1656, p. 249. Strada, *De bello belgico*, p. 9; y con exageracion, Robertson, *Historia de Cárlos V*, libro XII.

portantes y delicados. Vivió aparte de los monjes, con las costumbres y dignidad de antiguo soberano. A pesar de su extremada devocion, el ferviente cristiano no dejó de ser político resuelto. Hubiera querido que su hijo, atacado en Italia por el Papa Paulo IV, no perdonase á aquel ambicioso Pontífice, como él mismo no perdonó al Papa Clemente VII; y cuando el tímido Felipe II terminó en Setiembre de 1597, sin provecho, y con poca honra, una guerra, marcada hasta entónces por triunfos brillantes, el orgulloso Cárlos V creyó que se había concluido la paz con la Santa Sede con demasiada prisa y demasiada humildad. En fin, la dolencia, á que sucumbió, sobrevino por circunstancias y por causas muy ordinarias; acabóse su vida, como había corrido, sencillamente, con noble piedad y natural grandeza. Esto es lo que, autorizado por documentos auténticos puedo anticipar, y llegaré á demostrar.

Cárlos V pensó, muy á los comienzos, en abandonar el poder y retirarse del mundo. Fué su primer pensamiento, en ese sentido, despues de la afortunada y brillante expedicion de Túnez en 1535. Así lo afirmó él mismo al embajador portugués, Lourenço Pires de Tavora, en una curiosa conversacion habida en el castillo de Jarandilla, pocos dias ántes de entrar en Yuste (1). Lo mismo dijo á los frailes del con-

---

(1) Este hecho precioso para la historia, queda fuera de toda duda por la carta inédita que Lourenço Pires de Tavora escribió en 16 de Enero de 1557 al rey Juan III, y cuya interesante comunicacion debo al sabio y amable vizconde de Santarem. Hé aquí los propios términos del despacho de Lourenço Pires: — «Dissemé..... quanto avia desejado tirar esta

vento (1) cuando se halló entre ellos. Pasó, pues, ese propósito por su melancólico espíritu, como unos veinte años ántes que pudiera ejecutarlo. Ya en vida de su mujer, la emperatriz Isabel, le atraía la soledad. A la muerte de aquella princesa, á quien amaba tiernamente, y cuya prematura pérdida, acaecida en 1539, le sumió en profunda aflicción, el indicado deseo se arraigó más en su alma. Mientras transportaban los restos de la Emperatriz desde el palacio de Toledo á la real capilla de Granada, donde yacian su abuelo Fernando de Aragon, su abuela Isabel de Castilla, su padre Felipe el Hermoso, y que debía servir de tumba á toda su estirpe, habíase encerrado en el convento jerónimo de la Cysla (2). El piadoso don Francisco de Borja, entónces marqués de Lombay, despues duque heredero de Gandía, y por último, tercer general de la Compañía de Jesús, fué uno de los

«carga, e como estava para nam cazar pe la deixar mais sedo,  
»e tamben o quizera depois fazer quando veyo de Tunis e que  
«o deixao por seu filho.»

(1) Su contemporáneo y cronista, Juan Gines Sepúlveda, que fué á visitarle en el monasterio de Yuste, dice que había tenido ese proyecto: «Isabella etian uxore vivente et conscia, ut mihi ad idem cœnobium primarii pronachi qui et Carolo ipso audierant, retulerunt, cum ejus salutandi gratia, quod mihi loco magni beneficii contigit, eodem processissem.» (*Joannis Genesisii Sepulvedæ Opere*; vol. II, lib. XXX, página 540, 541, grand in 4.º, Madrid, 1740.)—Así tambien dice D. Juan Antonio de Vera, conde de la Roca, en su *Epítome* p. 249: «Deseó verse desde que vivia la Emperatriz, con quien estava conforme que se recogiesen, ella en un convento de monjas y él, César, á Yuste.»

(2) Sepúlveda, vol. II, c. xxiv, p. 95-96.

designados por Carlos V para acompañar á la Emperatriz, de quien había sido gran caballero, hasta su postrera morada. Al depositar en el fúnebre nicho el ataúd de su noble y bella señora, dejola el marqués de Lombay bajo la custodia de los jerónimos, sin haber podido reconocerla. ¡Tanto había descompuesto la muerte las facciones de su rostro! Desengañándose de la hermosura y poder humanos, que conducen á tan rápida destruccion y acaban en tan estrecho recinto, desde aquel momento adoptó la resolución de abrazar la vida religiosa (1). A su regreso habló del proyecto con Carlos V, que meditaba uno semejante, y que en las Cortes de Aragon de 1542 hizole la misteriosa confidencia de su abdicacion futura (2).

Cuando empezó á disgustarse de la autoridad suprema tenía ménos de cuarenta años, y estaba en todo el esplendor de su poder. Habían terminado ventajosamente las luchas que duraban desde comienzos del siglo entre España y Francia por la posesion de Italia. Vencedor de Francisco I en tres guerras sucesivas, del soberano Pontífice Clemente VII, y de todos los Estados italianos independientes, había tenido prisioneros á un rey y á un Papa, y había sometido á sus disposiciones aquel país, por largo tiempo dispu-

---

(1) Rivadeneyra, *Vida del P. Francisco de Borja*, c. VII, p. 329 á 335; *Obras del P. Pedro de Rivadeneyra*, en fólío, ed. de Madrid, 1605.

(2) Carlos V dijo en 1556 al P. Borja, que había ido á visitarle en el castillo de Jarandilla, visperas de su entrada en el monasterio de Yuste: «¿Acordáisos que os dixé el año de 1542 en Monçon, que avia de retirarme, y hacer lo que he hecho?—Muy bien me acuerdo, señor.» (Ibid, c. XIII, página 380.)

tado. Inquebrantablemente seguro en el reino de Nápoles y en el reino de Milan, habíase atraído los Médicis entregándoles la soberanía de Florencia; los duques de Ferrara, cediéndoles Módena y Reggio, reclamados por la Santa Sede; los marqueses de Mantua, engrandeciéndolos con el Montferrato. Disponía de Génova, donde mandaba Andrés Doria (1) que, bajo sus auspicios, había sido glorioso libertador y sabio institutor de su patria en 1528, y que, reuniendo la flota genovesa á las armadas española, napolitana é italiana, enseñoreábase del Mediterráneo. Había reducido la poderosa república de Venecia á una sincera neutralidad y sometido la Santa Sede á su influencia, asegurándola todavía más por el matrimonio de su hija natural Margarita de Austria con el nieto del Papa Paulo III, duque Octavio Farnesio, señor de Parma, mientras esperaba serlo de Plasencia. Ocupaba así los dos Estados mayores de Italia al Sur y al Norte; dominaba á los demas por el interes y el temor, y había fundado en aquella Península un orden

---

(1) Carlos V, de quien era gran almirante, hizole príncipe de Melfi y le llamaba padre: «Del príncipe Doria.... »diré solamente che non é uomo di nazione alcuna che sia a »veci l'imperatore abbia più respecto é più osservanza che a »lui; perchè da esso riconosce il contenersi Génova in officio »d'aver potuto egli passare tante volte di Spagna in Italia e »d'Italia in Spagna; unde gli è venuto d'aver avuto modo di »conservar molti suoi stati, che forse sarrebero andati per »luti. E finalmente riconosce da lui tutta la riputatione che »egli ha nelle cose maritime, e lo suol sempre chiamare e tra- »tare da padre.» (*Relazione di Bernardo Navagero*, en 1546, en Alberi; *Relazioni degli ambasciatori Veneti*, en 8.º Florencia, serie I, vol. I, p. 305.)

territorial y político que debía mantenerse durante muchos siglos.

Por otro lado, había sido victorioso defensor de Alemania, amenazada por los turcos. Había rechazado al formidable Soliman II, que avanzaba contra Viena, y cuyas conquistas detuvo. Marchando en seguida contra su capitán bajá Khair-Eddin, Barbaroja, había atacado en la costa de Africa á ese intrépido corsario, dueño de Argel y Túnez. Con no menor lustre que utilidad había continuado en aquel litoral las expediciones con que el cardenal Cisneros y Fernando el Católico persiguieron á los antiguos dominadores de España. A las conquistas de Oran y Bugía, hechas bajo el reinado de su predecesor en 1509 y 1510, Cárlos V había añadido la ocupacion de Bona, Bizerta, Souza, Monastir, y sobre todo la toma de la Goleta y de Túnez, arrancadas á Barbaroja en una campaña tan rápida como gloriosa. Poseer los principales puntos del Africa septentrional que hacían frente á sus Estados desde el reino de Granada hasta el reino de Sicilia, era justamente preservar de nuevas invasiones musulmanas á España, que con tanto trabajo se había libertado de las antiguas, y poner al abrigo de las depredaciones berberiscas las costas marítimas de Italia y las islas occidentales del Mediterráneo, puestas casi todas bajo su dominacion.

Hasta entónces Cárlos V no había tenido en realidad más que victorias. Aún no había probado por un esfuerzo semi-político, semi-religioso á imponer más estrechamente su autoridad sobre Alemania y convertirla al catolicismo, empresa que por su complicacion y gravedad debía ser muy difícil y extremadamente peligrosa. No tenía, pues, en 1535 y 1539

ningun motivo exterior para abdicar el poder, puesto que la fortuna no había quebrantado todavía su confianza por medio de reveses ni reducido sus fuerzas la naturaleza por medio de enfermedades. Estaba á la altura de su tarea, por el vigor del espíritu, por la actividad del cuerpo, por la felicidad y la constancia. Así, pues, los impulsos que le llevaban á la soledad fueron largo tiempo combatidos por ambiciosas necesidades que le retuvieron en el trono. Demasiado hábil para abandonarlo mientras que su hijo no estuviese en estado de sucederle, no debía abandonar al acaso la obra de sus predecesores y la suya propia.

Pero la disposicion nacida entónces de una tristeza natural (1), un dolor profundo (2) y una piedad ardiente, renovóse luégo por extrémado cansancio, ha-

---

(1) *É di complessione in radice melancolica. (Relazione di Gasparo Cortarini ritornato ambasciatore da Carlo Quinto, letta in senato á di 16 Nov. 1525 en Alberi, serie I, volúmen I. p. 60.*

(2) A fines de 1539 y principios de 1540, cuando pasó por Francia para ir á los Países Bajos, adonde le llamaba la sublevacion de los ganteses, Scepper y Snouckaert de Scauvenburg (Zeconarus), que fueron de Bruselas á su encuentro, le hallaron en profundo duelo: «Cum Cæsari... ex Belgicâ »cum Sceppero occurrissem antequam aquitanicum et celticum illud iter perliceret (quod illum Parisius recta equis »commodatitiis, et gallicis in pulla veste ducebat) frequenter »nocte per duas, tresque horas, utroque genu inclinatum, »orantem repperi, eum septem cereis facibus, in cubiculo nigris undique paunis tecto, accensis.» (*De republica; vita, moribus, gestis, fama, etc., imperatori Cæsaris Augusti quinto Caroli, authore Gulielmo Zenocaro á Scauvenburgo, auratæ militæ equite imperatoris Caroli Maximi, lib. III, pág. 169 en fól., Gante. 1559.*)

ciéndose más y más imperiosa. Las enfermedades abrumaron á Carlos V y le envejecieron. Su constitucion física, su género de vida, la administracion de un número excesivo de países, la direccion de una multitud de guerras que no le dejaban quieto mucho tiempo en sitio alguno y le empujaban siempre á nuevos peligros, el peso de todos los negocios que era preciso llevar y conducir, le gastaron muy pronto. Puede decirse que sucumbió sobre todo al exceso de un poder demasiado grande y demasiado esparcido para que pudieran abarcarlo la actividad y el genio de un solo hombre.

Tenía, en efecto, que regir á España, á los Países-Bajos, al reino de Nápoles, al Milanésado; que gobernar el imperio de Alemania; que mantener bajo su dependencia ó amistad los Estados de Italia; que luchar casi constantemente contra Francia; que traer á su alianza por interes á Inglaterra, que se habia separado por religion; que rechazar á los turcos á la parte de Hungría; que contener á los berberiscos en el litoral de Africa; que conservar por las negociaciones y las armas su sistema político, extendido por toda Europa; que resistir los progresos de una revolucion religiosa, destructora de la antigua Iglesia cristiana en varios Estados y amenazadora de igual suerte en muchos más; que ordenar la conquista y colonizacion de América. Casi solo desempeñaba ese inmenso trabajo; sus vireyes, ministros, generales, negociadores no eran sino instrumentos, bien elegidos, de sus designios y hábiles ejecutores de sus voluntades. Dirigia por sí mismo la vasta administracion de sus países y negocios desde 1529. Despues de la muerte del canciller Gattinara, que en 1521 habia sucedido al ayo Chievres

en el ejercicio de todas sus funciones, no consintió á su lado primer ministro (1): había tomado el gobierno de sus Estados como señor absoluto y lo había conducido como político prudente. Habíase rodeado de hombres capaces, pero subordinados, que sabía encontrar con oportunidad, conservar con fidelidad, enriquecer con lentitud para que le sirviesen más tiempo (2), y á quienes sobrepujaba por lo certero de su juicio (3) y el vigor de sus resoluciones.

En aquella época, y hasta que murieron en 1547 y 1550, fueron sus principales ministros el secretario Covos y el guardasellos Granvela (4), pues no despachaba nada sin la firma del primero y el consejo del segundo. Llamaba á Granvela su primer consejero (5), y discutía con él horas enteras ántes de resolverse (6),

---

(1) Relazione di Nicolo Tiépolo, ritornato ambasciatore da Carlo Quinto l'anno 1532 en Alberi, serie I, vol. I, p. 60.— «In qualunque maniere di termini, fa le deliberazioni a modo suo.» (Ibid., p. 64.)

(2) Relazione di Marino Cavalli, ritornato ambasciatore da Carlo Quinto l'anno 1551 en Alberi, serie I, vol. II, p. 212.

(3) «L' ho ritrovato io in tuttæ le azioni sue molto prudente, si che si tiene tra i suoi che nessuno sia piú sano consiglio che il suo.» (Ibid., serie I, vol. I, p. 64.)

(4) Véase Relazione di Bernardo Navagero ritornato ambasciatore da Carlo Quinto nel Luglio 1546. (Ibid, serie I, vol. I, p. 34.)

(5) «E chiamato da Cæsare suo primo consigliere» (Ibid., p. 345.)

(6) «Col quale consiliando poi ciascuna cosa, o piccola a grande che sia, si risolve come gli pare.» (Ibid., p. 341-342.) «Nelle cose di stato e in ogni altra particolaritá si serve del consiglio solo del signor di Granvela.» (Mariano Cavalli. Ibid., serie I, vol. II, p. 210.)



Escribía las razones en pro ó en contra, para despues de contarlas y pesarlas ver mejor lo que debía hacer. Una vez fijada su decision solía retener algunos días al correo encargado de trasmitirla, para examinarla por última vez con sangre fria (1) ántes de ordenar su irrevocable ejecucion. Pero despues nada había que pudiera hacerle abandonar el partido adoptado; seguía hasta el fin, y habiendo puesto todo su talento en adoptarlo, ponía todo su carácter en ejecutarlo.

Con tantos Estados que regir, países que recorrer, negocios que decidir, medidas que preparar, actos que realizar, debían consumirse bien pronto las fuerzas de un solo hombre, bien que Cárlos V lo tuviese todo dispuesto para hacer más fácil aquel vastísimo gobierno. Había dejado á sus diversos Estados sus administraciones particulares; regíanse cada uno interiormente, segun sus antiguas formas, sus propias leyes, teniendo un representante superior del poder soberano. Residía su hermano Fernando como rey de los romanos en Alemania; era su hermana María, reina viuda de Hungría, regente de los Países Bajos; estaba encargado su hijo el infante D. Felipe, desde la edad de quince años, de gobernar á España con la ayuda de prudentes consejeros, entre los cuales figuraban el cardenal de Tabera y el duque de Alba; residían en Palermo, Nápoles y Milan excelentes vireyes. Pero los negocios generales de todos aquellos Estados se reunían en Cárlos V, que era el regulador supremo y vigilaba toda la administracion: había organizado para ésta una especie de gobierno central agregado á su persona y que le seguía á todas partes.

(1) Mariano Cavalli. (Ibid., p. 215.)

Ademas de sus ministros tenía tres cancillerías: una alemana, otra española, italiana la última (1); tenía ademas un consejo compuesto de doctores y legistas de Sicilia, Lombardía, Franco-Condado, Flándes, Aragon y Castilla, y presidido por el obispo de Arrás (2), hijo del guardasellos Granvela, uno de los hombres más hábiles de aquel tiempo. Así era Carlos V el centro de sus Estados y el lazo de sus pueblos, los cuales, aunque muy diferentes en gustos y costumbres, se unían á él por diversas partes. Un embajador veneciano reparó, con la juiciosa sagacidad propia de los políticos de su nacion, que era agradable á los flamencos y burguñones por su benevolencia y familiaridad, á los italianos por su talento y prudencia, á los españoles por su severidad y el esplendor de su gloria (3).

Si su buen sentido y las varias cualidades de su carácter le hacían apto para proveer á los intereses y contentar los sentimientos de todos aquellos pueblos, su complexion natural y su género de vida no debían permitírsele por mucho tiempo. De estatura ordinaria, pero bien formado y con miembros robustos, había tenido en su juventud la fuerza y destreza necesarias para entregarse á todos los ejercicios del cuerpo y vencer en ellos; mejor que nadie había sabido romper una lanza, correr sortijas y jugar á la barra; pasaba por el mejor jinete de su tiempo (4). Era aficio-

---

(1) Relazione di Marino Cavalli en 1551, Alberi, serie I, vol. II, p. 209.

(2) Ibid., p. 209 y 210.

(3) Marino Cavalli; en Alberi, serie I, t. II, p. 217.

(4) Excedió á todos los hombres de á caballo de su tiem-

nado á la caza y algunas veces había descendido á la arena del circo para combatir con los toros y los había derribado con sus manos (1). Estos saludables ejercicios de su juventud cedieron presto á los trabajos casi exclusivos de la política y la guerra. La actividad y vigor singulares de su espíritu, que se mostraban en su frente espaciosa y leíanse en su firme y penetrante mirada (2), no encontraron saludable diversion con esos útiles movimientos del cuerpo; cuando no estaba en campaña llevaba una vida demasiado sedentaria.

Muy dado á ciertos placeres, en los cuales, segun la expresion de un embajador contemporáneo, no tenía *una voluntad bastante moderada*, «procurábaselos donde quiera que estuviese con damas principales y tambien humildes (3).» Aún ménos moderado era en

---

po, á la brida; y armado parecía tan bien y era tan sufrido, que dijeron los ejércitos que por haber nacido rey perdieron en él el mejor caballo ligero de aquel siglo. (Vera y Figueroa, Epítome de Carlos V, p. 262, 263.)

(1) Marino Cavalli, en Alberi, serie I, t. II, p. 212; y Cantarini, *ibid.*, p. 60.

(2) «Ha la fronte spatiosa, gli occhi cesii é che danno segno di gran vigore di animo.» (*Relaciones del clarissimo Federico Badouaro*, ambasciatore a Carlo V e al re di Spagna suo figliuolo, l'anno 1557. Ms. de la Biblioteca Nacional, núm. 10.083, 2. 2. A.)

(3) «E stato nei piaceri venerei di non temperata volontà in ogni parte dove s'è ritrovato con donne di grande ed anche di piccola conditione.» (*Relazione ms. di Federico Badouaro* en 1557. Bibl. Nac., núm. 10.083, 2. 2. A.) Mocenigo dice en una relacion escrita en 1548: «El Emperador era y es todavia, al decir de sus médicos y de las personas que le rodean,

la mesa: comía varias veces al día, y mucho (1). La conformacion algo defectuosa de la parte inferior de su rostro perjudicaba á su salud más que á su aspecto; la mandíbula inferior, demasiado ancha y larga, sobresalía mucho de la superior; teniendo cerrada la boca no podía juntar los dientes, que eran además pocos y malos. El intervalo que los separaba (2) le impedía hacer oír claramente el final de sus frases y mascar los alimentos; balbuceaba un poco y digería mal. Sin duda, para atenuar algunos efectos de esa imperfeccion física, y tambien para dar un sabor más agradable á lo que comía, usaba manjares muy salpimentados.

Llegó á punto de parecerle todo insípido y necesitar frecuentemente de un vino de sen, fabricado para él y compuesto de cierta cantidad de mosto y hojas de sen que fermentaban juntas (3). Un día, no encontrando bastante sabor en nada de lo que le servían,

---

muy aficionado por naturaleza á los placeres sensuales.» (Esta relacion está en Bucholtz, *Geschichte der regierung Ferdinand des Ersten*, in 8.º Viena, 1835, vol. VI, p. 498 á 517.)

(1) Navagero, en Alberi, serie I, vol. I, p. 342.—Federico Badouaro. Ms. de la Bibl. Nac., núm. 10.083, 2. 2. A.)

(2) *Relazione di Gasparo Contarini*, en Alberi, serie I, vol. II, p. 60. Lo que Contarini dice en 1525, Badouaro lo repite de un modo semejante en 1557, notando tambien que «non puo congiungere li denti e nel finire le parole non é ben inteso.» Añade: «Ha pochi denti dinanzi et fracidi.» (Ms. de la Bibl. Nac., núm. 10.083, 2. 2. A.)

(3) La receta de ese vino está en la carta de Carlos V, escrita de Brusélas, 11 de Octubre de 1555, á Vazquez de Molina, en D. Tomás Gonzalez. *Retiro*, etc., fol. 27, 1.º

quejóse al baron de Montfalconnet, uno de sus mayordomos, y acusóle de haber corrompido el gusto de sus cocineros mandándoles que no preparasen sino platos raros (1). Montfalconnet, que era chancero y cuyas salidas agradaban á Carlos V (2), aludiendo á la manía del Emperador por los relojes que el famoso mecánico Juanelo le había fabricado en gran número y de todas formas, contestó socarronamente: «No sé ya el medio de complacer á V. M., á ménos que logre componerle un nuevo guisado de relojes» (3). El Emperador se rió mucho de aquella broma, pero conservó su gusto por los manjares salpimentados y su pasión por los relojes.

El exceso de sus trabajos y la falta de buen régimen contribuyeron igualmente á empeorar y apresurar sus indisposiciones. Nunca tuvo una salud por completo buena. En su juventud había sentido accesos nerviosos que parecían ataques de epilepsia, y á que un historiador, Sepúlveda, da ese nombre (4).

---

(1) «Disse una volta a maiordomo Montfalconnetto con sdegno che haveva corratto il giudicio a dare ordine ai cuochi, perche tutti cibi esano insipide.» (Ms. de la Bibl. Nacional, núm. 10.083, 2. 2. A.)

(2) *Marino Cavalli*, en 1551, en Alberi, serie I, vol. II, p. 216.

(3) «Da quale li fu riporto, non so como poter trovar piú modi di compiacere alla Maesta Vostra, se io non fo prova di farle fare una nuova vivanda di potagi di rilogii. Il che la mosse a quel maggiose e piú lungo riso, che sia mai stato veduto in lei et cosi risero quelli della camera». (*Relazione di Federico Badouaro*. Ms. de la Bibl. nac., núm. 10.083, 2. 2. A.)

(4) *Annum ágens vigesimum sextum Carolus uxorem Hispali duxit Isabellam Emmanelis Portugalliae regis te*

A fines de 1518 y principios de 1519, dos de esos ataques le derribaron sin conocimiento; uno mientras jugaba á la pelota, otro mientras oía misa mayor en Zaragoza. El último, que tuvo muchos testigos y que el embajador de Francia refería en un despacho á su córte, le dejó muchas horas con la palidez de la muerte en su alterado semblante (1).

Librado de aquella terrible enfermedad en 1526, despues de su matrimonio con la infanta Isabel de Portugal, no cesó de sentir dolores de cabeza que le obligaron en 1529 á cortar sus largos cabellos. Cuando hizo el sacrificio de aquel noble pero modesto peinado que llevaban sus abuelos Fernando de Aragon y Maximiliano de Austria, y su padre Felipe *el Hermoso*, todos los grandes le imitaron, aunque con pena (2), y lo que para él fué alivio, para los demas fué moda.

Muy luego cayeron sobre él las enfermedades cam-

---

Mariæ uxoris filiam; et ab eo tempore *comitali morbo* quo prius tentabatur liberatus est. (Sepúlveda, vol. XXII, libro XXX, c. xxxv, p. 536.)

(2) Jeudi dernier en oyant la grant messe, presents beaucoup de gens, il (le roi Charles) tomba par terre estant de genoulx et demeura, cuydant qu' il feust mort, l'espace de plus de deux heures, sans pousser, et avoit le visage tout tourné et fut emporté en sa chambre... et fut incontinent susbout les deux heures passées. Il avoit été malade une autre fois de mesme sorte il n'y a pas deux moys, toutesfoys je n'en avoye rien sceu jusques á ce coup, et luy print en jouant á la grosse balle de ceste maladie. Il en est grant bruit icy.» (*Dépêche de la Roche Beaucourt*, escrito en Zaragoza el 8 de Enero de 1519. Ms. Bethune, núm. 8486, Bibl. nac.)

(3) Sandoval, vol. 22, bib. XVIII, p. 66.

biando de forma. Acometióle la gota á la edad de treinta años (1). Sus ataques, cada vez más frecuentes y prolongados, fueron principalmente á las manos y á las rodillas. No siempre podía firmar, y cuando estaba en campaña era muy á menudo incapaz de montar á caballo, y seguía al ejército en litera. Invadido por la gota, atormentado por el asma, sujeto á un flujo de sangre cuya repetición, tan frecuente como incómoda, le agotaba, sufriendo irritaciones cutáneas en la mano derecha y en las piernas, canas la cabeza y barba, sentía decaer sus fuerzas al propio tiempo que se extendían sus obligaciones.

Sin embargo, en 1546, á pesar del aumento de sus males, trató de sujetar al partido protestante de Alemania y volverle á su obediencia. Ese fué su postrer propósito, y el ménos fácil de cumplir. Por mucho tiempo lo había aplazado, no obstante su espíritu de dominación y su ardiente catolicismo. Cristiano fervoroso, Carlos V practicaba la antigua religión con una piedad sumisa y escrupulosa. Oía varias misas cada día. Comulgaba en las principales fiestas del año (2). Consagraba más de una hora todas las mañanas á la meditación religiosa (3). Había compuesto oraciones él mismo (4). Encontraba mucho atractivo

---

(1) Circa trigesimum ætatis annum morbo articulari tentari cæpit. Sepúlveda, vol. II, lib. XXX, c. xxiv, p. 528.

(2) Bernardo Navagero, en Alberi, serie I, vol. I, p. 342; Marino Cavalli, *ibid.*, vol. II, p. 213.

(3) Sandoval, t. II, lib. XXXV, § xvi, fól. 381 y Vida del emperador Carlos V en Yuste, *ibid.*, § xvi, fól. 833.

(4) Sandoval, t. II, p. 896.—Cartam suapte manu conscriptam, in qua copiose prosecutus erat quæ cuperet a me

en la lectura del Antiguo y Nuevo Testamento; la poesía de los Salmos embelesaba su imaginación y tocaba su alma (1). La magnificencia de las ceremonias católicas, la conmovedora grandeza del sacrificio expiatorio en la misa, la música, mezclada al rezo, la belleza de las artes realzando la austeridad del dogma, el poder misericordioso de la Iglesia socorriendo con la absolución, tranquilizando con la penitencia á la debilidad del hombre y á la ansiedad del cristiano, reteníanle fervorosamente en el antiguo culto. Además, su política le hacía perseverar tanto como su fe. Sucesor de aquellos Reyes Católicos que habían ganado la península española de los musulmanes, poseedor de una gran parte de aquella Italia, en cuyo centro estaba colocada la Sede de la tradición apostólica y del gobierno cristiano, jefe electo de aquel santo romano imperio, cuya corona, desde Carlo-Magno hasta él, era ceñida por manos del Papa á la cabeza del emperador, obligado estaba á guardar y defender la antigua creencia de sus antepasados y de su patria, el culto hereditario de que dependían la fidelidad de sus

---

in compendium redigi ad formulas precum quotidianarum. (*Cartas de Malinæus* (Van Male) sobre la vida íntima de Carlos V, publicadas por el baron de Reiffenberg, grande en 8.º, Bruselas, 1843; carta del 11 de Noviembre de 1552, p. 31.)

(1) Scripsi ante annum ad te, si recte memini Cæsarem in adversa valetudine sua impense juvari lectione sacra vel psalmodiæ Davi dicæ vel Bibliorum. (*Ibid.*, p. 30 y carta del 24 Diciembre 1552, p. 86.)—Theologamur valde sesio in psalmodia, spiritus ille Davidicus prorsus in Cæsare resuscitatus. (*Ibid.*, carta del 5 de Mayo 1551, p. 44.)

súbditos, el principio vital de varios de sus Estados, y la sólida grandeza de su dominacion.

Como soberano interesado y como católico convencido, hizo lo que correspondía. Sin trabajo había preservado sus reinos de España y sus Estados de Italia de la invasion de ideas nuevas, rechazadas tambien por él de los Países Bajos. Sólo Alemania se sustrajo á su accion religiosa. Varias veces estuvo á punto de intervenir con tal motivo, pero necesidades más apremiantes distrajéronle hácia otras empresas. Cuando por primera vez apareció en Alemania para hacerse coronar en Aix-la-Chapelle, en 1520, y para ordenar el estado político y prohibir los cambios religiosos en la Dieta constituyente de Worms de 1521, no pudo prolongar su estancia en aquel país agitado por el espíritu de independecia y controversia, ni contener la explosion de la reforma protestante, si bien desterró del imperio al reformador Lutero. El alzamiento de las Comunidades en España, las guerras de Italia, que duraron desde 1521 hasta 1529, llamáronle al Sur de Europa y retuviéronle hasta que los españoles se sujetaron por completo á su autoridad y los italianos á sus arreglos, y hasta que hubo impuesto su voluntad triunfante á los dos grandes vencidos que sucesivamente cayeron en sus manos en el campo de batalla de Pavía y en el saco de Roma, renunciando Francisco I la posesion del Milanesado y los derechos señoriales sobre Flandes, y aceptando Clemente VII su preponderancia soberana en la península latina.

Luégo reapareció en Alemania. Pero despues de ocho años de ausencia encontróla transformada. Lo que en 1521 sólo era doctrina de un hombre, en 1530 era creencia de un pueblo. La confesion luterana de

Augsburgo, adoptada por siete poderosos príncipes territoriales y veinticuatro ciudades libres, establecían allende el Rin sobre fuertes bases una Iglesia disidente que hubo de soportar, ya que no la admitiera. Sus consideraciones para con ellos fueron conformes á sus necesidades. Para la eleccion de su hermano el archiduque Fernando, como rey de los romanos en 1531, necesitaba el asentimiento de toda Alemania, y para rechazar la invasion de Soliman en 1532, era indispensable la union de todas sus fuerzas.

Desde entónces y durante trece años, las expediciones de Cárlos V contra los berberiscos, á quienes ganó Túnez en 1535 y quiso ganar Argel en 1541; su cuarta y quinta guerra con Francia en 1537 y 1543; su resistencia al avance de los turcos por la parte de Europa oriental lleváronle á entenderse con los protestantes de Alemania, que por la tolerancia eran auxiliares, y por la persecucion hubieran sido enemigos. Entró, pues, en pactos con ellos, que duraron lo que las exigencias de su política. En Augsburgo, en Ratisbona, en Spira autorizó momentáneamente por los años de 1530, 1541 y 1544 la disidencia religiosa de Alemania, á fin de atender en persona al Austria, Italia, Africa, Hungría y Francia. Los únicos medios empleados para retrotraerlos á la creencia que habían abandonado fueron las libres discusiones en conferencias teológicas, donde los doctores de ambos cultos no pudieron nunca entenderse, y la convocatoria de un concilio general, donde asistieron sólo los católicos, y dieron expresion más rigurosa á los dogmas de su fe y mayor concentracion á los poderes de su Iglesia.

Pero no pasaron las cosas del mismo modo cuando Cárlos V hubo terminado felizmente todas sus gran-

des contiendas políticas y territoriales. El pueblo español, completamente dominado desde la derrota de los *comuneros*, que cambió la monarquía en cierto modo limitada de la Edad Media en monarquía absoluta, habíase hecho dócil y belicoso instrumento de sus victorias, de su grandeza y de su dominacion en todo el mundo. Los Países-Bajos, engrandecidos por Norte y Sur, emancipados de todo vasallaje con respecto á Francia, apartados de su antigua insubordinacion por el duro castigo de los ganteses en 1540, preservados de las nuevas doctrinas por las terribles disposiciones de sus edictos contra herejes, estaban bajo su fuerte mano unidos, pacíficos, prósperos y potentes. Italia parecía adscrita por siempre á su soberanía ó entregada á su influencia. Estaba en paz con Francisco I, que tocaba al término de su helicosa vida y de sus pertinaces ambiciones. Había, en fin, concluido con Soliman una tregua que libraba á Europa de las agresiones de los turcos por la parte oriental. Habiendo triunfado casi en todas partes, no temiendo desórden en sus Estados ni ataque en sus fronteras, dirigióse á los alemanes como Emperador que quería ser obedecido, y á los protestantes como católico que quería restablecer la unidad de creencias.

En aquella cruzada política y religiosa tuvo por auxiliar al Papa Paulo III, de quien recibió considerable socorro en hombres y dinero. A pesar de la alianza concluida con el Soberano Pontífice al efecto de suprimir el nuevo culto, no se declaró en un principio abiertamente enemigo del protestantismo. Para adelantarse en su propósito más fácilmente, persiguió á la liga de Smalkalda ántes de acometer á la confesion de Augsburgo. Mediante esa hábil y falaz maniobra

obtuvo la ayuda militar de los protestantes, ávidos y sumisos, tales como el duque Mauricio de Sajonia, los margraves Juan y Alberto, de Brandeburgo Custrin y Culmbach; la neutralidad segura de los protestantes tímidos, como el elector de Brandeburgo y el elector palatino. No encontró, por consiguiente, más resistencia que la muy temible todavía de los protestantes confederados en Smalkalda, cuyos principales jefes eran el elector de Sajonia, Juan Federico, el landgrave de Hesse, Felipe el Magnánimo y el duque Ulrico de Wurtemberg, que salieron á su encuentro con un ejército de 80.000 hombres. Despues de declararlos traidores al Imperio, atacólos mandando las fuerzas españolas, flamencas, italianas y alemanas, á orillas del Danubio y á orillas del Elba. Vencedor en Ingolstadt en 1546 y en Muhlberg en 1547, y habiendo dividido y derrotado á las tropas confederadas, penetrado en sus ciudades, ocupado su país, preso á sus jefes, todo cedió bajo sus armas y á su voluntad despues de dos campañas que le hicieron dueño de Alemania, desde Constanza á Hamburgo y desde Nuremberg á Colonia.

Queriendo afirmar y pensando perpetuar allí su dominio, Cárlos V retuvo presos á los dos jefes vencidos del protestantismo armado: el duque Juan Federico, á quien despojó del electorado de Sajonia, dándoselo á su primo Mauricio, y el landgrave de Hesse, cuyo carácter emprendedor temía. Arrebató á las ciudades libres sus privilegios, apoderóse de la artillería gruesa que servía para defenderlas, transportando á sus Estados hereditarios más de 500 cañones. Desarmó á los países que cayeron en su poder, impúsoles contribuciones enormes, guarneció con españoles é italianos

las plazas más importantes y ordenó á todos los Estados que mensualmente pagasen á las Cajas militares del Imperio el dinero necesario para una leva de tropas capaz de reprimir una insurreccion ó rechazar una invasion. Realizada la primera parte del plan que había concebido, privando á Alemania de su independencia política, empezó la ejecucion de la segunda tratando de arrebatarle su independencia religiosa. Habiéndola reducido á la obediencia, esperó convertirla al catolicismo.

El Concilio general que durante mucho tiempo había pedido á Clemente VII como único medio de pacificar las contiendas en materia de fe y de culto y que luego arrancó á Paulo III, celebró sus primeras sesiones en Trento sin que los innovadores hallasen seguridad suficiente en aquella reunion para asistir, ni discusion libre en que tomar parte. Alarmado en 1547 por la victoria demasiado completa de Carlos V y temiendo que aquel protector omnipotente de la Iglesia se convirtiese en consejero imperioso de la Santa Sede, Paulo III sacó al Concilio de Alemania llevándolo á Bolonia y suspendiéndolo luégo por completo. Carlos V no reparó en los obstáculos que encontraba donde no debía esperar sino facilidades. Miétras esperaba las decisiones de un Concilio universal y libre, que no dejó de reclamar, él mismo determinó el culto de la Alemania disidente.

Dos obispos católicos y un pastor luterano formularon por su mandato el famoso *interim* de Augsburgo: especie de transaccion entre la antigua y la nueva creencia, que, sin reunir las en una sola, aproximábalas en doctrinas y prácticas.

La teoría luterana de la justificacion por la fe se ad-

mitía juntamente con la prescripcion católica de las obras satisfactorias; concedíase á los protestantes la comunión con dos especies, obligándoles en cambio á la celebracion de la misa y á la admision de los siete sacramentos; tolerábase el matrimonio de los sacerdotes y restablecíase todo el aparato exterior del catolicismo. Cárlos V promulgó en 1548 aquella ley religiosa ante una asamblea seglar. La Dieta de Augsburgo se convirtió en una especie de Concilio, donde hizo admitir sin discusion el *interim* como regla provisional de la fe y del culto impuesta á los diversos Estados y á las numerosas ciudades que seguían la *confesion de Augsburgo*. Más de 500 ministros que se negaban á obedecer fueron expulsados. Despues de haber sometido la Alemania entera á su autoridad y prohibido en todas partes el ejercicio de la creencia protestante, Cárlos V, á quien el Papa Paulo III habia dado los títulos de *muy grande* y *muy fuerte*, pareció encumbrado en la cúspide del poder y la gloria. El silencio de la Dieta germánica ante sus usurpaciones, la adhesion de la Iglesia romana á sus extralimitaciones, persuadiéronle de que tocaba al término de su obra, y entónces preparó todas las cosas para que su hijo le sucediese.

A consecuencia de sus campañas contra los protestantes, habia tenido en 1547 y 1548 (1) dos enfermedades tan graves que creyó sucumbir á ellas. Temiendo sus efectos ó su repetición dictó para su hijo una instruccion (2) muy extensa que, en lenguaje sencillo

(1) Sandoval, t. II, lib. XXIX, § xxxv y § xxxviii, p. 627, 633, 634.

(2) «Avisos ó instruccion del Emperador al príncipe su hijo.» En Sandoval, t. II, lib. XXX, p. 639 á 657.

y elevado, contenía las miras de su política, los consejos de su habilidad, las recomendaciones de su cariño, todas las máximas segun las cuales debía conducirse Felipe con respecto á la Iglesia, tratar con los diversos príncipes de Europa, gobernar sus propios Estados y dirigirse él mismo. Carlos V trataba de comunicarle de ese modo su espíritu y transmitirle su experiencia. El duque de Alba llevó esa instruccion del Emperador al príncipe de España, llamado por órden de su padre á los Países-Bajos, á través de las comarcas donde reinaria muy luego, á fin de que conociese á los pueblos y se hiciese conocer de ellos.

El infante D. Felipe tenía á la sazón 21 años. Carlos V se había dado mucha prisa á desarrollar su espíritu, formar su carácter, enseñarle el ejercicio de la autoridad, comprometerle en los lazos del matrimonio, como si hubiera querido descansar muy pronto sobre él todo el peso de los negocios y los trabajos de la soberanía. Háblele puesto por ayo á un noble, grave y valeroso personaje, el gran comendador de Castilla D. Juan de Zúñiga (1), y para instruirle en letras humanas y en las ciencias religiosas había designado á D. Juan Martínez Siliceo, teólogo eminente, á quien nombró obispo de Cartagena y más tarde arzobispo de Toledo (2), secundándole dos sabios muy versados en el conocimiento de las lenguas griega y latina, Honorato Juan de Valencia (3), que fué luego

---

(1) Sepúlveda, vol. II, lib. XIX, c. iv, p. 100, 101.

(2) *Ibid.*

(3) *Ibid.*, vol. II, lib. XXI, c. xxxvii, p. 189, 190.—Hablaban en latin únicamente delante de él á fin de acostumbrarle al uso de esta lengua, que su padre lamentaba haber dejado de aprender.

ayo del infante D. Carlos, y Juan Ginés Sepúlveda de Córdoba, que debía ser elegante historiador de Carlos V (1). Desde la más tierna infancia del príncipe real, Carlos V hizo que le prestaran juramento las Cortes de Castilla en Valladolid, y en 1542 obtuvo para él la obediencia ménos fácil de los pueblos de Aragon, Valencia y Cataluña, convocados á Cortes en la villa de Monzon (2). Iniciándole desde entónces en los negocios de Estado, confirióle á la edad de 15 años la administracion de España (3), que el infante desempeñó con ayuda de un consejo, cuyos individuos se maravillaban de su aplicacion y prudencia igualmente precoces. En 1543 casó con su sobrina la infanta Doña María de Portugal, que murió poco despues de dar á luz al famoso y triste D. Carlos.

Segun los deseos de Carlos V, abandonó el infante á España por primera vez, pasó á Italia con una escuadra de 58 velas que mandaba Andrés Doria, y rodeado de una corte espléndida, escoltado por una guardia imponente, con todo el esplendor de la grandeza, recorrió la Lombardía, pasó por el Tirol á Alemania y de Alemania fué á los Países-Bajos. Ese viaje, realizado despues de las últimas y brillantes victorias del Emperador, marcó hasta donde puede llegar la idolatría que inspira el poder victorioso. Recibido en todas partes con arcos de triunfo, en medio de fiestas y lisonjas, de regalos y sumisiones, el infante vió

---

(1) Carlos V lo había nombrado su historiógrafo ó cronista en 1536. (*Ibid.*, vol. III, epístola XI, p. 101.)

(2) *Ibid.*, vol. II, lib. XXI, c. xix á xxv, p. 171 á 178.

(3) *Ibid.*, c. xxxvii, p. 189.



salir á su encuentro á los pueblos y á los príncipes (1); oyó llamar *grande, invencible y divino* á su padre, que colocaban entónces por cima de los mayores potentados, igualándole con los hombres más célebres. A él mismo le decían *futuro heredero del mundo* (2) y *esperanza del siglo* (3). Saliendo de Barcelona el 2 de Noviembre de 1548, el infante no llegó á Bruselas hasta 1.º de Abril de 1549. Allí, bajo las satisfechas miradas de su padre, recorrió el hijo las diversas provincias de los Países-Bajos, cuyos privilegios juró y cuyos juramentos recibió. Consagróse todo el verano á esa expedición política, que era como una entrega anticipada de la herencia paterna.

Ese primer viaje que duró cerca de un año, no presentó al infante bajo favorables auspicios, ni hizo concebir grandes esperanzas de su futuro gobierno. Habiendo vivido hasta entónces constantemente con españoles, hábales tomado su carácter altivo, su espíritu de lentitud, su orgullosa tranquilidad. Bajo de cuerpo, delicado de complexión (4), tenía la frente espaciosa, los ojos azules é inteligentes de su padre, su barba saliente, el color rubio de sus cabellos y la blancura

---

(1) Este viaje fué referido en más de 600 páginas in-folio en un libro publicado cuatro años despues en Amberes bajo el título de *El felicísimo viaje del muy alto y poderoso príncipe D. Felipe, hijo del emperador D. Carlos V máximo, etc.*, por Juan Cristóbal Calvete de Estrella, in-fól, Amberes, 1552.

(2) «Orbis terrarum futurus hæres.» (*El felicísimo viaje, etc.*, fól. 33 v.)

(3) «Philippus sæculi spes.» (*Ibid.*, fól. 38.)

(4) Federico Badouaro (Ms. de la Bib. Nac., número 16.363, 2. 2., A.).

de su tez. Su aspecto era de flamenco, su carácter de español. Taciturno y altivo, tímido y obstinado, grave é imperioso, amaba el reposo é imponía temor; «mostró, dicen las relaciones contemporáneas, disposiciones severas é intolerables (1); no agradó á los italianos, desagradó mucho á los flamencos y se hizo odioso á los alemanes.» Però su tía la reina de Hungría, gobernadora de los Países-Bajos, y el Emperador, su padre, le avisaron los peligros de semejante severidad, é hiciéronle conocer que no sentaba en un príncipe destinado á regir naciones diferentes y cristianas (2).

Aquella lección no dejó de dar fruto. Otras recibió, que también le aprovecharon. Los señores de los Países-Bajos, por orden del Emperador, enseñáronle los diversos ejercicios de la caballería (3), de que sus gustos le habían apartado en España; pero no consiguieron hacerle diestro. En uno de los torneos donde se presentó, lanza en mano, recibió en el casco un golpe que le hizo caer desmayado de la silla de su caballo (4). Le llevaron al palacio de su padre, sin que recobrara los sentidos, y posteriormente nunca fué luchador atrevido ni diestro (5). Carlos V hubiera

---

(1) «Un ánimo severo et intolerabile.» (*Relazione di Michele Soriano*, de 1559. Ms. de la Bib. Nac., núm. 10.803, 2. 2., A.).

(2) «Ma essendo avvertito... della regina Maria, et an più efficacia del padre, con questa reputatione et severità non se conveniva à chi doveva dominare nationi et populi di cristiani diversi, se mutó.» (*Relazione di Michele Soriano* de 1559. Ms. de la Bib. Nac., núm. 18.083, 2. 2., A.).

(3) Mariano Cavalli, en Alberi, serie I, vol. II, p. 217.

(4) Sepúlveda, vol. II, lib. XXVI, c. LIV, LV, p. 381.

(5) En una justa que tuvo lugar en la plaza de Augsbur-

querido hacerle príncipe guerrero, más fácilmente logró hacerle príncipe político. Durante algunos años túvole á su lado, y le llamaba dos ó tres horas cada día á su aposento para imponerle en los grandes negocios, ora haciéndole presenciar las deliberaciones de su Consejo, ora instruyéndole él mismo á solas (1). En aquella sólida escuela aprendió el infante D. Felipe á contenerse, y se preparó para gobernar.

Cárlos V no pensó únicamente en dejarle sus Estados hereditarios, sino que quiso, al propio tiempo, prepararle la posesion de la autoridad imperial. Consideraba dicha autoridad necesaria para la defensa de los Países-Bajos y la conservacion de Italia. Antes de bajar del trono, trató de realizar ese difícil propósito. En el verano de 1550, acompañado del infante partió para Alemania, sometida hacia dos años á todas sus voluntades, y fué á celebrar Dieta en Augsburgo. Proponíase establecer un orden de sucesion, inesperado en el imperio, á fin de asegurar la soberanía á su familia por elecciones alternativas y préviamente convenidas entre los príncipes de la casa de Austria, cuya estrecha union supliría á la vasta unidad que desaparecería con él. En 1531 había hecho nombrar rey de los romanos al archiduque Fernando, á quien

---

go en 1.º de Febrero de 1551, el embajador de Francia, Marillac, dijo que los señores de la corte se habían distinguido poco. Hablando de Felipe, añade: «Le prince d'Espagne fist encore pirement que tous, sans pouvoir jamais rompre une lance ny donner une seule atteinte.» (*Carta de Marillac al condestable de Montmorency*, del 3 de Febrero de 1551. Ms. de la Bib. Nac.; Brieme, núm. 89, fol. 196 vto.)

(1) Marino Cavalli, en Alberi; serie I, vol. II, p. 217.

generosamente cedió en 1520 el Austria, la Stiria, la Carniola, la Carinthia y el Tirol, añadiendo en 1526 los reinos de Bohemia y de Hungría. Desde entónces los dos hermanos estuvieron inalterablemente unidos. En todos casos favoreció Cárlos V los intereses de Fernando, y sirvió Fernando los intereses de Cárlos V. El matrimonio del archiduque Maximiliano, hijo mayor de Fernando, con la infanta María, hija de Cárlos V, añadía un vínculo más á los ya existentes entre las dos familias. El año precedente le envió Cárlos V á España para hacerle su yerno, y que reemplazase á su hijo en el gobierno de la Península. Fernando, como rey de los romanos, estaba llamado á reemplazar á Cárlos V, como Emperador, y era verosímil que Maximiliano, hecho ya rey de Bohemia, le reemplazase á su vez como rey de los romanos. Maximiliano, de espíritu franco, de carácter moderado, de humor afable, de corazon intrépido, era de todo punto grato á los alemanes, que detestaban al infante D. Felipe á causa de su origen español, de sus modales altaneros, de sus disposiciones sombrías, de sus pensamientos despóticos, mal ocultos bajo el silencio, y no bien disfrazados bajo el disimulo (1).

Eso no fué obstáculo para que Cárlos V tratase de hacer que su obediente familia y el subyugado imperio prefiriesen el uno al otro. Primero comunicó su

---

(1) El embajador de Francia, Marillac, revelando en una correspondencia los sentimientos opuestos que inspiraban los dos jóvenes príncipes en Alemania, dice: «Les allemands aiment d'autant le jeune roy de Bohême en lui dediant leur cœur et leur affection, pour la peur qu'ils ont de tomber en la puissance de l'autre.» (*Carta de 10 Marzo de 1855 á Enrique*. Ms. de Bethune, núm. 89, fól. 233 vto.)

propósito á Fernando, que no se mostró favorable, y por primera vez le resistió (1), remitiéndose, sin embargo, á lo que decidiera Maximiliano, á quien hicieron ir desde Valladolid á Augsburgo en el rigor del invierno. Allá tambien fué dos veces desde los Países-Bajos, llamada por Cárlos V (2), su hermana la reina María, á quien su espíritu superior y su carácter decidido aseguraban grande influencia, á fin de que sirviese de mediadora entre los dos hermanos y los dos primos. Después de largos y animados debates, la voluntad de Cárlos V prevaleció.

Hizo extender al obispo de Arrás un convenio que se concluyó misteriosamente en su aposento el 9 de Marzo de 1551 (3). Convínose que tan luégo como Fernando heredase el imperio, el príncipe de España sería electo rey de los romanos, título que volvería á Maximiliano cuando Felipe fuese emperador. Los príncipes de ambas ramas obligábanse á defender mutuamente sus Estados particulares al propio tiempo que se comprometían á sostener en comun los negocios de Alemania contra todos los que por desórdenes ya políticos, ya religiosos, atentasen á la dignidad imperial ó á la fe católica. Rey de los romanos, Feli-

---

(1) Véase la interesantísima y colérica carta que Cárlos V escribió sobre este asunto á su hermana la reina de Hungría, el 16 de Diciembre de 1550. (*Lanz, Correspondenz des Kaisers Karl V*, in. 8.º Leipzig, 1846, vol. III, p. 15 á 21.)

(2) El 10 de Setiembre de 1550 y el 1.º de Enero de 1551. Ms. de Bethuné, núm. 89, fól. 75 y 173 v.º

(3) La minuta del acta estaba escrita de mano del obispo de Arrás, y debe encontrarse en los archivos imperiales de Viena. Hay una copia de ella en los archivos de Bélgica, que he visto merced á la consideracion de M. Gachard.

pe recibiría una parte de la autoridad de Fernando; emperador, delegaría durante sus ausencias toda la administracion de Alemania en Maximiliano. En fin, para cimentar todavía mejor la union creada entre las dos familias por ese tratado de sucesion alternativa al imperio y de alianza defensiva de sus Estados patrimoniales, Felipe tuvo que casarse con una de las hijas de Fernando, así como se había casado Maximiliano con una de las hijas de Cárlos V.

Ese arreglo, que hacía en cierto modo hereditaria la corona imperial asegurándola anticipadamente á varios poseedores, necesitaba la ratificacion de Alemania. Los electores á quienes hubiera despojado de sus derechos no podían aceptarlo, ni estaban dispuestos á sufrirlo. Los de Maguncia y Tréveris, únicos que hubieran comparecido en la dieta, abiertamente manifestaban que no lo consentirían jamás, «porque »habian jurado guardar la ley del imperio, y que por »otra parte se habian prometido todos juntos no ha- »cer emperador á ningun español (1).» El duque Mauricio de Sajonia y el Margrave Joaquin de Brandeburgo, cuya alianza interesada y cuya neutralidad acomodaticia habían facilitado en otro tiempo la victoria de Cárlos V sobre los protestantes, aunque fueron solicitados los primeros, tampoco se conformaron, y hasta instó el margrave Joaquin á Fernando para que lo abandonase, so pena de hacerse odioso á toda Alemania (2).

---

(1) Así lo decían al nuncio del Papa y al embajador de Francia. Este lo comunicó á su corte (*Despacho de Marsillac á Enrique II*, del 16 y del 22 de Dic. de 1550, fól. 58, v.º 166; del 6 de Enero y del 24 de Feb. de 1551, fól. 174 y 207).

(2) Bucholtz, vol. IV, p. 465-467.

Alemania, en efecto, trémula bajo la dominacion del padre, no quería exponerse á la dominacion del hijo. El espíritu comprimido de su antigua independencia, el sofocado fuego de su nueva fe, estaban á punto de estallar, y Cárlos V iba por fin á encontrarse con aquellas dificultades inherentes á la misma naturaleza de las cosas que por la fuerza se suspenden, pero no se suprimen. Despues de haber adelantado su obra en Augsburgo, habíase trasladado, con esperanza de acabarla, á Inspruck, en las gargantas del Tirol. Desde allí podía dirigir el concilio cuya convocatoria había logrado de Julio III y que por segunda vez se reunía en la ciudad de Trento en el mes de Setiembre de 1551. Había hecho volver á España al infante Don Felipe, revestido de todos los poderes reales y embriagado por las más ambiciosas esperanzas. Creía influir sobre la Italia católica como había influido sobre la Alemania protestante; reformar á la unapor el concilio despues de haber sometido á la otra por el *interim*, restableciendo la destruida unidad del mundo católico.

Aquel sueño de la omnipotencia se disipó muy luégo. Había cuatro años que Cárlos V mandaba allende el Rhin como emperador absoluto y hablaba casi como supremo pontífice. El exceso de su autoridad se hizo insoportable á los príncipes, á las ciudades, á los protestantes, á los católicos, que ya no vieron en él sino á un violador de las leyes, tirano de las conciencias, usurpador de los poderes de la Santa Sede. Formóse contra él una misteriosa coalicion, en la cual entraron así los que le habían servido como los que le habían combatido en la pasada guerra.

El duque Mauricio de Sajonia y el margrave Alberto de Brandeburgo, que habían sido hasta entónces los

dos principales apoyos de Cárlos V, hiciéronse jefes de la liga. Aliándose con Enrique II, que por imitar la política de su padre Francisco I sostenía en Italia á los pequeños Estados descontentos, uníase en Constantinopla con Soliman II y declarábase allende el Rhin protector de la libertad germánica, concertaron un simultáneo ataque contra el comun enemigo.

De repente, el elector Mauricio, el margrave Alberto y los hijos del Landgrave de Hesse, dando la señal del levantamiento y de la guerra, marcharon de Norte á Sur al frente de fuerzas irresistibles, reivindicando los derechos de la subyugada Alemania, la excarcelacion de los príncipes luteranos cautivos, levantando por todas partes á su paso las creencias proscritas, reinstalando en sus iglesias á los ministros fugitivos, restableciendo en la administracion de las ciudades á los magistrados desposeidos; llegaron hasta Augsburgo sin encontrar obstáculos. Enrique II, por su parte, había avanzado por Alemania y los Países-Bajos como libertador y conquistador; habíase apoderado de los tres obispados de Metz, Toul y Verdun, que quedaron incorporados á Francia, é iba á ocupar la Lorena é invadir el Luxemburgo. Al propio tiempo, el duca de Parma y la república de Siena, ayudados por los franceses, resistieron con ventaja á los españoles, cuya dominacion habian sacudido, y los bajos de Belgrado y Buda batian á los austriacos en Zegeb y se hacian dueños de Temeswar, Lippa, Wesprim y Szolnok, en Transilvania y Hungría.

Cárlos V se encontró cogido de improviso. No tenía ejército ni dinero (1). Las tropas de su hermano Fer-

---

(1) Instruccion ostensible de Cárlos V á J. de Rye, su

nando con dificultad resistían á los turcos en el Theiss y el Danubio; las suyas, demasiado costosas, habían sido en gran parte licenciadas despues de la completa sumision de Alemania. Fuera de algunas guarniciones puestas en Francfort, Augsburgo, Ulm, en las plazas de Wurtemberg y en los pasos fortificados del Tirol, había enviado contra los parmesanos, desprendidos de su alianza, y contra los vieneses, sublevados contra su yugo, á los veteranos tercios españoles é italianos, con los cuales venciera y ocupara los países germánicos. Súbitamente expuesto á tantos ataques, debilitado por las enfermedades, empobrecido y desarmado por sus mismos esfuerzos y victorias, vió entonces caer, á los redoblados golpes de sus enemigos, su obra apénas bosquejada en Alemania, vacilar su poder, tan laboriosamente consolidado en los Países-Bajos y en Italia, y á punto de ser una vez más franqueadas las barreras que elevó para defender á la cristiandad por la Europa oriental.

En tanto aprieto, Cárlos V, sin turbacion ni debilidad, juzgó su posicion con increíble firmeza de ánimo. Calculando los recursos que le quedaban, y no haciéndose ilusiones respecto á la decadencia de su fortuna y al enflaquecimiento de su poder, reconoció

primer sumiller de corps, enviado cerca de Fernando, del 3 de Marzo de 1552. Lanz, vol. III, p. 99 á 106. Dice: «Nous trouvons personne, ne á Augsbourg ny ailleurs, se veulle laisser persuader á nous accomoder de finance, quelque grand party que leur voulons offrir.» (P. 100.) Hablando de las tropas dice que los confederados habían de largo tiempo atras formado las mejores en Alemania, y que, añade: «par faulte de finance et attendant la venue du dict duc (Mauricio) nous sommes laissé prévenir». (P. 101.)

ante todo que no podia quedarse en Inspruck sin riesgo. «Si yo esperase aquí mas tiempo, escribía el 4 de Abril de 1552 á su hermano, noticiándole la llegada de Mauricio victorioso á Augsburgo, cualquier mañana me cogerian en mi cama» (1). Despues de haber examinado los varios partidos que se le presentaban, añade con esa elevacion de orgullo y de pensamiento que no se equivoca sobre los juicios humanos y se pone por cima de ellos: «Haga yo lo que quiera, si sale bien, lo atribuirán á la fortuna; si mal, la culpa será mia» (2). Decidióse á ir á los Países-Bajos, como lugar más favorable para reunir prontamente un ejército, llamando á sus partidarios de Alemania, á sus soldados de Italia, á sus tercios de España, y luégo, colocado entre las tropas de Enrique II y las de Mauricio, hacer frente á unas y otras. Ese partido era el mejor, pero muy peligroso. El camino para los Países-Bajos estaba interceptado, y corría peligro de caer en manos de sus enemigos. No vaciló, sin embargo. «Todo bien considerado, continuaba, viéndome en el estado en que me veo, encomendándome á Dios y poniéndome en sus manos, he preferido tomar resolucion por la que puedan creermeme viejo loco que perderme en mis postreros dias sin hacer lo que debo y quizas más de lo que mis fuerzas y debilidades me aconsejan. Viéndome necesitado de pasar una gran vergüenza ó de correr un gran peligro, quiero mejor irme á la parte del peligro, puesto que en manos de Dios está el

---

(1) Carta de Carlos V á Fernando. Lanz, vol. III, p. 159.

(2) *Ibid*, p. 160.

»remediarlo, que estar en la de la vergüenza» (1).

Propúsose, por lo tanto, ir á Flandes costeando el lago de Constanza, y pasando por la alta Alemania (2). El 6 de Abril, entre once y doce de la noche, seguido de cinco servidores, salió misteriosamente de Inspruck, sin tener más confidentes de su partida que el obispo de Arrás y el chambelan La Chaulx, encargados los dos de ocultar su ausencia, diciéndole enfermo. Toda la noche anduvo á caballo por caminos extraviados. Al siguiente dia adelantó, á traves de las montañas, y llegó no léjos de Füssen. Pero cuando se acercaba á las puertas del Tirol, sus fuerzas, que flaquearon, y el rumor que se divulgaba de la aparicion de sus enemigos en las desembocaduras de los Alpes, obligáronle á retroceder. Volvió de noche á Inspruck, sin que se hubiera sospechado allí la tentativa que acababa de hacer, y que habían frustrado sus males, más que sus temores (3). Allí, ordenando levas de tropas en todas partes, negoció, por mediacion de su hermano el rey de los romanos, con los insurrectos alemanes, á quienes quería separar de los franceses á fin de dividir á sus enemigos, y estuvo expuesto durante más de un mes á la sorpresa que había previsto, y que no pudo evitar.

Las conferencias, que se abrieron demasiado pronto, no produjeron acuerdo entre Cárlos V, que no conce-

---

(1) Lanz, vol. III, p. 161.

(2) *Ibid.*

(3) El mismo Cárlos V refiere este viaje proyectado clandestinamente, y con tanta precipitacion resuelto, en una carta de 30 de Mayo de 1552, fechada en Villach de Carintia, y escrita á su hermana la reina de Hungría. Esta carta la inserta Bucholtz, vol. IX, p. 544 á 547.

día bastante á los confederados, y los confederados, que exigían mucho de Carlos V. En el breve espacio que separó los tratos de Lintz de las conclusiones de Passau, ántes de la tregua que se convino como preparacion de la paz, y en el momento mismo en que Fernando iba á buscar á Inspruck las postreras instrucciones del Emperador y llevarle sus conciliadoras súplicas, Mauricio intentó un golpe de los más atrevidos. Por una marcha rápida hácia los Alpes y por un ataque súbito apareció en Füssen, deshizo en Reutte á las tropas imperiales que guardaban los desfiladeros del Tirol, apoderóse de la fortaleza de Ehremsberg, y dirigióse á Inspruck para dictar allí la ley al que poco ántes parecía dominador del mundo. Informado la misma noche del 19 de Mayo de los triunfos imprevistos y de la aproximacion amenazadora de Mauricio, Carlos V huyó precipitadamente, adelantándole sólo en algunas horas (1).

Llegado de noche á Inspruck, el osado Elector que entregó al saqueo de sus soldados el palacio de Carlos V, hubiera podido perseguirle y alcanzarle. El duque de Meklemburgo se lo aconsejaba, pero Mauricio no necesitaba tan gran victoria, que le hubiera sin duda puesto en apuro. «No tengo todavía, dijo, jaula para guardar á un pájaro de ese tamaño» (2). Bastábale haber expuesto á Carlos V al peligro de ser preso, á la humillacion de huir, y arrojándole de aquella posicion central haberle rechazado á la Carinthia, desde

(1) Carlos V cuenta tambien á su hermana su huida de Inspruck, en otra carta escrita igualmente desde Villach en 30 de Mayo. Lanz, vol. III, p. 203, 204.

(2) Seckendorf. *Historia de la reforma de la Iglesia cristiana en Alemania*, año 1552.

donde no podría emprender nada y vería al ejército de los confederados elevarse como una barrera entre Alemania y él.

Después de aquella hazaña, Mauricio fué á Passau para continuar las negociaciones suspendidas en Lintz. El Emperador comprendió que era preciso entenderse con los alemanes sublevados y renunciar á sujetarlos. Cedió en todo lo que no afectaba al honor de su carácter, á los derechos de su autoridad y á los escrúpulos de su conciencia.

Después de haber dado por sí mismo libertad al duque de Sajonia Juan Federico, en el momento de salir de Inspruck, concedió la excarcelacion del Landgrave de Hesse, cuya prolongada cautividad había sido una de las causas del alzamiento, pero subordinando esa excarcelacion al licenciamiento previo de las tropas confederadas. No exigió que los confederados marchasen contra el rey de Francia, pero que si rompieran los pactos que á él les ligaban, y no permitió que se diera parte á Enrique II en las negociaciones de Passau (1). Mostrándose dispuesto á restablecer en Alemania la concordia política y la paz religiosa, no dejó debilitar la autoridad imperial ni consagrar definitivamente la fe luterana. Declaró que su dignidad, como jefe del imperio, su creencia como príncipe católico, no le permitían ceder en esos dos puntos (2); y cuando le

---

(1) Véanse sus numerosas cartas desde 21 de Marzo á 8 de Junio, en Lanz, vol. III.

(2) Declaracion final del Emperador de 10 de Julio. Véase en Lanz, vol. III, p. 358 á 360.—Su instruccion en forma de orden á sus comisarios, el canciller J. de Rye y el vice-canciller Seld. *Ibid.*, p. 361 á 365.

pidieron la reparacion inmediata de agravios y la tolerancia del protestantismo, anunció que prefería romperlo todo, y remitióse á los Estados germánicos congregados en Dieta, para ordenar de acuerdo con ella el ejercicio legal de la autoridad, y decidir si un concilio general ó un concilio nacional sería el medio más á propósito para que terminasen las disidencias religiosas y se restableciese la fe comun.

El tratado de Passau, en que consintió por las patéticas súplicas de su hermano Fernando y por los peligros de Hungría, á socorrer la cual prometía ir Mauricio con su ejército (1), firmóse el 2 de Agosto, en los propios términos exigidos por el orgullo y los escrúpulos de Carlos V. En él se consagraban, sin embargo, la independencia germánica y la paz religiosa, aunque bajo forma provisional, por la voluntad triunfante y puede decirse universal de Alemania. Mientras llegaba la Dieta definitiva, á cuya decision se remitía todo, los sectarios de la confesion de Augsburgo no debían ser molestados en el pacífico goce y libre ejercicio de su culto: la Cámara imperial, de que los Estados luteranos no podían ser excluidos, debía administrar justicia sin consideracion á diferencias religiosas; el Consejo áulico debía componerse sólo de ministros alemanes, así para deliberar sobre los asuntos generales del imperio como sobre los asuntos particulares de los Estados. Despues de la transaccion de Passau, cuyas cláusulas fueron convertidas tres años más tarde en ley fundamental del imperio por la confirmacion de la Dieta de Augsburgo, á que Carlos V

---

(1) Carta de Carlos V á la reina María del 16 de Julio de 1552, en Lanz, vol. III, pág. 377, 378.

quiso permanecer extraño, fué Mauricio á Hungría contra los turcos, y Carlos V adelantó hácia Francia á la cabeza de un ejército de 80.000 hombres para recuperar de Enrique II las ciudades que le había ganado.

Dirigióse á la fortísima plaza de Metz, donde estaba encerrado el duque de Guisa con un pequeño ejército y la flor de la nobleza francesa. Cárlos V le puso sitio durante los últimos meses de 1552, entre los frios del invierno y las lluvias del otoño. Pero el valeroso y vigilante duque de Guisa defendióla victoriosamente. El anciano Emperador no tuvo mejor éxito en sus ataques contra Francia que en su propósito de dar la corona imperial á su hijo y en la ejecución de sus planes políticos y religiosos sobre Alemania. Vióse obligado á levantar el sitio de Metz despues de haber perdido la mitad de su ejército por los rigores de la estacion, ni más ni ménos que había desistido de la candidatura del príncipe real de España para el imperio (1), y había renunciado á que toda Alemania fuese dependiente y católica. Por esos reveses consecutivos comprendió que se paraba el curso de sus propósitos, y asegúrase que, aludiendo á la edad de sus felices adversarios, dijo con tanta profundidad como talento: «La fortuna sólo es amiga de los jóvenes» (2). No con-

---

(1) Carta de Cárlos V á Fernando del 3 de Febrero de 1554, en Lanz, vol. III, pág. 606.

(2) «...Quem auditum ferebant, quum diceret *nempe fortunam esse juvenum amicam.*» Strada, *De bello belgico*, p. 11. Bayle advierte juiciosamente en la nota K de su artículo sobre Cárlos V, que Maquiavelo había ya presentado y comentado esta máxima en el cap. XXV de su *Príncipe*: «...E pero sempre (la fortuna) come donna é amica de' giovani, perchè

tinuó, pues, la guerra sino para acabarla bien. Aunque asistió en persona al sitio de Metz (1), cuya dirección confió al duque de Alba, estuvo allí casi constantemente enfermo, y si alguna vez se presentó á caballo en medio de su campamento, las más veces iba en litera. Ni áun pudo mandar personalmente la campaña de 1553, que fué más favorable. Retenido en Bruselas, hizo sitiar, tomar y arrasas las ciudades de Therouanne y del viejo Hesdin, cuyas guarniciones molestaban á Flandes con sus salidas.

Veíase ya incapacitado para conducir en persona sus ejércitos y proveer á la ejecucion de sus planes. Habíanse agravado sus males (2) por la edad y por una invencible falta de sobriedad. Aquel grande hombre que sabía dominar sus pasiones, no sabía contener su apetito; era señor de su alma en los varios extremos de la fortuna, y no lo era de su estómago en la mesa. Ni los juiciosos consejos de su antiguo confesor (3), ni las severas amonestaciones de la enferme-

---

son meno rispetivi, più feroci é con più audacia la commandano.»

(1) Sandoval, vol. II, lib. XXXI, § 24, p. 724 á 726. Carta de Malinaeus escrita desde el campo delante de Metz el 24 de Diciembre de 1552, p. 91, 92.

(2) Memoria de 1555 del embajador Marillac á la corte de Francia. Ms. de la Bib. Nac. é inserta en Ranke *Deutsche Geschichte in Zeitalter der Reformation*, vol. VI, p. 490 y siguientes. «Amitost que le froid approche il faut qu'il demeure enserré en un pois le ou pour mieux dire en une fournaise en laquelle peut-on demeurer un quart d'heure, et toutes il y est tout le jour. Au reste il a trois maladies inveterées, les quelles à chacune fois le conduisent à l'extremité.»

(3) El cardenal Loysa, que había sido confesor suyo y que

dad, pudieron cambiar sus costumbres desordenadas en ese punto. Durante el doloroso invierno de 1551, que pasó todo entero en Augsburgo en su aposento caldeado con una estufa, de donde no salía sino tres veces á una sala inmediata para mostrarse y comer en público por las fiestas de San Andrés, Navidad y Reyes; cuando estaba tan extenuado que le creían próximo á su fin, y que los mismos médicos concedíanle apenas pocos meses de vida (1), el inglés Rogerio Asham, que asistió á una de sus comidas, quedóse sorprendido de lo que comió, y sobre todo de lo que bebió. Vaca cocida, carnero asado, liebre al horno, capones aderezados, nada rechazó el Emperador. «Cinco veces, dice Asham, hundió su cabeza en el vaso, y en cada una no bebió ménos de un cuartillo de galon de vino del Rhin (2).»

Dos años despues de la comida descrita por Asham, el chispeante y erudito Van-Male, ayuda de cámara de Carlos V, pintó un cuadro lleno de gracia y malicia de los irresistibles caprichos de su amo en el sitio de Metz, y de las condescendencias peligrosas que tenían con él los médicos. «El vientre, escribe á Luis de

lo representaba como embajador cerca de la Santa Sede, le escribía desde Roma á propósito de este asunto. *Cartas al emperador Carlos V escritas en los años de 1530-32, copiadas de los autógrafos en el archivo de Simancas*, por S. Heine, in 8.º, Berlin, 1848, p. 69.

(1) *Correspondencia de Marillac á Enrique II y al condestable Anne de Montmoreney*, fechada en Augsburgo en 1550 y 1551. Bib. Nac. Ms. de Brienne, núm. 89.

(2) *Works of Roger Asham*, London, 1761, in 4.º, carta de 20 de Enero de 1551, p. 375.—El galon contiene cuatro libras y media.

Flandes, señor de Praet, y una fatal voracidad, son la antigua y profundísima fuente de las muchas enfermedades del Emperador. A tal punto le domina, que en su peor estado de salud, y entre los tormentos de la enfermedad, no puede privarse de las bebidas y manjares que le son más nocivos. Protestareis contra esa intemperancia del César y contra la ligereza, indulgencia y debilidad de los médicos. Esto es asunto de todas las conversaciones. ¿Desdeña el Emperador la carne? que se la lleven. ¿Desea pescado? que se lo den. ¿Quiere beber cerveza? que no se le niegue. ¿Le repugna el vino? que lo retiren. El médico se ha hecho complaciente. Lo que el César quiere ó rechaza, eso ordena ó prohíbe... Si la bebida no está helada le desagrada... Es bien seguro que afligido por tantos males, la frialdad de la cerveza expuesta al aire durante la noche, y que bebe al amanecer, no le conviene. Tanto se ha acostumbrado, sin embargo, que no teme beberla con peligro inminente de disentería. Como soy su escanciador de día... le he oído exhalar lamentos que atestiguaban sus dolores... Le he dicho todo lo que me ha parecido más propio para apartarle de beber tan inoportunamente un líquido tan nocivo, añadiendo que ninguno de nosotros, aún teniendo fuerza y salud atléticas, soportaría sin ponerse malo la cerveza helada al amanecer y en invierno, mientras que él no teme beberla á su edad, con una salud destruida por las enfermedades, viajes y trabajos. Ha convenido en ello, y gracias á ese buen consejo, se prohíbe poner al aire la cerveza. El doctor Corneille (Baesdorp) tampoco le permite el vino demasiado frio en las comidas. No sé si se resignará por mucho tiempo. Aquí maldecimos á menudo el afectuoso cui-

dado que tiene la reina (de Hungría) de enviarle pescados... Recientemente devoró con gran peligro esa clase de alimento durante dos dias seguidos. Trajéronle lenguados, ostras, que comió crudas, cocidas, asadas, y casi todos los pescados del mar (1).»

En el verano que siguió al sitio de Metz, Cárlos V, sintiendo que el desfallecimiento de su cuerpo se prestaba cada vez ménos á las miras siempre firmes del espíritu, preparóse para hacer la abdicacion que de mucho atras meditaba. El reposo y salubridad de los climas del Mediodía parecióronle únicos remedios á las enfermedades que el cansancio de los negocios y la ruda temperatura del Norte aumentaban sin cesar. Eligió, pues, á España, como lugar de su retiro definitivo, y en España el delicioso valle llamado la Vera de Plasencia, en la parte más arbolada de Extremadura, y en la falda meridional de una montaña que el sol calienta en invierno, que espesos bosques y numerosos arroyos templan en verano. A la sombra de un claustro proyectó retirarse.

Cárlos V había gustado siempre de los frailes. En sus grandes aflicciones, en la víspera ó al dia siguiente de sus más importantes empresas, iba á buscarlos para tomar en el retiro y en la oracion consuelo y fuerzas. Despues que le eligieron en Francfort, cuando en 1520 iba á embarcarse en la Coruña para los Países-Bajos y Alemania, visitó piadosamente la iglesia de Santiago de Compostela, el Apóstol de la Península, cuyo religioso patronato animó durante ocho siglos á los cristianos españoles en la conquista armada de su

---

(1) Carta de Malinaeus al Señor de Praet de 24 de Diciembre de 1552, desde el campo delante de Metz, p. 91 y 92.

país, y cuyo nombre les sirvió de grito de guerra contra los musulmanes (1). Antes de partir para Italia en 1529 (2), á fin de tomar la corona de hierro de los lombardos y la corona de oro del imperio, pasó algunos dias en el convento de Santa Engracia de Zaragoza (3). Cuando estaba dispuesto á embarcarse en su escuadra para la expedicion de Túnez, en 1535, hizo una peregrinacion á la célebre abadía de Montserrat, y nueve veces en su vida (4), atravesando el condado de Barcelona, fué á prosternarse ante la Virgen de ese venerado santuario, á cuya imágen debía conservar hasta su último suspiro tiernísima devocion, como en la muerte de la Emperatriz, acaecida en 1539, llevó su dolor y su luto al convento de la Sisle, á dos leguas de Toledo, y despues de la dispersion de sus buques delante de Argel, en 1541, y del abandono forzoso de su empresa, encerróse en el monasterio de la Mejorada, no léjos de Olmedo (5), con intencion sin duda de fortalecerse contra aquel reves.

---

(1) ¡Santiago y á ellos!

(2) Sandoval, vol. II, lib. XXII, § 7, p. 217.

(3) Sigüenza, vol. III, lib. II, p. 445.

(4) «Fué el Emperador devotissimo de Nuestra Señora de Montserrate... Nueve vezes se halla por los libros de Su Magestad visitó esta santa casa... Muchas limosnas dió, y cada vez que venía la mandaba dar: no quería que se supiese lo que mandaba dar; parece cantidad de veynte mil ducados por los libros: en una partida se hallan mil ducados, que mandó librar en Zaragoza, año de 1524.» (Sandoval, vol. II, p. 896, 897.)

(5) Sandoval lo cuenta de esta manera, segun el manuscrito del prior de Yuste, Fray Martin de Angulo: «Cuenta este padre que volviendo el Emperador de la partida de Ar-

Nada mejor que lo ocurrido en la desastrosa empresa de Argel prueba la grandeza de su resignacion cristiana y la confianza que tenía en las oraciones de los frailes. La expedicion que debía hacerle dueño de ese importante punto del Africa septentrional se emprendió con demasiado apresuramiento á causa de una guerra inminente por la parte de Francia. Carlos V llegó al golfo de Argel en la última semana de Octubre, época de las tormentas de equinoccio. Descadenadas efectivamente sobre el Mediterráneo, dos dias despues de su desembarco, ántes de que hubiera sacado de su escuadra de 400 buques la artillería gruesa para batir á la ciudad en frente de la cual acampaba y los víveres para alimentar á sus soldados, la violencia de los vientos rompió las anclas de los más de los buques que chocaron unos con otros ó fueron arrojados á la costa. Al propio tiempo una lluvia copiosa y fria inundaba el campamento. En tan terrible apuro, expuesto á perecer en aquel paraje por no poder subsistir ni marcharse, Carlos V, cubierto con una gran capa blanca, se paseaba por entre los grandes caballeros de España, y dirigiéndose á Dios, señor de los elementos, no pronunciaba más que es-

---

gel y jornada de Italia, se recogió en la Mejorada, que es un insigne monasterio cerca de la villa de Olmedo, y que estuvo en él muchos dias, y viernes de la Semana Santa á la hora de comer se paseaba por unas calles de cipreses muy hermosas que tienen un cercado; preguntó qué comía el convento, dixéronle que pan y agua, y mandó que traxessen dos panexillos de los que los religiosos comían y un jarro de agua, y en pié paseándose le comió y bebió el agua, y con aquello passó aquel dia.» (*Vida del Emperador en Yuste*, vol. II, p. 830.)

tas palabras (1): *¡fiat voluntas tua! ¡fiat voluntas tua!* De repente, á eso de las once y media de la noche, en lo más fuerte del huracan, llamó á experimentados pilotos y preguntóles cuánto tiempo podían resistir los buques de la escuadra á los embates de la tempestad.—Dos horas, respondieron.—Acordándose entónces de los cantos que á media noche empezaban en todos los conventos de su reino y creyendo que aquella universal plegaria cristiana subiría al cielo y le conciliaría la asistencia divina, con rostro reanimado por la esperanza dijo á los suyos: «Tranquilizaos; dentro de media hora todos los frailes y monjas de España se levantarán y orarán por nosotros (2).» Bien es verdad que, despues de mostrarse cristiano confiado, obró como capitan resuelto retirándose habilmente del cabo de Matefú, donde se habían refugiado los restos de la escuadra y de donde volvió á Europa con su ejército.

Entre los frailes tenía preferencia por los jerónimos. Formaban éstos una orden casi exclusivamente española, fundada por algunos ermitaños de la península que en 1373 obtuvieron del Papa Gregorio XI autorizacion para reunirse en congregaciones religiosas bajo la advocacion de San Jerónimo y con la regla de San Agustin (3). Su primer monasterio se levantó en San Bartolomé de Lupiana, en una de las

(1) Sandoval, vol. II, lib. XXV, § 12, p. 409.

(2) Sandoval, vol. II, lib. XXV, § 11, p. 408.

(3) El Papa Gregorio XI, en su bula del 18 de Octubre de 1373, los había llamado hermanos ó eremitas de San Jerónimo y les había dado la regla de San Agustin, por la amistad de éste con el otro santo. Sigüenza, *Historia de la orden de San Jerónimo*, parte II, p. 38, 39.

colinas de Castilla la Vieja. Desde allí se esparcieron prontamente á la llanura de Toledo, al bosque de pinos de Guisando, á los mirtos de Barcelona y Valencia, á los emparrados de Segovia, á los castañares de Extremadura. Situándose no léjos de las ciudades, en parajes gratos y solitarios, cubrieron la península con sus conventos, desde Granada á Lisboa, desde Sevilla á Zaragoza (1). Consagráronse en un principio á la contemplacion y al rezo. Vivían de limosnas, y desde media noche hasta el fin del dia cantaban con asiduidad y pompas singulares las alabanzas á Dios (2). Enriquecidos muy luego por los dones del pueblo y los favores de los monarcas, los jerónimos, cuya órden toda era gobernada por un general electo, y cada convento dirigido por un prior trienal, añadieron la ciencia al rezo y la nueva cultura de las letras á la conservada práctica de los campos, y de frailes pobres se convirtieron en opulentos poseedores de extensas tierras, numerosos ganados y ricas huertas. Ningunos religiosos de España celebraban el culto católico con más imponente majestad ni hacían oír música tan suave en los coros de sus iglesias, ni distribuían más abundantes limosnas á las puertas de sus conventos, ni ofrecían más generosa hospitalidad á los viajeros. En Nuestra Señora de Guadalupe, que era uno de los tres monasterios más venerados y visitados de España, y que tenía tanta extension como una ciudad y

---

(1) Véase el segundo volumen de Sigüenza.

(2) Bajo este punto de vista aventajan á todas las órdenes monásticas. Sigüenza, *Historia de la órden de San Jerónimo*, parte II, p. 50 á 55. Los dias de fiesta permanecían en el coro de diez á doce horas, p. 55.

tanta fortificacion como una ciudadela, guardaban los jerónimos cuantiosos tesoros en una torre; tenían grandes bodegas siempre llenas; hermosos jardines cubiertos de naranjos y limoneros; hacían pacer en las montañas vecinas innumerables rebaños de carneros, vacas, cabras y puercos; poseían en Extremadura 50.000 piés de olivo y grandes bosques de cedro (1), y en sus vastos refectorios servían con profusion la mesa de los huéspedes y peregrinos, poniéndola y levantándola seis ó siete veces cada dia (2).

A un convento de esa órden, dado á la oracion y al estudio, quiso retirarse Cárlos V. Siempre la tuvo en singular veneracion. Esa veneracion era como una herencia de familia que había recibido de su abuelo y que debía trasmitir á su hijo. Fernando el Católico, despues de la victoria de Toro en 1475, y de la conquista de Granada en 1492, había edificado dos monasterios de esa órden (3); á la muerte de la reina Isabel de Castilla habíase encerrado en uno de esos claustros (4), y cuando él mismo se sintió próximo á su fin, fué á espirar en Madrigalejo (5), en una casa

---

(1) D. Antonio Ponz, *Viaje á España*, segunda edicion, Madrid, 1784, in 12, vol. VII, carta IV, §§ 28 y 29, p. 69. Cada año se consumían en el monasterio 3.000 arrobas de aceite, 28.000 fanegas de trigo, 3.000 carneros, 1.500 cabras, 100 vacas y 150 puercos, sin contar otras cosas ménos importantes.

(2) Sigüenza, parte II, p. 50.

(3) Santa María de la Victoria, cerca de Salamanca, y Nuestra Señora de la Concepcion, cerca de Granada. *Ibid.*, part. III, lib. I, p. 13 á 19 y fól. 47 á 54.

(4) *Ibid.*, part. III, lib. I, fól. 107.

(5) D. Antonio Ponz, *Viaje á España*, vol. VII, carta IV, § 32, p. 71, 72.

perteneciente á los jerónimos, á quienes hizo guardianes de las sepulturas régias (1). Felipe II debía fundar para ellos, en memoria de la batalla de San Quintin, el inmenso Escorial, á donde iría á su vez para vivir y morir. Carlos V, que varias veces fué huésped de los jerónimos en sus conventos de Santa Engracia, Sisle y Mejorada, resolvió terminar sus días en el claustro de Yuste.

Yuste, que la estancia del Emperador hizo célebre, fué fundado al principio del siglo xv, cerca de un arroyo (2), cuyo nombre tomó, en una sierra de Extremadura, cortada por valles, cubierta por árboles, regada por las aguas que bajan de las nevadas cimas de la montaña. Desde ese pintoresco sitio, que tiene al E. y al S. las llanuras de Talavera y Arañuelo, domina la vista el curso del Tietar y del Tajo, los hermosos campos y risueñas aldeas que surgen en medio de los bosques en la magnífica cuenca de la Vera de Plasencia, y distingue en el lejano horizonte los azulados montes de Guadalupe. Algunos ermitaños construyeron en 1402 sus cabañas, en el bosque de castaños y nogales, que cubrían la falda del monte. En 1408 recibieron, por la poderosa mediación del infante D. Fernando, una bula que les autorizaba para transformar sus humildes celdas en monasterio jerónimo. Pero los frailes de un convento vecino les molestaban

---

(1) El prior del convento de jerónimos de Granada era un capellan.

(2) «Yuste es un sitio, lugar y tierra llamado así de un arroyo que está junto á este monasterio que baja de una sierra y se llama Yuste.» (Manuscrito hieronimita, c. XI, en *Re-traité et mort de Charles V*, etc., vol II, p. II.)

en sus trabajos, y el obispo de Plasencia oponíase á la empezada construccion del monasterio. Habiendo invocado el superior apoyo del arzobispo de Santiago, que favorecía la órden de San Jerónimo, púsolos bajo la proteccion armada de D. García Alvarez de Toledo, señor de Oropesa, cuyo castillo de Jarandilla distaba dos leguas de Yuste. A la cabeza de sus vasallos, el castellano de Jarandilla, desplegando su bandera azul y plata, fué al monte y dispersó á los agresores de la naciente comunidad. La generosa casa de Toledo, no contentándose con defender á los frailes de San Jerónimo por las armas, ayudóles con sus riquezas. En 1415 les aseguró renta suficiente para mantener á un prior y doce religiosos, y los agradecidos jerónimos de Yuste asignaron á los condes de Oropesa el protectorado hereditario del convento (1). Desde entónces, enriquecidos por los dones y legados, secundados por el concurso de las grandes casas conventuales de Guisando y Nuestra Señora de Guadalupe, los frailes de Yuste, más numerosos ya, agrandaron su morada y posesiones. Tenían capillas y ermitas en el bosque, habían plantado alrededor del convento huertas de árboles frutales y olivares; habían dado más extension á su hospicio, reconstruido su iglesia, haciéndola más sólida y espaciosa, y habían, en último término, añadido al pequeño claustro primitivo de forma gótica, un claustro bastante grande, cuyas líneas regulares y elegantes recordaban la arquitectura greco-romana, recientemente llevada de Italia á España.

Tal era el monasterio que Cárlos V eligió para su retiro. La grata salubridad del sitio y su apacible so-

---

(1) Sigüenza, parte II, cap. XXIX, p. 164 á 197.

ledad parecióronle igualmente acomodadas á un cuerpo tan enfermo y á un alma tan cansada como la suya. Pero al retirarse con los jerónimos de Yuste, cuya vasta ciencia conocía y cuya piadosa regularidad apreciaba, no quiso adoptar ni perturbar la vida que llevaban. Propúsose hacer construir al lado del convento un edificio contiguo y separado, desde donde pudiera libremente usar de la iglesia del monasterio y proporcionarse, cuando le conviniera, la compañía de los frailes, conservando su independencía y respetando la ajena. El 30 de Junio de 1553 mandó dar dinero al prior general de los jerónimos (1), y el 13 de Diciembre siguiente, dos años ántes de su abdicacion, y no algunos meses, como dice Robertson (2), escribió á su hijo una carta reservada y toda de su puño, en la que le mandaba «que al lado del monasterio de Yuste se le fabricara una casa suficiente para poder vivir con la servidumbre y criados más indispensables en clase de persona particular (3).» Recomendó al infante y al secretario de Estado Vazquez de Molina, á quien instruyó de su propósito bajo el mayor secreto, que se dirigiesen para la ejecucion al prior general Juan de Ortega, en el que tenía plena confianza (4). Al contador Francisco Almaguer encargó que pusiese á disposicion del prior el dinero necesario para cons-

---

(1) *Retiro, estancia, etc.*, fol. 11.

(2) En el lib. XII de su *Histoire de Charles Quint*.

(3) «Que al lado del monasterio de Yuste se le fabricara una casa suficiente para poder vivir con la servidumbre y criados más indispensables, en clase de persona particular.»  
(*Retiro, estancia*, fol. 11, r.º)

(4) *Ibid.*

truir ese edificio, según los planos que había hecho levantar, y cuya ejecución sometió á Gaspar de Vega y Alonso de Covarrubias, los dos arquitectos más célebres de España (1). Después de haber mandado elevar al lado del convento la modesta residencia régia, cuyo destino sorprendieron y divulgaron los frailes (2), Carlos V dispuso todo para hacer á su hijo ménos difícil el gobierno del Estado.

---

(5) *Retiro, estancia, etc.*, fol. 12.

(6) El contador Almaguer y el secretario Vazquez de Molina escribieron al Emperador que su proyecto no había fracasado por falta suya, sino por indiscreciones de los monjes: «Habladurías de frailes que, por no saber lo que son negocios, no tenían el secreto que éstos requieren.» (*Ibid.*, folio 12 r.º)

## CAPÍTULO II.

### LA ABDICACION.

Causas que hacen aplazar el retiro de Cárlos V.—Campana de 1553-1554 contra Francia.—Matrimonio del príncipe de España, hecho rey de Nápoles y duque de Milan, con la reina María de Inglaterra.—Su partida de Valladolid; su visita al monasterio de Yuste para dar prisa á la construccion de la residencia destinada al Emperador su padre; su embarco en la Coruña; su llegada á Inglaterra, donde se casa con la reina María.—Peligros á que está expuesta la dominacion española en Italia por el advenimiento del Papa Paulo IV, ardiente enemigo del Emperador, que se alia con Enrique II para desposeerle del reino de Nápoles y del ducado de Milan.—Negociaciones de paz con Francia.—Abdicacion solemne de la soberanía de los Países-Bajos.—Discurso de Cárlos V, que refiere los principales sucesos de su vida, y da á conocer las causas que le deciden á renunciar el poder.—Abdicaciones sucesivas de los reinos de Castilla, León, Granada, Aragon, Cerdeña y Sicilia.—Noble y conmovedora carta escrita por Cárlos V á Andrés Doria, acerca de la renuncia de sus coronas, y de su próxima partida para el monasterio.—Tregua de cinco años concluida en Vaucelles entre Francia y España.—Juramento que los embajadores de Enrique II piden á Felipe, tocante á la observancia de la tregua.—Visitan á Cárlos V en la casita del Parque de Bruselas, donde se había retirado.—Curiosa conversacion.—Necesidad en que Cárlos V se encuentra de conservar todavia la corona del imperio, que no abdicó hasta más tarde.—Sus preparativos de viaje para España.—Gente que lleva á Yuste; el mayordomo Quijada, el secretario Gaztelu, el ayuda de cámara Van-Male, el médico Mathys, el mecánico Juanelo, etc.—Embarco en Zelanda.—Juicio que hace de él un embajador veneciano, despues de su abdicacion.

A pesar de sus enfermedades y fatigas, Cárlos V no debía abandonar el poder que tan alto y tan léjos ha-

bía llevado, cuando ese mismo poder era combatido por todas partes, y vacilaba. La guerra se había reanimado en Hungría y Transilvania por la invasion de los turcos y el levantamiento del partido nacional de Juan Zapoly; en las fronteras meridionales del imperio y de los Países-Bajos, atravesadas y asoladas por los ejércitos del rey de Francia; en la Italia septentrional y central, donde el deseo de independencia amenazaba á la dominacion española, establecida tras medio siglo de habilidad y esfuerzo. El reposo en la derrota no hubiera sido digno del Emperador, que no podía abdicar en medio de desastres, sin perjudicar juntamente á su reputacion y á sus Estados. Quedóse, pues, hasta tiempos más felices. Entónces obtuvo un postrer favor de la fortuna: el heredero protestante de Enrique VIII, Eduardo VI, murió, y la pariente de Cárlos V, la católica y aragonesa María, de la misma raza y religion que él, heredó la corona de Inglaterra. De ese grave cambio pensó sacar partido en interes de sus alianzas momentáneas y de la grandeza permanente de la monarquía española. Tiempo hacía que negociaba para su hijo un segundo matrimonio con doña María, hija del rey de Portugal, don Manuel, y hermana del rey Juan III. Esa princesa, que su madre Leonor dejó en Lisboa cuando fué á Paris para casarse con Francisco I, tenía derecho á sumas cuantiosas. Su dote ascendía á un millon de escudos de oro. A instigacion de la reina Leonor, que, despues de su segunda viudez salió de Francia y retiróse al lado de su hermano Cárlos V, se propuso en 1550 el matrimonio de la infanta doña María y del príncipe de Castilla; pero su conclusion fué hábilmente retardada por Juan III, poco dispuesto á soltar la enor-

me dote que Carlos V quería hacer servir para los gastos cada vez más fuertes de la guerra en que se había comprometido. Llegóse, por fin, á un arreglo en el verano de 1553, cuando el Emperador supo el advenimiento al trono de su prima María Tudor. Cambiando al punto sus miras y apartándolas de Portugal, de donde no era seguro que saliese el millon de escudos de oro, para volverlas á Inglaterra, donde se le ofrecía la perspectiva de apercibir para su hijo un gran reino, escribió á España: «Anúncianme la nueva de la muerte del rey Eduardo VI; si los desposorios con la infanta doña María no están hechos, es preciso suspenderlos por ahora» (1).

Los desposorios no se habían verificado, y Carlos V propuso muy luégo al príncipe de España el casamiento con la reina de Inglaterra. Sin embargo, como esa reina tenía 38 años y el príncipe de España no tenía más que 27, temió que la desproporción de edades apartara á su hijo de casarse con ella. Escribió á éste último el 30 de Julio de 1553, indicando los inconvenientes que tenía el matrimonio de Portugal, y las ventajas que ofrecería un casamiento con la reina de Inglaterra. Decíale: «Hijo mío, nada se podría presentar por ahora más á propósito en lo tocante á Francia y á estos Estados; y aunque creo que los ingleses harán los mayores esfuerzos para que su reina no se case fuera del reino, con su prudencia y destreza logrará ésta sin duda, que ya sea abiertamente, ó por rodeos, le propongan un matrimonio. Si ese matrimonio ha de verificarse con un extran-

---

(1) Santarem, *Relations diplomatiques du Portugal, etc.*; vol. III, á partir de la p. 323.

jero, creo que los ingleses no mirarán á nadie con tan buena voluntad como á mí, porque me han mostrado siempre inclinacion. Pero bien puedo aseguraros que Estados más numerosos y más considerables aún no me seducirían ni apartarían del propósito en que estoy, y que es harto diferente. En caso de que me manden á proponer ese matrimonio, he creído que sería bueno hacerles pensar en vos; ese proyecto se llevaría en seguida á buen término. Las utilidades y provechos que se seguirán son tan grandes y notorias que no hay que particularizarlas. No quiero hacer más que ponérselo delante, para que lo mireis y considereis, y me aviseis con diligencia lo que os parecerá, para que, conforme aquello se haga lo que más os satisfaga; y tenedlo en gran secreto» (1).

El príncipe de España entró con dócil deferencia en las miras de su padre. Respondióle el 22 de Agosto, de Valladolid, abandonando sus proyectos para con la infanta de Portugal (2). «Por lo que respecta á Inglaterra, añadia, debo decir que me he alegrado mucho de que mi tia haya sucedido en el trono de ese país, porque era su derecho, y por lo mucho que V. M. espera de eso por la parte de Francia y de sus tierras de Flandes. Y que pues piensan proponer su matrimonio con V. M., hallándose en disposicion

---

(1) «..... las utilidades y provechos que se seguirán son tan notorias y grandes, que no hay que particularizarlas. No quiero hacer más que ponérselo delante, para que lo mireis y considereis, y me aviseis con diligencia lo que os parecerá, para conforme aquello se haga lo que más os satisfaga; y tenedlo en gran secreto.» (*Retiro, estancia, etc.*; fól. 9.)

(2) *Ibid.*, fól. 10, r.º

para ello, esto sería lo más acertado. Pero en caso que V. M. esté en lo que me escribe, y le pareciere tratar de lo que á mi toca, ya V. M. sabe que, como tan obediente hijo, no he de tener más voluntad que la suya; cuanto más, siendo este negocio de la importancia y calidad que es, y así me ha parecido remitirlo á V. M., para que en todo haga lo que le pareciera y fuere servido» (1).

Tan luégo como recibió aquella carta Carlos V, sin esperar á que se hicieran proposiciones, encargó á su embajador Simon Renard de negociar el matrimonio del príncipe de España con la reina de Inglaterra. Se mejante matrimonio debía disgustar mucho á los ingleses, y agradar muchísimo á María, que encontraba en él una satisfaccion para sus sentimientos y un estímulo para sus proyectos. Las prolongadas penas de su madre, y sus propios infortunios desde el divorcio de Enrique VIII, habían vuelto todo su cariño y esperanza hácia los príncipes de su casa y religion. Sin tomar en cuenta que la opinion, casi unánime y muy peligrosa de su pueblo, no quería á los extranjeros, y muy en particular á los españoles (2), comprometióse se-

(1) «.... Y que pues piensan proponer su matrimonio con V. M., hallándose en disposicion para ello, esto sería lo más acertado. Pero en caso que V. M. esté en lo que me escribe, y le pareciese tratar de lo que á mi toca, ya V. M. sabe que, como tan obediente hijo, no he de tener más voluntad que la suya; cuanto más, siendo este negocio de la importancia y calidad que es, y así me ha parecido remitirlo á V. M., para que en todo haga lo que le pareciera y fuere servido.» (*Retiro, estancia, etc.*; fól. 10.)

(2) Hé aquí á este propósito un curioso extracto de la correspondencia de Simon Renard. Debo el análisis de esta in-

cretamente á casarse con el príncipe de España. El 30 de Octubre por la noche, sola en sus habitaciones con Simon Renard, púsose de rodillas ante el Santo Sacramento que allí estaba de manifiesto, y despues de recitar con fervor el *Veni Creator spiritus*, juró, sobre la hostia consagrada, que tomaría por marido al infante D. Felipe (1). Simon Renard anunció al Emperador como seguro el matrimonio de su hijo, mucho

---

teresante correspondencia, que comprende de 1553 á 1556, y que está depositada en los archivos de Bélgica, á M. Gachard, archivero general de este reino: «Le 5 septembre (1553) l'ambassadeur eut audience du chancelier (le fougueux Gardiner, évêque de Winchester), lequel lui dit qu'il ne particulariserait jamais personne á la reine pour etre son mari; mais que si la dite dame lui demandoit s'il convenoit mieux d'épouser un etranger qu'un sujet du royaume, qu'il lui conseilleroit d'épouser un anglois pour le bien du royaume et pour la sureté de sa personne; qu'il seroit tres difficile de faire consentir le peuple á un etranger pour etre le nom seul odieux... Que si elle epouserait le prince d'Espagne, le peuple ne pourroit jamais comporter les conditions des espagnols, á l'exemple meme des propres sujets de Sa Majesté qui ne les pouvoient souffrir, ni voir en Flandes, et que le royaume epouserait une guerre perpetuelle avec les francois, parce que le roi de France ne laisseroit jamais son Altesse, ni les Pays-Bas en paix.» (Ms. de los Archivos de Bélgica.)

(1) «Le soir du 30 octobre, la reine fit venir en sa chambre, où etait exposé le saint-sacrement, l'ambassadeur de l'Empereur, et, après avoir dit le *Veni creator*, lui dit qu'elle lui donnoit en face dudit sacrement sa promesse d'épouser le prince d'Espagne laquelle elle ne changeroit jamais; quelle avoit feint d'etre malade les doux jours précédents, mais sa maladie avoit été causée par le travail qu'elle avoit eu pour prendre cette résolution.» (Ms. de los Archivos de Bélgica.)

antes de que Inglaterra lo considerase posible. Hasta despues que fué dominada una insurreccion, producida por el temor de ese matrimonio, despues que fueron presos, encarcelados y decapitados sus jefes, estrechamente vigilada su hermana Isabel, que estuvo algun tiempo en la Torre, y despues que subió al patíbulo su infeliz rival, Juana Gray, no pudo la apasionada María, restablecido ya enteramente el antiguo culto, prepararse á recibir y tomar por esposo al príncipe que debía ser el representante principal y el más poderoso apoyo de la fe católica en Europa.

Queriendo Cárlos V que su hijo se presentase como rey en la isla adonde iba á casarse con una reina, cedióle el vecino reino de Nápoles y el ducado de Milan; é hizo inmensos preparativos para formarle una comitiva que fuese á la vez corte y ejército. Envió al conde de Egmont á España, portador de los poderes necesarios para que su hija doña Juana, viuda del príncipe de Portugal, y que había dado á luz al rey D. Sebastian, gobernase la península durante la ausencia de Felipe. Encargóle tambien que instase de su parte al príncipe de España para que saliese al encuentro de su hermana hasta la frontera de Portugal. El infante debía conferenciar con ella sobre los principales negocios del reino, ántes de abandonarlo, y apartarse un momento de su camino para aparecer en el monasterio de Yuste, á fin de dar prisa á la construccion del retiro imperial (1). Conforme á los deseos de su padre, partió Felipe el 12 de Mayo de 1574 de Valladolid, á caballo, con muy corta comitiva, anunciando que iba á ver á su hermana, y que visitaría de

---

(1) *Retiro, estancia, etc.*, fól. 14.

paso los edificios régios que se construían en el bosque de Segovia, en el Pardo y en Aranjuez. Hasta el 24 no llegó á Yuste, en el mismo día del *Corpus-Christi*, á cuya procesion asistió; pernoctó en el monasterio, examinólo todo minuciosamente, y marchóse despues de comunicar las voluntades del Emperador al arquitecto Gaspar de Vega, al prior general Juan de Ortega, y al hermano Antonio de Villacastin, que más tarde ejecutó, como maestro de obras, el vasto y severo monumento del Escorial (1). Saliendo al encuentro de su hermana, reuniéronse un poco más acá de Alcántara. La princesa y el infante pasaron varios dias conferenciando y luégo se separaron, la princesa para ir á Valladolid, donde tomó las riendas del gobierno, y el infante á la Coruña, donde llegó el 30 de Junio y se embarcó el 13 de Julio (2). La escuadra que le condujo á Inglaterra era imponente: componíase de 70 navíos, 20 urcas y una retaguardia de 30 barcos, que mandaba D. Luis de Carvajal. Llevaba consigo al duque de Alba en calidad de mayordomo mayor; al conde de Féria, como capitán de guardias; á Ruy Gomez de Silva, como sumiller de corps; acompañábale numerosa comitiva de grandes y caballeros, y como escolta militar 4.000 infantes españoles (3). Desembarcó en Southampton el 20 de Julio, y casó con la reina María el 25, en la catedral de Winchester.

A pesar del apoyo que creía encontrar en esa alianza, ya para negociar, ya para combatir ventajosamente,

---

(1) *Retiro, estancia*, fól. 14.

(2) *Ibid.*, fol. 14 y 15.

(3) *Ibid.*, fól. 17.

no pudo ir el Emperador, como lo esperaba, á España, en el mes de Mayo de 1554 (1). Continuó la guerra con Francia más vivamente que nunca en los Países-Bajos y en Italia, y consideróse obligado á no abandonar el gobierno de sus Estados en circunstancias tan difíciles. Los grandes gastos que había hecho para el casamiento de su hijo en Inglaterra, no le permitieron por de pronto alistar tropas suficientes para resistir á las fuerzas de Enrique II. Así, despues de haber tomado á Therouanne y Hesdin en la campaña de 1553, fué ménos afortunado en los principios de la de 1554. El ejército de Enrique II, numeroso y triunfante entró en Mariemburgo, tomó á Bouvines por asalto, apoderóse de Dinant, entro á saco en el Artois, y acabó por sitiar la importante plaza de Renty, situada en los confines occidentales de ambos países, y que defendía la entrada del uno y facilitaba la invasion del otro. Los franceses, que allende los Alpes poseían el Piamonte, se apoyaban tambien allende el Pó, con el duque de Parma, Octavio Farnesio, á quien los españoles habían despojado de la ciudad de Placencia. Además les ayudaba el duque de Ferrara, Hércules de Este, que se había casado con Renata de Francia, y en el corazon de Italia ocupaban á Siena, sublevada desde 1552 contra los españoles. De allí partieron para entrar en Toscana, al mando del mariscal Strozzi, enemigo mortal de Cosme de Médicis, que había proscrito á su familia, y oprimía á Florencia

---

(1) Había escrito á su hija doña Juana en 10 de Enero de 1554: «Que trataba de acelerar todas las disposiciones necesarias para venirse á España para Mayo de este año, á más tardar.» (*Retiro, estancia*, fól. 18 r.º)

y amenazaba la dominacion recientemente instituida del gran duque.

Nada descuidó el Emperador para reponer sus negocios. Despues de reforzar el corto ejército con que el duque Manuel Filiberto de Saboya impidió con hábiles maniobras que los generales de Enrique II lleváran más léjos sus triunfos, hizose transportar en litera á ese ejército, cuando la gota no le daba punto de reposo, y logró hacer levantar el bloqueo de Renty. Los franceses levantaron el sitio de aquella plaza despues de un combate parcial que, sin embargo, les fué favorable, y se retiraron á Picardía, siguiéndoles las tropas del Emperador que, á su vez, devastaron esa provincia. Miéntras obtenía tal ventaja en la frontera de los Países-Bajos, ganaba otras mayores en Italia por su general el marqués de Marignano y su aliado Cosme I, que de comun acuerdo atacaron al mariscal Strozzi y lo derrotaron en Marciano y Lucignano. Habían recobrado las más de las plazas de Toscana que tomaron los franceses, y habían ido á poner su campo en seguida sobre Siena, que defendía el intrépido Blas de Montluc.

La campaña del año 1555 fué todavía más favorable para el Emperador. Si el mariscal de Brissac, que mandaba en el Piamonte, sorprendió á la ciudad de Casal en la Italia superior, redújose á la ciudad de Siena, en la Italia central, á capitular el 2 de Abril, despues de un riguroso sitio de cuatro meses. Carlos V la dió á su hijo, que de ese modo poseía, entre el ducado de Milan y el reino de Nápoles la ciudad de Plasencia, en territorio pontificio, y el Estado de Siena, en medio de la Toscana, como para tener más fuertemente sujeta toda aquella península. Por la

parte de Francia, donde se abrieron negociaciones en Gravelina bajo la mediación de la reina de Inglaterra, no hicieron cosa notable ni los unos ni los otros. Cada uno conservó sus posiciones y se puso en estado de defensa; los franceses hicieron inexpugnable á Mariemburgo, mientras que los imperiales construyeron á Philippeville y fortificaron á Charlemont. Los encuentros parciales fueron en general ventajosos á las tropas de Carlos V, que llevaban lo mejor de la campaña.

No condujeron las negociaciones de Gravelina á ningun resultado. Eran demasiado contrarias las pretensiones recíprocas. Las casas de Austria y Francia sentían la necesidad de establecer y asegurar su union por mutuos matrimonios, y así se hizo cuatro años despues en la paz de Château-Cambresis; pero cada una exigía de la otra sacrificios que no quería imponerse. Los plenipotenciarios de Enrique II no ofrecían devolver el Piamonte al duque Manuel Filiberto de Saboya, y reclamaban el condado de Artí y el ducado de Milan para el duque de Orleans, hijo segundo del rey, que se casaría con una archiduquesa, nieta del Emperador Carlos V. Reclamaban, además, la restitucion de Navarra al duque de Vendome, Antonio de Borbon, heredero de los Albret, á quienes fué quitado ese reino en 1512 por Fernando el Católico. Los plenipotenciarios del Emperador no pensaban de ningun modo en ceder la Navarra, y únicamente proponían dar el Milaseno en dote á Isabel de Francia, que se casaría con el príncipe Carlos de España. Pero en cambio pedían que el duque Manuel Filiberto recobrase sus Estados casándose con la hermana de Enrique II; que volviesen á poder del imperio las ciu-

dades de Metz, Toul, Verdun y Mariemburgo que se le habían quitado, y que á la república de Génova se devolviese toda la parte de Córcega, separada de su dominacion por los franceses. Estaban, pues, muy léjos de entenderse, y ninguna de las dos potencias había triunfado bastante para imponer la ley, ni había sido suficientemente derrotada para sufrirla. Pronto se rompieron las negociaciones, y desde entónces fué visible que, si se llegaba á un acuerdo sería tregua momentánea y no paz definitiva, manteniendo por ambas partes el estado provisional de posesion, y no marcando límites á los territorios.

Miéntas fortificaban sin combatir y negociaban sin concluir, acaeció en Italia un suceso muy grave para la política é intereses de Cárlos V. El cardenal Juan Pedro Caraffa, decano del Sacro Colegio, subió al trono pontificio con el nombre de Paulo IV. Era un viejo italiano, ardiente é intratable enemigo del Emperador. Recomendándose por su saber, elocuencia, xtremada piedad, rigidez de costumbres, había en otro tiempo renunciado el obispado de Chieti y el arzobispado de Brindis para hacerse religioso reformador de la iglesia ortodoxa atacada, y fundó la órden semi-monástica, semi-seglar de los teatinos. Jefe de a familia Caraffa, que en todo tiempo fué adicta al partido frances en el reino de Nápoles, incurrió en la desconfianza de Cárlos V, á quien persiguió desde entónces con su animosidad, y cuyos postreros años agitó, como ya veremos, hasta en el retiro de Yuste. En él detestaba, como antiguo súbdito, al soberano injusto para con su persona y casa; como Papa, al Emperador que permitió el saco de Roma y dejó extenderse el protestantismo por Alemania; como italiano,

al dominador extranjero cuyo yugo pesaba sobre su patria. Nacido en 1477, había visto los bellos tiempos de la independencia italiana, y los lloraba. Tenía costumbre de decir que ántes de las invasiones extranjeras, provocadas á fines del siglo xv por las disensiones de Ludovico el Moro, duque de Milan, y Alfonso de Aragon, rey de Nápoles, era la libre Italia un armonioso instrumento de cuatro cuerdas. Esas cuatro cuerdas eran la Santa Sede, el reino de Nápoles, la república de Venecia y el Estado de Milan, y llamaba desgraciadas á las almas de Alfonso de Aragon y Ludovico el Moro, primeros que desconcertaron tan bella armonía (1). A pesar de su avanzada edad, trató de restablecerla. Aunque tenía 79 años, mostrábase maravilloso en fuerza y ardimiento. Por su carácter y designios recordaba á Julio II, y respecto á supremacía pontifical profesaba las teorías de Gregorio VII. «Este Papa, decía un embajador acreditado cerca de él, es de complexion vehemente y arrebatada. Es sano y robusto; anda como si no tocase en el suelo; tiene poca carne y es todo nervioso. Sus ojos y todos los movimientos de su cuerpo denotan un vigor muy superior á su edad. Tiene increíble gravedad y tal grandeza en todas sus acciones, que verdaderamente parece nacido para mandar. Así pretende que el pontificado ha de poner bajo sus piés á los reyes y emperadores (2).»

Extremado en todo, llevó á la política las mismas intemperancias que á la religion, en la que restable-

---

(1) *Relazione di Bernardo Navagero*, en 1558, en Alberi, serie II, vol. III, p. 389.

(2) *Ibid.*, p. 379, 380.

ció el Santo Oficio con todos sus excesos. Fué tan ambicioso como había sido austero, y miéntras que Carlos V se disponía á bajar del trono para retirarse á un claustro, Paulo IV pasaba de las austeridades de la vida claustral á las pompas y delicias de la vida regia. Aquel anciano altanero, que hasta entónces había llevado una vida dura, que se vestía siempre solo, que no dejaba penetrar á nadie en su aposento, donde consagraba la mayor parte de las noches y las mañanas al estudio y á la oracion, se apasionó por el esplendor, la dominacion y la guerra. Habiéndole preguntado el gran maestro del palacio pontificio qué vida quería llevar como Papa, respondióle: «La de un gran príncipe.» Largas horas permanecía á la mesa, donde 25 platos no bastaban á su magnificencia (1). Se desencadenaba contra el Emperador y los españoles. No llamaba á estos sino «herejes, cismáticos, malditos de Dios, fruto de judíos y moros, escoria del mundo;» y deploraba la miseria de Italia, «reducida á servir á una nacion tan vil y abyecta (2).»

Pero no se limitó á esas manifestaciones despreciativas contra los dueños de su país. Concibió el proyect de libertar á Nápoles, Sicilia y el Milanesado, de expulsar á los Médicis de Florencia y establecer allí la república, de extender por Italia el poder de la Santa Sede y agrandar supropia autoridad, uniéndose con el rey de Francia, á quien ofrecía el ducado de Milan y el reino de Nápoles para dos de sus hijos; con los venecianos, que recibirían la Sicilia; con los duques de

---

(1) *Relazione di Bernardo Navagero*, serie II, vol. III, p. 380, 381.

(2) *Ibid.*, p. 389.

Parma, Ferrara y Urbano, cuyos ambiciosos apetitos satisfaría tambien. El Soberano Pontífice se proponía trastornar de arriba abajo todo el órden político y territorial de Italia, y quería deshacer en la península la obra tan penosamente realizada por Fernando el Católico y Carlos V, como los príncipes protestantes, ayudados tambien por Felipe II, destruyeron allende el Rhin la supremacía absoluta que Carlos V trató de establecer en materias de autoridad y creencias.

Con tal motivo tuvo Paulo IV frecuentes visitas con el embajador veneciano Navagero, por quien esperaba traer la república á sus osados planes. Dijole: «que sería muy fácil á la señoría de Venecia ponerse en posesion de Sicilia; que si no se paraba al Emperador y al rey Felipe, haríanse dueños del mundo; que si la señoría de Venecia dejaba caer á la Santa Sede, no encontraría ya ningun apoyo para su libertad, y que si se escapase la ocasion presente no se hallaría de nuevo; que los hijos menores del rey de Francia, puestos en posesion de Milan y Nápoles, se harían muy pronto italianos; que por otra parte, podrían librarse de ellos cuando quisieran, porque la experiencia de los sucesos pasados había demostrado que los franceses no sabían ni podían establecerse mucho tiempo en Italia, miéntras que la nacion española era como la gramínea, que arraiga donde cae; que los venecianos se equivocaban si creían tener mayores enemigos que los españoles, que poseyendo la parte más extensa de Italia codiciaban lo demas» (1). La prudente república de Venecia estaba poco dispuesta á separarse de su sistema de estricta neutralidad para lanzarse de nuevo

---

(1) *Relazione di Bernardo Navagero*. vol.III. p. 392, 3.

en proyectos de engrandecimiento que á principios del siglo estuvieron á punto de perderla; pero el rey de Francia debía aceptar sin vacilacion las ofertas de quien le brindaba su alianza como principe, su apoyo como Pontífice. Envió á Saint-Gelais de Lausac para animar á Paulo IV y decirle que no aspiraba por su parte «sino á libertar á la cristiandad, y sobre todo á Italia, de la tiranía del Emperador» (1). Miétras Enrique II despachaba para Roma al cardenal de Lorena, á fin de acabar un tratado de alianza ofensiva y defensiva, Paulo IV perseguía ó apartaba de su favor á las grandes casas de Colonna, Bagno, Santa Fiore, Sforza, Gonzaga, Médicis, Cesarina, Savella, etc., adictas al partido imperial que quería destruir en los Estados pontificios. Hizo prender al cardenal Santa Fiore y al cardenal Camilo Colonna, y despojó á Marco Antonio Colonna y al conde Bagno de sus posesiones y feudos.

No ménos contrariado que encolerizado se sintió Carlos V por aquella nueva y temible enemistad. Las violencias cometidas contra sus partidarios parecíanle preludio de ataques que muy pronto se dirigirían contra él mismo. Quiso, pues, contener á Paulo IV, anticipándosele. Poco tiempo ántes había enviado al duque de Alba como capitán del Milanesado y virey de Nápoles. Prescribióle que pusiese las fronteras, plazas y pasos de ese reino en estado de defensa, y fuese á restablecer á los Colonna por las armas en sus posesiones del territorio pontificio si el Papa no consentía en restituirles lo quitado. Despachó para Roma á Garcilaso de la Vega con una mision que ex-

---

(1) Memoria de Lausac, en Ribier, t. II, pág. 616.

plicaba á su embajador en Venecia en carta del 4 de Octubre de 1555, diciendo así: «Nos ha parecido bien enviar á Garcilaso de la Vega á Su Santidad, para que con toda humildad y dulzura le exponga los motivos que tenemos de queja por el modo como ha tratado á nuestros servidores... Siendo nuestras acciones y respeto para con la Sede apostólica lo que todo el mundo sabe, suplicamos á Su Santidad tenga á bien poner en libertad á los presos y restituir las posesiones quitadas á sus dueños, presentando ante sus ojos los inconvenientes que de lo contrario podían resultar, tanto por la obligacion en que estamos de socorrer y favorecer á nuestros amigos y servidores y no dejarlos oprimir sin razon, quanto por considerarlo tocante á la seguridad de nuestros reinos y reposo de Italia. Este es el pensamiento que hemos tenido y tenemos siempre, de que nos ha parecido daros aviso para que podais satisfacer adonde y como convenga, dando á entender á esa república y los demas que de ello trataren los officios que se hacen por nuestra parte por excusar, quanto nos es posible, de venir á términos de rotura; pues cuando no cesasen las furias de Su Santidad y las quisiere llevar adelante, seríamos descargados con Dios y el mundo de los inconvenientes y daños que de aquí podrían resultar» (1).

---

(1) «...De que nos ha parecido daros aviso para que podais satisfacer adonde y como convenga, dando á entender á esa república y los demas que de ello trataren los officios que por nuestra parte se hacen por excusar, quanto nos es posible, de venir á términos de rotura; pues cuando no cesaren las furias de Su Santidad y las quisiera llevar adelante, seríamos descargados con Dios y el mundo de los inconvenientes y da-

Veintiun dias despues de haber escrito esa carta, empezó Cárlos V la serie de sus abdicaciones. Era la situacion, en verdad, muy difícil y bastante peligrosa; la guerra parecía ménos cerca de acabar que de extenderse; pero las enfermedades del Emperador le apremiaban cada dia más y flaqueaban sus fuerzas con el peso de los negocios. La muerte de su madre la reina Juana añadió una profunda tristeza á sus demas abatimientos. Aquella infortunada reina, despues de una viudez de cuarenta y nueve años y de la pérdida de su razon, causada por el amor y la pena, acabó sus dias el 13 de Abril de 1555 en el castillo de Tordesillas. Cárlos V, que siempre le dió pruebas del mayor cariño y el más profundo respeto, que no salía nunca de España sin despedirse de ella ni volvía sin acudir á su lado, vistió entónces el luto, que ya no abandonó.

Abiertas por el mismo tiempo las negociaciones de paz ó de tregua por la mediacion de la reina de Inglaterra, que reclamó el rey de Francia, creyó llegado el momento de cumplir sus propósitos. En el mes de Agosto llamó á Bélgica al rey su hijo, á quien hizo decir por su sumiller de corps y favorito Ruy Gomez de Silva la intencion que había tenido de pasar á España, y que si no lo había ejecutado fue por los negocios forzosos de que no se pudo excusar, porque, decía, «si los desamparara en su ausencia hubieran tenido diferente fin y lo de estas tierras y lo demas padeciera gran trabajo como lo puede considerar por el punto en que ha estado lo de Italia y lo de aquí, que

---

ños que de aquí podrían resultar.» (De Bruselas á 4 de Octubre de 1555. *Retiro, estancia*, fol. 27 v.º y 28 r.º).

ha placido á nuestro señor traer á tan buen término y en que se ha recuperado parte de lo pasado y de la reputacion que se había perdido, etc.,» añadiendo que quería agora descansar en él para conducirlos y mejorarlos todavía, segun esperaba, por lo que había hecho y parecía capaz de hacer (1).

Habiendo llegado el rey D. Felipe á Brusélas el 10 de Setiembre, Carlos V en el mes siguiente, no obstante la pena de su hermano el rey de los romanos, que con elocuencia le disuadía (2) de abandonar el gobierno de Alemania, los Países-Bajos y el Imperio, aprovechó el invierno que se acercaba, y durante el cual estarían suspendidas las hostilidades, para consumar el gran acto de su renuncia. Tenía mucha confianza en la capacidad de su hijo, que si continuaba la lucha con Francia, reuniría las fuerzas de Inglaterra á las de la monarquía española. Le dejaba, por otra parte, un ministro consumado en el obispo de Arras, y generales tan valerosos como experimentados en Fernando de Gonzaga, que tenía la primer reputacion militar de la época, pero que la muerte arrebató

---

(1) «Tras esto le direis la intencion que he tenido de passar en España y que si no lo he executado a sido por los negocios forçosos de que no me he podido escusar, porque si los desamparara en su ausencia hubieran tenido diferente fin y lo destas tierras y lo demas padesciera gran trabajo, como lo puede considerar por el punto en que a estado lo de Italia e lo de aquí que a plazido á Ntro. Señor traer á tan buen término y en que se ha recuperado parte de lo pasado y de la reputacion que se avia perdido, etc.» (Archivos de Simancas.)

(2) Carta del rey Fernando al Emperador en la *Correspondenz des Kaisers Karl V*, publicada por Lanz. tomo III, p. 606.

muy pronto; en el duque de Alba, el príncipe de Orange, el duque Filiberto Manuel de Saboya y el conde de Egmont, debiendo el primero reprimir al Papa Paulo IV en Italia, y los dos últimos vencer más tarde á Enrique II en San Quintin y Gravelinas. Decidido á transmitirle sus posesiones hereditarias, empezó por la cesion de los Países-Bajos.

El 22 de Octubre, Cárlos V inauguró esa primera renuncia, resignando el cargo de gran maestre del Toison de oro. Reunidos los señores más ilustres de los Países-Bajos, que eran caballeros de esa orden, confirió las insignias y poderes de gran maestre al rey su hijo. «Hágoos ahora, le dijo, jefe y soberano de la muy noble orden del Toison de oro. Guardadla y conservadla como la hemos guardado y mantenido, yo, mi padre y todos mis antecesores, en dignidad y honor. Dios os conceda su gracia en toda prosperidad y aumento.» Recomendó al propio tiempo á los caballeros que sirviesen fielmente á su hjo, á su hijo que amase y honrase á los caballeros que habían sido valerosos camaradas de sus guerras, firme sosten de sus Estados, y á quienes tenía singular cariño por la celosa ayuda que siempre recibiera de ellos en sus necesidades y peligros. Conociendo juntamente el fervor de su abnegacion y el orgullo de su independencia, anunció á Felipe II con profética penetracion, que «si los trataba bien, afirmarían; si mal, quebrantarían su poder en los Países-Bajos (1).»

Tres dias despues, el 25 de Octubre, Cárlos V veri-

---

(1) Le Petit. *Grande Chronique de Hollande*, tomo I, lib. VIII, y en la *Abdication de Charles Quint*, por Th. Jusset, Lieja, 1851, p. 12 y 13.



ficó su abdicacion con mucha solemnidad en presencia de los Estados generales de las diez y siete provincias, individuos del Consejo de Estado, Consejo privado, Consejo de Hacienda, caballeros del Toison de oro, grandes de su córte y embajadores extranjeros, reunidos en el gran salon del palacio de Brusélas, donde tambien se introdujo el pueblo. Vestido de luto, ostentando el collar del Toison de oro, acompañado de su hijo el rey Felipe, de sus hermanas las reinas de Hungría y Francia, de sus sobrinos el archiduque Fernando de Austria y el duque Manuel Filiberto de Saboya y su sobrina Cristina, duquesa de Lorena, adelantó con trabajo el anciano Emperador, apoyándose con la una mano en un baston y con la otra en el hombro de Guillermo de Nassau, príncipe de Orange. Luégo que se sentó bajo el solio de Borgoña, teniendo á su derecha á su hijo, á su izquierda á su hermana la reina gobernadora María, alrededor el resto de su familia, á los lados y enfrente las corporaciones del Estado y los principales personajes del país, puestos segun su rango, Filiberto de Brusélas, individuo del Consejo privado, tomó por su órden la palabra, y dió á conocer su irrevocable propósito. Fundó, sobre todo, en las fatigas y enfermedades de su grande y glorioso príncipe las razones que le obligaban á dejar el gobierno de sus Estados. Aunque se esperaba esa resolucion, el discurso que la anunciaba causó en la asamblea una emocion visible (1).

(1) Este discurso, como todos los que se pronunciaron en esta ocasion, se encuentra en la historia de Pontus Heuterus, que asistió á la ceremonia de la abdicacion, *Ponti Heuteri Delfi rerum austriacarum, lib. XV. Lib. XIV, c. I, fol. 336 y 337*, y tambien en Sandoval, vol. II, lib. XXXII, p. 802 á

Levantándose entónces el Emperador, apoyado en el hombro del príncipe de Orange, habló de esta manera (1): «Aunque Filiberto de Brusélas os ha explicado, amigos míos, las causas que me determinan á renunciar á estos Estados y dejarlos á mi hijo D. Felipe para que los posea y gobierne, deseo deciros además algunas cosas por mi propia boca. Ya recordareis que el 5 de Febrero de este año se cumplieron cuarenta años desde que mi abuelo el emperador Maximiliano, en el mismo sitio y hora, me emancipó á la edad de 15 años, me sacó de la tutela en que estaba é hizome señor de mí mismo. Al año siguiente, que fué el décimosexto de mi edad, murió el rey Fernando, mi abuelo, padre de mi madre, en el reino que yo heredaba, porque mi muy amada madre, muerta há poco, había desde la muerte de mi padre perdido el juicio, sin que nunca recobrase la salud para regirse

---

807.—La relacion de esta ceremonia, sacada de los archivos de los Países-Bajos, ha sido publicada asimismo por M. Gachard en sus *Analectes belgiques*, impresos en Brusélas en 1830, y donde se encuentran todas las piezas oficiales relativas á la abdicacion de Cárlos V desde la p. 70 á la 110 del tomo I.

(1) Sandoval, t. II, lib. XXXII, p. 807 á 899.—Pontus Heuterus, c. II, fól. 338 y 339.—Strada dice que el Emperador lo leyó en frances. «Hac Philibertum rite memorantem surgens improvise Cæsar, humerisque Guilielmi Orangii principes innitens, interpellat: atque e codice quem ad sublevandam memoriam attulerat, tanquam e rationario imperii, gallica lingua recitase ipse cœpit quæ á septimo decimo ætatis anno ad eam usque diem peregisset.» (*De bello belgico*, libro I, p. 4.)—M. Gachard ha dado sumaria noticia de sus puntos principales en los *Analectes belgiques*, t. I, p. 87 á 91.

ella misma. Fui, pues, á España, á través del Océano. Muy luégo acaeció la muerte de mi abuelo Maximiliano, en el décimonono de mi edad, y aunque era yo todavía muy jóven me confirieron en su lugar la dignidad imperial. No por la ambicion desapoderada de mando sobre muchos reinos la tomé, sino para procurar por el bien de Alemania, proveer á la defensa de Flándes, consagrar todas mis fuerzas á la salvacion de la cristiandad contra el turco y trabajar en el engrandecimiento de la religion cristiana. Pero aquel celo que yo tenía no pude mostrarlo como hubiera querido, á causa de los desórdenes suscitados por las herejías de Lutero y otros innovadores de Alemania, y á causa de las guerras peligrosas á que me empujaron la enemistad y envidia de los príncipes vecinos y de que felizmente salí por gracia divina.»

Refiriendo en seguida brevemente las multiplicadas agitaciones de su vida, dijo que había ido nueve veces á Alemania, seis á España, diez á Flándes; que había entrado cuatro veces en Francia, que había pasado dos veces por Inglaterra y otras dos por Africa, y que en esos viajes ó expediciones, entre los cuales no contaba los de menor importancia, había atravesado ocho veces el Mediterráneo y tres el Océano. «Esta vez, añadió, será la cuarta, para ir á enterrarme en España... (1) Puedo decir que nada me ha sido tan penoso ni aflige tanto mi espíritu como lo que siento al separarme hoy de vosotros sin dejaros en la paz y reposo que hubiera deseado. Mi hermana María, que durante mis ausencias os ha gobernado

---

(1) «Y agora será la cuarta que volveré á passarlo para sepultarme.» (Sandoval, t. II, p. 807.)

sabiamente y defendido, os explicó en la última asamblea la causa de la resolución que tomó. No puedo ocuparme de negocios sin gran cansancio de mí y mucho detrimento para ellos (1). Los cuidados que da tan grave carga, la postración que causa, mis enfermedades, mi salud enteramente arruinada, no me dejan fuerzas bastantes para gobernar los Estados que Dios me confió; lo poco que me queda va á desaparecer muy pronto. Há largo tiempo que hubiera soltado esta carga si la juventud de mi hijo y la incapacidad de mi madre no obligaran á mi espíritu y á mi cuerpo á sobrellevar su peso hasta este día. La última vez que fui á Alemania estaba determinado á hacer lo que hoy veis que hago; pero no pude resolverme todavía viendo el mísero estado de la república cristiana, entregada á tantos tumultos, novedades, opiniones particulares en la fe, guerras más que civiles, y, finalmente, sumida en tan deplorables desórdenes, miré que mis males no eran todavía tan grandes y esperé poner término á todas las cosas y restablecer la paz. A fin de no faltar á lo que debía, expuse mis fuerzas, mis bienes, mi reposo y hasta mi vida por la salvación de la cristiandad y la defensa de mis súbditos. Una parte de lo que deseaba se logró. Pero el rey de Francia y algunos alemanes, faltando á la paz y convenio jurados, marcharon contra mí y estuvieron á punto de prenderme. Apoderóse el rey de Francia de la ciudad de Metz, y yo, en medio del invierno, en el rigor del frío, entre aguas y nieves, avancé á la cabeza de un poderoso ejército, levantado á mi costa, para re-

---

(1) «Yo no puedo entender en estas cosas sin grandísimo trabajo mío y pérdida de los negocios.» (Sandoval, p. 808.)

cuperarla y restituirla al imperio. Vieron entónces los alemanes que no había yo depuesto todavía la corona imperial ni entendía que se disminuyese en nada la majestad que siempre tuvo.»

Entraba aquí en pormenores respecto á su lucha con Francia; recordaba sus varios sucesos en los últimos años, y añadía: «He hecho todo lo que Dios ha permitido, porque las cosas dependen de la voluntad de Dios. Nosotros, los hombres, obramos segun nuestro poder, fuerzas y espíritu, mas Dios da la victoria ó permite la derrota. Constantemente he hecho lo que he podido, ayudándome Dios. Dóile gracias infinitas por haberme socorrido en los mayores reveses y en todos mis peligros. Hoy me encuentro tan cansado, que no podría serviros de ninguna ayuda, como vosotros mismos lo veis. En el estado de postracion y debilidad en que me encuentro, tendría que dar estrecha y rigurosa cuenta á Dios y á los hombres si no entregase la autoridad, segun tengo resuelto; pues mi hijo, el rey Felipe, está en edad suficiente para poder gobernaros, y espero sea un buen príncipe para todos mi muy queridos súbditos..... Determinado estoy, por lo tanto, á pasar á España, ceder á mi hijo Felipe la posesion de todos mis Estados, y á mi hermano, el rey de los romanos, el imperio. Recomiéndoo mucho á mi hijo, y os pido que, en memoria mia, le tengais tanto amor como siempre me tuvisteis. Os pido tambien que conserveis entre vosotros el mismo cariño y concordia. Sed obedientes á la justicia, celosos en la observancia de las leyes; guardad el debido respeto, y no negueis á la autoridad el apoyo de que necesita.

Cuidad, sobre todo, de que no os infesten las sectas

de los países vecinos. Si aparecen entre vosotros, extirpadlas presto en gérmen, no sea que, extendiéndose, trastornen vuestro Estado de arriba abajo, y caigais en sus mayores calamidades. En cuanto al modo como os he gobernado, confieso haberme equivocado más de una vez, perdido por la inexperiencia de la juventud, por las presunciones de la edad viril, ó por algun otro vicio de toda flaqueza humana. Atrévome, sin embargo, á afirmar que, nunca con mi conocimiento y aceptación, se ha hecho sinrazon ó violencia á mis súbditos. Si alguien puede, con justicia, quejarse de haberlas sufrido, protesto que habrá sido á pesar mio, ó por no saberlo; ante todo el mundo declaro que lo siento en el fondo del corazon, y suplico á los presentes y ausentes que tengan á bien perdonármelo» (1).

Volviéndose entónces el Emperador á su hijo, con extremado cariño recomendóle en los términos más patéticos que defendiera la fe de sus antepasados, y rigiese en paz y justicia á sus súbditos. Luégo, no pudiendo ya sostenerse de pié, con la voz alterada por la emocion, pálido el rostro por el cansancio, dejóse caer en su asiento. Habíanle escuchado con religioso silencio, costando trabajo á cada uno contener sus propios sentimientos, que, cuando acabó de hablar, estallaron por todas partes. «Su discurso, dice uno de los que lo oyeron, conmovió el alma de todos; los más lloraban, algunos sollozaban; al mismo Emperador y á la reina María alcanzó la emocion, y yo tenía el rostro inundado de lágrimas» (2).

---

(1) Pontus Heuterus, fol. 339.

(2) «Cunque rerum veritate dicendi suavitate gravitate-

El síndico de Ambéres, Jacobo Maes, manifestó al Emperador, en nombre de los Estados, la aflicción que sentían al perder á un príncipe de quien habían recibido tantos beneficios, y dijo que no podían consolarse sino con la certidumbre de que el rey su hijo, imitador de sus virtudes y heredero de su valor, les inspiraría la misma adhesion y gratitud (1). El rey Felipe, arrojándose entónces á los piés de su padre, declaróse indigno del grande honor y extremada merced que le hacía. Aseguró que aceptaba la renuncia de los Estados de Flándes por filial sumision y con respetuoso agradecimiento, porque el Emperador lo queria y ordenaba. «Prometo, añadió, si Dios me ayuda, administrarlos segun justicia, defenderlos con valor, mantener en ellos las leyes, proteger la religion, y dar á cada uno su derecho.» Al propio tiempo besó la mano de su padre, y, levantándose, volvióse á los señores y diputados del Estado, y dijoles:

«Quisiera hablar el frances bastante bien, para expresaros por mi propia boca el sincero cariño que profeso á las provincias y pueblos de Bélgica. Pero no pudiendo hacerlo ni en frances ni en flamenco, lo hará, en lugar mio, el obispo de Arrás, á quien he abierto mi corazon, y que conoce mis pensamientos. Ruégoos, pues, que le escuchéis, como si me oyéseis á mí mismo» (2). En un discurso tranquilizador, Gran-

que omnium animus commovisset, magno numero presentes lacrymas fundebant, singultusque adeo sonoros edebant, ut ipsum Cæsarem, reginam que Mariam collacryman cogèrent, milis certe universam faciem madefacerent.» (Pontus Heuterus, fol. 339.)

(1) *Ibid.*, fol. 339, 340.

(2) *Ibid.*, c. III, fol. 340.

vela fué hábil intérprete de los sentimientos del hijo de Cárlos V, asegurando que eran conformes en un todo á las recomendaciones de su padre. «Será para vosotros, dijo, tan excelente príncipe, como leales súbditos sereis para con él, segun lo prometido al Emperador» (1).

La reina de Hungría desistió entónces públicamente de la administracion de las diez y siete provincias, que había ejercido durante veinticuatro años, con no ménos fortuna que habilidad. Esa mujer de gran corazon, ánimo elevado y firme, estaba, como Cárlos V, enferma y cansada de la autoridad, y quería pasar en el reposo y en la oracion el resto de los dias que le quedasen. Decía que á su edad, despues de haber servido más de veinticuatro años bajo el Emperador su hermano, no le acomodaba empezar nuevo servicio bajo el rey su sobrino, y que era menester contentarse para el resto de su vida con un Dios y un amo (2). Decidida á seguir á España al hermano á quien amaba sobre todo, despidióse de los pueblos de Bélgica, rogando á sus diputados que tomaran en agrado sus pasados servicios, dándoles gracias por el celoso concurso que le prestaran, recomendándoles que siguieran los sabios consejos de su antiguo soberano, que fuesen dócilmente adictos al nuevo príncipe, y deseándoles las mayores prosperidades. «Donde quiera que yo me encuentre, dijo para concluir, me

---

(1) *Ibid.*, fól. 340, 341; Sandoval, fól. 800, 801; *Analectes belgiques*, t. I, páginas 97 á 99.

(2) Carta de María, reina viuda de Hungría, al Emperador; Agosto de 1555, en los *Papeles de Estado* del cardenal Granvela, t. IV, p. 478.

interesaré por todo lo que os atañe y encontrareis en mí el afecto que siempre he profesado á vuestra patria, que lo es tambien mia (1).»

La transmision solemne de los Países-Bajos de Carlos V á Felipe II, fué consagrada al dia siguiente por cesion escrita y firmada de puño del Emperador, y notificada á todas las provincias. El mismo dia, y en el mismo salon, los diputados de cada una de ellas prestaron juramento de obediencia al rey Felipe, que juró por su parte observar fielmente sus leyes, respetar sus costumbres, mantener sus privilegios, y que les dió por gobernador general á su primo el duque Filiberto Manuel de Saboya (2). Al propio tiempo nombró como gobernadores particulares á los primeros personajes del país, que incluyó en el Consejo de Estado, y á quien confió todos los mandos militares, practicando con ellos la política de su padre, de que no se apartó sino diez años despues, de un modo tan trágico para ellos como desastroso para él.

La abdicacion de la soberanía de los Países-Bajos y del Franco Condado fué seguida dos meses y medio despues por otras abdicaciones que se hicieron con ménos pompa y más sencillez. El 16 de Enero cedió el Emperador los reinos de Castilla, Aragon y Sicilia y todas sus dependencias al principe de España, que los recibió de rodillas. Las actas de esas diversas cesiones, levantadas por el secretario de Estado Eraso, como escribano público, y legalizadas ante los repre-

---

(1) Pontus Heuterus, c. III, fol. 340, 341; *Analectes bel-giques*, t. I, p. 99 á 102; *Abdication de Charles Quint*, por Th. Juste, p. 19, 20.

(2) Pontus Heuterus, c. IV, fol. 341.

sentantes de esos reinos como testigos, contenían las mismas razones que el Emperador dió ya á conocer en la Asamblea de Brusélas. Despues de exponerlas nuevamente con tanta escrupulosidad como energía, continuaba: «Hemos resuelto por nuestra libre, espontánea, absoluta y satisfecha voluntad, sin haber sido rogados ni inducidos, y por la única consideracion de que esto conviene á nuestros súbditos y vasallos, como rey que no conoce superior en lo temporal y que se anticipa á su muerte, renunciar en favor de Vos, nuestro hijo primogénito, príncipe jurado de España, los reinos y señoríos de Castilla y Leon, de Granada y Navarra, las Indias, las islas y tierra firme del Océano, las grandes maestrias de Santiago, Calatrava y Alcántara, cuya perpetua administracion tenemos en virtud de autoridad apostólica, á fin de que con la bendicion de Dios y la nuestra los poseais y administreis, como Nos los hemos tenido y gobernado hasta este dia. Plenamente nos despojamos de ellos, y entre tanto que podais tomar posesion, os damos esta cesion escrita, que queremos sea tenida por ley, como si la hubiésemos hecho en Córtes, y publicada en nuestro palacio y en nuestros reinos.» Ese acta, que firmaron en calidad de testigos el duque de Medinaceli, el conde de Feria, el marqués de Aguilar, el marqués de las Navas, el gran comendador de Alcántara D. Luis de Avila y Zúñiga, D. Juan Manrique de Lara, portallaves de Calatrava; D. Luis Quijada, mayordomo del Emperador y coronel de infantería española; D. Pedro de Córdova y Gutierre Lopez de Padilla, mayordomos del rey y ambos del capítulo general de Santiago; D. Diego de Acebedo, mayordomo igualmente de Felipe II, y los licenciados Min-

checa y Briviesca, individuos del Consejo del Emperador (1), se completó con una transmisión semejante de los reinos de Aragón, Valencia, Mallorca, Cerdeña y Sicilia, á que asistieron D. Martín de Aragón, conde de Ribagorza, Juan de Luna, Castellano de Milán, Juan de Heredia y Agustín Gallart, canciller de Aragón (2).

El mismo día manifestó Carlos V á sus pueblos esas varias transmisiones de coronas. Lo escribió á todos los prelados, á todos los grandes, y ordenó á las ciudades que enarbolasen las banderas, según costumbre al proclamar un nuevo soberano, y cumplirían las solemnidades requeridas en tales ocasiones, como si Dios hubiese dispuesto de su existencia. Invitábalos á obedecer á su hijo, sirviéndole y honrándole como á verdadero rey y señor natural, y ejecutando sus órdenes escritas y orales como habían cumplido las suyas propias (3). La gobernadora doña Juana, cuyos poderes había confirmado Felipe II, hizo proclamar al nuevo rey. Todas las grandes corporaciones del Estado se dieron prisa á reconocerle, y el infante D. Carlos, precedido por los reyes de armas y seguido por los individuos de los Consejos, inauguró en persona ante el pueblo la autoridad soberana de su padre. Sobre un gran estrado, construido en medio de la plaza de Valladolid, descubrió el estandarte real, y levantándolo con una mano, todavía débil, pero que sostenían su ayo y mayordomo mayor, lanzó el grito nacional de *Castilla, Castilla por el rey D. Felipe*

---

(1) Sandoval, vol. II, lib. XXXII, § 38, f. 815 á 818.

(2) *Retiro, estancia, etc.*, fol. 36.

(3) *Ibid.*, fol. 36 v.º y 37 r.º

*nuestro señor*. La toma de posesion del reino de Aragon estaba sometida á formalidades y subordinada á juramentos que hacían necesaria la presencia del mismo Felipe, y no podía verificarse hasta más tarde.

El 17 de Enero, al dia siguiente de aquel en que se consumaron las últimas abdicaciones, queriendo el Emperador ganar á su hijo el útil apoyo del anciano Andrés Doria, á quien había dado á conocer previamente su resolucion, y que hubiera deseado, no obstante su avanzada edad, ir á besarle por última vez las manos, escribió á ese poderoso dominador de Génova y del Mediterráneo: «Nuestras indisposiciones se han ido tanto multiplicando de cada dia que, conociendo no poder cumplir con lo que debíamos á la expedicion de los negocios y descargo de nuestra conciencia, no solamente nos ha parecido dejarle el peso de las de Italia, pero áun tambien el de las coronas de Castilla y Aragon, confiando que á todas ellas sabrá dar tan buen cobro, que nuestro Señor quede servido y mis reinos bien regidos y gobernados (1).»

«Mi resolucion al retirarme á España es de acabar allí los dias que me queden, y libre de negocios hacer penitencia en reparacion y enmienda de algunas de las cosas con que he ofendido gravemente á Dios. Mi

---

(1) «Nuestras indisposiciones se han ido tanto multiplicando de cada dia, que, conociendo no poder cumplir con lo que debíamos á la expedicion de los negocios y descargo de nuestra conciencia, no solamente nos ha parecido dejarle el peso de las de Italia, pero áun tambien de las de Castilla y corona de Aragon, confiando que á todas ellas sabrá dar tan buen cobro que Nuestro Señor quede servido y nuestros reynos bien regidos y gobernados.» (*Retiro, estancia, etc.*, fol. 37 vuelto.)

viaje queda aplazado hasta la primavera próxima, tanto á causa de ciertos negocios que se han presentado, como por culpa de mis dolencias, que no me lo permiten ántes. Respecto á lo que me decís que si vuestra edad y salud no se opusieran desearíais mucho venir á verme ántes de mi partida, sería para mí gratísimo, pues sé la adhesion que me teneis. El gusto que tendría en hallarme con vos sería tan grande, que si mis indisposiciones lo permitiesen quisiera hacer el viaje para lograrlo; pero no siendo así, podeis estar seguro de que lo mismo que yo tengo buenas razones para estar satisfecho del afecto, celo y vigilancia con que os habeis empleado en servirme y seguireis empleándoos con el serenísimo rey mi hijo, así tambien se conservará en nosotros dos la memoria viva de lo que habeis merecido y no cesais de merecer de Nos por tantos conceptos. Deseo que Nuestro Señor os colme de felicidades, segun espero; que prolongue vuestros dias y os conceda perfecta salud. Me alegraré de recibir de vez en cuando noticias vuestras» (1).

Despues de haber abdicado sus reinos, Cárlos V se retiró á una casita que había hecho construir al final del Parque de Brusélas, cerca de la puerta que conducía á Lovaina (2). Aquella casa, muy sencilla y reducida, era como el tránsito de un palacio á un convento. Queriendo ser útil á su hijo hasta el último instante, dábale Cárlos V sus consejos y pareceres en los negocios por medio del obispo de Arrás. De ese

---

(1) *Retiro, estancia, etc.*, fol. 37 y 38.

(2) Ribier, t. II, p. 635, *Voyage de Mr. l'Admiral vers l'Empereur et le roy Philippe pour la ratification de la trêve (de Vaucelles)*.

modo ayudó, despues de negociaciones reanudadas por un cambio de prisioneros, á concluir con el rey de Francia una tregua que se firmó el 5 de Febrero de 1556 en la abadía de Vaucelles. Debía durar aquella tregua cinco años, y mantenía por una y otra parte el estado de posesion territorial, segun resultaba de los últimos sucesos de la guerra. Aunque por el momento desprendía del imperio los tres obispados de Metz, Toul y Verdun, y privaba al duque de Saboya de sus Estados, mantenidos por Enrique II, parecía prometer á Felipe un principio de reinado más fácil, y Carlos V se alegraba de dejarle en paz con su poderoso vecino el rey de Francia y su turbulento adversario el Papa Paulo IV, que fué incluido en la tregua. Más aún se hubiera felicitado de aquella pacificacion temporal si hubiese conocido el tratado de alianza ofensiva y defensiva que se concluyera mes y medio ántes entre la Santa Sede y Francia. Por ese tratado, que firmaron en 15 de Diciembre de 1555 el cardenal Carraffa y el cardenal de Lorena en nombre del soberano Pontífice y del Rey Cristianísimo, estipulábase, segun las miras de Paulo IV, que el reino de Nápoles se quitaría á los españoles y se daría á un hijo del rey que no fuese el delfin; que la Toscana sería emancipada del yugo de los Médicis y restablecida la república de Florencia; que se admitiria al duque de Ferrara en la confederacion, de la cual sería generalísimo; que los venecianos, invitados á entrar en ella, recibirían la Sicilia en premio de su adhesion y ayuda; que el Papa, por su parte, obtendría á Benevento y sus dependencias, Gaeta y el territorio desde el Garigliano, que recibiría un tributo más cuantioso del reino de Nápoles, cuyo nuevo soberano prestaríale juramento de sumision y

pondría en tiempo de guerra 400 hombres de armas á su servicio; que el rey enviaría á Italia de 10 á 12.000 infantes, 500 hombres de armas y 500 caballos ligeros, á los que uniría el Papa un ejército de 15.000 infantes y 1.000 caballos, con artillería en proporción, y que ántes del fin de Febrero de 1556 se depositarían, ya en Roma, ya en Venecia, 500.000 escudos de oro, á saber: 350.000 por el rey y 150.000 por el Papa, para subvenir á los gastos de la guerra.

Aunque Cárlos V ignoraba esas amenazadoras estipulaciones, que fueron abandonadas á la sazón para ser renovadas muy luégo, acogió con júbilo no disimulado á los embajadores de Enrique II cuando fueron á Brusélas para que él y Felipe II ratificasen la tregua de Vaucelles, que parecía apartar todo peligro de la monarquía española. Fué á desempeñar esa misión á fines del mes de Marzo el almirante Coligny, acompañado del obispo de Limoges, Sebastian de l'Aubespine, de sus dos primos Danville y Merú, hijos del condestable Anne de Montmorency, y de muchos señores y gentiles-hombres (1). Despues que Felipe II hubo jurado en el castillo de Brusélas la observancia de la tregua, Coligny fué á ver al Emperador á la casita del Parque para pedirle el mismo juramento. Llegó á él pasando por entre dos filas de señores españoles y flamencos formadas en una salita de veinticuatro piés cuadrados que precedía á la habitacion en que estaba el Emperador, y cuyas dimensiones no eran más espaciosas. Encontróle sentado, á causa de la gota, vestido de luto y teniendo á su lado una mesa

---

(1) Ribier, t. II, p. 633.

con tapete negro (1). Carlos V respondió muy afablemente á las felicitaciones que Coligny le dirigió por la conclusion de la tregua, y trató de abrir una carta que el almirante le entregó de parte del rey su señor. Como no pudiese, á causa de la gota, que tenía las manos paralizadas, el obispo de Arrás, colocado detras de su asiento, se adelantó para ayudarle, pero no lo consintió el Emperador. «¿Cómo quereis, señor de Arrás, dijo, arrebatarme el deber en que estoy para con el rey mi buen hermano? Si á Dios place, no lo hará otro que yo.» Rompiendo al propio tiempo con mayor esfuerzo el hilo que tenía cerrada la carta, volvióse al almirante y añadió con una sonrisa no exenta de tristeza: «¿Qué direis de mí, señor almirante? ¡Valiente caballero para correr y romper una lanza si á duras penas puedo abrir una carta!» (2). Informóse luego de la salud del rey y se alabó de ser descendiente por María de Borgoña de la casa de Francia. «A mucha honra tengo, dijo, haber salido por parte de madre del floron que lleva y sostiene la más célebre corona del mundo» (3). Habiendo sabido que Enrique II, á quien vió de niño en Madrid veintiocho años ántes, tenía ya canas aunque era jóven, refirió una historia de sus primeros y más brillantes años. «Era yo, dijo al almirante, casi de la misma edad que el rey vuestro señor cuando volví de mi viaje de la Goleta á Nápoles. Ya conocéis la belleza de esa ciudad y el buen agrado de sus damas: quise agradecerles como los demas y merecer sus favores. Al dia si-

---

(1) Ribier, t. II, p. 635.

(2) *Ibid.*, p. 636.

(3) *Ibid.*

guiente de mi llegada mandé llamar á mi barbero muy temprano para que me peinase, rizase y perfumase. Mirándome al espejo, ví algunas canas como las que hoy tiene el rey mi buen hermano.—Quitadme esos pelos, dije al barbero, y no dejéis ninguno. Lo cual hizo. Pero ¿sabeis lo que me acaeci6? Poco tiempo despues, mirándome de nuevo al espejo, hallé que por cada cabello blanco que me arrancaron habían nacido tres. Si hubiera querido quitarme aquellos nuevos, en ménos de nada me habría vuelto blanco como un cisne» (1).

El Emperador quiso ver á Brusquet, famoso bufon de la corte (2), que había seguido á la embajada francesa y hecho una de sus jugarretas más atrevidas en la propia capilla donde Felipe II juró la tregua. Admitido en la privanza de Enrique II, á quien divertía mucho, y que le había dado el cargo, muy lucrativo, de maestro de los correos de Paris, familiar con los principales señores de Francia, célebre por una lucha de invenciones bufas que sostuvo con el mariscal Strozzi (3), Brusquet había asistido á la recepcion solemne del almirante Coligny por Felipe II. El altivo monarca, como para disimular la humildad de la tregua presente bajo el recuerdo de una antigua victoria, recibió á la embajada de Enrique II en el salon principal del castillo, adornado con una hermosa tapicería

(1) Ribier, p. 637.

(2) «Brusquet a esté le premier homme pour la bouffonnerie qui fut jamais, ny sera.» (Brantôme, *Vie du marechal Strozzi*, t. I, p. 450.

(3) Brantôme refiere algunas de ellas en la obra ántes citada, de la p. 437 á la 456 del t. I.

flamenca que representaba la batalla de Pavía, la prisión de Francisco I, su embarco para España y su cautividad en Madrid. Aquella vista ofendió á los franceses, y Brusquet pensó en tomar una especie de venganza del orgullo poco cortés de los españoles, poniendo en ridiculo su avaricia mediante un acto de generosidad y casi de soberanía francesa, verificado en el propio palacio de Felipe. En efecto, al siguiente dia, despues que se celebró la misa en la capilla del castillo, á presencia de Felipe II, rodeado de su córte y del almirante Coligny, seguido de su comitiva, cuando el rey de España se adelantó hácia el altar y juró sobre el libro de los Evangelios la observancia del tratado de Vaucelles, Brusquet, que se había provisto de un saco de escudos, acuñados en el palacio de Paris, dando otro igual á su criado, lanzó el grito nacional de: ¡Largueza! ¡largueza! Así atravesó la capilla, seguido de su criado, profiriendo uno y otro el mismo grito y arrojando sus escudos, sobre los cuales se precipitaron los archeros de la guardia creyendo que era una liberalidad de Felipe II. Volvióse éste con sorpresa y altanería hácia el almirante Coligny, y le dijo que se maravillaba de que los franceses tuvieran bastante temeridad para hacer larguezas en su casa y á su presencia (1). El almirante, no ménos admirado que el rey, no respondió palabra. Pero Brusquet siguió sin inmutarse ni detenerse lanzando sus gritos y soltando sus escudos, sobre los cuales se precipitaron tambien los demas concurrentes, así hombres como mujeres, empujándose unos á otros. Hubo en tónceſ una escena de confusion extremadamente cómica, y

---

(1) Ribier, t. II, p. 635.

Felipe II tomó al fin tan de buenas lo que había empezado por irritarle, que se apoyó contra el altar por no poderse tener de risa (1).

—«Y bien, Brusquet, dijo Cárlos V al verle. Buena largueza has hecho con tus escudos.» Brusquet respondió al Emperador que dignándose descender hasta él le privaba el uso de la palabra. Pero el Emperador, chanceándole entónces por una de las numerosas aventuras que tuvo con el mariscal Strozzi, y de que salía tan pronto vencido como vencedor, añadió:— «Pues qué, ¿no te acuerdas del día de las espuelas?— Muy bien me acuerdo, señor, repuso Brusquet. Y aludiendo á las nudosidades que la gota había puesto en las manos del Emperador, fué, añadió, al mismo tiempo que vos comprábais esos hermosos rubíes y carbunclos que llevais en los dedos.» Todo el mundo se echó á reir, y el Emperador el primero. «No quisiera en manera alguna, repuso Cárlos V, haber dejado de recibir esta sábia leccion; que nunca debe uno dirigirse á un buen tonto como tú quieres parecerlo, pues te aseguro que no lo eres.» Habiéndose despe-

---

(1) «Cette farce fut si dextrement jouée, que les assistants, qui estoient plus de deux mille, tant hommes que femmes... estimant que ce fust une libéralité de ce prince, se jetterent avec une furieuse ardeur á ramasser les écus; les archers des gardes en vinrent jusques á se pointer les hallebardes les uns contre les autres; le reste de la multitude entra en telle confusion que les femmes eu furent déchevelées... les uns et les autres, hommes et femmes, renversés par une si estrange drolerie, que ce prince fut contraint de gagner l'autel, pour se soutenir, lombant á force de rise, aussi bien que les roynes douairiées de France et de Hongrie, Mad. de Lorraine et autres.» (*Ibid.*)

dido luégo el almirante, Cárlos V se asomó á las ventanas de su aposento, que daban al Parque, y acompañó con los ojos á la embajada francesa, queriendo mostrarle que aún no estaba próximo á la muerte, segun el rumor que había corrido pocos dias ántes (1).

Cárlos V seguía siendo Emperador. A pesar de su deseo, no había podido abdicar la corona imperial. Desde el tratado de Passau permanecía extraño á la administracion del imperio, y sus sentimientos católicos le alejaban de tomar parte en las resoluciones finales de la Dieta de Augsburgo, que por el rescripto de 21 de Setiembre de 1555 había ordenado *la paz perpetua de la religion en Alemania*. Encargó á su hermano Fernando que ratificase sólo como rey de los romanos, y sin recurrir á él, esa medida inevitable, pero que daba existencia legal á la herejía de Lutero. «Resolved, le había escrito, como si yo estuviese en España, y no en mi nombre ni por mi mandado particular. Si he de deciros la causa sinceramente y cual conviene entre hermanos... es sólo por respeto al punto de religion en que tengo los escrúpulos que tan particular y plenamente os declaré de palabra, sobre todo en nuestra última entrevista de Villach» (2). No fué, pues, envuelto (3), segun su expresa voluntad, en el convenio que consagraba para Alemania la libertad é igualdad religiosas entre católicos y

---

(1) Ribier, t. II, p. 637.

(2) Carta de Cárlos V á Fernando, del 8 (10) de Junio de 1554. (*Correspondenz des Kaisers Karl V*. Lanz, t. III, página 624.)

(3) No había querido dar consejo en lo tocante á este punto: «Ne vous eusse-je sceu donner advis de ce que aurez á

luteranos; que mantenía la secularización de los bienes de la antigua Iglesia, realizada por los príncipes protestantes; que preveía y autorizaba el engrandecimiento de la confesión de Augsburgo, con la única reserva de que si esa confesión fuese abrazada por algún obispo territorial ó abate posesionado, el cambio personal de éste, al perder su beneficio, no arrastrase el cambio de su soberanía, que seguiría incluida entre los Estados católicos.

Cárlos V, dispuesto á consumir sus grandes sacrificios, había sentido renacer el vivo cariño que largo tiempo le uniera á su hermano Fernando y que por los desacuerdos de 1550 se había enfriado un poco (1). Instóle para que fuese á verle una vez más á Brusélas ántes de su marcha para España. Pero Fernando no pudo y le manifestó su profunda pena porque el estado de sus negocios y los peligros de su reino se lo impedían (2). Envióle al propio tiempo á su segundo hijo el archiduque Fernando para apartarle de renunciar el imperio, y suplicarle, caso de que su resolución fuese inquebrantable, que consintiera al ménos en no hacerla pública hasta la próxima Dieta (3). De-

---

faire pour le respect que vous scavez j'ay tousjours eu de non me plus *envelopper* en ce point de la religion.» (Carta de Cárlos V á Fernando, del 9 Setiembre 1555. *Ibid.*, p. 682.)

(1) Véase el t. III de Lanz, la carta ya citada de 16 de Diciembre de 1550, p. 15 á 21, y otras cartas posteriores á esta época insertas en el mismo volúmen.

(2) Fernando á Cárlos V, el 20 de Agosto y el 26 de Setiembre. (*Ibid.*, p. 675-687.)

(3) Cartas de Cárlos V á Fernando, de 19 Oct. 1555 (*Ibid.*, p. 688), y de Fernando á Cárlos, de 31 Oct. (p. 692.)

seaba preparar los ánimos, á fin de que Alemania no fuese sorprendida por la gran novedad de una abdicacion, y que viviendo los dos hermanos todavía no pusiesen dificultad los electores en pasar la corona de la cabeza del uno á la del otro.

Cárlos V supo con pena que Fernando no iría á verle. «Antes de marchar tan léjos, le escribió, hubiera deseado singularmente tener ese consuelo (1).» Tambien hubiera querido consolidar por la comunidad de intereses la union de las dos ramas de la casa de Austria, que iban á separarse irrevocablemente por la particion de las soberanías. Por eso, con tanto cariño como habilidad, añadía: «Donde quiera que yo esté hallareis siempre en mí el mismo fraternal y cordial cariño que siempre os he tenido, acompañado del muy gran deseo de que la amistad que nos hemos guardado siempre se perpetúe tambien á los nuestros, en lo cual pondré mano por mi parte, como estoy seguro que lo hareis por la vuestra, pues además de que el deber de la sangre lo requiere... importa tambien á los comunes negocios de todos nosotros (2).» A fin de mantener ese útil acuerdo que no aislaría á España de Austria y conservaría el apoyo de Alemania para los estados de Italia y las provincias de los Países-Bajos, accedió Cárlos V á los deseos de Fernando y retardó la transmision del imperio. Hízolo no sólo por su ruego sino tambien por las instancias de la reina de Hungría, su hermana, y del rey Felipe II,

---

(1) Cárlos V á Fernando, 3 Nov. 1555. (Lanz, t. III, página 693.)

(2) Cartas de Cárlos V á Fernando, del 19 Oct. 1555, y del 3 Nov. (*Ibid.*, p. 689 y 693.)

su hijo, que unían sus súplicas á las de los archiduques Fernando y Maximiliano. Este último y su mujer, la infanta María, hija del emperador, fueron á despedirse de él ántes de su partida. Entónces escribió al rey de los romanos que *l'un des grans désirs qu'il eust en ce monde étoit de se desnuer de tout* (uno de los grandes deseos que tenía en este mundo era el desprenderse de todo) (1), y que, sin embargo, por temor de alguna agitacion en Alemania y de que los electores pretendieran hacer la eleccion en perjuicio suyo, guardaba el título de emperador, sin conservar la administracion del imperio, hasta el momento en que el rey de los romanos se asegurase de las disposiciones del colegio electoral. Confiábale la direccion de todos los negocios, dejábale el ejercicio de todos los poderes y ni siquiera consentía en mandar comisarios imperiales á la Dieta (2). «Descargada con eso mi conciencia, me dejaré persuadir, decía, á retener el título por evitar los inconvenientes mencionados en vuestras cartas, bien que si hay posibilidad de cortarlo, es la cosa que más deseo y en que podeis darme mayor contentamiento (3).»

Creyendo el Emperador poder retirarse á Yuste en la primavera de 1556 (4), mandó que en esa época lo tuviesen todo dispuesto para recibirle. Ya había elegido los servidores de su casa que debían acompañarle al monasterio. Esa casa, cuya composicion seguía

---

(1) Carta de Carlos V á Fernando, del 8 Agosto 1556. (Lanz, t. III, p. 708.)

(2) Id. del 28 Mayo 1556. (*Ibid.*, p. 703.)

(3) Id. del 8 Ag. 1556. (*Ibid.*, p. 709.)

(4) Retiro, estancia, etc., fol. 38 v.

siendo feudal y en la que se hallaban muchos de los primeros señores de España, los Países-Bajos y Alemania, comprendía 772 personas de todas clases y oficios (1). Las principales quedaron al servicio de Felipe II y de Fernando, y de los restantes designó á 150 para que le siguiesen en su viaje, debiendo encerrarse la tercera parte en el monasterio de Yuste con él. Iba á la cabeza de éstos el coronel Luis Mendez Quijada, señor de Villagarcía. Quijada llevaba treinta y cuatro años al servicio de Carlos V. Recibido primero entre sus pajes (2), llegó á ser más tarde uno de sus tres mayordomos y le acompañó en todas sus guerras. Dos de sus hermanos murieron á su lado: el mayor, Gutierrez, delante de la Goleta, donde él mismo fué herido de un tiro de arcabuz (3); el menor, D. Juan, en el sitio de Therouanne. Capitan en la expedición de Túnez y en la invasión de Provenza, dióle el Emperador su bandera en 1543 y 1544, y cuando se apercibía á pelear con Francisco I en Landrecies, poniéndose el casco, dijo al escuadron de su córte: «Que ya era llegado su dia y por eso que peleasen como caballeros honrados, y si viesen caído su caballo y su estandarte que llevaba Luis Mendez Quijada, levantasen primero el pendon que á él (4).» Habíase distinguido Quijada

---

(1) Retiro, estancia, etc., fól. 40 á 42.

(2) *Retraite et mort de Charles Quint au monastère de Yuste*, por M. Gachard, Prefacio, p. 29, segun los registros. *Maison des souverains et des gouverneurs généraux*, t. II, en los Archivos del reino de Bélgica.

(3) Sandoval, t. II, lib. XXII, §§ 270, 257.

(4) «El Emperador se puso el yelmo, diciendo al escuadron de su córte que ya era llegado su dia, por esto que pe-

en ambas guerras de Alemania, la del Danubio y la del Elba (1). Había seguido á su amo al sitio de Metz, y en 1553 había mandado la infantería española en la torre de Terouanne y Hesdin (2). Cuando el Emperador cesó de reinar, el fiel y valeroso castellano cesó de servir. Ya no debía volver á las armas hasta doce años despues, siendo maestro militar de D. Juan de Austria, aquel glorioso hijo, cuyo oculto nacimiento le reveló Cárlos V y cuya tardía educacion le confió.

Retenido cerca del Emperador por las obligaciones de su cargo y la asiduidad de su abnegacion, Quijada hubo de casarse por poderes en 1549 con Doña Magdalena de Ulloa, señora de noble espíritu é ilustre cuna. Tenía Quijada mucho sentido, corazon elevado, carácter grave y algo duro, fidelidad que no excluía algunas veces las murmuraciones, fervor religioso de español á la antigua, aversion de franco caballero contra los frailes, grande admiracion y profundo cariño al Emperador, con quien, sin dejar de ser respetuoso, mostróse en ocasiones más libre de lenguaje que los mismos hermanos é hijos de Cárlos V. Tal era el probado servidor, el orgulloso castellano, el sencillo y firme cristiano que debía, como jefe de la pequeña colonia de Yuste, puntual mayordomo y veterano soldado, conservar

---

leassen como cavalleros honrados, y si viessen caido su cavallo y su estandarte que llevaba Luis Mendez Quijada, que levantassen primero el pendon que á él.» (Sandoval, t. II, libro XXV, § 46, p. 461.)

(1) *Ibid.*, p. 434.

(2) *Ibid.*, lib. XXXI, §§ 40, 41, p. 746, 747.

en ella la etiqueta de una corte que bajo muchos aspectos semejaba la disciplina de un ejército.

El que despues de Quijada tenía el primer puesto cerca del Emperador, y que con Quijada debe darnos á conocer su vida en el monasterio, era el secretario Martin de Gaztelu. Cárlos V lo eligió entre los primeros oficiales de la secretaría de Estado (1). Gaztelu estaba empleado en tiempo de Eraso, quien desde la muerte de Cobos obtuvo la confianza de Cárlos V para dirigir y despachar los negocios españoles, y que lo legó, como una de las partes más preciosas de su herencia, á Felipe II (2). En ausencia de Eraso habíase servido algunas veces el Emperador de Gaztelu (3), reparando su claro talento, su juicio firme, su redaccion pronta y elegante, su profunda discrecion, su tranquilidad solicitud y su invariable dulzura. Acordóse de él entónces é hizole secretario del soberano que dejaba detras de sí sus reinos, pero á quien los negocios debían seguir desde el trono á la soledad.

No quiso llevar al monasterio sumiller de corps ó chambelan. Contentóse con designar algunos servidores secundarios, ayudas de cámara y barberos. Formaban éstos dos categorías distintas. En la primera había estado largo tiempo un hombre sin instruccion, pero no sin talento, de silenciosa fidelidad, de infatigable servicio y de humor bromista, Adriano Dulvis

---

(1) *Retraite et mort de Charles Quint*. Prefacio, p. 35.

(2) «Quanto os he dado este dia no es tanto como daros este criado.» (La Roca, *Epítome de la vida y hechos de Cárlos V*, p. 242.)

(3) Carta de Gaztelu á Vazquez, del 29 Set. 1556. (*Retraite et mort de Charles Quint*, etc., p. 2 y 3.)

de Vapaume, que no sabía leer ni escribir. Muchas veces sirvió de mensajero político entre Carlos V y el anciano Granvela, llevando abiertos los pliegos del uno y las respuestas del otro, y así entró en las más íntimas confidencias como en las más familiares costumbres de su amo (1).

Había tenido también la fortuna de sacarle varias veces de sus tristezas y hacerle reír con el enano polaco y el bufón de corte, Perico, á quienes correspondía de derecho el difícil encargo de divertirle y distraerle (2). Carlos V no tenía ya consigo á Adriano Dubois, y por el momento, el más admitido entre sus servidores de cámara, era Guillermo van Male, de Brújas. Por la reserva del carácter y por la cultura del espíritu, no se parecía éste en nada á Adriano. Tan instruido, como ignorante era Adriano, van Male, versado en el conocimiento de las lenguas latina y griega, era uno de los humanistas distinguidos de su siglo; sabía mucho, hablaba bien, escribía con elegancia. Por recomendación de Luis de Flándes, señor de Praet, jefe de Hacienda de los Países-Bajos, de quien era ingenioso corresponsal, fué admitido en 1550 en

---

(1) Antes que Quijada y que Felipe II, había tenido noticia, como veremos más adelante, del nacimiento de D. Juan de Austria.

(2) «Es nella camera sua talora riden é burlase con un nano suo polaco, ó con Adriano, suo ajutante di camera.» (Marino Cavalli, 1551, en Alberi; serie I, vol. II, p. 216.) Navagero decía lo mismo en 1533, y añadía: «Lo diletta anche assai e lo fa ridere un buffone venuto ultimamente di Spagna, che Perico si noma, il quale per acquistare la grazia dell Imperatore sempre quando egli nomina Filippo suo figliuolo, lo chiama signor di *todos*.» (Serie I, t. I, p. 343, 344.)

calidad de ayuda de cámara de Carlos V, á quien agradó por la diligencia de su servicio, la variedad de su saber y los encantos de su conversacion. Hecho á los hábiles cuidados que exigía la persona de su señor, no abandonándole ni de dia ni de noche en sus enfermedades, sirviéndole de lector durante sus insomnios, escuchando los relatos de sus guerras y negociaciones, que trascribía bajo su dictado, van Male le siguió á Yuste, donde debía serle no ménos agradable que necesario (1).

En vez de conservar su antiguo médico, Corneille de Baersdorp, Carlos V lo dejó á sus dos hermanas, ya inseparables, las reinas María y Leonor, pues la primera estaba atormentada por un dolor de corazon bastante agravado, y la segunda por un asma muy violenta. Llevó consigo al jóven doctor Enrique Mathys, que tomó, por decirlo así, prestado á su hijo. Bastante hábil en su arte, Mathys, natural de Brújas, como van Male, y de espíritu tambien cultivado, era un médico letrado más capaz de discutir en buen latin sobre las enfermedades del Emperador, que de ponerle remedio con la autoridad de sus prescripciones. Carlos V no olvidó al célebre mecánico de Cremona, Giovanni Torriano, á quien los españoles llamaban Juanelo, y que llevó á Yuste en calidad de relojero. Las demas personas de su comitiva estaban señaladas, segun veremos luégo, para los diversos servicios de su cámara, mesa, cocina, despensa, caballeriza y far-

---

(1) Véase su curiosísima correspondencia con el señor Praet, ántes citada, y publicada por el baron de Reiffenberg. Véase tambien el *Bulletin del'Academie de Bruxelles*. Gachard, t. II, 1.<sup>a</sup> parte, p. 30.

macia, y formaban una casa completa. Hasta la entrada del monasterio debían seguirle tres personajes de Flándes y el Franco-Condado, Juan de Croy, conde de Rœulx, cuya poderosa familia gozó siempre de favor con Cárlos V, Floris de Montmorency, señor de Hubermont, á quien estaba reservado, así como á su hermano el conde de Horn, tan trágico fin, bajo Felipe II, y Juan de Poupet, señor de la Chaulx, que había sido primer sumiller de corps del Emperador.

Cárlos V, precedido en España por Luis Quijada, partió el 8 de Agosto de Brusélas, despues de despedirse tiernamente de su hija la reina de Bohemia y de su yerno Maximiliano, que tomaron la vuelta de Alemania. Felipe II le acompañó hasta Gante. El 28 se separaron para siempre; y Cárlos V, seguido por sus dos hermanas, Leonor, viuda de Francisco I, y María, reina de Hungría, bajó por el canal de Gante á Zelanda, donde le esperaba una escuadra de 56 velas. Algunos dias ántes de darse á la mar dictó á favor del rey de los romanos, Fernando, el acta de renuncia del imperio, que más tarde debían llevar sus embajadores á Alemania, yendo á la cabeza de ellos el príncipe de Orange (1). El 12 de Setiembre escribió á su hermano que le dejaba en libertad de escoger el sitio y momento en que hubieran de reunirse los electores para nombrarle en su reemplazo (2), pero recordándole lo ya dicho, y que tenía prisa por descargarse, no sólo de todos sus poderes, sino de todos sus tí-

---

(1) Véase la Constitucion en Goldast, t. I, p. 577. Edicion in fol. Francfort, 1713.

(2) *Cartas de Cárlos V á Fernando*, en Lanz, t. III, páginas 708 y 710.

tulos. Al dia siguiente, por la noche, embarcóse en el puerto de Flesinga, en el buque principal, llamado la *Bertendona*, donde le habian preparado la habitacion más cómoda, y la escuadra levantó anclas el 13 por la mañana. Pero la calma primero, y luégo los vientos del Sudoeste, la retuvieron á pocas leguas de Flesinga, y la obligaron á arribar en Rammekens desde el 14 al 17 (1). Habiendo cesado en este dia de ser contrarios los vientos, aparejaron para la costa del país donde le esperaba el retiro preparado y elegido.

Cuando abandonaba la escena del mundo, que por tanto tiempo ocupó, habíase debilitado su gran fama. Verificóse entónces lo que él mismo había dicho. Achacaron, segun sus palabras, *los sucesos de su reinado á la fortuna*, á quien atribuyeron las mayores prosperidades y antiguas grandezas. Un político italiano, expresando la opinion de sus contemporáneos que se mostraron severos con Cárlos V cuando se despojó de su poder, y pasaron de la admiracion al descontento, escribió á la señoría de Venecia: «Hace seis años S. M. I. estaba confirmado en esa gran reputacion que ningun otro Emperador, no sólo de nuestra edad, pero áun de muchos y muchos siglos, había tenido entre los príncipes del mundo, y frente á frente de sus enemigos, abiertos y declarados, ora cristianos, ora infieles, á causa de tantas y tan gloriosas victorias como ganó, en Africa contra el rey de Túnez; en Alemania, contra el elector Juan Federico de Sajonia, landgravé de Hesse, las ciudades libres y duque de Cléveris; en sus guerras de Francia contra

---

(2) Segun el libro del contador de la flota de D. Luis de Carvajal. *Retiro, estancia*, etc., fols. 48 y 49.

el rey, á quien hizo prisionero; en Italia, contra el Papa Clemente, contra Génova, Florencia y Milan. Pero la huida de Inspruck y el mal éxito de la empresa de Metz, han parado el curso de esa gloria. El reverdecido recuerdo de otros desastres, como la retirada de Provenza, la expedicion de Argel, el ataque de Castelnuovo, la tregua desventajosa concluida con el Rey Cristianísimo, la renuncia de sus Estados, la permanencia en un monasterio, le han hecho perder casi toda su reputacion. Digo casi, porque aún le queda tanta, como impulso á una galera que, empujada por los remos y viento, recorre todavía un trecho cuando los remos se paran y cae el viento. Todos deducen que el soplo favorable de la fortuna ha guiado el inmenso buque de los Estados, reinos é imperio de S. M.» (1).

---

(1) *Relazione di Federico Badouaro* (en 1558). Ms. de la Bib. Nac., núm. 1.044 ó núm. 277. Saint Germain Harlay.

### CAPÍTULO III.

#### Partida para España.—Entrada en el convento.

Partida de Carlos V.—Travesía de Zelanda á España.—Desembarco en Laredo.—Preparativos ordenados por Felipe II y la princesa doña Juana para recibirle; no son bien ejecutados.—Descontento del Emperador.—Su viaje por Castilla la Vieja.—Su entrada en Burgos.—Negociacion con motivo de Navarra, á cambio de la cual pide Antonio de Borbon, por medio de su enviado Escosura, el ducado de Milan, convertido en reino de Lombardía.—Conversacion de Carlos V con su nieto D. Carlos, que sale á su encuentro hasta Cabezon; carácter de este jóven príncipe; juicio que el Emperador forma de él.—Llegada y estancia en Valladolid.—Partida de Carlos V para Extremadura.—Pasaje del Puerto Nuevo á la Vera de Plasencia; palabras que pronuncia el Emperador en lo alto del Puerto.—Estancia de Carlos V durante tres meses en el castillo de Jarandilla; visitas que allí recibe; provisiones y regalos que le envían de todas partes.—Conversacion del Emperador con el padre Francisco de Borja.—Negociaciones con la corte de Portugal sobre la venida á España de la infanta doña María, hija de la reina Leonor; sentimiento que manifiesta Carlos V al embajador Lorenzo Pires de Tavora por no haber realizado sus antiguos propósitos de abdicacion despues de sus victorias en Alemania.—Continúan los tratos con Escosura sobre el cambio de Navarra.—Guerra de Italia; ruptura de la tregua de Vaucelles por Francia.—Triunfos militares del duque de Alba en los Estados Pontificios; suspension de armas que concede Paulo IV; descontento que por ello muestra el Emperador; hábiles y previsores consejos que da.—Ataque de gota.—Restablecimiento de Carlos V, que se separa de una parte de su comitiva y sube con los demas al monasterio de Yuste.—Su entrada en el convento; cómo le reciben los monjes.



Antes que Carlos V saliese de Flessinga, dándose á la vela para Vizcaya, había anunciado Felipe II á la princesa doña Juana, gobernadora de España, la próxima llegada del Emperador su padre. En 27 de Julio le escribió que enviase al puerto de Laredo al alcalde de corte Durango, con el dinero necesario para la compra de todas las provisiones y la reunion de todos los medios de transporte que reclamarían su llegada y su viaje por el Norte de la Península. Durango debía llevar además las pagas de la escuadra y acompañar á seis capellanes que el Emperador deseaba encontrar cuando desembarcase (1). El 28 de Agosto, dia en que Carlos V partió de Gante para Zelanda, Felipe II renovó sus instrucciones á doña Juana (2), y el 8 de Setiembre escribíale de nuevo:

«Serenísima princesa: Mi muy querida y amada hermana: El Emperador mi señor... que está, á Dios gracias, en buena salud, se embarcará en seguida... A fin de no causaros ninguna molestia, S. M. ha resuelto alojarse en Valladolid en casa de Gomez Perez de las Marinas, donde vivía Ruy Gomez. Mandareis que la limpien y arreglen, que compren y preparen todo lo necesario para que con gran celeridad estén las habitaciones en disposicion de recibir á S. M., que en desembarcando enviará delante á Rogerio, su aposentador de Palacio, á fin de que prepare alojamientos en su camino y disponga habitacion á su gusto en Valladolid» (3). No contento con entrar en todos estos

(1) *Retiro, estancia*, fol. 43.

(2) *Ibid.*, fól. 44 y 45.

(3) La carta de Felipe II se encuentra íntegra en *Retiro, estancia*, fól. 47.

pormenores, para asegurar á su padre una recepcion cómoda en España, quiso Felipe II que le mostrasen solicitud y le rindiesen los mismos honores que no le eran ya debidos. Así, añadía: «Aunque S. M. no haya tratado de tal cosa, sería justo que algunos de los primeros personajes y gentiles-hombres fuesen al puerto donde desembarcará, acompañados de un obispo y de los seis capellanes de que os he hablado. S. M. I. va en el navío *Bertendona*, donde han dispuesto para él habitaciones muy cómodas. Proveereis á las necesidades de ese navío y del resto de la escuadra, cuya tripulacion debe cobrar la parte de sus pagas que todavía se le debe, sin que en esto se falte, y me avisareis con lo que se haya hecho.»

Despues de haber recibido esa carta el 17 de Setiembre, dia en que la escuadra que llevaba al Emperador salió del puerto de Rammetrens, dióse prisa la princesa doña Juana á cumplir las órdenes del rey su hermano. Hizo preparar la casa de Gomez Perez en Valladolid, que era entónces residencia de la corte y sede del gobierno. Mandó de nuevo al alcalde Durango que fuese con sus alguaciles á Laredo para llenar la mision que le estaba encomendada (1).

Ordenó al propio tiempo rogativas públicas por el feliz arribo del Emperador (2); avisó al condestable y al almirante de Castilla que fuesen á cumplimentar á Carlos V, é invitó á D. Pedro Manrique, obispo de Salamanca y capellan del rey. «Yo sé, le decía, que S. M. holgará con vos más que con otro, por ser tan

(1) *Retiro, estancia*, 48 r.º

(2) *Ibid.*, 43 v.º y 44 r.º

criado y servidor suyo» (1). Pero esas medidas, recomendadas con previsoramente insistencia por Felipe II, y prescritas con afectuoso celo por su hermana, se ejecutaron con lentitud española. En aquel tiempo, y sobre todo en aquel país, no se hacía nada de prisa, y los actos seguían siempre con gran retraso á las órdenes. No todo estaba, pues, dispuesto, cuando Carlos V dió vista á las costas de Vizcaya. El buque de 565 toneladas que le llevaba, y que ocupaba él solo, había sido preparado únicamente para su servicio, de modo que la travesía del Canal de la Mancha y del Golfo de Gascuña fuese ménos penosa para sus enfermedades. En el más elevado puente, entre el mástil y la popa, estaba el aposento imperial, compuesto de dos cuartos y dos gabinetes, flanqueado por una cámara oblonga que formaba corredor de salida, y rodeado de otras tres habitaciones destinadas al sumiller de corps, al jefe del guardaropa y á un ayuda de cámara. Interiormente esculpido y forrado de paño verde, estaba muy bien cerrado, y tenía vistas al mar por ocho ventanas con cristales. La cama de su dormitorio y algunos muebles estaban colgados del techo y sujetos, no lejos del pavimento, con cuñas de madera, á fin de que no siguiesen los balanceos del buque y permaneciesen casi derechos cuando aquel se inclinara á impulso de las movedizas olas. La otra parte del puente, hácia la proa, estaba ocupada por los gentiles-hombres del Emperador. El puente de abajo estaba destinado á panadería, cocina, despensa, bodega y habitación de todos los criados de boca. En fin, las provisiones para

---

(1) «Yo sé que S. M. holgará con vos más que con otro, por ser tan criado y servidor suyo.» (*Ibid.*, fól. 47 v.º)

la travesía y el agua, contenida en enormes vasijas de barro, cerradas con tapaderas y candados, iban en el sollado (1).

Habiendo pasado el 17 de Setiembre con buen tiempo los peligrosos bancos de arena de Zelanda, encontróse la escuadra el 18 entre Douvres y Calais, desde donde el almirante inglés salió con cinco buques para saludar al padre de su rey y besarle las manos. Hasta el día 22 no salió del Canal de la Mancha. En fin, aquel día, dejando á su derecha la isla de Wight, señalada al principio como punto de escala, y aprovechándose de un viento favorable, que ya no les faltó, dirigióse á toda vela á España y llegó el 28, algo tarde, al puerto de Laredo (2). Aquella misma noche desembarcó el Emperador con muy buen tiempo, sin que ninguno de los que le acompañaban (3) le viese besar la tierra al bajar del buque ni le oyese pronunciar las palabras que le atribuyen Strada y Robertson: «¡Oh madre comun de los vivos! Desnudo salí de tu seno y desnudo vuelvo» (4). Al día siguiente el viento fué impetuoso, la mar estuvo muy agitada y los buques que conducían á las dos reinas, y se habían quedado un poco atras, no pudieron entrar sino

---

(1) *Retiro, estancia*, 48.

(2) *Ibid.*, fól. 48 v.º y 49 r.º, segun el libro del contador de la escuadra D. Luis de Carvajal.

(3) Carta del contador Julian de Oreytia al Consejo de guerra, del 29 de Setiembre, en *Retraite et mort de Charles Quint*, etc., vol. I, p. 1 y 2.

(4) Strada, *De bello belgico*, p. 6. Robertson. *Histoire de Charles Quint*, lib. XII.

en el puerto más occidental y mayor de Santander (1).

Cárlos V no encontró en Laredo sino al obispo de Salamanca y al alcalde de corte Durango, que todavía no llevaba el dinero necesario para las atenciones de su servicio y pagos de la escuadra. Por esto se mostró muy irritado y Martin de Gaztelú escribió al secretario de Estado Vazquez de Molina: «S. M. está bien mohino del descuido que ha habido en no proveerse algunas cosas que fuera razon se hubieran proveido y el rey tenía mandado (2). Los seis capellanes que hubieran debido ir para servirle le hacen falta, tanto más, quanto que están enfermos los que ha traído consigo y cada dia se ha de buscar un cura que le diga la misa. Hubiera necesitado de dos médicos porque la mitad de la gente de la escuadra está enferma y siete ú ocho de sus servidores han muerto. El maestre general de Correos hubiera debido mandar un oficial con correos para su uso, de cuya privacion se resiente. Si el obispo de Salamanca no le hubiera procurado ciertas comodidades nada se habría encontrado en este sitio que conviniese á una majestad como la suya. Ni una sola carta le han escrito ni enviado á saber cómo llega. Todo esto se hubiera debido hacer al mismo tiempo en Santander, la Coruña y aquí. De eso se queja y dice otras cosas muy duras (3).» Aquel retardo mal conocido en la ejecucion

---

(1) *Retraite et mort de Charles Quint*, vol. I, p. 2.

(2) «S. M. está bien mohino del descuido que ha habido en no proveerse algunas cosas que fuera razon se hubieran proveido y el rey tenía mandado.» (*Ibid.*, p. 5 y 6.)

(3) *Retraite et mort de Charles Quint*, vol. I, p. 6.

de las órdenes de Felipe II y aquella expresion mal juzgada del descontento de Carlos V han sido convertidos en acto de ingratitud por parte del uno y señal de arrepentimiento por parte del otro. Los más de los historiadores pretenden que al siguiente dia de la abdicacion de su padre, Felipe II se descuidó, ya que no se negara, en poner á su disposicion 100.000 escudos de oro que el Emperador se había reservado para un retin (1). No hay tal cosa, como se ve. No se trata aquí de los 100.000 escudos. Las quejas del Emperador se refieren á los preparativos para su llegada, que no se hicieron pronto ni completamente, y está muy

---

(1) Strada no le hizo experimentar su descontento en Laredo, sino en Búrgos, á propósito de esta suma, que segun veremos no era tan crecida como se decía. Dijo: «Sensit tum primum nuditatem suam. Accesitque et illud, quod ex centum nummium aureorum millibus (quem sibi redditum reditus ex inmensis opibus tantummodo seposuerat), quum eorum pacte opus tum esset, qua famulos aliquot donaret dimitteretque, expectandum ei plus culum, nec sine stomacho Burgis fuit, dum illa videlicet summa aliquando rederetur! (*De bello belgico*, libro I, p. 7). Robertson, libro XII, dice lo mismo que Strada y hace permanecer á Carlos V algunas semanas en Búrgos á pesar de que sólo estuvo un dia. No tuvo que pagar entónces á aquellos de sus servidores que iban á separarse de él, porque esta separacion no se verificó hasta tres meses y medio más tarde en Jarandilla. En cuanto al metálico necesario para pagar la escuadra y los gastos de viaje, llegó mucho ántes que el Emperador arribase á Búrgos, como lo prueba una carta escrita por Gaztelú á Vazquez de Molina en 11 de Octubre, en la cual «avisa haber llegado los dineros necesarios para la paga de la armada y para los demas gastos de S. M.» (*Retiro, estancia, etc.*, fól. 58 v.)

léjos de dirigirlas á su hijo, que transmitió varias veces sus voluntades á ese respecto del modo más preciso y perentorio. La misma corte de Valladolid se encontró más sorprendida que descuidada. Carlos V, cuyo regreso se anunció y retardó con frecuencia, no era esperado tan pronto. Además habia siempre en España grandes dificultades por encontrar dinero á punto fijo y hacerse obedecer cuando conviniere.

Apénas supo la princesa doña Juana el 1.º de Octubre el desembarco del Emperador por D. Alonso de Carvajal, que le fué enviado de Laredo, mandó las pagas para la escuadra y provisiones de todas clases para su padre. Apresuróse á escribir en el mismo dia á Luis Quijada, que estaba en su castillo de Villagarcía. «Esta mañana, decíale, he tenido aviso de que el Emperador, mi señor, y las serenísimas reinas, mis tias, llegaron el lunes pasado, víspera de San Miguel, á Laredo, de que S. M. desembarcó en la misma noche y mis tias desembarcaron al siguiente dia, y de que todos están buenos. Por esto he dado gracias á nuestro Señor, y siento, como es natural, mucha alegría. Como el Emperador os necesitará para el viaje é importa saber el momento en que vendrá á esta ciudad, ruégoos que marcheis tan luégo como recibais mi carta, yendo por la costa, al encuentro de S. M. Luégo que esteis allí, dadle cuenta de las dos clases de alojamiento que aquí conoceis é informadme diligentemente del que S. M. elija y si quiere que pongan en él estufas ú otras cosas, á fin de que todo esté dispuesto cuando llegue.

Ruégoos tambien que preguntéis á S. M. si desea que le envíe una guardia de á pié ó de á caballo que le sirva de escolta, y á las serenísimas reinas mis tias;

Si le placiera que fuesen algunos grandes y gentiles hombres en su comitiva;

Si quiere que en Búrgos ó aquí se haga una recepcion á S. M. y á mis tias, y de qué modo;

Si manda que el príncipe, su nieto, vaya á su encuentro y hasta dónde;

Si le parece bien que yo haga lo mismo ó que los Consejos que están en Valladolid salgan de igual modo. Instruidme con diligencia, y en particular de lo que sea su voluntad en todo.

Igualmente os ruego que durante el viaje cuideis de que S. M. tenga abundancia de todo lo que necesite, así como las serenísimas reinas, mis tias. Avisad al alcalde de Durango de lo que haya de proporcionar para que nada falte y prevenidme de lo que convenga que mande desde aquí. En todo lo cual me dareis mucho gusto (1).»

A D. Enrique de Guzman encargó que fuese á cumplimentar al Emperador en su nombre, y al siguiente día el jóven D. Cárlos, de edad de 12 años á la sazón, escribió de su puño á su abuelo, pidiéndole sus órdenes: «Sacra Imperial y Católica Majestad: He sabido que V. M. está en buena salud, de lo que me alegro infinito, hasta no poder más. Suplico á V. M. me haga saber si debo ir á su encuentro y hasta dónde. Envíole á D. Pedro Pimentel, gentil hombre de mi cámara y embajador mio, y suplico á V. M. le ordene lo que debe hacerse en eso, á fin de que él me escriba.

---

(1) La carta de la princesa doña Juana se inserta íntegra en la obra *Retiro, estancia*, fól. 52, y en *Retraite et mort de Charles Quint*, vol. II, p. 95 y 96.

Beso las manos de V. M. El muy humilde hijo de V. M.  
—EL PRÍNCIPE (1).»

Quijada partió el 2 de Octubre por la mañana de Villagarcía y llegó el 5 á Laredo. Su presencia fué muy grata al Emperador, que se puso en camino al siguiente dia 6; pues había logrado el alcalde de Durango reunir lo necesario para el viaje (2).

Quijada anunció al secretario de Estado Vazquez que el Emperador contaba llegar en cuatro dias á Medina de Pomar y en ménos de diez y siete á Valladolid (3).

Cárlos V se negó á lo de la recepcion solemne en Valladolid ó en otro punto del camino y manifestó voluntad decidida de que el secretario Vazquez no abandonase los negocios para ir á su encuentro, y de que la princesa, su hija, le esperase en el palacio de Valladolid, si bien permitió á su nieto D. Cárlos, á quien tenía deseos de abrazar, que saliese á encontrarle en Cabezon (4).

El Emperador atravesó lentamente el Norte de Castilla la Vieja, andando pocas leguas por dia. Aunque su comitiva no era muy numerosa, hubo de dividirla en aquel país escabroso y sin recursos por la dificul-

---

(1) *Retiro, estancia, etc.*, fól. 53 v.

(2) Cartas de Gaztelú y de Quijada á Vazquez del 16 de Octubre. (*Retraite et mort de Charles Quint, etc.*, vol. I, páginas 5 á 9.)

(3) *Retiro, estancia, etc.*, fól. 55 v.

(4) Carta del 15 de Octubre de la princesa doña Juana á Felipe II y carta escrita en 14 de Octubre por Gaztelú á Vazquez de órden del Emperador. (*Retiro, estancia, etc.*, fól. 61 v. y 60 v.)

tad de los caminos y los alojamientos (1). Su litera, cerca de la cual iba el mayordomo Quijada, rompía la marcha, siguiéndole á una jornada de distancia las literas de sus dos hermanas y cerrándola sus gentiles hombres y servidores á caballo. Los equipajes eran llevados por mulos (2). Por toda custodia llevaba el Emperador al alcalde de Durango, que le precedía con sus cinco alguaciles de vara, los cuales más bien parecía que llevaban á un preso que á un soberano (3). Pasaba los caminos escarpados de las montañas en silla de manos. Detúvose el primer dia en Ampuero, el segundo en La Ventosa, donde encontró á D. Enrique de Guzman y á D. Pedro Pimentel, que iban á saludarle de parte de la princesa doña Juana y del príncipe D. Carlos; el tercero en Agüero y el cuarto en Medina de Pomar, donde descansó. Comía mucha fruta, y sobre todo melones y melocotones, de que estaba privado hacía tiempo. En Medina de Pomar encontró provisiones abundantes que la princesa le había enviado, y estuvo algo indispuerto por haber co-

---

(1) Quijada escribía: «Y hay malos caminos y peores alojamientos.» (*Retraite et mort de Charles Quint, etc.*, vol. I, página 6.)

(2) (*Retiro, estancia, etc.*, fól. 56 v.)

(3) «Vuestra merced crea que yo llevaba mayor vergüenza de mundo de ver lo pocos que somos; sólo yo camino con S. M. y cuando está bueno Laxao y el alcalde y cinco alguaciles y cuando me veo con tantas varas de justicia, creo que vamos presos él y yo.» (Carta de Quijada del 8 de Octubre á Vazquez, *Retraite et mort de Charles Quint*, vol. I, página 11.)

mido pescado en demasía, y principalmente atun fresco (1).

Alegrándose por el momento de verse libre de negocios, no quería oír hablar de ellos (2) y tuvo la pasajera intencion de no atenderlos nunca más y de entrar el día de Todos Santos en el monasterio de Yuste con un cortísimo número de personas.—«El Emperador dice, escribía Gaztelú á Vazquez, que cuenta con despedir á sus servidores, quedarse solo con Guillermo Malinas (Van-Male) y dos ó tres barberos para cuidar su gota si le ataca, vendar una llaga que tiene en el dedo miñique de la mano derecha y que supura constantemente, así como sus hemorroides, y que le servirán para otras varias cosas. Dice que hará dar al prior del convento el dinero necesario para que le provea de víveres; que conservará uno ó dos cocineros que le den de comer á su gusto. No quiere médico; pretende que los frailes acostumbran tenerlos buenos. Propónese quedarse con Salamanqués como confesor, á fin de quitar todo motivo de division y de cizaña entre los frailes. Otros tambien conservará, segun dice, pero añadiendo que no quiere más confusion, y que en llegando á dos leguas del monasterio despedirá á todos los que le acompañen, á fin de que se vuelvan á sus casas. Algunos que conocen su condicion les parece que no lo podrá sufrir y que da demostracion de decir que ha entendido que Yuste

---

(1) Carta de Quijada á Vazquez del 10 de Octubre. (*Retraite et mort*, etc., vol. I, p. 12.)

(2) «Van tan hostigado dellos, escribía el 11 de Octubre Gaztelú á Vazquez, que ninguna cosa más aborrece que oír solo nombrallos.» (*Ibid.*, p. 18.)

es tierra húmeda y lluviosa en invierno, y que para su gota y pecho es contraria. En fin, hasta llegar allí y ver lo que determina no hay cosa cierta, porque es recatado (1).»

Habiéndose divulgado la noticia de su llegada, las principales ciudades enviaron sus regidores á recibirle; los más eminentes personajes del Estado, del clero y de los Consejos le escribieron (2). Cuando estuvo cerca de Búrgos, aunque no hubiera querido recepcion, el condestable de Castilla salió á besarle las manos á dos leguas de la ciudad, donde entró en 17 de Setiembre por la noche con repique de campanas y las calles iluminadas, y al siguiente dia le cumplimentó el ayuntamiento en la catedral (3).

En esa ciudad fué visitado por el duque de Alburquerque, virey de Navarra, á quien acompañaba un caballero del país llamado Juan Martinez de Ecurra, encargado hacía muchos años (4) de una negociacion

---

(1) «Algunos que conocen su condicion les parece que no lo podrá sufrir, y que da demostracion de decir que ha entendido que Yuste es húmeda y lluviosa tierra de invierno, y que para su gota y pecho es contraria. En fin, hasta llegar allí y ver lo que determina no hay cosa cierta, porque es recatado.» (En la misma carta de Gaztelú á Vazquez de Molina. (*Retraite et mort*, etc., vol. I, p. 19.)

(2) *Retiro, estancia*, etc., fól. 59 v. y 60 v.

(3) *Ibid.*, 60 v.

(4) El príncipe rey D. Felipe escribía á este propósito de Lóndres el 7 de Noviembre de 1554 al duque de Alburquerque para que le avisara «al Emperador mi señor y á mí de lo que allá se ofrece y si hay alguna cosa de nuevo en lo de D. Enrique de Labrit. (*Henri d'Albret*).» (Simáncas, *Inglat. Estado*, leg. 808.)

importante y misteriosa, de que quiso hablar con el Emperador á su paso por Búrgos. La Navarra española, situada en la vertiente meridional de los Pirineos, fué quitada á la casa de Albret por Fernando el Católico, que la incorporó á la monarquía de que era natural prolongacion. Desde entónces sus príncipes desposeidos no habían podido, á pesar del perseverante apoyo de los reyes de Francia, con quienes le unian estrechos vinculos de parentesco y política, obtener su restitucion ni siquiera compensaciones territoriales; por esto habían acabado poniendo su postrera esperanza en los mismos reyes de España. Enrique de Albret se dirigió á Cárlos V y le ofreció durante la última guerra abandonar la alianza francesa y tomar en su favor las armas si le daba una compensacion por la Navarra perdida (1). Despues de su muerte en Mayo de 1555, fué continuada la negociacion por su yerno y sucesor Antonio de Borbon, duque de Vendome. Este, como Enrique de Albret, servíase de Ecurra, que llevaba de Nérat á Pamplona sus demandas y ofertas al duque de Alburquerque, el cual las transmitía en cifra á Cárlos V y á Felipe II. Reclamaba el ducado de Milan, erigido en reino de Lombardía, y comprometíase á ser confederado perpetuo del Emperador y del rey, su hijo, dando en casos de guerra 5.000 hombres de á pié, 500 caballos ligeros, 200 trabajadores, 3.000 carretas de bueyes y 20 piezas de artillería de diferentes calibres, y dejando en rehenes de su fidelidad á su hijo mayor, que despues fué Enrique IV, con la fortaleza de Navarreins

---

(1) Simáncas, *Inglat.*, leg. 808.

y las demas plazas de sus Estados (1). Haciale concebir la esperanza de que se abrirían á los españoles los puertos de Bayona y Burdeos que bajo su mando estaban, por ser gobernador de Guyena (2). Sobrevino entónces la tregua de Vaucelles ántes que el Emperador hubiera dado respuesta á las proposiciones de Antonio de Borbon, y Eскурra fué á pedírsela á Búrgos.

Cárlos V no dejaba de tener escrúpulos respecto á la posesion muy útil pero muy mal adquirida de Navarra. En una cláusula testamentaria secreta, que databa de 1550, y que dejó á Felipe II al partirse de Brusélas, decía que sin duda alguna su abuelo con-

---

(1) «... Se hará una perpetual alianza, amigo del amigo, y enemigo del enemigo, librando por SS. MM. al dicho rey de Navarra el ducado de Milan con título de rey de Lombardia, el qual ducado de Milan él recibirá con el feudo que tiene y con las condiciones que él y sus sucesores serán aliados y confederados con el Emperador y rey de Inglaterra... y que al mismo tiempo que él será en possession del dicho ducado de Milan, él dará su hijo mayor por la seguridad del trato y capitulado, y más á Navarrens y las otras plazas fuertes, ensemble V<sup>m</sup> hombres de pié, D cavallos ligeros CC gastadores, III<sup>m</sup> pares de bueyes con sus carretas y aparejos con X canones, V culebrinas largas, V bastardas con cient millares de polvera y pelotas.» (Carta del duque de Alburquerque al príncipe rey Felipe, del 15 de Marzo de 1556.)

(2) «Que en quanto á la entrega de Burdeos y Bayona, en que se le pide que asegure aquellas plazas... dize que formando S. M. un exercito moderado... que luego se ase sin que en ello haya duda y aunque no quiere decir agora el cómo hasta que se concierte, el se obligará á que, si no se ganasen, perderá todos sus Estados, de manera que en esto él está tan assegurado, que ninguna duda tiene en ello.» (*Ibid.*)

quistó justamente ese reino y lo poseyó de buena fe; pero añadía: «Sin embargo, para mayor seguridad de nuestra conciencia, recomendamos y ordenamos al serenísimo príncipe, nuestro hijo, que haga examinar y comprobar lo más pronto posible y sinceramente si en razon y en justicia está obligado á restituir el subdicho reino ó dar una compensacion á quien corresponda. Y lo que así fuera hallado, determinado y declarado por justo, se cumpla con efecto, por manera que mi ánima y conciencia sea descargada (1).» Después de tomar esa precaucion, que tranquilizaba al cristiano, no molestaba al político y debía transmitirse de reinado en reinado como una fórmula expiatoria, Cárlos V escuchó las proposiciones del rey de Navarra, sin satisfacerle, pero sin desanimarle. En Búrgos contentóse con decir Ecurra que escribiría al rey su hijo, cuya llegada á España estaba próxima, y que entre tanto era preciso continuar las negociaciones, que luégo llegarían á buen término (2). Tal aplazamiento debía ser muy mal mirado por Antonio de Borbon.

A su partida de Búrgos acompañaron á Cárlos V el condestable de Castilla y D. Francisco de Beamonde, que habían salido á su encuentro con guardias y le escoltaron hasta Valladolid (3). Todo el camino estaba

(1) «... Y lo que así fuese hallado, determinado y declarado por justo, se cumpla con efecto, por manera que mi ánima y conciencia sea descargada.» (*Papeles de Estado del cardenal Granvela* en la Coleccion de documentos inéditos, t. IV, p. 500 y 501.)

(2) Carta de Cárlos V á Felipe II, escrita de Valladolid el 30 de Octubre de 1556. *Retiro, estancia*, fól. 65.

(3) *Ibid.*, fól. 72, v. y cartas de Gaztelú del 14 y 17 Oc-

lleno de gente de la nobleza y del pueblo, que acudió á verle por última vez (1). Sucesivamente pernoctó en Calada, Palenzuela, Torquemada, Dueñas y Cabezon (2). Al llegar aquí encontró á su nieto D. Carlos, con quien cenó y conversó largo rato (3). Aquel joven príncipe, por la vehemencia de sus deseos, los arrebatos de su altanero carácter, su dificultad en obedecer que muy luégo debía cambiarse en ambicion de mandar, anunciaba ya lo que andando el tiempo debía conducirle á un fin tan prematuro y trágico. No podía sujetarse á ningun respeto ni plegarse á ninguna etiqueta. Daba el nombre de hermano á su padre, y de padre á su abuelo. Erale imposible permanecer algun rato delante de ellos con la cabeza descubierta y la gorra en la mano (4). Daba señales de una ferocidad alarmante y se complacía en asar liebres vivas y otros animales cogidos en la caza (5). Cuando supo que los hijos que naciesen del nuevo matrimonio de su padre con la reina de Inglaterra

---

tubre en la *Retraite et mort*, etc., vol. I, p. 23, 24 y nota 2.<sup>a</sup> de la p. 28.

(1) *Retiro, estancia*, fól. 63 v.

(2) *Ibid.*, fól. 61.

(3) *Ibid.*, fól. 63.

(4) «Da segno di dovere esse superbissimo, perche non poteva soffrire di stase lungamente ne inanci al padre ne avo con la herreta in mano et chiama el padre fratello et l'avo padre e tanto iracondo etc.» (*Relazione di Federico Badouaro* en 1558. Ms. de la Bib. Nac., f. Saint-Germain-Harlay, número 277, fól. 213.)

(5) «...Alle volte che dalla caccia gli vien portato le pri o simili animali, si diletta di vederli anostire vivi.» (*Ibid.*, fól. 112 v.)



heredarían no sólo ese reino, sino también los Países Bajos, osó decir que él lo impediría y los combatiría (1). Codiciaba todo lo que veía, y al ver una pequeña estufa portátil que servía durante el viaje para calentar el aposento del Emperador, deseó vivamente tenerla y se la pidió á su abuelo, que contestó: «La tendrás cuando yo haya muerto (2).»

Su preceptor Honorato Juan trataba de contener su ardimiento por el estudio, que no le atraía, y le explicaba en vano el libro de Ciceron de *Officiis*, al cual prefería el belicoso niño los ejercicios violentos ó los relatos de batallas (3). Así es que interrogó con avidez á su abuelo acerca de sus empresas y campañas. Refirióselas al Emperador circunstanciadamente y le escuchó con atención extraordinaria. Cuando el Emperador llegó á su huida de Inspruck, delante del elector Mauricio, dijole su nieto que quedaba satisfecho de todo lo que hasta entónces habia escuchado, pero que él por su parte no hubiera huido nunca. Habiendo añadido Cárlos V que la falta de dinero, el hallarse léjos de sus tropas y el estado de su salud le obligaran:

—No importa, dijo D. Cárlos; yo no hubiera huido nunca.

(1) «...Disce che mai il comportaria et che combatteria con lui.» (*Ibid.*, fól. 113 v.)

(2) «Que despues de él muerto le quedaba lugar de desfructarla.» (*Retiro, estancia, etc.*, fól. 67.)

(3) «Il preceptore suo nominato l'Honorato... non attende ad altro che a leggerse ei officii di M. Tullio per acquistare quei troppo ardente desiderii, ma lui e tuto inclinato a parlare et leggeri cosa della guerra.» (*Relazione di Federico Badovaro*, fól. 113 v.)

—Pero, continuó el Emperador, si muchos de tus pajes quisieran prenderte y te encontraras solo, ¿no tendrías que huir para escaparte?

—No, repitió el jóven príncipe colérico; yo no huiría tampoco.

El Emperador se rió mucho de aquella orgullosa salida, que le encantó sobre manera (1), pero no tanto lo demas; y asegúrase que, alarmado por los modales ó inclinaciones de aquel presunto heredero de la corona española, dijo á su hermana Leonor: «Me parece que es muy bullicioso; su trato y humor me gustan muy poco, y no sé lo que podrá dar de sí con el tiempo (2).»

Al siguiente dia muy de mañana fué á Cabezón el secretario de Estado Vazquez para tomar sus órdenes, y en larga conferencia que tuvieron le informó del estado de los negocios y del país (3). Hasta despues de comer no partió el Emperador para Valladolid, donde entró por la noche. Fué recibido muy sencillamente en el palacio por su hija, que, segun le había prescrito él mismo (4), le esperaba rodeada de sus damas en la cámara real (5). El condestable y el

---

(1) «...Et egli in colera reitero, con maraviglia et riso di Sua Maestá et de i circostanti che mai egli non sarebbe fuggito.» (*Ibid.*)

(2) «...Me parece que es muy bullicioso; su trato y humor me gustan muy poco, y no sé lo que podrá dar de sí con el tiempo.» (*Retiro, estancia, etc.*, fól. 63 v.)

(3) *Ibid.*, fól. 63.

(4) Carta fecha de 5 Oct., en la cual doña Juana anunció á Felipe II la voluntad del Emperador su padre, en *Retiro, estancia*, fól. 61 v.

(5) *Ibid.*

almirante de Castilla, el duque de Nájera, el de Sésa, el de Maqueda, el conde de Benavente, el marqués de Astorga, etc.; los prelados que había en la corte, los individuos de los diversos consejos, el corregidor de la ciudad y los concejales del ayuntamiento, fueron sucesivamente á besarle la mano (1). Pero quiso que se hiciese recepcion solemne á las reinas sus hermanas, que á una jornada de distancia le seguían y entraron al dia siguiente (2).

El Emperador encontró en Valladolid al antiguo general de los Jerónimos Fray Juan de Ortega, al nuevo general Fray Francisco de Tofiño y al prior de Yuste, á quienes había llamado (3) para entenderse con ellos respecto á todo lo que hiciera falta para su servicio religioso del monasterio. Habíase introducido recientemente la division entre los frailes de San Jerónimo. Cuando Ortega, de acuerdo con los individuos del Consejo áulico de la orden, había pedido á Roma bula para cambiar la forma de las elecciones, irritada por aquella innovacion, que no había autorizado, la asamblea general de Jerónimos le castigó como á todos los individuos del Consejo áulico, declarándoles incapacitados para ocupar ningun empleo en la orden. Ortega se sometió sin murmurar y hasta rehusó un obispado en Indias que, como compensacion le ofrecia Carlos V. Humildemente respondió al Emperador que quien había sido juzgado incapaz de ser prior, no podía ser obispo; ni administrar una dió-

---

(1) *Retiro. estancia.*, fól. 64.

(2) *Ibid.*, fól. 61 y 65.

(3) *Ibid.*, fól. 53. Sigüenza. Part. III, fól. 189.

cesis quien no podía dirigir un convento (1). Era un religioso dulce, ilustrado, afable, sabio, amigo de la paz y de las letras, y á quien se atribuye el ingenioso y agradable libro de *El Lazarillo del Tormes*, que compuso en Salamanca de estudiante, y cuyo borrador, escrito de su puño, se encontró en su celda despues de su muerte (2). Aunque había bajado á la categoría modestísima de fraile, Carlos V le conservó en su favor y quiso que siguiera vigilando los trabajos de Yuste y proveyese á todo lo que interesaba para su próxima instalacion. En las vendimias de 1555 y 1556, le encargó hacer su provision anual de vino sen, preparado con hojas escogidas de esa planta procedente de Alejandria, y mosto sacado de las excelentes viñas de Robledillo en Extremadura (3).

El antiguo general de los Jerónimos dió cuenta al Emperador de las disposiciones tomadas en Yuste para recibirle, y díjole con cuánta alegría y gratitud habían sabido los frailes del monasterio la próxima llegada de su católica majestad (4). El nuevo general, despues de darle las gracias por el honor sin par que concedía.

---

(1) Sigüenza, Part. III, fól. 183, 184.

(2) «El indicio desto fué haberle hallado el borrador en la celda de su propia mano escrito.»

(3) *Retiro, estancia, etc.*, fól. 26 v. y 27 r.º segun la cuenta enviada por el Emperador el 11 Octubre 1555 á Vazquez, era necesario envasar 17 libras de hojas de sen de Alejandria con 70 azumbres de mosto, dejarlas allí durante cuatro meses, y al cabo de este tiempo trasladar el vino á otra cuba, donde debía permanecer un año. (*Ibid. Retraite et mort.*, etc., vol. I, p. 20.)

(4) Carta de Fray Juan de Ortega en la obra *Retraite et mort*, etc., vol. I, p. 4.

á la orden retirándose á uno de sus conventos, púsola toda ella á su mandado. De acuerdo con Fray Francisco de Tofiño, Cárlos V designó á los frailes que formarían, por decirlo así, su casa religiosa y la música de su capilla. En los diversos conventos de la orden eligió á los que tenían más fama por su doctrina, elocuencia y hermosa voz, para que fuesen durante su estancia en Yuste á servirle de confesor, predicadores y sochantres. Fray Francisco de Tofiño, Juan de Ortega y el prior de Yuste, despidiéronse del Emperador y fueron á poner en ejecucion los arreglos concertados con él (1).

Despues de pasar catorce dias en Valladolid, Cárlos V volvió á ponerse en camino para Extremadura. El 4 de Noviembre comió en público, y separándose luego con extremado cariño de la gobernadora de España, su hija, del príncipe, su nieto, y de las reinas, sus hermanas, salió de Valladolid á eso de las tres y media, sin permitir que ninguno de los grandes, prelados, gentiles-hombres, consejeros y funcionarios de corte que le acompañaban, pasasen la puerta del Campo. Tomó sólo una pequeña escolta de caballería y cuarenta alabarderos que, á las órdenes de un teniente, debían seguirle á la aldea de Jarandilla, situada en el valle sobre el cual se levanta el monasterio de Yuste (2). El 5 entró en Medina del Campo, y alojóse en casa de un famoso cambista llamado Rodrigo de Dueñas. Queriendo éste ostentar sus riquezas para agradar al Emperador, mandó poner un brasero de oro macizo en su aposento, y que en vez de carbon echa-

---

(1) Sigüenza, part. III. lib. I, fól. 189.

(2) *Retiro, estancia, etc.*, fól. 65 v. y 66 r.º

sen brasas de canela fina de Ceilan. Aquella ostentacion desagradó á Carlos V, molestándole el olor de la canela, por lo cual no quiso dar á besar su mano al famoso cambista de las ferias de Medina, y para humillar su vanidad, mandó que le pagasen el alojamiento (1). Llegado el 6 á Horcajo de las Torres dijo á los suyos: «Gracias á Nuestro Señor que de aquí adelante ya no tendremos visitaciones ni ocasion de estos recibimientos» (2).

Habiendo hecho otras cinco jornadas cortas y pernoctado el 7 en Peñaranda de Bracamonte, el 8 en Alaraz, el 9 en Gallejos de Solmiron y el 10 en Barco de Avila, llegó el 11 por la noche á Tornavacas, cerca de una sierra que le separa de la Vera de Plasencia. Divirtióse en ver pescar á la luz de las antorchas truchas exquisitas que le sirvieron en la cena.

El 12, de mañana, despues de examinar bien los lugares, prefirió atravesar las montañas á dar la vuelta. Hubiera echado cuatro dias en bajar el Valle del Xerte hasta Plasencia y subir luégo la Vera, miéntras que en una sola jornada podía ir de Tornavacas á Jarandilla atravesando un estrecho y abrupto desfiladero que se abre delante y á la izquierda del rio y de la aldea de Xerte, y que se llama *Puerto nuevo*. Por ese áspero paso decidió ir de un valle á otro, y desde entónces se llama Puerto del Emperador. La cosa no era cómoda ni fácil, sobre todo para él, postrado y gotoso. El camino estaba apenas indi-

---

(1) *Retiro, estancia, etc.*, fól. 66 v.

(2) «Gracias á Nuestro Señor que de aquí adelante ya no tendremos visitaciones, ni ocasion de estos recibimientos.» (*Ibid.*, fól. 66 v.)

cado, á través de torrentes que caen con impetuosidad de las cumbres y grietas de las montañas que se extienden hácia la parte de Poniente. Las aguas han puesto en descubierto multitud de peñas, y grandes bosques de castaños cubrían las empinadas vertientes. A cada paso había barrancos profundos y cuestras muy ásperas. El Emperador emprendió ese camino resueltamente. Muchos habitantes del valle le precedían con picos y palas para hacer el camino ménos impracticable. Otros, relevándose alegremente de tiempo en tiempo, le llevaban en su litera ó en silla de manos, y áun á hombros, segun la mayor ó menor dificultad que presentaban los pasos (1). Quijada, con una pica en la mano, iba á su lado, sin abandonarle nunca y dirigiendo en persona los trabajos y movimientos de la marcha (2). Cuando el Emperador llegó á lo alto de Puerto, desde donde se descubre la Vera de Plasencia, estuvo un rato contemplándola, y luégo, volviendo sus ojos al Norte hácia el puerto que acababa de atravesar, dijo: «No pasaré ya otro en mi vida sino el de la muerte (3).»

La bajada del puerto fué no ménos penosa que la subida y el Emperador llegó bastante temprano á Jarandilla al hermoso castillo del conde de Oropesa (4),

---

(1) *Retiro, estancia, etc.*, fól. 67. Cartas de Quijada y de Gaztelú á Vazquez, desde Jarandilla á 14 y 15 de Noviembre. *Retraite et mort*, vol. I, p. 39 á 42.

(2) *Ibid.*

(3) «No pasaré ya otro en mi vida, sino el de la muerte.» (Fray Josef de Sigüenza, III parte, lib. I, cap. XXXVI, página 109. *Retiro, etc.*, fól. 68 v.)

(4) «Casa estaba muy bien aderezada.» (*Ibid.*, fól. 68 v.)

donde se instaló hasta que estuviese en disposición de recibirle la casa que le construían en Yuste.

Aquella misma noche comió excelentes anguilas que le había enviado su hija (1). Se encontraba bueno y alegre. Quijada y Gaztelú escribieron á Valladolid: «El Emperador está de buen color, come y duerme perfectamente (2)... El aposento que ocupa le agrada mucho; comunica con su dormitorio por un corredor abrigado en que da el sol todo el día. El Emperador pasa allí lo más del tiempo y goza de una vista extensa y agradable de árboles frutales y verduras; debajo de él hay un jardín de donde sube el olor de los naranjos y limoneros y de muchas flores. Su Majestad está muy contento y hasta dentro de unos días no irá al monasterio para quedarse allí (3).» A pesar del buen tiempo la montaña en cuya ladera se levanta el monasterio de Yuste aparecía á lo léjos envuelta en nieblas. Los servidores de Carlos V, al ver desde Jaramilla tan nebuloso el convento de que la gente del país hablaba muy mal, creyeron que la estancia allí no sería tan agradable y sana como se lo habían figurado en Flandes. «Aunque hemos tenido, escribía Gaztelú, algunos días buenísimos y hasta calurosos por el mucho sol, nunca se han apartado las nieblas del sitio que ocupa el monasterio. No es posible que aquel paraje no sea húmedo; aquí mismo hay tor-

---

(1) *Retiro, estancia, etc.*, fól. 62 v.

(2) «Estaba de buen color y comía y dormía perfectamente.» (Carta de Quijada, á 14 de Noviembre. *Ibid.*, fól. 68 y *Retraite et mort*, vol. I, p. 40.)

(3) Carta de Gaztelú á Vazquez, á 15 de Noviembre. *Retraite et mort*, vol. I, p. 42.

mentas y lluvias abundantes. Todo esto es contrario á las dolencias de S. M., y finalmente, se cree que no puede permanecer allí (1).»

Muy luégo llegaron las lluvias de otoño, que el Emperador había ya encontrado al atravesar la parte septentrional de Castilla la Vieja y que cayeron con abundancia y continuidad. «Llueve espantosamente, escribían el 18 de Noviembre Quijada y Gaztelú, y cuando pára de caer el agua se levantan nieblas tan densas que á veinte pasos no se ve á nadie (2).» El Emperador empezó á resentirse de aquella temperatura poco favorable á sus enfermedades. Hubo de mandar hacer una chimenea en su aposento (3), recurrir á su estufa de viaje y cubrirse él mismo con una chaqueta de tafetan forrado de plumas de India que era á la vez ligera y caliente. Hiciéronsele con una de las dos colchas de pluma forradas de ricos tafetanes que recibió de su hija en Barco de Avila, las que le agradaron tanto, que mandó se hiciesen para su uso batas y chaquetas de lo mismo (4).

Las lluvias no cesaban. La comitiva de Carlos V estaba triste y desanimada; la aldea en que vivían era triste y mal abastecida; faltaba carne; el pan no era muy bueno y sólo había castañas excelentes (5). Las

(1) *Retraite et mort*, vol. I, p. 42.

(2) *Ibid.*, p. 46 y *Retiro, estancia*, fól. 69 v.

(3) Cartas de Quijada y Gaztelú, á 18 de Noviembre. *Retraite et mort*, etc., vol. I, p. 44 y 46.

(4) «Dos colchas de pluma forradas de ricos tafetanes, las que agradaron tanto por su delicadeza y poco peso, que mandó se le hiciesen de lo mismo batas y chaquetas para su uso de cámara interior.» (*Retiro, estancia*, etc., fól. 67 v.)

(5) *Ibid.*, fól. 70 v. y 71 v.

truchas que pescaban para la mesa del Emperador en los días de vigilia eran demasiado chicas, y Quijada decía á Vazquez que no dejase de mandar pasteles de anguila y de pescado grueso por medio de los correos que iban todas las semanas de Valladolid á Lisboa y que en adelante tuvieron orden de pasar por Jaramilla (1). Quijada estaba desconsolado por todo lo que veía. «Dígoos, escribía á Vazquez el 20 de Noviembre, que cae aquí más agua en una hora que en Valladolid en todo un día. Este es país húmedo. Arriba ó abajo hay siempre niebla y en las montañas nieve... La gente de esta aldea dice que el monasterio es todavía más húmedo, y yo digo que con sólo ser tanto S. M. lo pasara muy mal. Parece que no hay allí tierra cultivable y que los naranjos y limoneros son mucho ménos de lo que pretendían... Los que han ido á ver el sitio no han vuelto satisfechos... Su Majestad debía de ir ayer, pero llovió tanto que no pudo (2).» Volviendo sobre el mismo asunto en su carta del 23, Quijada hacía una pintura espantosa del monasterio segun los que le habían visitado, añadiendo que mientras no viese al Emperador establecido allí no lo creería. «Esa estancia, decía, no conviene á S. M., que busca fresco en verano y calor en invierno. Lo más contrario á su salud es el frío y la humedad (3).» Cuando le representaban esas cosas el Emperador respondía invariablemente: «Que en todos puntos en Es-

---

(1) *Retiro estancia, etc.*, fól. 68 v. y 71 v.

(2) *Retraite et mort*, vol. I, p. 48 y 49.

(3) *Ibid.*, p. 52. Carta de Quijada, fecha del 22 de Noviembre.

pañá había visto hacer frío en invierno y llover (1).»

En fin, habiéndose compuesto un poco el tiempo, subió el Emperador el día 25 de Noviembre al monasterio, y lo encontró mucho mejor de lo que decían, alegrándose por ello mucho (2). Práviamente había hecho ir á Jarandilla al prior general y al hermano Juan de Ortega (3), y aunque al principio pareciera inclinado á no llevar más que 17 personas, luégo mandó que preparasen habitaciones para 20 servidores y 20 amos (4). Su hermana la reina de Hungría, alarmada por las noticias que llegaron á Valladolid, sobre los peligros de aquella estancia para la quebrantada salud del Emperador, le escribió rogando que no fuese á Yuste. Pero Cárlos V aplicó al monasterio el proverbio que la imaginacion española había sacado del encuentro del Cid con el leon, y repuso graciosamente: «No es tan bravo el leon como le pintan (5).»

No se instaló, sin embargo, de seguida: los arreglos interiores que se hacían en Yuste y sus propias dolencias que reaparecieron, tuviéronle cerca de tres meses en Jarandilla. Allí fueron á visitarle sucesivamente el conde de Oropesa y su hermano D. Fran-

---

(1) Nada responde, decía Quijada, «sino que en todas partes en España ha visto hacer frío en invierno y llover.» (*Ibid.*, p. 52.)

(2) *Ibid.*, p. 55, 58, 59 y 61. Cartas de Chaulx, fecha á 28 de Noviembre, y de Quijada y Gaztelú, á 30 de Noviembre.

(3) *Retraite et mort*, etc. vol. I, p. 52, 53.

(4) *Ibid.*, p. 57.

(5) *Retiro, estancia*, etc., fól. 78 v.

cisco de Toledo, el duque de Escalona, el conde de Olivares, D. Fadrique de Zúñiga, D. Alonso de Baeza y el comendador mayor de Alcántara D. Luis de Avila y Zúñiga, que había hecho á su lado las últimas guerras de Alemania, contándolas despues en enérgicas y brillantes narraciones.

Entre las visitas que recibió el Emperador (1) figuraba la del antiguo caballerizo de la emperatriz, marqués de Lombay, que abrazó la vida monástica por ardiente vocacion que sintió despues de la muerte de aquella princesa, y el cual llevaba á la sazón el nombre de padre Francisco de Borja. La santa austeridad de su vida purificaba ese nombre de las manchas con que le habían envilecido á principios del siglo Alejandro VI y César Borja.

Los importantes cargos que el Emperador le había conferido en España, donde fué virey de Cataluña y mayordomo mayor del infante D. Felipe y los afectos más imperiosos del mundo, tuviéronle en la vida secular más tiempo de lo que hubiera querido. Aquel perfecto cortesano, consumado caballero, diestro cazador, soldado valeroso (2), hábil virey, que cultivó las

---

(1) El conde de Oropesa lo visitó á menudo, del 12 al 17 de Noviembre con su hermano, el 5 de Diciembre con su hermana y los primeros días de Febrero solo; Carlos V fué visitado el 4 de Diciembre por el duque de Escalona y D. Sancho de Córdoba, el 6 por D. Fadrique de Zúñiga y D. Alonso de Baeza, el 14 por el conde de Olivares, el 19 por el P. Francisco de Borja y el 21 por D. Luis de Avila, gran comendador de Alcántara.

(2) Sandoval, t. II, lib. XXII, § 6, p. 214, Rivadeneyra, *Vida del padre Francisco de Borja*, fól. 326, 327.

artes del espíritu como las de la política y la guerra, que tuvo parte en los gustos delicados (1) como en los conocimientos serios de Carlos V (2), consagróse con exaltación á la vida religiosa tan luégo como pudo. Hecho duque de Gandía á la muerte de su padre, retiróse á su ducado con permiso del Emperador (3). Y cuando en 1546 perdió á su mujer doña Leonor de Castro, sintióse libre para seguir su vocación incontrastable. En la misma ciudad de Gandía había fundado un colegio de jesuitas, primero que tuvo en España aquel naciente instituto (4). Un año más tarde hizo admitir misteriosamente en la nueva Compañía por virtud de un Breve de Paulo III, que á petición del propio Ignacio de Loyola, le autorizó para ser fraile sin dejar de ser duque y para administrar su ducado hasta que hubiese establecido á sus hijos é hijas (5). Desde entónces, viviendo como religioso en su casa, ordenada á modo de convento, se impuso las mayores austeridades. Dormía vestido sobre una tabla al pié de su cama, y levantándose todos los días á las dos de la madrugada, estabase en oración hasta el amanecer, sumido en la felicidad de la contemplación más ardiente (6).

---

(1) «En la música... llegó á componer muchas obras, como un buen maestro de capilla lo pudiera hacer.» (Rivadeneira, fól. 325.)

(2) «... Se inclinó á estas ciencias (matemáticas) por ver que el Emperador gastaba algunos ratos en ellas y las oía de Santa Cruz su cosmógrafo mayor.» (*Ibid.*, fól. 326, 327.)

(3) *Ibid.*, fól. 337.

(4) *Ibid.*, fól. 333, 339.

(5) *Ibid.*, fól. 342 á 347.

(6) *Ibid.*, fól. 348, 349.

Después de haber casado á su hijo mayor y á sus hijas (1), separóse de su familia, no sin que se desgarrasen sus entrañas. Al abandonar su castillo y partirse para Roma se arrojó á los piés de su director espiritual el padre Bautista de Barma, y derramando lágrimas, le dijo: «Mi alma sufre, acordaos de mí, padre mio, ante el Señor, y cuidad de los hijos que dejo aquí.» Embarcándose luego en el buque que debía conducirle á Italia, entonó el salmo *In exitu Israel de Egipto* como el cántico de la liberacion, y salió de su ducado como el pueblo israelita de Egipto. En un arrebato de alegría que delataba la violencia de su voluntad, añadió: «Ya están rotos los lazos y somos libres en el nombre del Señor (2).»

De Roma, donde habitó en la casa de la Compañía de Jesus, al lado del fundador de la órden Ignacio de Loyola, ocultándose á las demostraciones de veneracion que merecía por la grandeza de su fe y la santidad de sus costumbres, y rechazando ofertas de las más elevadas dignidades de la Iglesia (3), escribió á Carlos V el 13 de Enero de 1555, anunciándole la resolucion que había tomado y rogándole que concediese el título de duque de Gandía á su hijo el marqués de Lombay (4).

Estaba Carlos V á la sazón en Augsburgo y respondió al antiguo servidor que se le había adelantado algunos años en renunciar todos sus honores é irse á vivir en la soledad, concediéndole la autorizacion pe-

---

(1) Rivadeneyra., fól. 347.

(2) *Ibid.*, fól. 351, 352.

(3) *Ibid.*, fól. 352, 353.

(4) *Ibid.*, fól. 354.

dida (1). Despojándose al punto de todos sus bienes y títulos, Francisco de Borja abandonó el hábito seglar para tomar el de la Compañía, cortó su barba y cabellos, y el día 1.º de Agosto de 1551 celebró su primera misa, á la que Julio III había otorgado indulgencias plenarias ante un altar campestre de Guipúzcoa y á presencia de un numeroso pueblo (2).

El padre Francisco, el pecador, como él mismo con humilde sinceridad se llamaba (3), quedó sumido dias enteros en la más extremada contemplacion religiosa y entregado á las mayores austeridades cristianas. Enteramente descuidó las atenciones y necesidades del cuerpo por buscar las alegrías del alma. Pero á fin de que fuese útil á la orden en que había entrado y para que no sucumbiese á las privaciones que se imponía sin tasa ni medida, Ignacio de Loyola, arrancándole á la contemplacion excesiva, á la maceracion peligrosa y á la humildad que podía parecer extraña, le nombró comisario general de la Compañía de Jesus (4) en toda la extension de la Península, poniendo á su lado al padre Márcos, encargado del gobierno de su persona, para que á una orden suya interrumpiese sus ayunos demasiado prolongados y suspendiese sus extáticos rezos (5). Por miedo de que su modestia cristiana pareciese exagerada, le prohibió llamarse *Francisco el Pecador* (6). Sumiso como

---

(1) Carta del 12 de Feb. 1551. *Ibid.*, fól. 355.

(2) *Ibid.*, fól. 357, 358.

(3) *Ibid.*, fól. 361.

(4) *Ibid.*, fól. 371.

(5) *Ibid.*, fól. 437.

(6) *Ibid.*, fól. 432.

un soldado que sigue las órdenes de su general, obedeció el padre Borja, y trabajó con rápido éxito en la propaganda de la orden que se había consagrado á la defensa del catolicismo romano y á la enseñanza de las letras humanas conciliadas con la ortodoxia religiosa. Cubierto de burdo paño, flaco el cuerpo, transportada el alma (1), recorría las provincias de la Península á pié, bajo el sol tórrido de Castilla, seguido de sus dos colaboradores, el padre Márkos y el padre Bustamante, predicando y fundando colegios en las ciudades de España y Portugal. No ménos bien recibido en Valladolid que en Lisboa, á donde le llamaban con frecuencia la infanta doña Juana y la reina Catalina, era en ambos reinos consejero de la corte, predicador del pueblo y preparaba á su Compañía para para que fuese maestra de la juventud (2). Aunque de origen español, la Compañía de Jesus era mirada con desconfianza y recelo en la Península, y sin él lo hubiera sido mucho más.

Miéntras que el Emperador estaba en Jarandilla el padre Francisco se encontraba en la vecina ciudad de Plasencia, donde hacía construir un colegio. En catorce años no había visto á su antiguo señor y temía presentarse, pues había sabido por la princesa doña Juana que el Emperador no aprobaba su ingreso en la Compañía de Jesús (3). Habiendo sabido, sin embargo, por el conde de Oropesa que Carlos V se extra-

---

(1) «Andava algunas veses transportado y absorto en Dios, que no parecia que estava el alma donde estava su cuerpo.» (Rivadeneyra, fól. 439, 440.)

(2) *Ibid.*, fól. 365 á 382.

(3) *Ibid.*, fól. 377.



ñaba de no haberle visto todavía (1), fué con el padre Bustamante y el padre Márcos al castillo de Jarandilla. Tan luego como estuvo en presencia de su antiguo señor, el padre Francisco cayó de hinojos y trató de besarle la mano. El Emperador no quiso dársela hasta que se hubiese levantado y sentado. Pero el padre Francisco, á quien el Emperador seguía llamando duque como en otro tiempo, suplicóle que le dejase prosternado á sus piés. «Humildemente pido á V. M., dijo, que me permita permanecer así, pues me parece que estoy en presencia de Dios, y que hablaré á V. M. del cambio de mi vida y de mi entrada en religion, como hablaría á Dios nuestro Señor, el cual sabe que le diría en todo la verdad.» Respondió el Emperador que tendría mucho gusto en oírle, pero cuando no estuviese de hinojos (2).

«Siéntome obligado, señor, dijo entónces el padre Francisco á rendir cuentas de mí mismo á vuestra majestad por ser su vasallo y criatura, y haber recibido de su poderosa mano tan señalados favores. Hasta el presente no he podido hacerlo á causa de la prolongada ausencia de vuestra majestad, y porque en cartas no lo hubiera hecho bien.» En seguida refirió al Emperador que, decidido á tomar el hábito religioso, se sintió invenciblemente impulsado á preferir á todas las demas, la órden que acababa de fundarse. «El escoger la Compañía de Jesús, añadió, no fué porque yo la creyera religion más santa y perfecta que las demas, sino porque el Señor quería servirse de mí en ella, y declaraba su voluntad por la alegría ó la tristeza que

(1) Rivadeneyra.

(2) *Ibid.*, fol. 377.

yo notaba segun que pensase en abrazar la vida religiosa allí ó en otra parte. Además, el Señor me daba en su misericordia un ardiente deseo de huir todas las glorias del siglo, de buscar y escoger lo que fuese más ínfimo y menospreciado, y si entraba en alguna de las órdenes religiosas respetadas por su antigüedad, temía encontrarme en ella con lo mismo de que iba huyendo y hallarme tan agasajado como si estuviera en el siglo. Entrando en la Compañía, que por ser la última orden religiosa confirmada por la Santa Iglesia, no escogida ni estimada, sino más bien odiada y perseguida, no tenía que temer tal cosa.» El padre Francisco, indicando entónces el espíritu que animaba á la Compañía de Jesus, los trabajos que realizaba, los piadosos consejos que le había dado, no olvidó nada de lo que podía justificar para con el Emperador su propia eleccion (1).

Escuchóle Carlos V sin interrumpirle con atencion más benévola que convencida, y luego, con voz amistosa y abierto semblante, le contestó: «Mucho me complace oír todo lo que habeis dicho de vos y de vuestro estado. No he de ocultaros que vuestra resolucion me causó gran sorpresa cuando me escribisteis desde Roma á Augsburgo. Parecíame que una persona como vos hubiera podido preferir alguna de esas órdenes religiosas ya antiguas y probadas en largo transcurso de años, á una orden nueva que todavía no tiene ninguna aprobacion, y de la que hablan muy diversamente» (2). «Sacra majestad, repuso el padre Francisco, no hay orden religiosa hoy antigua y aprobada,

---

(1) Rivadeneyra, fol. 378, 379.

(2) *Ibid.*, fol. 379.

que no haya sido nueva y desconocida. No por eso eran peores cuando nuevas. Antes por el contrario, muéstranos la experiencia que los comienzos de las órdenes religiosas y áun los del Evangelio y los de la Ley de Gracia, fueron los más florecientes, los más fervorosos y los más fecundos en ejemplos de devoción y santidad. Bien sé que muchos hablan de la Compañía diversamente, como su majestad dice, porque no saben la verdad acerca de ella. La pasión de algunos llega hasta el punto de atribuirnos cosas falsas y condenables. En cuanto á mí, aseguro á vuestra majestad, con la verdad á que por tantos motivos estoy obligado á su presencia, que si hubiera sabido algo malo de esa Compañía no habría puesto los piés en ella, y si ahora que estoy lo averiguase, saldría inmediatamente. No sería justo que hubiese yo abandonado esa miseria que dejé y que el mundo estima un poco, para entrar en una sociedad religiosa en que Dios Nuestro Señor no fuese bien servido y glorificado (1).

El Emperador no se rindió. Conservaba prevenciones contra los jesuitas, cuyo instituto era reciente, y que, por otra parte, habían tomado algunas de sus costumbres á los teatinos, con quienes los confundían en la Península, y que tuvieron por fundador al Papa Pablo IV, enemigo declarado de Carlos V. Como príncipe y como español, Carlos V no los quería. Sólo sentía cariño y respeto hácia los conventos antiguos. Así es que replicó al P. Francisco con castellana obstinación: «Creo lo que me decís, porque

---

(1) Rivadeneyra, fol. 379.

siempre se encontró la verdad en vuestros labios; pero, ¿qué responderéis á lo que dicen contra vuestra Compañía, que todos son ellos jóvenes y no hay cabellos canos?» «Señor, repuso el P. Francisco: ¿Cómo quiere V. M. que sean viejos los hijos cuando la madre es joven? Si eso es un mal, luego lo corregirá el tiempo. De aquí á veinte años, los que hoy son jóvenes, tendrán muchas canas, que, por otra parte tampoco faltan en nuestra Compañía. Yo he vivido cuarenta y seis años, que, sin duda hubiese podido emplear mejor, y ved aquí conmigo, prosiguió señalando al padre Bustamante, á un viejo sacerdote que tiene cerca de sesenta, hombre de doctrina y de virtud probadas, y que ha entrado de novicio entre nosotros» (1).

El Emperador reconoció al P. Bustamante, que el cardenal Tavera, de quien Bustamante había sido secretario, le envió una vez de Madrid á Nápoles, á la vuelta de la expedición á Túnez. No insistió más, guardándose sus dudas acerca de la Compañía, y manifestando la más absoluta y afectuosa confianza á su austero y santo amigo.

En aquella conversacion, que duró tres horas, recordaron el proyecto que en otro tiempo habían formado de retirarse entrambos á la soledad. «¿Os acordáis, dijo Carlos V al P. Francisco, de lo que, estando en Monzon en 1542, os confié, anunciándoos que haría lo que acabo de hacer?»—«Muy bien me acuerdo, señor.»—«A nadie lo dije sino á vos y á otro.»—«Yo conocí toda la merced de aquella confidencia, cuyo secreto he guardado hasta ahora, sin haber abierto

---

(1) Rivadeneyra, fol. 379.

nunca mi boca á nadie. Mas espero que V. M. me concederá licencia para hablar de eso.»—«Ahora podeis, que la cosa es hecha.»—«Recuerde igualmente V. M., que en aquella época le hable del cambio de vida á que estaba dispuesto.»—«Teneis razon; me acuerdo. Bien hemos cumplido ambas nuestras palabras» (1).

Tres dias pasaron en tales conversaciones entre el antiguo duque de Gandía y el anciano Emperador, entre el ascético jesuita y el regio solitario; el uno que había renunciado á todos los placeres de la vida; el otro á todas las grandezas del poder; el primero, para humillarse ante Dios, enseñar á los hombres, recorrer las provincias y ciudades, extender un instituto que miraba como el más sólido apoyo del vacilante cristianismo romano; el segundo, para descansar de las fatigas de la dominacion, sustraerse á la responsabilidad del mando y gozar más pacíficamente en la soledad de un claustro. Cuando el padre Francisco se despidió de él, Carlos V le instó á que volviese pronto. Mandó á Quijada que le entregase 200 ducados de limosna. «Aunque sea módica esta suma, dijo Quijada al padre Francisco, considerando lo poco que hoy tiene su majestad, nunca os dió más en los favores que ántes os concediera» (2).

Carlos V no era sólo en Jarandilla objeto de respetuosos homenajes, sino que tambien recibía regalos de varias especies, y sobre todo, manjares para su mesa. El correo que iba y venía de Valladolid á Lisboa, llevaba todos los juéves por la noche á Jaran-

(1) Rivadeneyra, fol. 380.

(2) *Ibid.*, fol. 380.

dilla pescado para el Emperador en los días de vigilia. Su hija, la princesa gobernadora, le remitía desde la corte provisiones abundantes y continuos regalos, y no era la única en hacerlo. Los grandes y prelados, á porfía, enviábanle cuanto pensaban fuese de su agrado. Recibió dulces, pasteles de anguilas y de truchas de Valladolid, perdices finas de la aldea de Jamma, pertenecientes al marqués de Osorno, salchichas hechas á la usanza de Flandes en casa del marqués de Denia, tales como las servían á su madre en Torde-sillas, caza de Aragon y de Castilla la Nueva, ternera de Zaragoza, ostras frescas, lenguados, lampreas de Sevilla y Portugal, anchoas de Andalucía y pequeñas aceitunas preparadas por el mercader Perejon, que prefería á las aceitunas gruesas de Extremadura (1).

El arzobispo de Toledo envió de su rica metrópoli varias remesas de ocho ó nueve mulas cargadas de provisiones de todas clases para Jarandilla (2). El prior de Nuestra Señora de Guadalupe no cesó de mandarle cosas á Jarandilla y á Yuste (3). Las duquesas de Béjar y de Frias ofrecieron tambien á Cárlos V regalos de toda clase. Entre estos últimos figuraba una cazoleta de plata para quemar perfumes, esencias olorosas, y guantes. El Emperador agradeció aquellas atenciones; pero pasando la vista de los guantes que le había enviado la duquesa de Frias á sus dedos en-

---

(1) *Retiro, estancia, etc.*, fol 70 v., 76 v., 77 y 78 r.º, 81, 82, 84, 85; para Perejon véase *Retraite et mort.*, etc., vol. I, p. 40, 44, 49.

(2) *Retiro, estancia, etc.*, fol. 84.

(3) Carta de Quijada á la princesa doña Juana, del 16 de Octubre 1558. *Retraite et mort.*, vol. I, p. 429.

garabitados por la gota, dijo: «Que tambien fuera bien enviarle manos en que los trujera» (1).

Las golosinas, las conservas, los manjares salpimentados que llegaban á Jarandilla, y de que el Emperador comía abundantemente, desazonaban al fiel Quijada, que escribía á Valladolid: «Todo eso no hace más que incitar su apetito (2), y el proverbio dice: *Se cura la gota tapando la boca.*»

La gota, en efecto, reapareció muy pronto, y desde el 27 de Diciembre al 4 de Enero, tuvo un ataque violento; presentóse el mal primeramente en la mano derecha, subió hasta el hombro, ganó el cuello y descendió luego por brazo y mano izquierda, trasladándose por último á las rodillas (3). Aquel fuerte ataque despues de una breve pausa, volvió á empezar y no cesó enteramente hasta el 26 de Enero. Miéntras sufría, llegó por la posta de Milan un médico bastante célebre, Giovanni Andrea Mola, llamado á Jarandilla para someter al Emperador á lo que entónces se llamaba una cura (4), y curarle las hemorroides por medio de una planta, que no se encontró en Extremadura, y que más tarde enviaron de Lombardía (5). El doctor italiano le pidió primero que renunciase al uso de la cerveza, por ser contrario á su salud; pero

---

(1) «Y mirando los guantes, dijo que tambien fuera bien enviarle manos en que les trujera.»—(*Retiro, estancia, etc.*, fol. 78, r.º)

(2) «No se hacia más que incitar el apetito.»—(*Ibid.*, folio 84 r.º)

(3) *Ibid.*, fol. 82 y 83.

(4) *Retiro, estancia, etc.*, fol. 69 v., 86 v.

(5) *Retraite et mort, etc.*, vol. I, p. 114, 116, 121, 122 y 123.

era demasiado exigir de un flamenco, y Cárlos V respondió que no lo haría (1). El doctor declaró que aquel país era demasiado húmedo y no bastante sano para él, á lo cual Cárlos V contestó: «Que aún allí no había hecho profesion» (2). Estaba, sin embargo, bien resuelto á establecerse en Yuste, y Gaztelú, que empezaba á conocerle perfectamente, escribía á Vazquez de Molina: «Su majestad determinado está de no hacer mudanza en ello aunque se junte el cielo con la tierra» (3).

Durante su estancia en Jarandilla, trató el Emperador varios asuntos delicados ó graves que, ó bien interesaban á la familia real, de quien seguía siendo respetado jefe, ó bien á la monarquía española, cuyas necesidades y peligros no cesaron nunca. Despues de breves descansos había recobrado la afición á los negocios (4), y desplegó su antiguo vigor de espíritu y de voluntad.

La reina Leonor deseaba que su hija la infanta doña María de Portugal viniese á su lado á España, pues

---

(1) «Y su majestad respondió que no lo haría.»—(*Retiro, estancia*, fol. 91 r.º, carta de Quijada á Vazquez.)

(2) «A esto le respondió que aún aquí no había hecho profesion. (*Ibid.*, fol. 91.)

(3) «Que su majestad determinado está de no hacer mudanza en ello, aunque se junte el cielo con la tierra.»—(*Ibid.*, fol. 79 r.º)

(4) Tan luégo como llegó á Jarandilla, tuvo conocimiento de los graves sucesos que ocurrían en Italia y se preparaban por la parte de Flándes. Gaztelú escribió á Vazquez excítándole á que diese cuenta constante de todo al Emperador: «Porque huelga de entender estas cosas y aún otras de esta cualidad.»—(*Retiro, estancia*, etc., fol. 69 r.º)

en más de veinticinco años no la había visto, y aceleraba sus demandas y deseos para que se efectuase una reunion que, por su edad y dolencia, no debía ser muy larga. Pero la partida de la infanta, de Lisboa para Valladolid, tropezó con la oposicion interesada del rey Juan III, poco dispuesto á desprenderse del millon de escudos de oro que pasaba á su hermana consanguínea doña María. Por otra parte repugnaba al orgullo de la infanta presentarse en un país donde había debido de ser reina, y donde encontraría el recuerdo y la humillacion del matrimonio convenido, y luégo roto entre ella y Felipe II. Así es, que las instancias de la reina Leonor sólo consiguieron negativas. Juan III había escrito á D. Duarte de Almeida, su embajador en Valladolid: «No acabo de admirarme bastante de que quieran sacar de mi casa á la infanta mi hermana, á quien he educado y amo como si fuera mi hija, á no ser por el camino que acostumbran á salir las infantas de Portugal (1). Ni su honor ni el mio permiten que abandone su país y casa sin haberse casado.» A fin de conciliar los deberes de la naturaleza por la conveniencia de la posicion, pretendía que en vez de ir la hija á ver á su madre, viniese la madre á ver á su hija (2).

Desconsolada por aquella resistencia, que bien conocía no poder dominar sola, la reina Leonor invocó la poderosa intervencion de Carlos V. Suplicóle como

---

(1) Instruccion del 7 de Set. por D. Duarte de Almeida. *Papeles de Simancas*, serie B, leg. 81, números 15 y 16.

(2) La reina Catalina, mujer de Juan III, escribió en el mismo sentido á la reina Leonor, su hermana. Su carta del 7 Nov. tiene el núm. 14.

«á quien tenía por padre y señor (1),» que apoyase sus maternales deseos cerca de la corte de Portugal, reclamando él mismo la venida de la infanta, que no se atreverían á negarle, pues se podía fundar en un artículo terminante del matrimonio celebrado entre ella y el rey Manuel. Cárlos V escribió, como deseaba su hermana, á D. Juan de Mendoza, embajador ordinario de España en Lisboa, y además envió extraordinariamente á D. Sancho de Córdova, que fué á Jarandilla para recibir sus instrucciones, y á quien encargó que en su nombre reclamase del rey Juan la pronta y justa partida de la infanta (2). Al encontrarse con tal negociador, el rey de Portugal hubo de ceder. Pero ántes apeló á todo género de subterfugios, y trató de multiplicar los aplazamientos. Envió á Jarandilla á Lorenzo Pires de Tavora, que el Emperador conocía de mucho tiempo atras, y le era muy agradable, con órden de ganar tiempo, mediante proposiciones previas de matrimonio para la infanta (3).

Lorenzo Pires llegó á Jarandilla el 14 de Enero de 1557; fué recibido al siguiente dia 15 por el Emperador, que lo acogió afablemente y no quiso que le hablase de rodillas y con la cabeza descubierta (4). El

---

(1) Carta de la reina Leonor á Cárlos V, fecha del 17 Nov.—(*Ibid.*, números 1 y 2.)

(2) D. Sancho de Córdova llegó á Jarandilla el 29 Noviembre. Carta de Gaztelú á 6 de Dic. *Retraite et mort*, volumen I, p. 64, nota I.

(3) Santarem, *Relaciones diplomáticas de Portugal*, tomo III, p. 349.

(4) Despacho inédito de Lorenzo Pires á Juan III, fecha del 16 de Enero de 1557. Debo su conocimiento al señor Vizconde de Santarem.

embajador de Juan III, según las órdenes de su amo, no se descuidó en demostrar que la infanta no debía salir de Portugal sin estar casada, y pidió que la casasen con el rey de los romanos, viudo hacía algún tiempo, ó con el archiduque Fernando su hijo, á quien querían mucho las dos reinas viudas de Francia y de Hungría. La penetración de Carlos V no tardó en conocer las intenciones dilatorias de Juan III. Negándose enérgicamente al matrimonio de la infanta con su hermano Fernando, á quien la edad demasiado avanzada y la numerosa descendencia no permitían salir de la viudez, admitió que sus dos sobrinos el archiduque Fernando ó el duque Filiberto Manuel de Saboya podían muy bien casarse con la infanta. Pero si no fué contrario al matrimonio de su sobrina, apremió para su venida, reclamándola en virtud de la cláusula perentoria inserta en el contrato de unión entre Leonor y el rey D. Manuel el Grande (1).

En aquella entrevista habló Carlos V con efusión á Lorenzo Pires de su nueva vida, de los sentimientos que á ella llevaba, del reposo que gozaba, de las disposiciones que le habían guiado y que sentía no haber seguido ántes. Entónces fué cuando declaró que la primera idea de su abdicación le había asaltado al regresar de Túnez, añadiendo que no pudo realizarla entónces por la poca edad de su hijo (2). Sin embar-

---

(1) Cita textualmente á Lorenzo Pires este artículo, concebido en los términos siguientes: «Otro si, es concordado que si Dios ordenare que el dicho senhor rey de Portugal fallece primero que la dicha senhora infanta (Leonor), que ella y sus hijos y creados se puedan partir de dichos reinos.» (En el mismo despacho.)

(2) En el mismo despacho.

go, añadió con pena que no dejaba de ser fundada ni amarga, hubiera debido retirarme al monasterio despues de terminar la guerra de Alemania. Haciéndolo entónces hubiera tenido la ventaja de no quebrantar mi reputacion, que tanto ha sufrido por los sucesos que se siguieron (1).

Despues de dos dias de tratos, el Emperador envió á Valladolid con cartas para las reinas sus hermanas á Lorenzo Pires, que debía proponerles el casamiento de la infanta con el archiduque Fernando ó el duque Filiberto Manuel (2). Pero ellas tenían más alta ambicion. Pensaban que la reina de Inglaterra, á quien se había creído en cinta y que estaba hidrópica, no viviría mucho tiempo, y aspiraban á renovar despues de su muerte el proyecto de matrimonio de 1553 dando la infanta doña María por tercera esposa á Felipe II.

Antes de esa negociacion para la venida de la infanta, habia ido una vez más el navarro Ecurra á verse con Cárlos V, é informarle de las últimas y alarmantes disposiciones del duque de Vendome. Antonio de Borbon, al saber lo ocurrido en Búrgos, no se dejó engañar por la respuesta evasiva del Emperador ni por el prolongado silencio del rey Felipe. Vió lo que significaban aquellas negociaciones sin tér-

---

(1) «...Doendo se tamben de se nan recolher, acabada á guerra de Alemanha, confessando que fora nessa ocaziam sem perda de reputaçam, o que agora era o contrario pe les acontecimentos de depois.» (Despacho inédito de Lorenzo Pires á Juan III, fechado el 15 de Febrero.) Le dió cuenta de su segunda conferencia con Cárlos V.

(2) Carta del Emperador á la reina de Hungría del 16 de Enero. *Retraite et mort, etc.*, vol. I, p. 91-92.

mino, y aquellas pláticas sin conclusion, y dijo: «Admírome de que las gentes se quieran del todo burlar de mí, y me crean bastante simple para no conocer que todas esas prolongaciones no son sino burlas y entrenimientos de palabras» (1). Añadió que no quería seguir «con el pico dentro del agua como de presente» (2), y pidió que se decidiesen presto, y en uno ú otro sentido, para que pudiera obrar como aliado ó enemigo (3). El duque de Alburquerque transmitió á Felipe II esa intimacion que Ecurra comunicó al Emperador. Cárlos V dió buenas palabras al enviado del rey de Navarra, pero sin prometer nada. «Hallándome apartado de los negocios y en visperas de entrar en el monasterio, no puedo tomar ninguna resolucion á ese respecto. Pero la respuesta del rey mi hijo, á quien escribí desde Búrgos, no puede tardar. Entretened, pues, las negociaciones lo mejor que se pueda hasta que llegue esa resolucion.» No era posible admitir que cediese la rica Lombardía en compensacion de la pobre Navarra, y que políticos tan hábiles y ambiciosos como Cárlos V y Felipe II compraran á ese elevado precio la alianza de un príncipe, cuya hostilidad no era, en el fondo, muy temible para

---

(1) «Estoy espantado que las gentes se quieran del todo burlar de mí, y me quieran hacer tan simple de espíritu, y yo no entienda que todas esas prolongaciones no son más que burlas y entretenimientos de palabras.» *Copia de lo que un secretario de Venlome escribió al Ecurra por orden de su amo*, á 8 de Noviembre de 1556. (Simánicas, *Estado*, leg. 807.)

(2) *Ibid.* (Véase *Ibid.*)

(3) Esto es lo que el Emperador cuenta á Vazquez de Molina en su carta del 6 de Diciembre de 1556. (Simánicas. *Estado*, leg. 809.)

ellos; y que no podría, ciertamente, reconquistar lo que uno de sus predecesores no pudo defender. Sin embargo, como era mejor evitar sus ataques que exponerse á ellos, siguieron dándole esperanzas, al mismo tiempo que se preparaban, por si aquellas no sirviesen para rechazarle en la bien defendida frontera de los Pirineos. «Certifica, escribía Cárlos V á Vazquez de Molina, que en caso que no se efectúe el concierto entre el rey mi hijo y el dicho Vendome, emprenderá el año que viene la guerra contra Navarra» (1). La posibilidad de aquella invasion cuando se renovaba la guerra en Italia, para extenderse luégo á los Países Bajos, decidió á Cárlos V á impedir, mediante su desaprobacion, la partida del duque de Alburquerque para Inglaterra, donde le llamaba Felipe II. «Me admiro, escribía á la princesa doña Juana, de que el rey mi hijo, en la ocasion en que el rey de Francia ha roto la tregua, y despues de las negociaciones irrisorias con Vendome, aleje al capitan general de Navarra, cuya presencia es importantísima en aquella frontera» (2).

Con efecto, la tregua de Vaucelles había sido rota, y el papa Paulo IV había llegado á sus belicosos fines. No sólo no había restablecido á los Colonnas en tierras y feudos, sino que había hecho la expropiacion irrevocable, dando la ciudad y ducado de Pauliano á su sobrino Juan Caraffa, conde de Montorio, y al jó-

---

(1) «Certificando que en caso que no se efectúe el concierto entre el rey mi hijo y el dicho Vendome, emprenderá el año que viene la guerra contra Navarra.» (*Retiro, estancia, etc.*, fol. 81, 86 y 92.)

(2) *Ibid.*, fol. 92 v.º

ven hijo de este último la ciudad de Cavi, con título de marqués. Los españoles, á quienes aborrecía sobre todo, y quería expulsar de Italia, fueron objeto de violentos ataques é insoportables afrentas. Bajo frívolos pretextos prendió al enviado de Cárlos V, Garcilaso de la Vega, y al gran maestre de postas Juan Antonio de Tásis; maltrató al embajador de España D. Juan Manrique de Lara, marqués de Sarriá, obligándole á salir de Roma. Revocó varias de las bulas en que habían concedido sus predecesores á los reyes de España subsidios eclesiásticos, y en particular la bula de la *Quarta* (1), que daba á Cárlos V, durante los años de 1555 y 1556 la cuarta parte de las rentas del clero castellano y aragones. Paulo IV llegó hasta poner entredicho en España, y llevando las cosas al último extremo, intentó persecuciones contra Felipe II y Cárlos V ante la cámara apostólica, cuyo fiscal pidió que fuesen privados el uno del imperio y el otro del reino de Nápoles, que el Papa declararía dependientes de la Santa Sede. En fin, con la esperanza de recuperar la adhesion y socorro del poderoso aliado que por la tregua de Vaucelles había perdido, envió á su sobrino el cardenal Caraffa como legado cerca de Enrique II para traerle de nuevo á los abandonados tratos de 15 de Diciembre de 1555, con el doble interes del soberano pontificado y de la dominacion francesa en Italia. Aquel emprendedor legado, á quien Paulo IV sacó de la vida campesina para introducirle en el sacro colegio, y que ejercía extraordinario imperio sobre su tío, por la semejanza de sus odios y la comunidad de sus ambiciones, tuvo un éxito completo

---

(1) Por un breve del 8 de Mayo de 1556.—(*Ibid.*, fol. 28.)

en Francia, de donde volvió con la promesa de la guerra y con un cuerpo auxiliar de 2.000 hombres, al que debía seguir, muy luégo, el duque de Guisa con un ejército.

Felipe II, atacado por sus partidarios, insultado de sus embajadores, perseguido por su creencia y la de sus pueblos, despojado de sus privilegios, amenazado de perder sus Estados, no pudo, á pesar de las vacilaciones de su carácter y los escrúpulos de su piedad, evitar la lucha á que tan fuertemente le provocaban. Para disminuir sus peligros era preciso anticiparse á ellos. Esperar á que sus enemigos efectuasen la reunion de sus fuerzas en el centro de Italia hubiera sido exponerse á perder el reino de Nápoles y el ducado de Milan. Pero ántes de desobedecer las intimaciones pontificias y declarar la guerra á la Iglesia, quiso conciliarse la aprobacion y adquirir el apoyo de la opinion católica en todos los Estados de la monarquía española. En Flándes, Italia y España mandó congregarse á los más respetados teólogos, á los más sabios jurisconsultos, á los más sabios casuistas para que fuesen jueces entre el Papa y él. Aquellos doctores del catolicismo fueron, en general, de parecer que debía impedir la publicacion en sus reinos de los breves pontificios por no agitar á los pueblos; que podía continuar el ejercicio del culto y cobrar los subsidios eclesiásticos, no obstante el entredicho del Papa, y, en fin, que era lícito deñender por las armas sus derechos legítimos contra Paulo IV, que se los arrebatava sin razon ni justicia (1). Pero tal opinion no fué la del primado de España, D. Juan Martinez Siliceo, arzo-

---

(1) *Ibid.*, fol. 24 y 25.



bispo de Toledo, ni la del célebre *Fr. Domingo de Soto*, á quien *Cárlos V* envió, en otro tiempo, con título de primer teólogo al Concilio de Trento, pues ambos, por escrúpulos, aconsejaban al rey católico que hiciese un convenio con el Padre Santo, sin ver que esto era imposible. Soto, testigo del desmembramiento de la antigua religion en tantos países, temía que un principio de desobediencia á la Santa Sede fuese principio de una revolucion en la fe. En términos enérgicos y gráficos escribió al Rey (1): «Resistir allá (en Italia) al Papa armado no trae tanto peligro; porque cuando se viste el arnés parece desnudarse la casulla, y cuando se pone el yelmo encubre la tiara. Pero en España si se menosprecian los mandatos del Papa, que representa para el pueblo la ley de Jesucristo, es de temer que luégo se acabe con el Papa y al fin con la fe» (2).

Sostenido por la gran mayoría de los teólogos y canonistas que eran lumbreras de sus Estados y guías religiosos de sus pueblos, decidióse Felipe II á la guerra contra Paulo IV. Despues de una protesta más fuerte por los hechos que por el lenguaje, el duque de Alba recibió orden de penetrar en territorio pontificio con las tropas que tenía dispuestas, restablecer por

---

(1) Su carta, en contestacion á la de Felipe II, que le había consultado sobre el particular, lleva la fecha de 5 Julio 1556, y se encuentra en el manuscrito de D. T. Gonzalez, fol. 25 v.º

(2) «Resistir allá al Papa armado, no trae tanto peligro, porque quando se viste el arnés parece desnudarse la casulla; y cuando se pone el yelmo, encubre la tiara.»—(Retiro, estancia, etc., fol. 24 y 25.)

la fuerza á los Colonnas en sus posesiones, y con las armas en la mano imponer al Papa la paz.

El Duque de Alba no encontró séria resistencia en los Estados Romanos. Sin trabajo entró en Angni, Valmontano, Tívoli, Vicovaro, Nettuno, Palombare, Porcigliano y Ardea; apoderóse á viva fuerza de la ciudad y ciudadela de la Hostia; ocupó todas las posiciones que dominaban á Roma, y pareció amenazar con un segundo asalto á la capital del mundo cristiano. La poblacion, espantada é incapaz de defenderse, maldecía públicamente al turbulento viejo que la exponía á ese nuevo peligro, y que, único intrépido en medio del espanto universal (1), y siempre inflexible en su odio, exclamaba hablando de los españoles: «Ahora pueden conocer todos á esos traidores que no piensan hace tantos años sino en renovar el saco de Roma, como si cortasen la yerba de su prados y la madera de sus bosques (2).»

Pero el Duque de Alba no se atrevió á intentar bajo Felipe II lo que hizo el condestable de Borbon bajo Cárlos V. En vez de llevar adelante sus armas y reducir al Papa por una completa derrota, otorgó tregua de cincuenta dias, concluida con los Caraffa, bajo la mediacion de los venecianos (3).

---

(1) *Relazione di Bernardo Navagero*, en 1558. En Alberi, serie II, vol. III, p. 382 y 394.

(2) *Ibid.*, vol. III.

(3) Felipe II había aceptado la mediacion de los venecianos en una carta del 9 Oct. é invitó al Duque de Alba á deponer las armas. (*Retiro, estancia*, fol. 50.) La tregua en un principio se concertó por diez dias, extendiéndola luego á cuarenta.

Aquella inesperada noticia llegó á España en el mes de Diciembre de 1556 y fué llevada á Jarandilla, donde no la supo el Emperador hasta el 5 de Enero de 1557 (1). Carlos V había seguido con supremo interés todos los accidentes de aquella lucha. Escuchaba con avidez los despachos de Flándes é Italia que le remitía Vazquez de Molina y leía Gaztelú. Después de haberlos oído, decía siempre: «¿No hay más?» (2). Cuando se repuso de su primer ataque de gota mandó que le comunicasen las cartas enviadas de Valladolid, y con extremado descontento supo la suspensión de armas consentida por el Duque de Alba (3). En aquellos momentos el duque de Guisa, con un ejército frances, pasaba los Alpes, llegaba al Piamonte y dábale tiempo la tregua para juntarse con las tropas que en todas partes alistaban los Caraffas. Así lo dijo el sagaz Carlos V, que, comprendiendo todo el alcance de aquella falta (4), vió en ella la próxima pérdida de todas las plazas conquistadas en territorio pontificio y la traslación de la guerra desde los Estados de la Iglesia al reino de Nápoles. «Otras varias cosas dijo entre dientes, escribía Gaztelú, y de mohino que estaba no quiso oír los capítulos de la tregua» (5).

---

(1) *Relazione di Bernardo Navagero*, fol. 83 v.º

(2) «Pero siempre en estas cosas dice si no hay más.» (Carta de Gaztelú del 18 de Nov.) *Retraite et mort*, vol. I, pág. 45.

(3) «Se manifestó en extremo descontento.» (*Retiro, etc.*, fol. 83 v.º)

(4) *Ibid.*, fol. 84 v.º

(5) «...Dijo otras varias cosas entre dientes y que de mohino que estaba, no quiso oír los capítulos de la tregua.» (Carta de Gaztelú. *Ibid.*, fol. 84 v.º)

Manifestó á Felipe II todo su asombro y desaprobacion por la torpeza de aquella conducta. Desde el 8 al 16 de Enero no cesó de enviar despachos para su hija y sus hermanas á Valladolid, para su embajador á Lisboa y sobre todo para su hijo á Brusélas. Aquel ardor y aplicacion contribuyeron probablemente al segundo ataque de gota que duró hasta el 20 (1). Habiendo recibido entónces nuevas cartas de la princesa doña Juana y queriendo ayudar á Felipe II en tan difíciles circunstancias para que saliese vencedor de aquella primera y peligrosa prueba de su reinado, instó á la Gobernadora su hija á poner en estado de defensa las fronteras de España, á reunir el dinero necesario para la leva de tropas y gastos de guerra, á enviar á Flándes soldados castellanos, porque segun la expresion de Quijadá, son los mejores del mundo (2), á fin de completar los regimientos españoles y á cuidar, en una palabra, de todo lo que requería una lucha que en la primavera próxima se haría general.

Con tal motivo escribió una carta en que reaparecen el previsor político y el soberano que siempre supo mandar y ejecutar oportunamente: «Hija mia, decía, habiendo roto los franceses la tregua con tan poco motivo, estando en el punto en que se hallan los negocios de la cristiandad y los nuestros, conviene remediar lo que ya no se puede impedir, á fin de que se eviten los inconvenientes que pudieran seguirse (3).» Colocar delante de los Pirineos tropas, muni-

---

(1) Gaztelu, fol. 85 y 86.

(2) *Ibid.*, fol. 61 r.º

(3) Esta larga é interesante carta se encuentra íntegra

ciones y víveres y al frente de todo al Duque de Alburquerque; escalonar en el litoral buques para su defensa; llamar en caso necesario á los grandes, á los prelados y al pueblo para que concurriesen á la salvacion del reino; enviar inmediatamente á su hijo con la escuadra de D. Luis de Carvajal los 500.000 ducados que había pedido; acuñar en moneda los lingotes de oro y plata llegados de América á Sevilla; pagar con exactitud al banquero, Fugger lo que se le debía (1), á fin de que se mantuviese íntegro el crédito de su hijo, tan importante en tales ocasiones; hacer inexpugnable la plaza de Rosas en el Mediterraneo y dar al Conde de Alcaudete, gobernador de Orán, todos los medios para defender en la costa de Africa la ciudad confiada á su custodia, y que infaliblemente sería atacada de concierto con los turcos y berberiscos, aliados ordinarios de los franceses; tales eran las medidas que aconsejaba tomar con resolución y ejecutar con prontitud, «sin aguardar, decía, al punto de la necesidad, como se ha hecho otras veces, de que han resultado los inconvenientes que debeis saber (2).» Insistía sobre todo en que la ciudad de Orán, cuya conservacion importaba mucho á la seguridad de España, se pusiese á cubierto de todo peligro. «Porque, añadía, si se perdiese no querría hallarme

---

(fol. 86 v.º á 89 r.º) en la obra *Retiro, etc.*, y en el volúmen II de *Retraite, etc.*, p. 150 á 156.

(1) 258.000 ducados.

(2) «...Se ponga en ejecucion con la diligencia y presteza que fuera posible sin aguardar al punto de la necesidad, como se ha hecho otras veces, de que han resultado los inconvenientes que debeis saber.»

en España ni en las Indias, sino donde no lo oyese, por la grande afrenta que el rey recibiría en ello y el daño de estos reinos (1)».

Pedía al propio tiempo á la princesa doña Juana que tuviese un buque ligero (2) á disposicion de M. Hubermont que volvía al lado de su hijo y se encargaba de llevarle sus despachos y consejos. Se escribió esa carta el 31 de Enero (3). Tres dias despues, habiéndose restablecido enteramente la salud de Carlos V, y hallándose preparado el lugar de su retiro, abandonó definitivamente el castillo de Jarandilla para ir á instalarse en el monasterio. El 3 de Febrero de 1557 por la tarde se separó de los servidores que no habían de acompañarle, del Conde de Roelx, de M. de Hubermont y de unos noventa flamencos, borgoñones é italianos que le habían seguido de Brusélas á Jarandilla. Además de las pagas que se les debían, recibieron regalos en testimonio de satisfaccion y buena memoria (4). En el propio umbral de su aposento les dijo entónces el último adios y despidióles con dulces y afectuosas palabras (5). La emocion era general, to-

---

(1) «...No querría hallarme en España ni en las Indias sino donde no lo oyese, por la grande afrenta que el Rey recibiera en ello y el daño de estos reinos.» (*Retiro, estancia*, fol. 88 v.º)

(2) «Una zabra» que llevará Hubermont, y, añadía, «la relacion de lo que en todo he acordado con Aubremont.»— (*Ibid.*, fol. 89 r.º)

(3) Todavía escribió el 12 de Feb. á su hija sobre la defensa de las fronteras, y especialmente de la defensa de Navarra, y á Vazquez sobre la venida de la Infanta de Portugal.— (*Ibid.*, fol. 92 r.º)

(4) *Ibid.*, fol. 92. v.º

(5) «Y él les dispidió con muy buenas palabras y demos-

dos aquellos antiguos servidores tenían los semblantes demudados, y muchos se deshacían en lágrimas (1). Su pena al separarse para siempre de su amo igualaba á la tristeza de los que iban á encerrarse en la misma soledad que él (2).

A eso de las tres subió á su litera. Iban á caballo acompañándole hasta Yuste el Conde de Oropesa, el sumiller de corps, la Chaulx, que pasó algunos días con él, y el mayordomo Luis Quijada. Seguían los restantes servidores. Cuando la comitiva se puso en marcha, los alabarderos que habían formado su guardia arrojaron sus alabardas al suelo (3), como si las armas empleadas en servicio de tan gran Emperador no debieran usarse en otra cosa. La comitiva atravesó silenciosamente el fondo del valle, y subió con lentitud la falda de la montaña en que se eleva el monasterio. El Emperador llegó á las cinco de la tarde á Yuste (4). Avisados de su llegada los religiosos, le esperaban en la iglesia, que habían iluminado, y las campanas sonaban á vuelo en señal de alegría (5). Salieron al en-

---

tracion de amor.»—(Carta de la Chaulx, *Retira, estancia*, etc., fol. 92 v.º)

(1) *Ibid.*

(2) «Se encuentran, dice Gaztelú, en la tristeza y soledad.» Quijada añade: «Es gran lástima ver partir una compañía de tantos años... crea V. que lo sienten demasiado.»—(*Ibid.*, fol. 91 v.º y 92 v.º)

(3) Manuscrito hieronymita, c. XIV, en *Retraite et mort*, vol. II, p. 15 y 16.

(4) Carta de Gaztelú del 5 de Feb. *Ibid.*, vol. I p. 119.

(5) «Las campanas se hundían, y parece que sonaban más que otras veces.»—(Ms. hieron., c. XIV, *Ibid.*, vol. II, p. 16.)

cuentro del Emperador con la cruz á la cabeza, y recibieronle cantando el *Tedeum* (1). Estaban transportados de júbilo, dice un testigo: «de ver lo que nunca creyeron» (2). Carlos V, bajando de su litera, se sentó en una silla de manos é hizose conducir hasta las gradas del altar mayor, donde teniendo á su derecha al Conde de Oropesa y á su izquierda á Luis Quijada; despues que terminó la solemne plegaria, admitió á los frailes á besarle la mano. El prior, vestido con capa pluvial, pero un poco turbado á presencia del poderoso soberano que se hacía huesped de su convento, le cumplimentó llamándole «vuestra paternidad.»—«Decid vuestra majestad» exclamó, reprendiéndole al punto un fraile que estaba á su lado (3). Carlos V visitó al salir de la iglesia todo el monasterio (4), y luego se retiró á su propia morada, de que tomó posesion aquella misma noche, y donde debía en adelante vivir y morir.

---

(1) Carta de Chaulx en *Retiro, estancia, etc.*, fol. 93 r.º

(2) «De ver lo que nunca creyeron.»—(*Ibid.*, fol. 93 r.º)

(3) *Ibid.* Carta de M. de Chaulx y de Gaztelú, *Retraite et mort*, etc., vol. I, p. 119.

(4) Carta de Quijada, fecha del 4 Feb. *Ibid.*, p. 118.

## CAPITULO IV.

### INSTALACION Y VIDA EN YUSTE.

Palacio de Cárlos V en Yuste; su distribucion interior; sus comunicaciones con el monasterio; su terrado; su jardin.—Mobiliario del Emperador; servicio de plata; cuadros; mapas; instrumentos de matemáticas; libros, memorias.—Número y oficio de sus servidores; alojamientos que ocupan, ya en el claustro del monasterio, ó ya en la vecina aldea de Cuacos.—Vida de Cárlos V en Yuste; distribucion de sus dias.—Sus relaciones con los frailes; su confesor Juan Regla; sus tres predicadores; su lector y sochantres.—Satisfaccion que siente en la soledad y reposo del claustro.—Celebracion en Yuste del 24 de Febrero, aniversario de su nacimiento, de su coronacion y de la victoria de Pavía.—Suma de 20.000 ducados de oro en que fija su manutencion.—Regreso de Lorenzo Pires de Tavora á Yuste.—Se reanudan las negociaciones, á consecuencia de las cuales obtiene Cárlos V de Juan III, que venga á España la Infanta doña María.

El 3 de Febrero se encerró Cárlos V en Yuste. La habitacion que había hecho construir para su retiro, era más agradable, cómoda y sana de lo que habían dicho en Jarandilla los servidores, entristecidos por las lluvias de la estacion y la soledad del paraje. Es-

taba situada al Mediodía del monasterio (1), y dominaba la *Vera de Plasencia*. Por el Norte confinaba con la iglesia del convento, que, como era más alta, la abrigaba; y detras de ella, hácia Levante, se extendían los dos claustros, ocupados por los frailes, y llamados viejo y nuevo. Ocho piezas cuadriláteras, de iguales dimensiones, á saber: 25 piés de largo por 20 de ancho, componían la morada imperial. Esos aposentos, de los cuales cuatro estaban en el piso bajo y cuatro en el principal, se elevaban, por decirlo así, en anfiteatro sobre la cuesta muy empinada de la montaña; los de arriba estaban al nivel de los claustros. La posicion de los que daban frente al Mediodía les daba luz y calor; y por lo demas, en todos se había cuidado, contra la costumbre del país, de hacer grandes chimeneas. Un corredor separaba en cada piso las cuatro habitaciones, cuyas puertas se abrían sobre ese paso interior que las atravesaba de Este á Oeste. El corredor de arriba conducía por ambos extremos á dos terrados bastantes grandes que formaban una especie de galería cubierta, sostenida por pilares, y que más tarde fueron transformados por el Emperador en jardines (2); los adornó con flores olorosas, que se com-

---

(1) Esta descripción está tomada de lo referido por el P. Jose de Sigüenza, Parte III, lib. I, p. 190; del cap. XII del manuscrito hieronymita español, impreso en la *Retraite et mort*, etc., y del plan primitivo, modificado despues en algunos puntos, y que va anejo al manuscrito de D. Tomás Gonzalez.

(2) Quijada escribía en Setiembre: «S. M. quiere tomar pasatiempo en hacer un jardín en lo alto, que es donde está un terrado, el cual quiere cubrir, y traer una fuente en medio de él; y á la redonda, por los lados, hacer un jardín de mu-

placia en cultivar; plantó naranjos y limoneros, y mandó hacer fuentes que brotaban aguas vivas de la falda ó de las nevadas cimas de la montaña. En el pilon de una fuente que alimentaba abundante chorro, y que se revistió de azulejos de Holanda, conserváronse, como en vivero, truchas y tencas para los dias de vigilia, pescadas en los claros y frios torrentes de Garganta-la-olla y aldeas vecinas. El corredor que atravesaba el piso bajo comunicaba por sus dos extremidades con el jardin del monasterio, que los religiosos cedieron al Emperador, haciéndose ellos otro al Nordeste del claustro. Desde ese jardin cubierto de follaje, lleno de hortalizas y árboles frutales, subían las ramas de los naranjos y limoneros (1) hasta las ventanas de la morada imperial, ostentando sus bellas flores blancas y sus gratos perfumes.

El departamento ocupado por Cárlos V estaba en el piso principal. Desde su dormitorio, situado al Norte del corredor, hallábase en comunicacion con la vecina iglesia del convento, á la cual daba una ventana puesta al nivel del altar mayor (2). Esa ventana, por donde se veía al sacerdote celebrante, y por donde se podía entrar en la iglesia, era juntamente una tribuna

---

chos naranjos y flores; lo mismo quiere hacer en lo bajo.» (*Retiro, estancia, etc.*, fol. 138 v.º y 139 r.º—*Retraite et mort, etc.*, vol. I, p. 177.)

(1) «...Y al fin, rodeado todo de naranjos y cidros que se lançan por las mismas ventanas de las cuadras, alegrándolo con olor, color y verdura.» (Fr. Josef de Sigüenza. Parte III, lib. I, p. 190.)

(2) Manuscrito hieronymita, c. X, en la obra *Retraite et mort, etc.*; vol. II, p. 10 y 11.

y un paso. Cerrábase á voluntad, como vidriera ó como puerta, y debía permitir al Emperador que viese la misa desde su cama, estando enfermo, y asistiese á los oficios sin hallarse en medio de los frailes (1). Segun su gusto, podía ponerse en relaciones con éstos, pasando al coro de la iglesia por la comunicacion interior, ó aislarse y permanecer en su independiente habitacion y frondosos terrados.

El aposento que servía de despacho á Cárlos V estaba en una posicion preciosa y tenía una vista magnífica. Calentábale el sol y daba al jardin. Desde las ventanas de ese aposento, donde trabajó el Emperador y recibió á los embajadores y personajes que fueron á visitarle á Yuste, distinguíanse los grupos de cercanas colinas cubiertas de castaños, nogales, moreras y almendros, y terminadas en suave pendiente á lo largo de la risueña vega. Cárlos V dominaba desde el terrado occidental la misma hermosa vista que desde las ventanas de su despacho, y allá iba con frecuencia á pasear y sentarse al caer la tarde, cuando el sol, bajando hácia el horizonte, esparcía sus dulcificados rayos sobre la montaña y la llanura, dorándolo todo. Desde aquel sitio, siguiendo un sendero ligeramente inclinado, bajaba sin cansarse al jardin, cuyas

---

(1) Quijada veía en ello inconvenientes. «Yo tambien, decía, creo inconveniente que oyendo él misa desde su cama, le vean los frailes que la dijeron y la sirvieron. Lo otro que pienso, no sé si me engaño, que las horas que los frailes dijese las oirá S. M. en su cama, y esto le podrá desasosegar, puesto que en la ventana hay vidrieras, y se hace agora otra puerta-ventana que iguale con el muro.» (*Retiro, estancia*, fol. 75 v.º—*Retraite et mort*, etc., vol. I, p. 59.)

tapias cercaban su morada por todas partes, y cuya puerta principal comunicaba con el gran bosque de encinas y castaños que cubría las faldas y cumbre del monte. En ese bosque, donde pacían libremente las dos vacas destinadas á suministrar la leche para su mesa, había de trecho en trecho los oratorios del convento y á cuatrocientos pasos de distancia la ermita de Belen, que el Emperador fué á visitar al siguiente dia de su llegada á Yuste (1):

Cárlos V no vivió con los frailes, como se ha creído, y en Yuste el cenobita no dejó de ser Emperador.

Si no encontró allí el brillo de una corte, tampoco se redujo á la desnudez de una celda ni se condenó á los rigores de una vida monástica. En aquel retiro, á la par noble y piadoso, en aquella vida consagrada á Dios y todavía cupada en los grandes intereses del mundo, su espíritu permaneció firme, su alma elevada, su carácter decidido, sus miras grandiosas, y dió para la gobernacion de la monarquía española los más sabios consejos y las más previsoras advertencias á su hija la Gobernadora de España y al Rey su hijo, que los solicitaban con instancia y los seguían con respeto. No hubo en él ni un momento de debilidad moral (2), y las aseveraciones de Robertson á ese respecto no son más verídicas que los datos de Sandoval sobre la estancia de Cárlos V en el monasterio de Yuste... «Vivía tan pobremente, dice Sandoval, que sus habitaciones más bien parecían saqueadas por soldados que alhajadas para estancia de tan gran príncipe. No tenía más corti-

---

(1) Carta de Quijada á Vazquez, 4 Feb. 1557. *Retraite*, etc., vol. p. 118.

(2) Robertson, *Histoire de Charles Quint*, lib. XII.

nas que de paño negro y eso en el dormitorio de S. M. No tenía más que un solo sillón, y tan viejo y de tan poco precio que de haberse vendido no hubieran dado por él más que cuatro reales. Los vestidos para su persona eran no ménos pobres y siempre negros» (1). Robertson añade: «En aquel humilde retiro, apénas suficiente para hospedar á un simple particular, entró Cárlos V acompañado únicamente de doce criados» (2).

A estas descripciones, inventadas para poner en completo contraste la pasada grandeza del soberano y actual desnudez del solitario, debemos sustituir descripciones exactas. Las sacaremos del Codicilo (3) en que el Emperador nombra á todos los servidores que le siguieron á Yuste, y del inventario (4) que se hizo despues de su muerte de todos los objetos que amueblaban ó adornaban su habitacion. Sin tener ésta el lujo de un palacio, no le faltaba ninguna de las comodidades interiores que los príncipes se procuraban en aquella época ya elegante gozando allí los nobles entretenimientos de las artes que más le gustaban. Vinticuatro piezas de tapicería que mandó traer

---

(1) Sandoval, *Vida del Emperador Cárlos V en Yuste*, § 3, p. 825.

(2) Robertson, *loc. cit.*

(3) Lo hizo extender á Gaztelú el dia 8 y lo firmó el 9 de Setiembre, doce ántes de su muerte. Véase en Sandoval, *Vida del Emperador*, etc., p. 881 á 891, y en *Retiro, estancia*, Apéndices números 11 y 12, fol. 107 v.º á 121.

(4) Se encuentra este inventario, hecho por Quijada y Gaztelú, del 28 de Set. al 1.º de Nov. 1553, despues de la muerte del Emperador, en *Retiro, estancia*. Ap. 7.º, folio 41 á 54.

de Flándes representando diversas escenas animales y paisajes, estaban destinadas á cubrir las paredes. Su aposento estaba de luto como él mismo desde la muerte de su madre, y por lo tanto se revestía de paño negro fino con cortinas del mismo color. Tenía siete alfombras de piel, cuatro de Turquía y tres de Alcaraz; bancos con respaldo y tres doseles de paño negro con uno más rico de terciopelo (1). El dormitorio de Carlos V, de la claustral desnudez que le atribuye Sandoval, contenía dos camas, una más grande que la otra, con extraordinario lujo de colchas, colchones y cojines (2) para uso del Emperador, el cual poseía tanta abundancia de ropa que se contaban hasta diez y seis batas de terciopelo, de seda, de pelo de cabra y de Túnez, formadas de pluma de la India ó de armiño (3). El mueblaje consistía en doce sillas de nogal artísticamente trabajadas y guarnecidas de clavos dorados, seis bancos que se abrían y cerraban, con sus forros de paño; seis sillones de terciopelo negro y dos de una forma particular apropiada para el estado enfermizo de Carlos V. De esos dos sillones que le servían cuando estaba enfermo y para moverle de un sitio á otro cuando convaleciente, uno tenía seis cojines que sustentaban con blandura las diversas partes del cuerpo, y un taburete para apoyar los piés; el otro, no ménos bien relleno, tenía brazos salientes para transportarlo de una parte á otra (4), y particularmente al terrado-jardin, donde comía algunas veces al aire libre cuando

---

(1) Artículo *Tapicería* del inventario. Ap. 7.º, fol. 51 v.º

(2) *Ibid.*, fol. 52.

(3) *Ibid.*, fol. 52 v.º

(4) *Vida del Ticiano*, por Vasari, t. XIII de las *Vite de*

el día estaba sereno y su salud era buena. La viva y delicada afición que tuvo en el trono por la pintura, la música, la astronomía, los ingeniosos trabajos de la mecánica y las obras elevadas del espíritu, siguió al monasterio. El Ticiano había sido su pintor predilecto; siempre le admiró mucho y le colmó de distinciones y regalos: hízole admitir en una orden de caballería, pagó mil escudos de oro por cada uno de sus retratos, le asignó una pensión de doscientos escudos de oro sobre las rentas del reino de Nápoles (1), y refiere la tradición que en su entusiasmo por aquel gran artista, á quien miraba trabajar en su estudio, recogió un día el pincel caído de sus manos, diciendo que «bien merecía el Ticiano ser servido por un Emperador.»

Retrató el Ticiano en varias edades y en varias formas; también pintó varias veces á la Emperatriz, de quien Carlos V conservaba un recuerdo tan cariñoso. Los diversos retratos del Emperador, los de la Emperatriz, en número de cuatro, y muchos de su hijo Felipe II, de sus hijas la princesa de Portugal y la reina de Bohemia, de su hija natural la duquesa de Parma y de sus nietos, todos en lienzo ó tabla (2), colgados en las paredes ó encerrados en elegantes cofrecillos, adornaban su morada, haciendo presente á sus ojos la familia.

Pero no llevó solamente á la soledad aquellos re-

---

*piú eccelenti pittori, sculttori, etc.*, edic. de Milan, 1811. in-8.º, p. 374-375.

(1) *Ibid.*

(2) *Cruces, pinturas y otras cosas* en el inventario, folio 50-50y 42 r.º



cuerdos de sus cariños mundanos, sino también los cuadros religiosos que complacían á la parte su imaginacion y su piedad. El mayor y más magnífico era una *Trinidad* que encargó al Ticiano pocos años antes de bajar del trono (1), á fin de tenerla consigo en el monasterio de Yuste, desde donde siguió más tarde á sus restos mortales (2) hasta el Escorial. En lo alto del cuadro, entre llamas que representaban el amor divino y sobre nubes resplandecientes de luz, había pintado el Ticiano á la Trinidad cristiana rodeada de innumerables querubines, que se esparcían por las más distantes profundidades del espacio. Un poco más bajo estaba la Virgen cerca del Cristo. Casi á los piés de la Trinidad y á la izquierda, el Emperador, sostenido por un ángel que le mostraba el sagrado misterio, estaba de rodillas, cruzadas las manos en actitud de contemplacion y rezo, puesta á su lado la corona imperial, descubierta la cabeza y echada hácia atras, mostrando el cansancio de los años y el poder, pero expresando los impulsos de una adoracion profunda y de una fe suplicante. No léjos de él la Emperatriz, arrodillada también sobre una nube y dulcemente apoyada en brazos de un ángel, cruzadas las manos sobre el pecho, bajos los ojos y extática el alma, parecía sumida en santa beatitud y hubiérase dicho que, sin pertenecer ya á la tierra, gozaba aquello mismo que pedía el ardiente rezo del Emperador,

---

(1) «Una pintura de la Trinidad, de mano del Ticiano, sobre tela.» (*Retiro*, etc. Ap. 7.º, inventario, fol. 50 v.º; *Vasari*, t. XIII, p. 376-377.

(2) En 1574.

próximo á traspasar él mismo los umbrales de la eternidad. A cierta distancia, entre otros príncipes y princesas, aparecía la figura joven, pero severa, de Felipe II, en la que se leía una piedad firme y una adoracion tranquila. Aquel grupo de la familia imperial que invocaba á la Trinidad parecia protegido y como empujado hácia el excelso trono por multitud de patriarcas, profetas, apóstoles y santos, á quienes precedía la Iglesia bajo la imagen de una mujer, y que todos, en piadosas actitudes y con formas sábiamente atrevidas y admirablemente variadas, desplegabáanse en los aires trazando luminoso círculo debajo de la Trinidad y constituyendo, por decirlo así, su comitiva en el mundo (1). Otros cuadros, obra los más del Ticiano, como el de la terrible escena del juicio final, representaban en lienzo, tabla ó portezuelas de ébano, que se abrían y cerraban á voluntad, al Cristo azotado; á la Virgen con su hijo en el descendimiento de la cruz, á la Virgen elevando al niño Jesus y acompañada de San José, Santa Isabel y San Juan Bautista; á la Virgen teniendo de la mano al Niño Jesus, que juega con San Juan Bautista, miéntras le contemplan grupos de hombres y mujeres (2). Un pintor llamado

---

(1) Este cuadro, de doce piés y ocho pulgadas de alto sobre ocho piés y siete pulgadas de ancho, fué trasportado en 1574 desde el convento de Yuste al Escorial y colocado en el aula de Moral. Allí permaneció hasta 1833. En la actualidad se encuentra en el Museo Real de Madrid, donde tiene el núm. 752. Cort hizo en 1566 una copia en grabado á la vista y bajo la dirección de Ticiano. Este grabado, del que me he valido para hacer la descripcion inserta en el texto, se conserva en el depósito de estampas de la Biblioteca imperial.

(2) *Retiro, estancia, etc.* Ap., fol. 50.

el maestro Miguel y que era también escultor (1), y había trabajado con Ticiano en varias obras, hizo para el Emperador un Cristo llevando la cruz por el camino del Gólgota, un Cristo crucificado, una escultura de la Virgen y una pintura del Santo Sacramento sostenido por dos ángeles con incensarios en las manos (2). Todas esas religiosas imágenes, completadas por una Anunciación de la Virgen (3) en tabla y una adoración de los Magos reproducida en la pizarra de oro, plata y seda (4), presentaban sin cesar á los ojos del Emperador la conmovedora historia de la redención cristiana, el humilde nacimiento del Salvador en un pesebre, su dulce infancia, su dolorosa pasión, su sacrificio supremo y su exaltación triunfante á la diestra de su Padre, desde donde esparcía los rayos de su gloria sobre la familia imperial, y la cotidiana ofrenda de su cuerpo, mediante la cual se une con él la humanidad purificada.

Cárlos V poseía igualmente en Yuste varios relicarios en que tenía tanta más confianza cuanto que se los habían dado como conteniendo astillas de la Vera

---

(1) Acaso es el Florentino, el maestro Miguel, cuya llegada y trabajos en España refiere Cean Bermúdez en el segundo volumen de su *Diccionario histórico de los más ilustres profesores de las bellas artes en España*. Madrid, 1800.

(2) *Retiro, estancia*, etc. Ap. fol. 50-51.

(3) «Un tablero bien hecho en forma de puertas en madera con dos tablitas, en que hay en la una Anunciación de Nuestra Señora.» (*Ibid.*, fol. 50 v.º)

(4) «Una pieza de tapicería de oro, plata y seda, que es la adoración de los Reyes.» (*Retiro, estancia*, etc. Ap., folio 50 v.º)

cruz (1), y con piadoso esmero guardaba el crucifijo que la Emperatriz espirante tuvo entre sus manos, y que él (2) y su hijo tendrían también en la hora de la muerte. Objetos muy distintos, capaces de distraer su ánimo y ocupar sus ocios, habían sido llevados al monasterio de Yuste para los trabajos de mecánica, relojería, astronomía y geografía. El sabio mecánico Giovanni Torriano (3), ayudado de un relojero llamado Juan Wallin, había construido para el Emperador cuatro hermosos y grandes péndulos (4), además de muchos relojes portátiles que después se llamaron de bolsillo, y en los que trabajaba en Yuste con Carlos V. El mayor de los cuatro relojes, guar-

---

(1) «Una cruz mediana de oro y la custodia en que está de plata dorada, que tiene muchas reliquias, y entre otras la de la Vera cruz... Otra cruz de oro con un *lignum crucis*.»— (*Retiro, estancia*, etc. Ap. fol. 48 r.º) «Una cadenilla de oro con una cruz de lo mismo, en que dice que hay palo de la Vera cruz.»— (*Ibid.*, fol. 49 r.º)

(2) «El crucifijo con que murió S. M. y la Emperatriz.»— (*Ibid.*, fol. 49 r.º)

(3) El famoso Cardan, después de haber hablado en el libro XVII *De artibus*, de los relojes de resorte y ruedas dentadas que sustituyeron á los de pesas y cuerdas, y en cuya confeccion tanto se distinguía Giovanni Torriano, dice que por medio de resortes y de círculos, hizo sobre un carro de campaña para el Emperador un asiento que no se movía, cualquiera que fuese el movimiento del vehículo, y que construyó para él también un reloj que marcaba todas las horas de la tierra y todos los movimientos de los astros en el cielo. Cardan, *De subtilitate*, p. 478, edic. in fol. Basilea, 1582.

(4) «Otros relojes redondos, pequeños, para traer en los pechos.»— (*Retiro, estancia*, Ap. núm. 7. Inventario, fol. 51 vuelto.)

dado en su caja y puesto sobre una mesa de nogal, estaba en el dormitorio del Emperador; los otros tres, uno de los cuales se llamaba el *Portal*, otro el *Espejo*, y el tercero no tenía nombre (1), fueron colocados en otros aposentos de la residencia imperial. Carlos V tenía también un cuadrante solar, dorado, y todos los instrumentos para hacer otros (2).

Tampoco faltaban instrumentos de matemáticas; había compases, semicírculos, una regla geométrica con divisiones, dos astrolabios, un anillo astronómico (3), espejos de cristal de roca y anteojos (4) para tomar la altura, medir las distancias y ayudar la vista cansada, juntamente con una carta marítima que le mandó el príncipe Doria; poseía mapas de Italia, España, Flándes, Alemania, Constantinopla y las Indias (5), en que podía seguir, desde el fondo de su retiro, los sucesos del mundo.

Su biblioteca consistía en algunos libros de ciencia, historia, filosofía cristiana y práctica religiosa. *El Almagesto*, ó gran composición astronómica de Ptolomeo, que explicaba todavía en aquella época los movimientos celestes; el *Astrónomo imperial*, de Santa Cruz, que dió lecciones de matemáticas á Carlos V; los *Comentarios* de Julio César; las *Historias de España* en los tiempos antiguos y en la Edad

---

(1) *Retiro*, etc., fol. 51 r.º y v.º

(2) *Ibid.*, Ap. 7. Inventario, fol. 43 v.º y 48 r.º

(3) «Dos astrolabios y una sortija con que se mira qué hora es, y se toma el sol.»—(*Ibid.* fol. 51 r.º)

(4) Se citan más de treinta pares.—(*Ibid.*, fól. 43 vuelto y 44 r.º)

(5) *Ibid.*, fol. 43 v. y r.º

Media reunidas por Florian de Ocampo, uno de sus tres cronistas; varios ejemplares del *Consuelo de Boecio*, en frances, italiano y romano; *Los Comentarios sobre la guerra de Alemania* por el gran comendador de Alcántara; la poética novela *El caballero libertado*; las *Meditaciones de San Agustin*; otros tres libros de *Meditaciones piadosas*; las obras del Dr. Constantino Ponce de Lafuente y el Padre Pedro de Soto, sobre *Doctrina cristiana*; la *Suma de los misterios cristianos* por Titelman; dos *Breviarios*; un *Misal*; dos *Salterios*; el comentario de Fray Tomas de Portocarrero, sobre el salmo *In te, Domine, speravi*; y las *Oraciones sacadas de la Biblia* (1). Tales eran sus temas habituales de lectura.

Varios de esos libros tenían un interes particular para él. Los *Comentarios sobre la guerra de 1546 y 1547* contra los protestantes de Alemania se escribió en español, bajo su inspiracion, por D. Luis de Ávila y Zúñiga, se tradujo al latin por Van Male, y fueron publicados tambien en italiano y frances (2). Carlos V tomó una parte más activa todavía en otra obra: vertió en gran parte á la lengua española y con ritmo castellano el poema del *Caballero libertado*, en que Oliverio de la Marche había traza-

---

(1) *Retiro*, etc. Ap. 7.º Inventario, fol. 42 v.º y 43 r.º

(2) En español en 1548; despues por Juan Steelz, en Ambéres, en 1550, con el original español, una version latina y otra flamenca; en Paris en 1551 una version francesa; otra italiana en Venecia en 1549 y 1553. *Cartas de Malinæus* (Van Male) *sobre la vida íntima de Carlos V*, por el baron de Reiffenberg; *Introd.*, p. XXIV-XXV y p. 8-9, gr. in-8.º Brusélas, 1843.

do alegóricamente la vida aventurera de su bisabuelo Carlos el Temerario. Esa traduccion, que entregó á D. Fernando de Acuña, fué acabada por ese caballero letrado, que sabía no ménos bien escribir que pelear, y á quien el Emperador confió despues de la batalla de Muhlberg la custodia del elector de Sajonia, Juan Federico (1). Uno de los ejemplares de esa traduccion, impresa por su mandado en 1555, en casa de Juan Steelz, Ambéres, bajo el título del *Caballero determinado*, llevó Carlos V á Yuste, juntamente con el poema frances, lleno de iluminaciones (2). Los *Comentarios de Julio César*, de que se servía estaban en latin, lengua que no comprendía bien, pues su ayo Chievres había casi prohibido al docto preceptor Adriano que se le enseñase á fondo durante su juventud, pretendiendo que un rey debía criarse en los ejercicios guerreros del noble, y no entre los libros del sabio (3). Por eso recurría á una traduccion de los *Comentarios de Julio César*, en italiano toscano (4), que era entónces la lengua de la política y de la guerra, y la única que en su varonil sencillez y elegante concision podía reproducir la obra del conquistador de la Galia y dominador de Roma.

Ese libro, digno de servir de modelo á los que despues de haber hecho grandes cosas quieren escribir-

---

(1) *Carta de Malinaus* del 13 de Enero de 1551; *Ibid.*, p. 15-16.

(2) Con cubiertas de terciopelo carmesí. *Retiro*, etcétera. Ap. 7.º Inventario, fol. 43, v.º

(3) *Vita Hadriani sexti*, auctore Gerardo Moringo, capítulo XII, p. 30-31, por G. Burmannus, in 4.º, Otrecht, 1727.

(4) Los *Comentarios de César* en toscano. (*Retiro*, etc. Ap. Invent. fol. 43, v.º)

las, estaba sin duda en manos de Cárlos V, cuando éste, llegado á la cúspide del poder y la gloria, comenzó en el verano de 1550 sus propios Comentarios, de que su confidente Van Male habla en estos términos: «En los ocios de su navegacion por el Rhin, el Emperador, entregado á las más liberales ocupaciones, ha tratado de escribir sus viajes y empresas desde el año de 1515 hasta hoy. La obra es admirablemente pulida y elegante, y su estilo atestigua gran fuerza de espíritu y elocuencia. No hubiera yo creído fácilmente que el Emperador poseyera tales cualidades, pues él mismo me ha confesado que no debía nada á la educacion, y que la saca solamente de sus meditaciones y trabajos. En cuanto á la autoridad é intereses de la obra, consiste principalmente en esa fidelidad y gravedad á que la historia debe su crédito y poder (1).» Sí Cárlos V continuó en el convento de Extremadura sus preciosas Memorias, empezadas siete años ántes en el Rhin, sus propios escrúpulos (2), y quizá los consejos de Franciscò de Borja (3) y la voluntad de-

---

(1) Carta de Malinaeus escrita el 17 de Julio de 1550 desde Augsburgo; en Reiffemberg, p. 12.

(2) Cárlos había autorizado desde luégo á Van Male para que las tradujera al latin, despues de vistas por Granvela y por su hijo, y Van Male se proponía traducirlas en estilo compuesto de los estilos mezclados de los más célebres historiadores latinos. «Statui, decía al señor de Prat, novum quoddam scribendi temperamentum effingere mixtum ex Livio, Cæsare, Suetonio, Tácito.» Pero Cárlos V volvió muy luégo atras de su propósito, y Van Male decía entónces: «Iniquus tamen est Cæsar et nobis et sæculo quod rem supprimi velit et servare centum clavibus.» (*Ibid.*, p. 13.)

(3) Sandoval, *Historia de Cárlos V*, lib. XXXII, § 15.

masiado altanera de Felipe II, han privado de ellas al mundo (1).

Cárlos V guardaba sus propios papeles en una gran cartera de terciopelo negro, que despues de su muer-

---

Parece que el padre Borja disuadió á Cárlos V de publicar sus Comentaríos. Véase el artículo de lord Macaulay en la *Revista británica*, año de 1842.

(1) Van Male murió en Enero de 1561, despues de haber roto y quemado muchos papeles; pero Felipe II al saber su muerte, temiendo que hubiese escrito una historia de Cárlos V, escribió á Granvela con fecha del 17 de Febrero, encargándole de que examinara los papeles del difunto y le enviase los que se refirieran á la historia de su padre, que Van Male podría haber escrito, para destruirlos. *Papeles de Estado del cardenal Granvela*, t. VI, p. 273. Granvela respondió el 7 de Marzo á Felipe II para tranquilizarle, diciéndole: «Que nada había encontrado entre los papeles de Van Male, quien ántes de morir se había lamentado de que Quijada le hubiese arrancado de por fuerza las Memorias que él había dirigido al Emperador y que había roto muchos documentos.» (*Ibid.*, t. VI, p. 291.)—Despues de esto no vuelve á encontrarse huella alguna de los *Comentaríos de Cárlos V*, que, ó se han perdido ó destruido, y sobre cuyo paradero ha insertado M. Gachard una interesante disertacion en el *Boletín de la Academia de Brusélas*, t. XII, 1.<sup>a</sup> parte, p. 29-38.—Don Manuel García Gonzalez, archivero de Simáncas, ha transmitido recientemente á M. Gachard una lista de objetos pertenecientes á Cárlos V y guardados por el rey su hijo. En esa lista se encuentra esta preciosa indicacion: «Una bolsa de terciopelo negro, de papeles, la cual llevó el Sr. Luis Quijada, con algunos papeles de importancia, sellados, para entregallo todo á su majestad real. Lo cual estaba á cargo de Guillermo Malineo, segun dijo el dicho Joanés (Janin Stercke que servía en Yuste de guarda-joyas).»

M. Gachard, en una nueva disertacion sobre los *Comenta-*

te se envió sellada á la Gobernadora de España, su hija (1). Esa cartera estaba siempre en su dormitorio, donde había tambien toda clase de joyas y pequeños objetos delicadamente trabajados en plata, oro, y esmalte, que se guardaban en cajas forradas de terciopelo de diversos colores; los más preciosos, sin duda, eran los que encerraban sustancias á que la credulidad de la época atribuía virtudes curativas. Cárlos V poseía gran número de esos talismanes médicos; tenía piedras incrustadas en oro para restañar la sangre (2); dos brazaletes y dos sortijas de oro y hueso contra los hemorroides (3); una piedra azul engastada con corchetes de oro para la gota (4); nueve sortijas de Inglaterra contra los dolores de estómago (5); una piedra filosofal que le dió un tal doctor Beltrane; y, en fin, muchas piedras de Oriente, destinadas á combatir diversas enfermedades (6). De todas hubiera

---

*rios de Cárlos V*, ha sostenido y presentado como verosímil que los papeles contenidos en ese saco de terciopelo eran las Memorias del Emperador, cogidas á Van Male por Quijada, y remitidas á Felipe II, que las arrojó al fuego como hubiera hecho con la historia del Emperador, por Van Male, si la hubiera encontrado en Brujas. (*Académie Royale de Belgique*, vol. XXI de Boletines, n.º 6.)

(1) *Retiro, estancia*, etc., fol. 43, v.º

(2) « Una sortija de oro con piedra de restañar sangre; otra piedra de la misma virtud engastada en oro. » (*Retiro, estancia*, fol. 48, v.º)

(3) *Ibid.*

(4) « Una piedra azul con dos corchetes de oro, que dicen que es buena para la gota. » (*Ibid.*, fol. 48, r.º)

(5) *Ibid.*, fol. 48, v.º

(6) *Ibid.*, fol. 41.

debido librarse con esos maravillosos específicos. Pero si su imaginación pudo inclinarle por un momento á poner en ellos alguna esperanza, la intratable realidad le trajo muy luégo á las recetas casi tan vanas de su médico Mathys, y á los remedios no ménos impotentes de su farmacéutico Overstraeten.

La plata que había llevado al monasterio estaba apropiada con profusión á las diversas necesidades de su persona y casa. Tenía de plata sobredorada todo el servicio para el altar de su capilla particular (1). Cuadros de oro, plata y esmalte contenían toda clase de joyas y objetos de valor, la vajilla de su mesa, los objetos destinados á las operaciones bastante esmeradas de su tocador, ó en el servicio interior de su cámara, jarros, palanganas, enjuagatorios, frascos de todas dimensiones, utensilios de todas clases, muebles diversos para su cocina, pantería, farmacia, etc..., eran de plata y pesaban más de 1.500 marcos (2).

Léjos de ser indigente y mezquina, como han pretendido Sandoval y Robertson, la casa de Carlos V comprendía servidores cuyo número era tan grande y tan variadas sus funciones, como podían ser las necesidades. Componíase de cincuenta personas que desempeñaban los diferentes oficios (3). El mayordomo, Luis Quijada, tenía la dirección de toda la servidumbre.

---

(1) «Plata de la capilla». *Retiro*, etc., fol. 44.

(2) «Plata de la capilla, plata que servía en la cámara, en la pantería, en la cava, en la botica, en la cerería y al cargo del guarda-joyas.» (*Ibid.*, fol. 44-49.)

(3) Véase esta lista, sacada de los archivos de Simancas, con los nombres cuya exactitud ha compulsado M. Gachard en las páginas L y LI del prefacio de *Retraite et mort*, etc.

Al emplearle definitivamente á su servicio el Emperador le fijó el sueldo que tenía el marqués de Denia cuando estaba con su madre, Juana la Loca, en el castillo de Tordesillas. Seguían despues clasificándolos, segun los sueldos que cobraban, primero el secretario Gaztelú y el médico Mathys, ambos con 150.000 maravedises ó 750 florines, suma que equivaldría á 16.000 francos lo ménos en nuestra moneda (1); y luégo Gullon de Moron, guarda-ropa, á quien se daban 400 florines (2).

El servicio de la cámara imperial estaba confiado á cuatro ayudas de cámara, que eran Guillermo Van-Male, Cárlos Prevott, Ogier Bodard y Mateo Routart,

---

(1) El florin de Flándes pesaba entónces 6 francos, 97 céntimos de nuestra moneda, y valía 200 maravedises del tiempo. El valor del florin sería hoy tres veces mayor, por lo ménos que su peso metálico, á causa del descenso sucesivo del valor de la plata, que se hizo sentir sobre todo en el siglo xvi, á consecuencia del descubrimiento de las minas del Nuevo Mundo. Segun las sábias y juiciosas evaluaciones de M. Leber, en la Memoria sobre la apreciacion de la fortuna privada durante la Edad Media, inserta en el primer volumen de *Savants étrangers* de la Coleccion de la Academia de Inscripciones y bellas letras, el valor de la plata descendió, dado el mismo peso, de 11 á 6, desde Carlo Magno hasta el primer cuarto del siglo xvi, á 4 en el segundo, á 3 en el tercero y á 2 en el cuarto.

(2) Codicilo. «A Guyon de Moaran my guardarropa, etc.» (*Retiro*, etc. Ap. 12, fol. 115 v.º). Era baron y señor de Terny y de Beaumont. Fué quemado en 1565 por la Inquisicion.—P. 26, nota 2.ª del manuscrito hieronymita, analizado por M. Bakhuizen.—Groen Van Prinsterer, *Archives de la maison de Nassau*, t. I, p. 278.

cada uno con 300 florines, y cuatro barberos ó ayudantes, llamados Guillermo Wyckersloot, Nicolás Benigne, Dieriek Tack y Gabriel de Suert, que recibían entre todos 250 (1). El sabio y hábil Giovanni Torziano tenía una pension algo más elevada, pues cobraba 350 florines; pero el relojero, Juan Valin, no recibía más que 200 (2). Los demas servidores de Carlos V, casi todos belgas ó borgoñones, eran: un boticario y su ayudante, un maestro de pantería y su ayudante, dos panaderos, uno de ellos alemán, dos cocineros y dos pinches de cocina, un sumiller para el vino con un mozo de bodega, un cervecero y un tonelero, un pastelero, dos fruteros, un sausero y su ayudante, un jefe de la despensa y su contralor, un cerero, un pollero, un cazador, un jardinero, tres lacayos portadores de litera, un guarda-joyas, un portero, un escribiente empleado en la oficina de Fray Lorenzo del Losar, á quien el Emperador confió los abastecimientos de su casa, y, en fin, dos lavanderas, Hipólita Reynier, mujer de Van Male, é Isabel Pletinkx; que cuidaban, una de las ropas, y otra de los lienzos de mesa. Carlos V llevó, además, consigo, al capellan Jorge Nepotis, y para la gente de su casa al fraile franciscano, Juan de Halis, que á todos confesaba y administraba los sacramentos de la Iglesia. El total de pagas subía á más de 10.000 florines, que hoy tendrían el valor aproximado de 210.000 francos (3).

Antes de partir de Jarandilla, Carlos V había regalado todos sus caballos, que ya le eran inútiles, y

---

(1) *Retiro, estancia*; codicilo, Ap. 12, fol. 116 y 117 r.º

(2) *Ibid.*, fol. 117-120.

(3) Segun la evaluacion metálica hecha más arriba.

sólo conservó uno viejo y acomodado á su uso en aquel país de montañas, dado que sus enfermedades le permitiesen montarlo todavía. Había devuelto á Valladolid treinta bestias de carga y no conservó más que seis mulos y dos mulas (1) para los transportes habituales entre Yuste y las aldeas vecinas. Eran frecuentes, en particular con la aldea de Cuacos, situada á media legua del convento, y donde se establecieron Quijada, Moron, Gaztelú y los demas que no pudieron alojarse en Yuste; pero que iban al convento todos los dias. Carlos V sólo conservó á su lado á los servidores cuya presencia era más indispensable. Los ayudas de cámara, barberos, cocineros, panateros y hasta el relojero habitaron en una parte del nuevo claustro, preparada para ellos; el médico, panadero y cervecero ocuparon la hospedería del monasterio. Fácilmente penetraban en la morada imperial, mientras que todos los pasos por donde podian ponerse en comunicacion con los frailes fueron cuidadosamente cerrados (2). La casa de Carlos V formaba así, ora en Yuste, ora en Cuacos, un establecimiento cómodo y completo, que no sólo satisfacía los diversos servicios de su persona, sino en que tambien se fabricaba todo lo necesario, desde el pan de su mesa hasta los reme-

---

(1) Esto es lo que Quijada había escrito á Vazquez con fecha del 2 de Febrero diciéndole, que el Emperador «enviara á Valladolid treinta acémilas; que los caballos todos los había regalado, quedándose sólo con uno, con seis mulos, dos mulas y dos literas, y una silla de manos.» (*Retiro, etc.*, folio 91 v.º)

(2) Sandoval. *Vida del Emperador en Yuste*, del manuscrito del prior Fray Martín de Angulo. § 11, p. 824.

dios para sus enfermedades; desde el vino y la cerveza para su mesa, hasta la cera para su capilla.

Luégo que entró en Yuste, la princesa su hija, á fin de facilitar los abastecimientos, transmitió en nombre del Rey á la ciudad más próxima la siguiente orden: «A nuestro corregidor ó su lugarteniente en la ciudad de Plasencia: ya habreis sabido cómo el Emperador mi señor se ha retirado al monasterio de Yuste de la orden de San Jerónimo, donde ahora se halla su imperial persona. Y porque necesitará para su servicio y para mantenimiento de su casa y servidores tomar de esa ciudad y de su territorio muchos víveres y todas las demas cosas necesarias, os mando que pongais particular esmero en que las personas que á ese efecto se presenten sean despachadas y proveidas con mucha atencion y diligencia. En lo cual nos consideraremos bien servido por vos (1).» La Gobernadora de España puso tambien en Cuacos un juez llamado Murga, su escribano y alguacil (2), para prevenir ó terminar las cuestiones que ocurriesen entre la gente del Emperador y los habitantes del pais, como ocurrió en varias ocasiones.

La vida de Carlos V en el monasterio de Yuste, compuesto de 38 frailes incluso el prior y su vicario, estaba enteramente separada de la de ellos, conservando únicamente relaciones religiosas. Había elegido entre los frailes á su confesor Juan Regla; á su lector Bernardino de Salinas, doctor de la Universidad de

---

(1) *Retiro*, etc., fol. 93.

(2) Se les menciona en el codicilo del Emperador, quien encomienda á su hijo fije la recompensa que haya de dárselos. Ap. 12, fol. 120 r.º

Paris, y á sus tres predicadores Francisco de Villalva, del convento de Montemarta, cerca de Zamora, y luego capellan de Felipe II en el Escorial, Juan de Asaloras, profeso de Nuestra Señora del Prado, en las cercanías de Valladolid, y despues Obispo de Canarias, y Juan de Santaandrés, perteneciente al monasterio de Santa Catalina en Talavera. Los dos primeros tenían grandes conocimientos teológicos y mucha elocuencia religiosa. El último estaba dotado de una piedad más santa que de una uncion conmovedora (1).

Juan Regla había adquirido fama como confesor, y por su saber y doctrina le enviaron en 1551 al Concilio de Trento, como uno de los teólogos del reino de Aragon. Nacido de pobres labriegos en una humilde cabaña de las montañas de Jaca, su viva inteligencia y el deseo de instruirse le llevaron á la edad de 14 años á Zaragoza. Allí vivió de limosnas á la puerta de Santa Engracia, que le dió juntamente el alimento del cuerpo y el del espíritu, y á quien llamó desde entonces madre, con cariñosa gratitud. Por recomendacion de los jerónimos, que habían notado la estudiosa regularidad de su vida y su inteligente ardimiento, fué colocado de acompañante del hijo de un rico caballero, con quien pasó á Salamanca. Trece años consagró al estudio del griego y del hebreo, á las artes de la escuela y á las ciencias de la fe.

Convertido en profundo teólogo, docto canonista, sutil casuista y hábil lingüista, tomó el hábito religioso en el mismo monasterio donde había recibido el

---

(1) Sigüenza. part. III, cap. XXXVII, p. 192-193.— Manuserito hieronymita, c. XX en *Retraite et mort*, etc., volumen II, p. 24-25.



pan de la caridad y donde su inteligencia se había abierto á la primera luz del saber (1). A su regreso de Trento fué nombrado prior. Ni su participacion en el Concilio, ni la dignidad religiosa de que le revistiera la confianza de los frailes de Santa Engracia lograron sustraerle á las persecuciones de la Inquisicion española, que le obligó á abjurar 18 proposiciones denunciadas como sospechosas por los jesuitas, á quienes Juan Regla no perdonó nunca aquella humillacion y ataque (2).

Había terminado su priorato trienal cuando Carlos V le llamó á Jarandilla (3) para darle la direccion de su conciencia. Juan Regla se mostró espantado de semejante cargo y al principio no quería admitirlo. «¿Por qué? le preguntó el Emperador.—Porque soy insuficiente, repuso el fraile, y no me encuentro digno de servir en eso á V. M.—Tranquilizaos, Fray Juan, le dijo el Emperador; ántes de partir de Flándes he tenido conmigo un año entero á cinco teólogos y canonistas, con quienes he descargado mi conciencia de todos mis negocios pasados; vos sólo enténdereis en lo que suceda de aquí en adelante (4).»

Juan Regla era tímido é insinuante, escrupuloso y sumiso, y como confesor se inclinaba por su carácter

(1) Toda su historia está contada por Sigüenza, parte III, lib. II, p. 446-449.

(2) Llorente, *Historia crítica de la Inquisicion*, t. III, capítulo XXIX, art. 2. § 8.

(3) Carta de Gaztelú á Vazquez del 16 de Enero de 1557. *Retraite et mort*, vol. I p. 90.

(4) Sigüenza, c. XXXVI, p. 190, part. III.—Manuscrito hieronymita añalizado por M. Bakhuizen, c. XVI, p. 30.

al respeto y á la obediencia, segun convenia á un penitente tan imperioso.

«Cárlos V quiso que se sentase en su presencia, y no únicamente cuando estaban solos, sino tambien delante de Quijada, que no podía acostumbrarse á ese abandono de etiqueta imperial, y se indignaba siempre de ver á un simple fraile en aptitud tan familiar al lado de un gran Emperador. Regla se puso muchas veces de rodillas delante de Cárlos V para pedirle que le permitiera estar de pié, diciendo que le subía el rubor al rostro cuando entraba álguien. «No os cuideis de eso, contestó el Emperador. Sois mi amo y mi padre en confesion; me alegró de que os vean sentado y no me alegró ménos de ver que os ruborizais (1).» Pero si le respetó como penitente le esclavizó como amo; exigía que estuviese siempre esperando sus órdenes, y un dia que Juan Regla fué á la vecina ciudad de Plasencia, el Emperador le despachó un expreso para que volviese. «Sabed Fray Juan, le dijo á la vuelta, que es mi voluntad bien decidida que no salgais de aquí sin que yo lo sepa, pues entiendo que no me abandoneis ni un solo instante.» El fraile, muy conmovido, se excusó y no se alejó más del monasterio hasta la hora postrera de Cárlos V (2). Fué uno de sus ejecutores testamentarios, y despues de haber sido su confesor en Yuste, pasó á serlo de Felipe II en el Escorial (3).

---

(1) Sigüenza, part. III, lib. II, p. 448.

(2) Manuscrito hieronymita, c. XVI en *Retraite et mort*, etc., vol. II, p. 19-20.

(3) Sigüenza, part. III, p. 448-449.

Como ya hemos visto, el Emperador fué siempre muy piadoso (1). Tenía la fe ruda y la intolerancia violenta de un español. En sus prácticas, como en sus creencias, demostraba una clara regularidad. Antes de retirarse al monasterio oía diariamente, al levantarse, una misa privada por el alma de la Emperatriz, y despues de dar algunas audiencias y despachar los negocios más urgentes, asistía á una misa pública en su capilla (2); los domingos y fiestas solemnes iba á vísperas y al sermon; cuatro veces al año, lo ménos, confesaba y comulgaba (3). Veíasele á menudo en oracion delante de la Cruz, y así pasó algunas horas en la noche que precedió á la batalla de Ingolstadt. Puede decirse que desde su reclinatorio se lanzó con valerosa impetuosidad á la defensa de su campamento, atacado por el ejército luterano, mucho más fuerte que el suyo (4). Recorría á caballo el frente de sus tropas entre las descargas de la artillería enemiga; cuando el viejo Granvela, asustado del peligro que corría, le mandó decir de parte de su confesor que no se espusiera tanto, con resuelta intrepidez y confiada fe respondió «que aún no se había visto á un rey ó emperador morir de un cañonazo, y que si la suerte ha-

---

(1) Véase Contarini, en 1525, Tiepolo en 1532, en Alberi, serie I, vol. II, p. 61 y vol. I, p. 65.

(2) Bernardo Navagero, en 1546; en Alberi, serie I, volúmen I, p. 342.

(3) Marino Cavalli, en 1551; *Ibid.*, vol. II, p. 213.

(4) F. Badonaro, en 1557. Ms. Saint-Germain-Harlay, núm. 277.

bía decidido empezar por él, valía más perecer de esa manera que vivir de la otra (1).»

La vida religiosa que había llevado en el trono continuó en el monasterio. Mandaba decir cada dia cuatro misas por las almas de su padre, de su madre, de su mujer y la suya propia; á esta última asistía ora en el coro de la iglesia, donde le habían hecho una pequeña tribuna separada, ora en la ventana de su dormitorio, donde se ponía siempre para oír las vísperas. Los jueves celebrábase para él una misa cantada y solemne del Santo Sacramento, al que tenía, como toda su raza, muchísima devoción (2). La música le gustaba tanto como la pintura, y su antigua capilla imperial, que contaba con 40 cantores de los más hábiles y ejercitados, fué reputada la primera de toda la cristiandad (3). Cuando estuvo en Yuste mandó pedir á varios conventos de España los frailes que tuviesen voces más hermosas y cantasen mejor. Del monasterio de San Bartolomé de Lupiana llamaron á Fray Antonio de Avila para servir de organista, así como tambien dos tenores, dos contraltos, dos barítonos y dos bajos, elegidos en las casas Jerónimas de Valencia, Prado, Zamora y Segovia. Más tarde se completó aquella música con la llegada de fray Juan de Villamayor, que pasó del monasterio del Parral de Segovia al de Yuste para ser maestro de capilla, y

---

(1) *Relazione di Moncenigo* en 1548, en Bucholtz, *Geschichte der Regierung Ferdinand des ersten*, t. VI.

(2) Manuscrito hieronymita, c. XXI; en *Retraite et mort*, etc., vol. II, p. 25-26.

(3) Marino Cavalli, en Alberi, serie I, vol. II, p. 207-208.

con la de otros tres cantores sacados de los conventos de Barcelona, Talavera de la Reina y Zaragoza. Después de la muerte de Carlos V todos recibieron un donativo y el testimonio de la satisfacción que el Emperador había tenido en oírlos (1).

La distribución del día para el Emperador era muy regular, si bien la política y los negocios alteraban con frecuencia su orden. Acostumbraba á comer al levantarse, pues su estómago no podía estar nunca vacío. Esa costumbre era tan imperiosa, que no cedía á la enfermedad ni á la devoción. Aun en los días de comunión, contra la regla católica, no iba en ayunas á recibir la hostia consagrada, á lo cual le autorizó por extraordinaria excepción el Papa Julio III en bula de 1554. En esa bula se decía: «V. M. nos ha hecho saber que por el estado de su salud y por consejo de sus médicos se ve impulsado y obligado para sostener su estómago á tomar un ligero desayuno, áun en los días en que acostumbra á recibir la Santísima Eucaristía, y nos ha suplicado que en virtud de la autoridad apostólica le otorguemos á ese respecto absolución de lo pasado y dispensa para el porvenir. Considerando la necesidad en que estais y reconociendo el espíritu piadoso y sincero con que V. M. ha respetado constantemente y defendido en todas ocasiones la Religión Católica y las constituciones de los Santos Padres, en nombre del Señor os descargamos de todo escrúpulo de conciencia que podais tener con ese motivo, y en nombre del Señor, en virtud del poder que

---

(1) Sus nombres y la cantidad que se dió á cada uno de ellos están asignados en la obra *Retiro, estancia, etc.*, fol. 255 vuelto á 257 r.º

nos ha conferido, os autorizamos con indulgencia á tomar el alimento que necesiteis ántes de recibir el Santísimo Sacramento de la Eucaristía.» El Papa terminaba conjurando á Cárlos V á que velase por la conservacion de una salud en que reposaba la salvacion de la república cristiana (1).

En cuanto se abría la puerta del Emperador, entraba en su dormitorio el confesor Juan Regla, precedido á menudo por Juanelo; Cárlos V rezaba con el uno y trabajaba con el otro. A las diez los ayudas de cámara y barberos le vestían. Cuando su salud se lo permitía iba á la iglesia, y si no, oía la misa desde su cuarto con profundo recogimiento. Llegada la hora de comer, gustábale trinchar y partir él mismo lo que comía, cuando sus manos estaban libres, y á su lado Van Male y el doctor Mathys, ambos muy doctos, leían ó hablaban de algun asunto interesante de historia ó ciencia. Despues de la comida volvía Juan Regla, que ordinaviamente leía un fragmento de San Bernardo, San Agustin ó San Jerónimo, sobre el cual tenían plática religiosa. Cárlos V descansaba luégo un poco en una breve siesta. A las tres iba, los miércoles y viérnes, al sermon de uno de sus predicadores, y si no podía asistir, como pasaba con frecuencia, Juan Regla tenía encargo de referírselo. Los lunes, mártes, juéves y sábados, se consagraban á lecturas por el Dr. Bernardino de Salinas (2). Por lo demas, aquellos pobres frailes no estaban nunca tranquilos delante de él, y en el religioso penitente de Yuste, reconocían de con-

---

(1) Esta bula de 19 de Marzo de 1554 está en Sigüenza, part. III, c. XXXVII, p. 194.

(2) Todos estos detalles están sacados de Fray Josef de

tinuo al imponente Emperador. Un día, al acercarse al altar en el momento del ofertorio, hubo de tomar él mismo la patena que el fraile, sobrecogido, olvidaba ofrecerle (1); y la primera vez que entró en la iglesia causó su presencia tal confusion al religioso encargado de darle el agua bendita, que permaneció inmóvil y como petrificado. Cogiendo entónces el hisopo y haciendo la aspersion él mismo: «Padre, dijo Carlos V, así habeis de hacer en lo sucesivo, y sin miedo (2).»

El único fraile que empleó en su servicio particular, fué Fray Lorenzo del Losar que conocía el país y se encargó de la compra de víveres para su casa. Mas no parece que quedase muy satisfecho de él, pues á poco, habiendo permitido á Quijada que fuese á ver á su familia á Villagarcía, le tornó á llamar, mandándole decir «que viniere sin tardanza, porque su servicio le necesitaba, y que los frailes no lo entendían (3).» Gaztelú añadía: «Yo creo que se vaya S. M. desengañando de que no le conviene ocuparlos en nada (4).»

Sigüenza. *Ibid.*, p. 192-193, y de los capítulos XIX, XX, XXI y XXII del manuscrito hieronymita publicado en la obra *Retraite et mort*, etc., vol. II, p. 22 á 27.

(1) Sigüenza, p. 195; *Retraite*, etc., vol. II, c. XXVI, p. 32.

(2) *Ibid.*, p. 104; *ibid.*, c. XXVI, p. 32.

(3) «Porque para su servicio conviene que no falte una persona de su calidad que tenga cuenta con esto, porque los frailes no lo entienden.»—(*Retiro, estancia*, etc., fol. 127 r.º)

(4) «Yo creo que se va ya S. M. desengañando de que no le conviene ocuparlos en nada.»—(*Retiro, estancia*, etc., fol. 127 v.º)

La estancia en Yuste agradaba muchísimo al Emperador. Allí experimentaba con profunda dulzura el placer de estar en reposo y mejor de salud. Pero lo que tanto le encantaba era el desconuelo de sus servidores. « La soledad de esta casa-encierro, escribía Quijada, es tan grande como S. M. lo deseaba hace tantos años. Llevamos la vida más abandonada y triste que se conoce..., nadie podría soportarla á no ser los que dejan sus bienes y el mundo para hacerse frailes (1) » Por su parte no estaba dispuesto á semejante cosa, y en otra carta, habiendo obtenido permiso del Emperador para retirarse por algun tiempo á su castillo, decía: « Espero no volver á Extremadura á comer espárragos y turmas de tierra (2). »

A los ventiun dias de estar Cárlos V en el monasterio, llegó el 24 de Febrero, fiesta de San Matías, que era para él un gran aniversario: el 24 de Febrero de 1500 fué su natalicio; en el mismo dia de 1525 aseguró la posesion de Italia por la victoria de Pavía y la cautividad de Francisco I, y en igual de 1530 fué coronado Emperador en Bolonia. Tenía, pues, singular devocion al apóstol que había presidido á su nacimiento y á sus mayores prosperidades, y celebraba con agradecida veneracion la fiesta de San Matías, á la que un Papa había concedido indulgencias donde quiera que se encontrase Cárlos V. Aquel dia los habitantes de 40 leguas á la redonda, fueron á Yuste

---

(1) *Retiro, estancia, etc.*, fol 94, v.º

(2) « No volver á Extremadura á comer espárragos y turmas de tierra. » Carta de Quijada á Vazquez del 28 de Marzo.—*Retraite et mort*, vol. I, p. 135.

para ganar las indulgencias, y tambien para ver al religioso y gran Emperador á quien las debían. Fuera del monasterio, en medio del campo, reanimado ya por la viva luz y naciente calor de una precoz primavera, habían levantado un altar y un púlpito para la misa y la predicacion de los peregrinos. El Emperador, cuyos servidores habían comulgado por la mañana, vestidos de gala, pudo ir con rico traje y ostentando el Toison de oro hasta el mismo altar mayor del convento, donde dió gracias á Dios por todas las felicidades de que le había colmado durante el curso de su vida, y depositó tantas monedas de oro como años tenía, incluyendo el que empezaba el 24 de Febrero de 1557 (1). «Vuestra merced no puede pensar cuán bueno está... El dia de San Matías salió á ofrecer al altar mayor por sus piés; es verdad que ayudándole un poquito (2).»

Tres dias despues envió á Martin Gaztelú á Valladolid, con instrucciones para la Gobernadora de España, relativas á sus arreglos particulares en Yuste, y á los dineros que necesitaba el servicio del Rey su hijo. Al propio tiempo le encargó de una carta, así concebida para el ministro principal: «Juan Vazquez de Molina, mi secretario y de mi Consejo: Habiendo acabado de tomar mi resolucion y de fijar lo que necesitare cada año para mis gastos, me ha parecido

---

(1) Sigüenza, p. 3, c. XXXVII, p. 195.—C. XXIII del Ms. hier. en *Retraite et mort*, etc., vol. II, p. 27-28.

(2) «V. no puede pensar cuán bueno está... El dia de San Matías salió á ofrecer al altar mayor por sus piés; es verdad que ayudándole un poquito.» *Retraite et mort*, etc., vol I, p. 127.

oportuno enviar á Gaztelú para que informe de todo á la Princesa mi hija, y se determine, cómo, á quién y cuándo convendrá entregarlo (1). «La suma indicada como necesaria para su manutencion ascendía á 20.000 ducados de oro (2). Antes la limitó á 16.000; pero luégo advirtió que no era bastante (3). El pago se consignó sobre el producto de las minas de plata de Guadalcanal, que se explotaban no léjos de Yuste, en Sierra-Morena, y que empezaban á dar rendimientos considerables. Además se había reservado un derecho de *once y seis al millar*, que en su nombre hacía efectivo el factor general Herman Lopez del Campo (4). Satisfecho con aquel arreglo el

---

(1) «Juan Vazquez de Molina, mi secretario y del mi Consejo.» *Retiro, estancia*, fol. 95, r.º

(2) «Dándose por contento y servido de que los 20.000 ducados que había fijado definitivamente para sus gastos y asistencia en el monasterio, se hubiesen asignado sobre el producto de las minas de Guadalcanal.» (*Ibid*, fol. 97, v.º) El ducado, de los que entraban 98 en la libra de oro de 12 onzas españolas, valía como peso 12 de nuestros francos y representaba 375 maravedises de vellon. Véase *Demostracion histórica del verdadero valor de todas las monedas que corrian en Castilla*; éste por el Padre licenciado Fr. Saez. Madrid, 1805, in 4.º, p. 238-239. Segun esa evaluacion ésta suma ascendería á 720.000 francos.

(3) Carta de Quijada á Vazquez, del 14 de Marzo. *Retraite et mort*, etc., vol. I, p. 130.

(4) *Once y seis al millar*. De esto se hace mencion en la carta que Carlos V escribió el 27 de Febrero de 1552 á Vazquez, *Retiro*, etc., fol. 95, r.º; en la de 19 de Mayo al mismo, fol. 108, r.º, y en su codicilo del 9 de Setiembre de 1558. *Ibid.*, Ap. XII, fol. 120-121.

Emperador, guardaba, además, en reserva, en un arca del castillo de Simáncas 30.000 ducados de oro (1) para pagar, despues de su muerte, los piadosos legados que prescribía su testamento. En Yuste y aldeas vecinas, que al año siguiente se despoblaron en parte á causa de una grande hambre dió muchas limosnas, libró á presos por deudas y dotó á doncellas pobres (2).

Activamente había seguido tratando de la venida de la infanta de Portugal. Lorenzo Pires de Tabora, despues de infructuosas conferencias en Valladolid, con las reinas de Francia y Hungría, volvió á Yuste. La madre y la tia de la infanta, descubriendo bajo las artificiosas proposiciones de matrimonio la intencion de Juan III, que era retener á su hermana en Portugal, pidieron que ante todo le dejase ir libremente á España, segun las cláusulas de los tratados. Con ese motivo dirigieron al Emperador una larga Memoria y por medio de Vazquez (3) le suplicaron que no permitiese á Juan III conservar á la infanta en cierto modo prisionera, so pretexto de encontrarla un marido que no buscaba. Por su parte Juan III, incomodado por las impacientes é injuriosas exigencias de las dos reinas, mandó á Lorenzo Pires que fuese en

(1) *Retiro*, etc., fol. 126, v.<sup>o</sup>, y *Retraite*, etc., vol. II. p. 214, nota.

(2) Sigüenza, part. III, p. 191. Manuscrito hieronymita, c. XXVI en *Retraite*, etc., vol. II, p. 20.

(3) Cartas de Vazquez al Emperador del 26 y del 30 de Enero de 1557. *Retraite* etc., vol. I. p. 101 á 104 y 106 á 107.

busca del Emperador, pues no reconocía más autoridad que la de sus palabras (1).

Pires llegó al monasterio el 4 de Marzo. Cárlos V, ocupado á la sazón en sus devociones y privado de su secretario Gaztelú, que estaba todavía en Valladolid, envió á Pires por algunos dias á Cuacos, donde fué huesped de Quijada. Cuando se reanudaron las negociaciones el 7 de Marzo, estaban muy simplificadas. La infanta declaró que no quería casarse (2). Quedaba sólo la cuestion del viaje y Cárlos V se manejó muy hábilmente para resolverla á su gusto. Encareció mucho la cariñosa solicitud de Juan III, que se había portado con la infanta más como padre que como hermano. Pero añadió que Juan III no debía poner su punto de honor en no dejarla partir sin estar casada, y que como caballero y cristiano se lo decía (3). Habiendo objetado Lorenzo Pires que, al decir del embajador portugués Rodriguez Correa, recién llegado de Lóndres, la presencia de la infanta en la corte de Felipe II sería de mal efecto y podría excitar la desconfianza de la reina de Inglaterra, replicó el Emperador «que las inglesas no son celosas y que, por otra parte, la infanta permanecería en España, donde su presencia no tendría inconveniente alguno (4).» Insistió, pues, en que Juan III, respe-

---

(1) Carta de Juan III á Lorenzo Pires del 21 de Enero de 1557. *Coleccion de piezas diplomáticas recogidas por el Vizconde de Santarem.*

(2) Despacho de Lorenzo Pires á Juan III, de Marzo de 1557. *Ibid.*

(3) *Ibid.*

(4) *Ibid.*

tando las estipulaciones del tratado de matrimonio del rey D. Manuel, su padre, permitiese á la infanta reunirse con la reina Leonor. «Lo espero, dijo, de su amistad como el mayor favor que puede hacerme en mi retiro. Aunque poseyere más Reinos y Estados que abdiqué, no emplearía otros medios que los ruegos á que por mi nueva profesion estoy obligado (1).»

Así escribió á Juan III y á la reina Catalina su hermana luego que despachó á Pires para Lisboa (2). Los favorables efectos de su intervencion no se hicieron esperar. Juan III autorizó la partida de la infanta. Él mismo se lo anunció á Carlos V enviándole un caballero portugués, que llevó tambien cartas para la reina Catalina (3), y á quien Carlos V, en su alegría, regaló una cadena de oro de cien ducados (4). El obispo de Salamanca y el marqués de Villanueva fueron designados (5) para recibir en la frontera de Portugal á la infanta, enviándole tambien el Emperador á Jerónimo Ruiz (6) para determinar el estado de su casa y número de sus servidores.

---

(1) *Coleccion de piezas diplomáticas recogidas por el Vizconde de Santarem.*

(2) Cartas de Quijada y de Gaztelú á Vazquez del 14 de Marzo. *Retraite*, etc., vol. I, p. 129, 131 y 132.

(3) Carta de Gaztelú á Vazquez del 12 de Abril. *Ibid.*, p. 143.

(4) Carta de Gaztelú á Vazquez del 30 de Abril. *Ibid.*, p. 145.

(5) Carta del Emperador á Vazquez del 31 de Marzo. *Ibid.*, p. 140.

(6) Carta de Gaztelú á Vazquez del 19 de Mayo. *Ibid.*, p. 150 y 151.

Al propio tiempo que se concluía aquel negocio de familia, que pareció colmar de júbilo á las dos hermanas de Carlos V, el Emperador trató de otros negocios de grande importancia relativos á los intereses esenciales de la monarquía española.

que por su nueva profesión...  
Los favorables efectos de su intervención no se hicieron esperar. Juan III trató de la paz de la Italia...  
El mismo se le anunció á Carlos V en su estancia...  
debe haberse tratado con el Emperador...  
y número de sus expediciones.

- (1) Colección de cartas e pliegos...  
de la...
- (2) Cartas de España y de Castilla á Vespucio del 11 de Mayo, Madrid, etc., vol. I, p. 120, 121 y 122.
- (3) Carta de Castilla á Vespucio del 13 de Abril, 1492, p. 123.
- (4) Carta de Castilla á Vespucio del 30 de Abril, 1492, p. 124.
- (5) Carta del Emperador á Vespucio del 31 de Mayo, 1492, p. 125.
- (6) Carta de Castilla á Vespucio del 13 de Mayo, 1492, p. 120 y 121.

## CAPÍTULO V.

---

### ACONTECIMIENTOS Y VISITAS.

Arrepentimiento de haber abdicado, falsamente atribuido á Carlos V.—Guerra en Italia y en la frontera de los Países Bajos.—Dificultades y peligros de Felipe II.—Mision que da á su favorito Ruy Gomez de Silva para que vaya á Yuste y suplique al Emperador que le ayude, saliendo del monasterio y conservando la corona imperial.—Negativa de Carlos V, que concede, sin embargo, á su hijo el socorro de sus consejos é influencia.—Levas de tropas y de dinero.—Sumas llegadas de América á la Casa de Contratacion de Sevilla, y su transferencia.—Cólera de Carlos V; carta que escribe; medidas que ordena.—Eficacia de su intervencion en el empréstito forzoso que Felipe II impone á los prelados y grandes de España; energía de su correspondencia con el arzobispo de Sevilla, que se negaba, y á quien obliga á contribuir.—Remesa de las sumas necesarias para la guerra de Italia y la guerra de Francia.—Invasion del reino de Nápoles por el duque de Guisa, que no puede tomar á Civitella, y es obligado por el duque de Alba á volver á los Estados Pontificios.—Campana de Picardía.—Sitio y batalla de San Quintin.—Carta de Felipe II al Emperador su padre sobre la batalla ganada por los españoles.—Alegria que Carlos V siente, y pena porque su hijo no estuvo en el campo de batalla.—Esperanza que tiene de que el ejército español victorioso marche sobre Paris.—Estado del Emperador en Yuste.—Su comida en el refectorio del convento.—Visitas: el almirante de Aragon D. Sancho de Cardona; el presidente del Consejo de Castilla D. Juan de Vega; el

historiador Sepúlveda; el gran comendador D. Luis de Avila.—Respeto de Carlos V á la verdad histórica.—Reanudase la negociacion de Navarra.—Muerte de Juan III.—Menor edad del rey D. Sebastian, nieto de Carlos V, el cual interviene entre su hermana la reina Catalina, encargada de la administracion del reino, y su hija la princesa doña Juana, que aspiraba á la tutela del joven rey.—Llegada á Extremadura de las reinas Leonor de Francia y Maria de Hungría, que van á esperar á la infanta de Portugal.—Llegan á Yuste.—Alegría y ocupaciones de Carlos V.

«El Emperador, dice Estrada, se arrepintió de su abdicacion tan luégo como la hubo realizado, segun refieren muchos, fundándose en lo que pasó algunos años despues entre el cardenal Granvela y el rey Felipe. Habiendo recordado al rey el cardenal que estaban en el aniversario del dia en que su padre Carlos renunció el imperio y todos sus reinos, el rey contestó al punto: «este es tambien el aniversario del dia en que se arrepintió de haber renunciado (1).»

Ya hemos visto que el único arrepentimiento que sintió Carlos V fué de no haber ejecutado en 1547 el proyecto de retiro que tenia desde 1535, y no pudo realizar hasta 1556. Ahora veremos si las palabras de desdeñosa censura que se atribuyen á Felipe II y que son igualmente contrarias al respeto con que miraba á su padre y á los ruegos que le dirigió, tienen más exactitud que el supuesto arrepentimiento de Carlos V.

En la primavera de 1557, Felipe II, en guerra con el rey de Francia y con el Papa, estaba en una situacion llena de dificultades y peligros. Como lo habia

---

(1) Estrada, *De bello belgico*, lib. I, p. 6 y 7.



previsto Carlos V, la tregua concluida entre el duque de Alba y el cardenal Caraffa, fué seguida de reveses para los españoles. Al saber la llegada del duque de Guisa el de Alba, evacuó los Estados Pontificios que no podía seguir ocupando entre dos ejércitos superiores al suyo, y sólo conservó las plazas de Anagni, Nettuno y Ostia y un fuerte á orillas del Tiber, que quedaron en estado de defensa, retirándose él hácia el reino de Nápoles para guardarlo de una invasion.

El duque de Guisa, á quien se habia confiado la expedicion de Italia, era uno de los más avisados, más audaces y más felices capitanes de su época. Llegando en los primeros dias de 1557 con un pequeño, pero valeroso ejército de 12.000 infantes y 1.200 caballos al Piamonte, donde el mariscal Cosse de Brissac mandaba 10.000 hombres de tropas veteranas, partió de Turin el 9 de Enero, tomó de camino á Chivasso, Tricero y Valenza, y á traves de la Lombardia y el Parmesano, fué á los Estados de su suegro el duque de Ferrara, nombrado generalísimo de la Santa Liga, y que á la cabeza de 6.000 infantes y 800 caballos italianos, bien armados y magníficamente equipados le esperaba en Ponte di Lenza. Si los confederados hubieran caido sobre el ducado de Milan, mal provisto á la sazón de tropas y municiones, le hubieran conquistado fácilmente. Una vez dueños de la Italia superior, y sin miedo de ser molestados por la parte de Alemania como en tiempos de Maximiliano y Carlos V, hubieran dominado la Italia central y atacado con mucha ventaja la Italia inferior. Tal era la opinion del mariscal de Brissac, y en consejo celebrado en Reggio, el duque de Ferrara se decidió casi en el mismo sentido. Pero el cardenal Caraffa, reves-

tido de los poderes de Pablo IV y disponiendo por orden de Enrique III del duque de Guisa y de su ejército, se declaró contra la ocupacion militar de Lombardía é impaciente por expulsar á los españoles del territorio pontificio, intimó al duque de Guisa que marchase á Roma, ofreciéndole en ejecucion del primitivo plan la seductora perspectiva de conquistar á Nápoles. Obedeció el duque segun las instrucciones recibidas del rey su señor, y entró en la Romaña dejando al mariscal de Brissac en la frontera de Lombardía, y al duque de Ferrara en sus propios Estados, que tenía que defender contra los aliados del rey de España, Guillermo Gonzaga por la parte de Mantua, y Octavio Farnesio por la de Parma y Plasencia. Quiso la fortuna que Felipe II encontrase en los comienzos de su reinado enemigos más apasionados que previsores, los cuales por dividir sus fuerzas y equivocár el verdadero punto de ataque contra su poder en Italia, léjos de expulsarle de aquel país le aseguraron más y más en su posesion.

Sin embargo, por el momento, los dominios españoles parecían comprometidos. Al aproximarse el duque de Guisa, y con ayuda de un cuerpo auxiliar llegado directamente de Francia á las órdenes del mariscal Strozzi, Pablo IV recuperó á Ostia, Frascati, Grotta-Ferrata, Marino, Castel-Gandolfo, Vicovaro, Cavi, Gennesano y Montefortino. Las demas plazas en que se habían encerrado los españoles debían ser recuperadas muy pronto si hubiera conducido rápidamente la invasion de Nápoles. Así lo hubiera querido el duque de Guisa, que dejando á su ejército en las Marcas, fué á Roma para apremiar la ejecucion de las cláusulas suscritas por Pablo IV. Nada de lo prome-

tido á Enrique II se cumplía. Las tropas pontificias eran poco numerosas; faltaba dinero, y el Papa, que poco ántes hablaba de dar la corona imperial á Enrique II y establecer á sus dos hijos en Milan y en Nápoles, negaba ya hasta la investidura de este último reino mientras no lo conquistasen. Después de gastar un mes en estériles quejas y eludidas peticiones, el duque de Guisa, descontento de la incapacidad de Pablo IV y de la perfidia de sus sobrinos los Caraffa, salió de Roma en el mes de Abril, y costeando el mar se dirigió hácia la frontera de los Abruzzos, por donde proyectaba invadir el territorio napolitano. Sus tropas y algunos destacamentos italianos que se reunieron con ellas saquearon á Colonella, Contraguerra, Corropoli, Gioliano, y tomaron á Campi. El duque puso luego sitio á Civitella, sobre el Tronto, esperando que si caía en su poder aquella plaza flaquearía en el reino de Nápoles la fidelidad á los españoles, y reaparecería el antiguo partido francés.

Mientras que el príncipe Lorenés bajaba por Italia, el almirante de Coligny pasaba la frontera de los Países-Bajos. El mismo que un año ántes había jurado solemnemente la tregua de Brusélas estaba encargado de violarla: había recibido de Enrique II la orden de avanzar súbitamente desde Picardía, donde era gobernador, hácia el Artois y Flandes, apoderándose de alguna plaza fuerte. Emboscóse, pues, cerca de Douai, en Enero de 1557, y trató de tomarla, pero fracasó en aquella empresa, y sólo consiguió saquear á Lens, entre Lila y Arrás. Después de esos actos de hostilidad sin declaración de guerra, la tregua quedaba rota por Enrique II, que en Constantinopla solicitaba del anciano Soliman el envío de una escuadra

turca al Mediterráneo y la órden comunicada á los berberiscos de atacar las posesiones españolas de Africa.

Felipe II, á quien aquella inesperada agresion sorprendía sin tropas y casi sin dinero, estaba alarmado al tener que combatir en tantos puntos á enemigos tan numerosos y diversos. En aquella peligrosa situacion ordenó, con asentimiento de su tio el Rey de los romanos, grandes levas de tropas en Alemania; fué él mismo á Inglaterra para decidir á la reina María á que abrazase su causa contra Enrique II, y envió á su consejero y favorito Ruy Gomez de Silva, conde de Melito y despues príncipe de Éboli, á España, para procurarse dinero, alistar soldados é invocar el apoyo del Emperador su padre. Felipe II hubiera querido que, abandonando la soledad en que acababa de entrar, consintiese Cárlos V en ayudarle tomando de nuevo en sus experimentadas manos la gobernacion de la monarquía española. En las instrucciones escritas que dió el 2 de Febrero á Ruy Gomez, le decía: «Pasareis por donde está S. M. el Emperador, y entregándole mi carta y visitándole de mi parte, lo pondreis en conocimiento circunstanciado y completo del estado en que quedan los negocios de aquí, de lo ocurrido con Su Santidad y con el rey de Francia, de lo que pasa en Italia, de la resolucíon que he tomado de ir á Inglaterra, así como tambien de reunir el ejército, y le expondreis las razones que á ello me deciden, suplicando con toda humildad é instancia á S. M. que tenga por bien de esforzarse en esta coyuntura, socorriéndome y ayudándome, no sólo con su parecer y consejo, que es el mayor caudal que puedo tener, sino con la presencia de su persona y autori-

dad, saliendo del monasterio á la parte y lugar que más cómodo sea á su salud y á los negocios, á fin de atender á los que se presenten por el modo que ménos le fatiguen, pues de sus resoluciones dependerá el buen éxito de todo. Sólo con correr el rumor de esa noticia estoy seguro de que se turbarán mis enemigos, y S. M. será causa de que vacilen en sus propósitos y conducta (1). Como le escribo con este motivo, no os digo más, y me remito á lo que conoceis de mis intenciones. Mas pedireis á S. M. que me envíe su parecer en lo tocante á esa guerra, y me indique por dónde y cómo debo emprender esa expedición para que el golpe sea más decisivo» (2).

Poco tiempo despues fué seguido aquel ruego de otro no ménos importante. Felipe II suplicó á su padre que no abdicase el imperio. Fernando había convocado para el mes de Enero de 1557 una Dieta electoral en Ratisbona, á la que se excusaron de asistir los electores de Sajonia y Brandeburgo, lo cual hizo retroceder al príncipe de Orange, encargado de llevar allá el acta de cesion del Emperador. Felipe II decia á Ruy Gomez que instruyese de esto á Cárlos V, y le anunciase que la Dieta frustrada en Ratisbona debía reunirse por el mes de Mayo en Egra, frontera de Bo-

---

(1) «...Suplicando con toda humildad é instancia á S. M. tenga por bien de esforzarse en esta coyuntura, socorriéndome y ayudándome, no sólo con su parecer y consejo, que es el mayor caudal que puedo tener; pero con la presencia de su persona y autoridad, saliendo del monasterio á la parte y lugar que más cómodo sea á su salud.» (*Retiro, estancia, etc.*, fol. 93.

(2) *Ibid.*

hemia. En su despacho añadía: «Lo más conveniente sería que S. M. no persistiese en renunciar el imperio, pues su conciencia no está interesada, y todo el mundo se lo ha dicho en lo que allí se hace, y ni siquiera lo sabe. Seguramente esa renuncia, si S. M. la cumple, me haría perder mucho en los Países Bajos y en Italia mucho más de lo que se piensa..... Avisadle del regreso del príncipe de Orange y suplicadle con grandísimo empeño que, por lo ménos, tenga á bien no hacer su renuncia hasta que veamos el giro que toman mis negocios. De lo que se decida me dareis aviso por todos los caminos posibles, para que, si S. M. consiente, se impida la marcha del príncipe de Orange» (1).

Ruy Gomez llegó á Yuste el 23 de Marzo. Recibióle el Emperador muy afablemente, y le concedió un favor, que despues no hizo á ningun otro, mandando á Quijada prepararle un aposento en sus propias habitaciones (2). El 23 y 24 de Marzo tuvo con él dos conferencias de cinco horas cada una (3). Carlos V, segun hemos visto, extendiendo su prevision á las diversas partes de la monarquía española, había juzgado ya con la firmeza de su espíritu lo ocurrido en Italia, y determinado todas las medidas que reclamaba la seguridad de ambas penínsulas y la defensa de las posesiones españolas de la costa de Africa. El 20 de Febrero, habiéndose separado la Chaulx de él para

---

(1) Carta de Felipe II á Ruy Gomez de Silva, de 11 de Marzo 1557, en *Retiro*, etc., y fol. 102.

(2) Cartas de Gaztelú á Vazquez de 14 y 28 Marzo. *Re-traité*, etc., vol. I, pág. 135 y 136.

(3) *Ibid.*, pág. 136.

tomar la vuelta de Flándes, entrególe Cárlos V cartas, en que decía «que estaba muy contento de hallarse en el monasterio de Yuste, pero que no por eso dejaría de ayudar de obra y de palabra en cuanto pudiese, para que se tomaran providencias eficaces, á fin de que el Rey su hijo estuviese bien proveido y asistido en los grandes negocios que traía entre manos» (1). No consintió, pues, ni en salir del monasterio ni en conservar la corona imperial, como se lo suplicaba Felipe II, ni en ir al reino de Aragon para que reconociesen al nuevo Rey, como lo hubiera deseado la Gobernadora su hija (2). Limitóse á concederles sus preciosos consejos y su eficaz mediacion en aquella difícil coyuntura.

Ruy Gomez no había podido reunir tan pronto y tan completamente como se lo recomendaban, las sumas necesarias para sostener una guerra muy dispendiosa. Del dinero dependían, sobre todo, el número, la disciplina, la fidelidad, y hasta la victoria de los ejércitos. Reclutados generalmente en países militares y mercenarios, tales como Alemania y Suiza, en que habiendo toda clase de creencias había soldados para todas las causas, obedecían los ejércitos con celo, y se batian con valor si estaban bien pagados; pero si los pagos no llegaban á tiempo, se amotinaban, negaban

---

(1) «Pero que no por estar en él, dejaría de ayudar de obra y de palabra, en cuanto pudiese, para que se tomaran providencias eficaces, á fin de que el Rey su hijo estuviese bien proveido y asistido en los grandes negocios que traía entre manos.» (*Retiro, estancia, etc.*, fol. 94 v.º)

(2) Carta de la princesa doña Juana, del 5 de Marzo. *Ibid.*, fol. 96 y 97.

sus servicios en víspera de una batalla, y á veces se pasaban de una bandera á otra. Las tropas que Felipe II había pedido á Hungría y á Alemania debían llegar por el Adriático al reino de Nápoles, por los valles de los Alpes al Milanesado, y por las orillas del Rhin á los Países Bajos, donde se proponía reunir más de 50.000 hombres, á fin de llevar la ventaja por aquella parte. Necesitaba, pues, dinero en el Mediterráneo para su escuadra y las galeras del príncipe Doria; en Italia, Africa y Flándes, para las tropas extranjeras.

En aquel tiempo los medios financieros de los príncipes no correspondían nunca á sus empresas; sin embargo, los reyes de España disponían de recursos que faltaban á los demas. Tenían derecho para tomar dinero del gran depósito que había en Sevilla. En esa ciudad habían concentrado todo el comercio del Nuevo Mundo, y formado bajo el nombre de *Casa de contratacion*, un establecimiento que lo administraba y monopolizaba. Aquella casa de contratacion (1), situada en el antiguo alcázar donde se reunían los cónsules de los mercaderes, y cerca de la cual residían los delegados regioes, era el punto de partida y llegada para todas las mercancías exportadas de España á América, ó importadas de América á España. Allí abordaban anualmente los galeones cargados con el producto de oro y plata de las minas de Méjico y

---

(1) Véase *Norte de la contratacion de las Indias occidentales*, etc., por D. J. Deveita Linage. Ivos., in 4.º, en Sevilla, 1772, y el tit. III, lib. IX, tit. I al XIV, fol. 130 á 205 de la *Recopilacion de las leyes de los reinos de las Indias*, etc., 4 vol. en 4.º Madrid, 1681.

del Perú, ya para el Rey ya para los particulares. Todas las materias metálicas, cualquiera que fuera su destino debían registrarse allí, y no podían ser retiradas sino con autorizacion del Gobierno, que, en las coyunturas difíciles, y para sus necesidades apremiantes, solía tomar los fondos de los particulares, á quienes pagaba el interes y prometía el reembolso. La Casa de Contratacion era, por lo tanto, un gran almacén de dinero, y como un Banco siempre abierto para el Gobierno español, que tenía la facilidad de tomar allí, á préstamo, considerables sumas, sin que necesitase del consentimiento del prestador. Tales empréstitos forzosos que perturbaban las operaciones mercantiles y desordenaban las fortunas privadas, eran rara vez reembolsados. Así es que se empleaban todos los medios para sustraerse á ellos, retirando de los galeones los lingotes de oro ántes que fuesen admitidos en Sevilla, ó haciéndolos salir por una especie de fraude de la Casa de Contratacion, apénas habían sido inscritos. Esto último había sucedido en la presente ocasion.

Segun los registros debía haber en Sevilla más de 5.000.000 en oro, que Felipe II queria aplicar á la guerra que empezaba. Varias veces escribió desde Gante que no tocasen á ellos, pues servirían para hacer un gran esfuerzo que sus súbditos y vasallos tenían obligacion de secundar; pero la mayor parte fué retirada por connivencia de los individuos de la Casa de Contratacion. Cuando Felipe II lo supo se desesperó mucho: «nos hallamos, escribía, en tan gran confusion que verdaderamente os puedo certificar que ningun aviso me pudiera venir, y con mucha razon, que más pena y enojo me diera, y que los que en

esto han concurrido y lo han permitido no sólo se puede decir que me han hecho la guerra á mí, á mis Estados y patrimonio y traídoslos á notorio peligro, como lo están, sino que han puesto en condicion mi honor y reputacion (1).»

Cárlos V se incomodó todavía más que Felipe II. Su descontento no se expresó con quejas amargas y tímidos pesares, sino que estalló en violenta indignacion y terribles amenazas. Dirigió á la princesa doña Juana una carta (2) en que se desbordaban sus sentimientos. «A la verdad, decía, si yo me hubiera encontrado bueno hubiera ido en persona á Sevilla, para indagar de dónde procedía esa fraudulenta distraccion de fondos; hubiera tomado por mi cuenta á todos los de la Contratacion y los habría tratado de manera que se pusiese en claro el negocio. No hubiera seguido las vías ordinarias de la justicia sino para saber la verdad y castigar á los culpables; hubiera embargado sus bienes, los hubiera vendido, y á ellos mismos los hubiera puesto en sitio donde ayunasen y pagasen la falta cometida.

---

(1) «Nos hallamos en tan gran confusion, que verdaderamente os puedo certificar que ningun aviso me pudiese venir, y con mucha razon, que más pena y enojo me diera y que los que en esto han concurrido y lo han permitido, no sólo se puede decir que me han hecho la guerra á mí, á mis Estados y patrimonio é traídoslos en notorio peligro como lo están, pero que han puesto en condicion mi honor y reputacion.» (Carta de Felipe II á la princesa doña Juana, del 13 de Abril de 1557.)

(2) Carta de Cárlos V á doña Juana, del 31 de Marzo de 1557, *Retraite et mort*, vol. I, p. 137-138.

«Digóos ésto con cólera y no sin motivo, porque estando yo en mis trabajos con el agua hasta encima de la boca, los que acá estaban muy á su placer (1), si llegaba una buena suma no me avisaban nunca hasta despues que había salido, y ahora que de 7 á 8.000.000 que han ingresado habían conseguido no retener más que 5, todavía vienen á no quedar de los 5 más que 500.000 ducados. No me quitarán de la cabeza que eso no se ha podido hacer sin dar buena parte á los que han dejado salir el dinero.»

Cárlos V instaba á su hija para que recuperase las sumas sustraídas ó castigase á todos los cómplices de la sustraccion, y añadía: «si eso no se hace, certificado que escribiré al Rey de manera que mostrará su cólera más que hasta aquí. Y si por esto yo soy bueno para ello aunque tenga la muerte entre los dientes holgaré de hacerlo, mas por esto el buen hombre no cobrará su vaca (2), y mi hijo no dejará de hallarse en grandes apuros. Si ese dinero no se encuentra y si no se castiga á los que lo han sustraído, por lo ménos, habré cumplido con lo que debo como padre y satisfecho al amor que tengo para con mi hijo.»

Aquel delicado y embrollado negocio en que la severidad de sus juicios y reconvenciones alcanzó al mismo Vazquez de Molina y á los demas ministros,

---

(1) «Porque estando yo en mis trabajos pasados, con el agua hasta encima de la boca, los que acá estaban muy á su placer, etc.» *Retraite et mort*, etc., vol. p. 138.

(2) «Y si por esto yo soy bueno para ello, aunque tenga la muerte entre los dientes, holgaré de hacerlo, mas por esto el buen hombre no cobrará su vaca.» (*Retraite et mort*, etc., vol. I, p. 138.)

ocupóle y agitóle en muchos meses. Mandó que le diesen cuenta del proceso intentado en Sevilla, que nunca le parecía bastante pronto ni bastante concluyente. Fué causa de que encerrasen en la cárcel á los antiguos delegados de la Casa de Contratacion (1) y de que la princesa nombrase otros nuevos (2).

Hubiera tambien querido que prendiesen á los patrones y pilotos de los buques en que se había cometido el fraude y sólo retrocedió ante el temor de que se le pasasen al servicio del rey de Francia (3).

El Consejo de Indias y el Consejo encargado de la vigilancia del primero en Sevilla, le escribieron para justificarse y apaciguar su indignacion, pero les contestó que inculparia á todo el mundo (4), hasta que se reparase el daño y se castigase á los culpables. Pero la vehemencia de sus reconvenciones y sus obstinados rigores no lograron recuperar el dinero, y sí causar la muerte á uno de los infelices delegados de la Casa de Contratacion, que encerrado en un calabozo de la fortaleza de Simánkas, sucumbió de pena al cabo de pocos dias (5). Sin embargo, la experiencia de lo pasado le sugirió precauciones para el porvenir que cuando los galeones que todos las años venían de las Indias llegaron á la altura de los Azores, escribió á su hija que enviase personas de su confianza

(1) *Retiro, estancia, etc.*, fol. 106 v.º

(2) *Ibid.*, fol. 107 r.º

(3) *Ibid.*, fol. 110 r.º

(4) *Ibid.*, fol. 120 v.º y 124 v.º

(5) *Ibid.*, fol. 125 v.º y 126 r.º

para que ántes que entrasen en Sevilla los visitaran, impidiendo los precedentes fraudes (1).

La intervencion de Carlos V en todos los aprestos de dinero fué muy útil al Rey su hijo, que para suplir las sumas sustraidas apeló á toda clase de expedientes. Se dirigió á los banqueros; señaló un ducado de oro de impuesto á cada saca de lana exportada de España y dos á cada saca de lana importada del extranjero en Flandes; pidió al Duque de Escalona 60.000 quintales de aluminio de sus minas para venderlo. Hizo empréstitos con la grandeza, con los nobles, con los prelados, con las universidades del reino. Ruy Gómez, encargado de negociar esos empréstitos, encontró en el Emperador, á cuyo lado había vuelto el 14 de Mayo (2), un poderoso apoyo. Miéntras que los principales prelados aceptaban sin dificultad las cuotas que les imponían, el arzobispo de Sevilla, Fernando Valdés, que era tambien gran inquisidor de la fe, no quiso dar nada, y nadie podía arrancarle ni un escudo. Cuando el Emperador lo supo, le escribió:

«Reverendísimo padre en Cristo (3) arzobispo de Sevilla, inquisidor general en estos reinos contra la herética pravedad y la apostasia, y de nuestro Consejo.  
«.....He sabido que no sólo no habeis suministrado la suma que os pedían, sino que habeis dado pocas esperanzas de hacerlo. Tal cosa por vuestra parte no me maravilla poco siendo vos mi criatura, mi antiguo servidor, que hace tantos años goza las rentas

(1) *Retiro* etc., fol. 130 v.º y 131 r.º

(2) *Ibid.*, fol. 106.

(3) Carta de Carlos V, del 18 de Mayo. *Ibid.*, fol. 107.

episcopales, y en quien me hubiera gustado ver pruebas de aquella buena voluntad que prometíais poner en las cosas de mi servicio. Por esto he creído que debo rogaros é instaros fuertemente para que en una causa que reconocéis tan justa y en ocasion tan apremiante ayudeis á mi hijo con la suma que en su nombre os han pedido. Sé que queriendo podeis hacerlo, ó por lo ménos dar la mayor parte. Además de que así cumplireis con lo debido y á lo que estais obligado, haréisme en eso, con tal que sea pronto, placer y servicio. Si fuese de otra manera, el Rey no dejaría de mandar ni yo de aconsejarle.»

El tenaz arzobispo no cedió desde luégo.

Preciso fué que el Emperador, con quien se excusó muy humildemente de no pagar la contribucion exigida, le escribiese de nuevo y con más fuerza (1) diciendo á su hijo que si el arzobispo persistía en su negativa, «se emplease para con él otra demostracion tal, sin embargo, como la requería la decencia del negocio (2).» Pero el arzobispo no esperó esa demostracion; decidióse á pagar la tercera parte de lo que le exigían y transigió en 50.000 ducados. El arzobispo de Zaragoza habia dado 20.000, miéntras que los de Córdoba y Toledo se anticipaban á ofrecer 100.000 y 400.000 respectivamente (3). El Emperador, conmovido por la solícita generosidad de esos dos últimos

---

(1) Carta de Carlos V al arzobispo, del 2 de Junio. *Ibid.*, fol. 130 v.º

(2) Carta de Carlos V, del 2 de Junio, á la princesa su hija. *Ibid.*, fol. 113.

(3) *Ibid.*, fol. 105 v.º y 120 v.º

prelados, les dió las gracias (1). Al mismo tiempo que contribuía á reunir dinero, dirigía su remesa á los diversos puntos de la guerra, y particularmente aquellos de que su hijo estaba alejado. Felipe II se lo había pedido con instancia: «deseo, había escrito á Ruy Gomez, que des cuenta al Emperador de los negocios de Italia, suplicándole que vele por ellos, porque estando yo en campaña no podré hacerlo; ruego, pues, á su majestad que tan luégo como llegue el dinero que debéis reunir para ambas partes, que tenga á bien poner mano en ello y hacerme el favor de empujar, animar y autorizar á los encargados de proveer á Italia de dinero, que harto lo necesita, y más aún lo necesitará si la guerra dura, y todavía más si, como parece seguro, aparece en sus costas la escuadra turca (2).»

El Emperador se ocupó, en efecto, con increíble actividad en remesar al duque de Alba y al Rey su hijo el dinero y las tropas de que uno y otro necesitaban. Las galeras de Cataluña llevaron oportunamente un primer socorro de hombres y dinero al duque de Alba, que recibió poco despues 550.000 ducados, y á quien se disponían á mandar 400.000 más, con un cuerpo de infantería castellana (3). De la costa del Océano salieron con breve intervalo de la Coruña y de Laredo dos escuadras cargadas con 1.200.000 ducados y 6.000 hombres de infantería española para los Países-Bajos. Una tercera escuadra se preparaba en Laredo. Ruy Gomez, que fué una vez más á

---

(1) Carta de Cárlos V, del 2 de Junio. *Ibid.*, fol. 114 r.º

(2) Carta de Felipe II á Ruy Gomez, del 11 de Marzo. *Ibid.*, fol. 125 v.º

(3) *Ibid.*, fol. 125 v.º

Yuste hácia mediados de Julio, debía embarcarse en ella con el resto de las sumas y tropas necesarias á Felipe II.

Gracias á las recomendaciones del Emperador, esos socorros de hombres y dinero llegaron á Italia y á los Países-Bajos con bastante prontitud y oportunidad para contribuir á las decisivas victorias que obtuvieron el duque de Alba contra las fuerzas combinadas del de Guisa y de los Caraffa y el duque Filiberto Manuel contra el condestable de Montmorency y el almirante de Coligny. El duque de Alba, despues de tomar las medidas más oportunas para proteger el reino, cuya defensa le estaba encomendada, se dirigió hácia la frontera de los Abruzzos con un ejército más fuerte que el invasor. A su aproximacion, el duque de Guisa, á quien Civitella había detenido veinte dias, levantó el sitio de esa plaza, á la que había hecho una enorme brecha y dado inútilmente varios asaltos; y queriendo reparar aquel primer fracaso con un golpe de efecto, presentó batalla á su adversario á fin de abrirse de otro modo el camino de Nápoles. Pero el prudente español, colocado en una posicion inexpugnable, se guardó muy bien de exponer á la incierta suerte de las armas la salvacion asegurada ya del reino. Esperó, pues, con paciencia á que el duque de Guisa, no pudiendo tomar una plaza ni adelantar un paso en el país que debía conquistar, se retirase todo trémulo al territorio de la Iglesia. La conquista de Nápoles quedaba frustrada. Tampoco era mejor la situacion de los franceses y de los pontificios en el resto de Italia, donde Felipe II, despues de asegurarse á Octavio Farnesio devolviéndole la ciudad de Plasencia, ganó por completo al gran duque de Florencia, cediéndole



la ciudad de Siena y donde el duque de Alba se apercibía á reaparecer como vencedor. Pero en el mismo momento un mayor desastre abatió á los confederados en la frontera de los Países Bajos.

Felipe II había tenido un éxito completo en su viaje á Inglaterra. La reina María, en quien el amor á su marido superaba á la obediencia del Papa, había declarado el 7 de Junio, á pesar de las amenazas de Paulo IV, la guerra á Enrique II. Había formado un cuerpo auxiliar de 8.000 ingleses que debía reunirse con el gran ejército español, fuerte ya de 35.000 hombres de á pié y 12.000 caballos. Bien pagado y conducido ese ejército, compuesto principalmente de alemanes y españoles, se puso en movimiento en el mes de Junio á las órdenes de Filiberto Manuel de Saboya. Primero pareció amenazar la Champagne y llevó hácia Rocroi al ejército frances, que era la mitad menor en número. Arrojándose luégo de repente hácia la derecha, avanzó por la frontera mal defendida de Picardía y puso sitio á la importante pero desguarnecida plaza de San Quintin, tomando desde luégo casi sin obstáculo el arrabal de L'Isle, donde se alojó.

El almirante de Coligny, gobernador de aquella provincia, que cubre á Paris por la parte del Norte, conoció que la toma de San Quintin abriría paso á los españoles hasta el corazon del reino. Concertóse con su tio el condestable de Monmorency, que en aquel peligro público se había puesto á la cabeza del ejército frances, tomó algunas compañías de hombres de armas y gente de á pié, y pasando por La Fede y Han, penetró el 2 de Agosto, á traves de muchas dificultades y peligros y no con toda su gente, en la plaza sitiada hácia cuatro dias. Levantó allí los ánimos y for-

taleció la defensa con su actividad y energía. Sin embargo, la plaza no podía sostenerse mucho tiempo si no era socorrida. El condestable, que se había situado cerca ocupando La Fede y Han con sus tropas, hizo todo lo posible para enviar los indispensables socorros á San Quintin. Habiendo fracasado una primera tentativa dirigida por Audelot, hermano de Coligny, el condestable hizo la segunda más extensa y mejor combinada. El 8 de Agosto fué en persona á reconocer un pantano que cubría la ciudad por el SE. y que era preciso atravesar mitad por angostas veredas y mitad por barcos para ir á San Quintin.

De vuelta á La Fede preparó la noche del 9, y muy secretamente, su expedicion. El 10 de Agosto muy de mañana se puso en marcha con 900 hombres de armas, 500 ó 600 caballos ligeros, 15 compañías de infantería francesa, 22 de infantería alemana y seis piezas de artillería gruesa, cuatro culebrinas y cuatro cañoncitos. Entre ocho y nueve de la mañana llegó al arrabal de L'Isle. Por un ataque súbito é impetuoso desalojó á las avanzadas del enemigo, y sus cañones causaron mucho desórden en el campamento del duque de Saboya, puesto por aquella parte. La tienda del general español fué derribada, y Filiberto Manuel, apénas cubierto con su coraza, se retiró precipitadamente al campo del conde de Egmont, situado algo más léjos, hácia la otra parte. Miéntas se verificaba aquel rápido ataque, el socorro cuya introduccion en la ciudad sitiada debía facilitar, había entrado sin obstáculo en el pantano. Pero una vez allí, muchos soldados se perdieron en las sinuosas veredas que no conocian, y otros, llegando á los barcos que Coligny tenía preparados para transportarlos á través de aque-

llas aguas profundas y fangosas, se precipitaron en ellos en excesivo número y fueron causa de que algunos se hundieran en el lodo. Sólo llegaron á San Quintín 500 hombres, conducidos por el intrépido Audebot; los demas se ahogaron en el pantano ó fueron muertos más tarde por los españoles.

Pero aquel imperfecto socorro costó muy caro: la atrevida maniobra ejecutada por el condestable á fin de abrir paso á la plaza era extraordinariamente peligrosa, pues luégo tenía que hacer su retirada á presencia de un ejército provocado al combate, muy superior en número. El condestable probó fortuna, sin embargo. A espaldas del camino que había recorrido desde La Fede á San Quintín, y por donde debía retornar desde San Quintín á La Fede, encontrábase un paso que facilitaba al enemigo el ataque de flanco. A ese sitio mandó tropas, que desgraciadamente eran poco numerosas para defenderlo. Por allí, en efecto, desembocaron el duque Filiberto Manuel y el conde de Egmont, á la cabeza de una masa enorme de 9.000 caballos. Sorprendido en su movimiento de retirada y en su marcha de flanco, el pequeño ejército frances se desordenó muy pronto y fué fácilmente deshecho y enteramente derrotado. En aquella funesta jornada, que empezó por una temeridad y acabó por una derrota, perdió sus jefes, quedando casi todos muertos ó prisioneros; perdió sus banderas y cañones y comprometió la seguridad de Francia. El condestable, gravemente herido, cayó en manos del enemigo con uno de sus hijos y con el mariscal de Saint-André, el duque de Montpensier, el duque de Longueville, el príncipe Ludovico de Mantua, el conde de la Rochefoucault y multitud de valientes señores y caballeros,

quedando en el campo el duque de Enghien, el vizconde de Turena y muchos más. En la general confusion y profundo desánimo que causó aquel desastre, el duque de Nevers trató de poner en estado de defensa aquella frontera abierta ya, y desde donde parecía que el Rey de España, tan completamente victorioso, hubiese de ir sin obstáculos á Paris y dictar la paz al abatido Rey de Francia.

Hacia tres semanas que Felipe II había vuelto de Inglaterra al continente. Aún no se había mostrado en el campamento, cerca del cual estaba, cuando recibió la noticia de la victoria de San Quintín y sintió una secreta humillacion por no haber asistido á ella, inquietándose mucho por la opinion que su padre el Emperador formaría de él. Así, transmitiéndole al siguiente dia, 11 de Agosto, la relacion de aquella batalla, escribióle, no sin alguna confusion: «V. M. sabrá los pormenores por el parte que acompaña á mi carta, y pues yo no me hallé allí, de que me pesa lo que V. M. puede pensar, no puedo dar relacion de lo que pasó sino de oído (1).» Añadía, que tomando á San Quintín, como esperaba muy pronto, juzgase el Emperador las cosas importantes que se emprenderían en Francia si no faltaba dinero. «Estando el negocio en tales términos, suplico á V. M. humildísimamente que tenga á bien hacer de modo que yo sea socorrido con dinero, á fin de mantener á estas tropas

---

(1) «Y pues yo no me hallé allí, de que me pesa lo que V. M. puede pensar, no puedo dar relacion de lo que pasó sino de oído.» (Carta de Felipe II á Carlos V, en los archivos del hotel Soubise, *Papeles de Simánca*s, serie B, leg. 9, números 10,2.)

sobre las armas. Si así fuese, creo que todo iría bien, por lo cual renuevo mis súplicas á V. M. para que me ayude á sacar partido de tan favorable coyuntura. Que Nuestro Señor guarde la imperial persona de V. M. como yo deseo. El muy humilde hijo de vuestra majestad (1).

EL REY.»

Con viva satisfaccion habia sabido Cárlos V la afortunada resistencia del duque de Alba en el reino de Nápoles; pero la victoria de San Quintin le colmó de alegría. El 6 de Setiembre escribía á su hijo: «Por las relaciones que me habeis enviado he sabido lo que hay de nuevo en todas partes, y por último la derrota de los franceses y la prision del condestable y de los demas, y por ella he sentido el contento que podeis suponer, y doy gracias á Nuestro Señor por haber visto el buen comienzo que tienen los negocios del Rey, y tengo confianza de que él los continuará del mismo modo. Para esto conviene, como comprendereis, y él mismo escribe, que se le mande más dinero del que llevaba Ruy Gomez, y que se saque ese dinero de la flota de Indias llegada á las Azores ó de otra parte; pero sobre todo importa que sea con gran prontitud, sin perder ni un minuto (2).»

El contento del Emperador tuvo, sin embargo, su parte de pesar. Si el político celebraba la victoria ganada, el padre sentía que su hijo no hubiese tomado parte en ella. El 4 de Setiembre Quijada escribió

(1) *Papeles de Simáncas. Ibid.*

(2) Carta de Cárlos V á la princesa doña Juana. *Retiro, estancia*, etc., fol. 132, v.º 133 r.º

á Vazquez : «Podeis asegurar á SS. MM. ( las reinas ) y AA. ( la princesa y el príncipe ) que el Emperador ha sentido por esas noticias una de las mayores satisfacciones que tuvo jamás. Por ello ha dado gracias á Dios y hoy ha oido una misa muy solemne ; se ha confesado y distribuido abundantes limosnas... , mas, para decir verdad á vuestra merced , siento de él que no se puede consolar de que su hijo no se hallase en ello, y tiene razon. ¡Mal hayan los ingleses que le hicieron tardar! (1).» Los españoles echaban la culpa á los ingleses de la ausencia de su jóven Rey, en vez de atribuirlo á su poca inclinacion por la guerra.

Sin embargo, Felipe II conoció la necesidad de mostrarse á su ejército y asistir por lo ménos á la toma de San Quintin; el 13 de Agosto fué al campamento (2) y el sitio se apretó vigorosamente. Catorce dias despues, teniendo abiertas once brechas á pesar de la tenaz resistencia de Coligny, cayó la plaza en manos de los españoles (3). Cárlos V, sabiendo que Felipe II estaba al frente de un poderoso ejército y habiéndole mandado á Flándes el dinero necesario

---

(1) «... Para decir verdad á V., S. M. muy alegre está y muy contento, mas siente del que no se puede consolar de que su hijo no se hallase en ello, y tiene razon. ¡Mal hayan los ingleses que le hicieron tardar!» (*Retraite et mort.*, vol. I, p. 370.)

(2) *Relacion del sitio y asalto de San Quintin*, p. 496 y 497 del t. IX de la *Coleccion de documentos inéditos*, publicada en Madrid en 1846, in. 8.º

(3) *Le siège de Saint-Quentin* por Coligny, p. 462 á 467 en el t. XXXII de la coleccion Petitot, y los comentarios de Francisco de Rabutin. *Ibid.*, p. 90 á 96.

para mantenerlo algun tiempo en campaña, pues á punto estaba de salir una nueva remesa de 900.000 ducados miéntras se reunía en España una reserva de 700.000 para necesidades extraordinarias (1), creyó que su hijo no daría punto de reposo á Enrique II, desarmado á la sazón, y que le atacaría en el centro del reino de Francia. Como él no hubiera dejado de hacerlo, esperó que su hijo lo haría igualmente. «Su majestad, escribía Quijada á Vazquez, tiene gran deseo de saber qué partido toma el Rey su hijo despues de la victoria, y está impacientísimo formando cuentas de que ya debería estar sobre Paris» (2). Lo que imaginaba el atrevido capitan y gran político desde el fondo de su convento era aconsejado á Felipe II por el estado de debilidad y espanto de sus enemigos. «Los españoles, dice uno de los hombres de guerra que se libraron en el desastre de San Quintin, podían consumir el total exterminio de las fuerzas de Francia y quitarnos todo recurso y toda esperanza de reparacion (3)... Mas parece que el Supremo dominador Dios de las victorias los paró allí de repente» (4). Sólo la extremada prudencia de Felipe II detuvo al ejército español, que, adelantando paso á paso por territorio frances, sitió y tomó á Catalet y Han,

---

(1) *Retiro, estancia*, fol. 149.

(2) «S. M. tenía gran deseo de saber qué partido tomaba el Rey su hijo despues de la victoria, y que estaba impacientísimo formando cuentas de que ya debería estar sobre Paris.» (Carta de Quijada del 19 de Set. *Ibid.*, fol. 137.)

(3) *Los Comentarios* de Francisco de Rabutin, t. XXXII de la coleccion Petitot, p. 60-61.

(4) *Ibid.*, p. 69.

entró en Hoyont y Chaunit sin atreverse á pasar adelante. Sin duda el resultado de aquella torpe circunspeccion hizo decir dos años despues al embajador Michele Soriano en el Senado de Venecia: «Si hubiera querido imitar al Emperador su padre ó al Rey Católico su bisabuelo con la grandeza de su poder y la extraordinaria prosperidad de su fortuna, se habría hecho formidable en el mundo» (1).

Hacia entónces un año que Cárlos V estaba de vuelta en España y ocho meses que vivía en el monasterio de Yuste. Durante todo aquel verano y prescindiendo de la enfermedad de que ni el reposo, ni el clima, ni el arte podían triunfar, fué su salud harto mejor que había sido en mucho tiempo. Tomaba con perseverancia sus píldoras y su vino purgante de sen, más por costumbre que como remedio (2). No era más sobrio en Jarandilla, y continuaba recibiendo en el monasterio golosinas y regalos que le mandaban de Valladolid, de Lisboa y hasta de Flándes, de donde su hijo le mandó formar una caja repleta, remitiéndole al propio tiempo las credenciales de las pensiones que quería asegurar despues de su muerte á sus fieles servidores (3). La elevada y vivificante temperatura del país en aquella estacion le permitió dedicarse alguna vez á caza. «S. M., escribía Gaztelú el 5

---

(1) «Et se havesse voluto imitar l'Imperatore o il re catolico vecchio, sarebbe, con la grandezza della potenza et della prosperità della fortuna che ha, formidabile al mondo.» *Relatione di M. Michele Soriano*, ann. 1559; Bib., Nac., ms., fondu de S. Saint-Germain-des-Près, n.º 785.)

(2) *Retiro, estancia*, fol. 113 r.º

(3) *Ibid.*, fol. 126 v.º

de Junio, ha pedido un arcabuz y ha tirado á dos piciones sin necesitar ayuda para levantarse de su silla ni para sostener el arcabuz (1). Tambien tuvo el capricho de comer tres dias despues en el refectorio del convento. Hizo que le sirvieran mesa separada y por frailes que le llevaban los manjares de su cocina, y Van-Male trinchaba delante de él; pero acabó pronto aquella comida sin tocar á varios platos. A fin de no disgustar á los frailes, sorprendidos por su repentina partida, díjoles con afabilidad que guardasen para él los manjares que quedaban intactos, y les anunció al propio tiempo que no sería la última vez» (2). No sucedió, sin embargo, que se sentase de nuevo á las mesas del refectorio.

El monasterio de Yuste, ántes tan desanimado y solitario, habíase convertido en centro de movimiento y actividad. Quijada, ántes de partir á Villagarcía, quejábase de tener que hospedar á todos los visitantes de Yuste y ser comisionado de todos los pretendientes de España (3). Llegaban y salían sin cesar correos. El Emperador recibía aceleradamente todas las noticias y se tomaban sus órdenes ó consejos para casi todas las cosas que se habían de preparar ó resolver. Hacíanle juez de los litigios y le pedían mercedes. El almirante de Aragon, D. Sancho de Cardona, iba á exponerle sus quejas contra el maestre de

---

(1) Carta de Gaztelú del 5 de Junio, *Retraite et mort*, etc., vol. I, p. 154.

(2) *Retiro, estancia*, fol. 114 v.º y manuscrito hieronymita, c. XXV, p. 31 del vol. II de *Retraite et mort*, etc.

(3) Carta de Quijada á Vazquez, del 14 Marzo 1557. *Retraite et mort*, etc., vol. I, p. 129.

la órden militar y religiosa de Montesa, con quien estaba reñido (1). El presidente del Consejo de Castilla, Juan de Vega, que le debía ese elevado cargo despues de haber sido su virey en Sicilia, fué á besarle la mano y permaneci6 hora y media en conferencia con él (2). A su regreso á Valladolid envi6 los edictos necesarios para que hubiese mercado y jurisdiccion en Quacos, á fin de facilitar el servicio y abastecimiento del Emperador y su casa (3).

Cárlos V recibió en el monasterio la visita de dos de sus historiadores, el doctor Sepúlveda y el valeroso D. Luis de Avila. Sepúlveda fué á verle en la primavera de 1557 (4). Trabajaba á la saz6n en aquella elegante historia latina que Cárlos V, desde el fondo de su claustro, mand6 más tarde recoger cuidadosamente con los trabajos hist6ricos de Florian de Ocampo, para hacerlos imprimir cuando esos dos cronistas de edad avanzada muriesen (5). El Emperador gustaba mucho de la historia y atendió escrupulosamente á su ver-

---

(1) *Retiro, estancia, etc.*, fol. 127 r.º

(2) *Ibid.*

(3) *Ibid.*, fol. 138, y *Retraite et mort.* Carta de Gaztelú á Vazquez de 27 Set., vol. I, p. 178.

(4) Carta de Sepúlveda á Van-Male. Jun. de 1557. Véase Sepúlveda, tít. III, lib. VII, epíst. 9, pág. 351 á 355.

(5) «Pues la princesa escribi6 al cabildo de la iglesia de Zamora sobre lo de la cr6nica que Florian de Campo tiene escrita; ser4 bien que, assi en lo que toca á esto, como en lo que hace el cronista Sepúlveda, se dé órden que, en caso que muriesen antes de imprimirlas por ser ambos tan viejos, se ponga recaudo en ellas de manera que no se pierdan y salgan á luz.» (Cartas de Cárlos V á Vazquez, del 9 de Junio 1558, *Retraite et mort, etc.*, vol. I, pág. 310.)

dad. No podía sufrir la mentira; ya fuese lisonja ó mentira, había llamado al luterano Sleydan y al obispo Pablo Jove, cuyas plumas guiaba la pasión ó la codicia, sus dos embusteros. Un día suplicóle Sepúlveda que le informase él mismo de los actos importantes de su vida, y propuso someterle lo que había sabido por boca de las personas más autorizadas, pidiendo que lo confirmase con su silencio ó lo rectificase con pocas palabras.

«No me es grato, repuso Cárlos V, ni leer ni escuchar lo que escriben de mí. Que lo lean los demás después de mi muerte; pero si quereis saber algo de mí, preguntadme y os responderé sin trabajo.» Sepúlveda le interrogó entónces acerca de un hecho que realzaba singularmente su grandeza de ánimo, y que le había sido referido por una de las personas más ilustradas de la corte, y que parecía en las mejores condiciones para saberlo. Cárlos V le dijo que no recordaba de tal cosa. Sepúlveda había compuesto sobre aquel asunto un hermoso relato. Todo desconcertado, pidió permiso al Emperador para comprobar el hecho con Cobos y Granvela. «No lo hagais, repuso Cárlos V, temiendo sin duda que Cobos y Granvela no se atreviesen á contradecir una falsedad que resultaba en su alabanza. El hecho carece enteramente de verdad; es una pura invención» (1). Para restablecer la exactitud histórica, desfigurada, escribió sus propias Memorias, cuya pérdida no lamentaremos nunca bastante. Mostrándoselas al P. Francisco de Borja en una de las visitas de éste á Yuste, le pregun-

---

(1) Sepúlveda, tít. I, lib. XXX, cap. XXXI y XXXII, página 533 y 534.

tó, por un excesivo escrúpulo, si acusarian de vanidad al que refería sus propias acciones. «He narrado, dice, todas mis empresas con las causas y motivos que me decidieron á acometerlas; ni la ambicion de gloria ni el orgullo me han guiado, sino la necesidad de dar á conocer la verdad que los historiadores de nuestros tiempos alteran por ignorancia, por cariño ó por odio» (1).

Tambien mostró el mismo deseo de verdad al comendador de Alcántara, que volvió á visitarle en el monasterio en el verano de 1557. Don Luis de Avila era muy agradable al Emperador, el cual solía guardarle manjares de su mesa. Había sido su embajador cerca de los Papas Pablo III y Pío IV para los negocios del Concilio, su sumiller de Corps, camarada de sus guerras, historiador de sus victorias en 1546 y 1547. Político, guerrero, escritor, cortesano, despues de haber negociado hábilmente en Italia, combatido valerosamente en Africa, Provenza y Alemania, donde mandaba la caballería imperial, y referido con caluroso entusiasmo la gloria del amo, cuya persona había servido con abnegacion, retiróse á Extremadura. Debía á Cárlos el ser gran comendador de Alcántara, y gracias á él habíase casado con la rica heredera de los Mirabel, cuyo marquesado poseía y cuya suntuosa casa habitaba en Plasencia. Allí, en dulce reposo, gozaba el placer de las artes y se entregaba al cultivo de las letras. Su admiracion y agradecimiento al Emperador se notaba en su palacio de

---

(1) Rivadeneyra, *Vida del P. Francisco de Borja*, lib. II, cap. XVIII, pág. 386. Sandoval, *Vida del Emperador Cárlos V en Yuste*, § 15, pág. 833.

noble y elegante arquitectura, y cuyo patio interior, adornado de una fuente de estilo morisco, estaba rodeado de dos pisos de galería con columnas de órden dórico y jónico. En el fronton de la ventana principal estaba inscrita esta divisa cristiana y filosófica: *Todo pasa*. (1). En un terrado formando jardín tenía inscripciones romanas y bustos antiguos. Entre los de Augusto y Antonino Pío colocó D. Luis de Avila un magnífico busto en mármol de Cárlos V, esculpido por el maestro Leone Leoni, ó por su hijo Pompeyo Leoni, y al pié una placa de bronce con esta inscripción en estilo español y lengua italiana:

CAROLO QUINTO. ET É ASSAI QUESTO.

PERCHÉ SI SA PER TUTTO IL MONDO IL RESTO (2).

Don Luis de Avila adornó su palacio con cuadros que representaban los sucesos más gloriosos de la vida de su héroe. Hizo pintar al fresco algunas de sus victorias. Habiendo dicho al Emperador que entre esas pinturas se encontraba el último combate que tuvo con el Rey de Francia en Rusty, preguntóle cómo estaba ordenado el cuadro. Al saber que los franceses aparecían expulsados de sus posiciones y en plena derrota, desaprobó la lisonja de tan gran triunfo y dijo: «D. Luis, haced que el pintor modere esa accion y la represente como una honrosa retirada y

---

(1) D. Antonio Pons, *Viaje de España*, t. VII, carta V, § 75, p. 117, 118.

(2) *Ibid.*, § 83, p. 122.

no como una huida, porque verdaderamente no fué tal» (1).

El Emperador se veía solicitado tambien por viudas de militares que habían hecho las campañas de Africa, Italia, Flándes y Alemania. Imploraban de su generosidad unas socorros, otras pensiones, muchas cartas de recomendacion para el Rey su hijo ó la princesa su hija, y nunca las despedía sin contentarlas (2). Pero ocupábanle sobre todo los negocios importantes de la monarquía. Ya hemos visto que había tratado con actividad los relativos á los sucesos militares de Italia y Flándes; su intencion fué tan pública y enérgica, que le creyeron dispuesto á salir del monasterio para marchar en socorro de su hijo, y pasar por los Pirineos á Francia á la cabeza de las tropas españolas. Ese rumor, divulgado por la princesa su hija en Extremadura (3), procedía del convenio próximo á concluirse con el Rey de Navarra, y al que debía seguir una expedicion contra Francia. Eскурra, despues de haber solicitado de Cárlos V en Búrgos y Jarandilla la cesion de la Lombardía española á Antonio de Borbon, que se comprometía á ser aliado activo y perpetuo de España, renovó las mismas negociaciones en Yuste. Felipe II, á quien la guerra y la distancia impedían concluir y terminar él mismo negocio tan grave, escribió al Emperador su padre transmitiéndoselo: «Que S. M. mande y provea en ese particular segun tenga por conveniente, sin que nece-

---

(1) Vera, *Epítome de Cárlos V*, p. 252.

(2) Carta de Gaztelú del 10 de Julio. *Retiro, estancia*, etc., fol. 124 v.º

(3) *Retraite et mort*, etc., vol. II, p. 226, 227.

site recurrir á mí» (1). En la peligrosa situacion en que por la primavera de 1557 le pusieron los combinados ataques de Enrique II y Pablo IV, conveniale adquirir un aliado que podía ser tan útil como Antonio de Borbon, franqueando los pasos de los Pirineos y ayudándole á tomar á Bayona y Burdeos. Consentía, pues, no sólo en la cesion del ducado de Milan á cambio de Navarra, sino tambien en dárselo ántes que entregase sus hijos y sus plazas fuertes como rehenes y garantías de su fidelidad. Felipe II sometió, sin embargo, ese arreglo á la confirmacion del Emperador, y recomendó á su favorito Ruy Gomez y á su virrey de Navarra el duque de Alburquerque, «que siquiesen en todo lo que S. M. aprobase y mandase» (2).

Cárlos V, á quien se presentaron en Yuste Ruy Gomez y Ecurra, dos veces, en Abril y Julio, no fué de parecer que Felipe II se desprendiese de Milan, ántes de que Antonio de Borbon recibiera guarniciones españolas en sus plazas de Francia. Con su experimentada desconfianza juzgaba que sin esa prenda se corria riesgo de perder el Milanesado, si el duque de Vendôme iba de mala fe, y si no iba, se abandonaban sus Estados á la invasion francesa. «En este último caso, decía, el Rey de Francia ocupará el país de Vendôme, á quien abandonarán al propio tiempo los más de sus amigos y de los personajes con quienes cuenta,

---

(1) Carta de Felipe II al duque de Alburquerque del 3 de Febrero de 1557. *Ibid.*, p. 160, nota II.

(2) Instruccion de Felipe II del 13 de Abril de 1557. *Re-traité et mort*, vol. II, p. 161-162, nota V.

cosa que se ha visto y se ve todos los dias. Quedará privado de sus fuerzas, se perderá, y no podrá conservar el ducado de Milan sin el apoyo de mi hijo. Preciso, por lo tanto, que tenga confianza en mi hijo, y si quiere, para mayor satisfaccion, que yo me obligue á ese respecto lo haré (1).»

En las conferencias que se verificaron en Yuste en el mes de Julio, á las que vino con Ruy Gomez y Escurra un secretario de Antonio de Borbon, llamado Bourdeau, provisto de sus instrucciones y sus poderes, Cárlos V redactó en once artículos (2) un convenio que regulaba las condiciones de la alianza entre los dos confederados, y fijaba la parte que cada uno debía tomar en la guerra contra Francia. Antonio de Borbon y su esposa Juana de Albret renunciaban á todos los derechos sobre los reinos de Aragon, Navarra y el condado de Vizcaya, y recibían á cambio el ducado de Milan; pero bajo la expresa condicion de que no se pondría este dominio en poder de Antonio hasta tres meses despues de haber pasado el ejército español los Pirineos. Con el fin de estrechar este acuerdo se concertaron las bodas del hijo mayor del duque de Vendôme, que fué despues el grande y glorioso Enrique IV, con una hija de Felipe II, del rey de Romanos ó del de Bohemia.

Se había convenido, además, en que Antonio de Borbon uniera sus fuerzas al ejército español desti-

---

(1) Carta de Cárlos V á la princesa doña Juana, del 29 de Abril de 1557. *Retraite et mort*, etc., vol. XI, p. 175-176.

(2) *Ibid.*, vol. XI, p. 244-245, donde estos artículos se encuentran en la nota I.



nado á invadir el Mediodía de Francia. Carlos V prometía mandar personalmente esa expedición, no impidiéndoselo la falta de salud, y llevando de lugarteniente al duque de Vendôme, que le reemplazaría en su ausencia. La eventual esperanza que había concebido y hecho concebir á los demas sobre este punto, autorizaba la creencia de que abandonando muy luego el claustro, reaparecería al frente de las tropas castellanas. Esta noticia fué acogida con júbilo. Méenos de un mes despues, D. Luis de Ávila, que había venido á visitar al Emperador, escribía á Vazquez, desde Plasencia, á 13 de Agosto: « Yo muy sosegado dejé á Fr. Cárlos y muy confiado en sus fuerzas. Cree que le bastarán para salir del convento. Es fácil que desde que regrese todo haya cambiado, áun cuando estoy dispuesto á creerlo y esperarlo todo del amor que profesa á su hijo, de su energía y de sus antiguas costumbres, porque ha vivido de la guerra, como la salamandra en el fuego.

» La carta de la princesa, dirigida á esta ciudad, en la que anuncia que S. M. se propone abandonar á Yuste y entrar por Navarra, ha puesto sobre aviso á todo el mundo. En honor de la verdad, creo que no quedará hombre que no le siga. Quiera el Señor que si esta *bravata*, como dicen los italianos, ha de ejecutarse, sea lo más pronto posible, porque no está en nuestras manos dilatar las estaciones, y en Navarra no pasa el invierno tan pronto como en Extremadura (1).»

(1) « Yo muy sosegado dejé á Fr. Cárlos. » (Carta de D. Luis de Ávila, escrita el 13 de Agosto en Plasencia, á Vazquez. *Retraite et mort*, etc., vol. XI, p. 226, y *Retiro, estancia*, etc., fol. 127 v.º)

En realidad, el Emperador, ni podía hacer esta expedición, ni pensó en hacerla. Al volver Quijada de Villagarcía á Yuste en los últimos dias de Agosto escribió á Vazquez diciéndole que había encontrado á Carlos V más vigoroso que lo dejó, pero de peor color. Despues añadía: «En cuanto á los rumores que circulan sobre la salida del Emperador, que el pueblo cuenta en las plazas, nada he sabido de nuevo; he creído ver en él señales de gran calma y quietud. Es posible que se haya dicho algo en contrario por venir que se dijese; pero nada más. Toda otra cosa sería imposible (1).»

Por otra parte, el proyecto de tratado que redactó Carlos V en Yuste no había sido aceptado por Antonio de Borbon. Ruy Gomez lo presentó al Consejo de Estado de España cuando regresó á Valladolid, obteniendo su plena aprobacion; Bourdeau lo llevó á Nerac y su amo lo recibió sin adherirse á él, aplazando toda respuesta, con lo que no logró engañar al Emperador, que lo suponía desde mucho tiempo antes en tratos con el Rey de Francia para obrar de acuerdo en esta negociacion. En el fondo no le pesó. La posicion de Felipe II había cambiado por la victoria que el duque el Alba alcanzara en Italia y por la que el duque Filiberto Emmanuel había ganado en San Quintín. Esto le hacía pensar que era muy caro comprar mediante el Milanesado la renuncia de Antonio de Borbon á un reino que no poseía y su auxilio militar ya mucho ménos necesario. Entónces escribió á su hijo: «Habiendo mejorado mucho nuestros asuntos por la bondad de Dios y no estando ni

---

(1) *Retiro*, etc., vol. I, p. 167.

» vos ni yo obligados á cumplir un pacto que no llegó  
» á firmarse en tiempo oportuno, debemos conside-  
» rarnos completamente libres y es necesario para  
» nuestra justificacion que lo signifiquemos así (1).»  
Y con efecto, lo hizo entender de esa manera al Rey  
de Navarra, por medio del duque de Alburquerque,  
á quien escribió en estos términos: «No habiéndolo  
» aceptado M. de Vendôme las ofertas que le llevó el  
» secretario (Bourdeau) llegado á ésta con Ecurra,  
» mi hijo y yo nos consideramos libres de toda oferta  
» y yo de lo que había prometido (2).»

Las negociaciones no dieron fin con esto. Algun  
tiempo despues D. Gabriel de la Cueva, hijo del du-  
que de Alburquerque, con quien se había entendido  
directamente Antonio de Borbon, se dirigió á Valla-  
dolid llevando nuevas proposiciones de este príncipe;  
el Gobierno español le ordenó que las sometiera al  
Emperador. Antonio de Borbon no reclamaba el Mi-  
lanesado, sino que se le restituyera el reino de Na-  
varra, y en vez de una invasion de la Gascuña y la  
Guyena proponía una expedicion por mar contra la  
Rochela. La reivindicacion de Navarra, otras veces  
negada ya, no era aceptable, y la expedicion contra  
la Rochela ofrecía más inconvenientes que ventajas.  
En estos motivos fundó Cárlos V su negativa á am-  
bas proposiciones (3). No quiso, sin embargo, romper

---

(1) Carta de Cárlos V á Felipe II del 22 de Setiembre  
de 1557. (*Retraite et mort*, etc., vol. II, p. 244 á 246.)

(2) Idem de id. al duque de Alburquerque del 24 de Oc-  
tubre de 1557. *Ibid.*, vol. II, p. 260.

(3) Carta del Emperador á la princesa doña Juana del  
25 de Enero de 1558. *Ibid.*, vol. I, p. 247, 248.

con Vendôme por miedo de traer la guerra á la frontera NO. de España; y apelando á un medio hábil dijo: «No hay que hacer ahora más que prolongar » las negociaciones sin conceder nada (1).»

Al mismo tiempo que retrasaba el momento en que habían de estallar las hostilidades por la parte de Navarra, insistía cerca de la córte de Lisboa para arrancarle la infanta doña Maria. El rey Juan III, que había prometido dejarla partir, murió repentinamente el 11 de Junio. Su muerte fué causa de que se suspendiera el viaje de la infanta, y estuvo á punto de producir un conflicto de autoridad entre su viuda la reina Catalina y su nuera la princesa doña Juana, aquélla abuela y ésta madre del rey D. Sebastian, que entónces no había cumplido la edad de tres años. Juan III había dejado la tutela de su nieto y la administracion del Estado (2) á Catalina, la más jóven de las cuatro hermanas de Cárlos V; pero doña Juana pretendía como madre del rey menor ejercer aquellos cargos. Para reivindicarlos en su nombre envió de Valladolid á Lisboa á D. Fadrique Enriquez de Guzman, que á su paso por Yuste fué á recibir órdenes del Emperador.

Cárlos V había hecho celebrar en el monasterio solemnes exequias por el eterno descanso de su hermano político Juan III (3); recibió en audiencia el 3

---

(1) *Retiro, estancia, etc.*, fol. 156 y 159 v.º

(2) Véase el testamento de Juan III y la sancion que recibió en Andrade, *Chron. del rey D. Joao*, vol. III, part. IV, cap. CXXVIII, y Barbosa, *Memorias del rey D. Sebastián*, vol. I, part. I, lib. I, cap. III, p. 31 á 42.

(3) *Retiro, estancia, etc.*, fol. 119.

de Julio á D. Fadrique Enriquez, á la vez que al embajador ordinario de España en Portugal, D. Juan de Mendoza de Ribera (1). Les dijo á uno y otro que debían apresurar el viaje de la infanta. Ordenó á D. Fadrique prescindiera de las instrucciones escritas que llevaba de su hija, y le dió en cambio otras más nobles y justas. Con fecha del 5 de Julio lo participó en estos términos á la princesa doña Juana: «Hija mia: » He visto la instruccion que habeis enviado á D. Fadrique Enriquez sobre lo que debe hacer en Portugal. No me ha parecido que debe en modo alguno tratar en nuestro nombre, ni con la reina mi hermana, ni con ninguna de las otras personas para quienes le habeis dado cartas, del gobierno del reino durante la minoría de vuestro hijo; creyéndolo así le he prohibido hacerlo, porque tal conducta podía en estos momentos ocasionar dificultades y no conviene seguirla. La instruccion que le doy, de la cual os envío copia, prescribe la manera cómo debe portarse. De lo demas ya tendrá tiempo. Es oportuno que en casos tales y entre hermanos se obre con gran circunspeccion, y con mayor motivo cuando, como ahora sucede, debeis mostrarla tratándose de una reina de que sois hija política (2).»

Don Fadrique Enriquez recibió las instrucciones escritas que el Emperador le dió, y partió de Yuste con las cartas de pésame para toda la familia real de Portugal. Fué á Lisboa á ejecutar las órdenes, no de doña Juana, sino de Cárlos V, que se dirigía á su hermana Catalina con el afecto de un hermano, á la

(1) *Retiro*, etc., fol. 121 r.º

(2) *Ibid.*, fol. 121.

viuda de Juan III con los consuelos de un cristiano retirado del mundo y más próximo que nadie al inevitable fin de la muerte, y á la regente de Portugal con las prudentes insinuaciones de un experimentado negociador. Su intervencion en las querellas de la madre y de la abuela de D. Sebastian fué muy oportuna, porque impidió un choque entre las pretensiones de la una y los poderes de la otra. La reina Catalina conservó la regencia de Portugal, confirmada por las Córtes, y la tutela de D. Sebastian, que no depuso hasta cuatro años despues de la muerte de Carlos V y en manos del cardenal Enrique, no de la princesa doña Juana. Además de la mision temporal confiada á D. Fadrique Enriquez, el Emperador dió á D. Juan Mendoza de Ribera credenciales nombrándole su embajador cerca de la corte de Lisboa, á fin de evitar que ocupara en ningun caso el primer puesto, ni que lo disputase á Ribera el embajador frances. Este y D. Sancho de Córdoba instaron cada vez más para que se verificase el viaje tantas veces prometido y siempre aplazado de la infanta, que al cabo pareció decidirse á visitar á la reina Leonor, su madre. A Extremadura vino ésta á esperarla con la reina de Hungría, su inseparable compañera.

Antes que las reinas sus hermanas lo visitaran llamó Carlos V á Quijada, que estaba en Villagarcía y á quien necesitaba para que preparase su instalacion (1). Quijada emprendió nuevamente con disgus-

---

(1) Cartas del Emperador á Quijada, del 5 de Junio, y de Quijada al Emperador del 15. (*Retrait et mort, etc.*, vol I, página 155.)

to el camino de Extremadura. «S. M., decía, ha juzgado conveniente á su reposo y á su servicio que yo residiera aquí con doña Magdalena. Le he suplicado que considerara que hace treinta y cinco años que estoy á su servicio, sin haberme ausentado de su corte, que todos mis hermanos han muerto sirviéndole, que quedo yo sólo en mi casa y que me es muy sensible abandonar mis tierras, mi tranquilidad, mis diversiones para venir á un lugar donde no se encuentra ni dónde ni con qué vivir y donde es preciso ir á cada instante al monasterio á pesar del frio, del calor, de la lluvia ó de la niebla y arrastrar á mi mujer y á mi familia, arrancándolas á las comodidades de su casa para traerlas á esta triste soledad; mis objeciones de nada han servido. S. M. quiere y conviene que le obedezca (1).»

Despues de regresar á Extremadura en la primera mitad del mes de Agosto, había arreglado el castillo de Jarandilla para recibir á las dos hermanas de don Carlos. Dispuso al mismo tiempo para ellas en la residencia imperial dos habitaciones. «Cuando vengan á ver á S. M., decía Quijada, les daremos helado, que es el mayor regalo que podemos hacerlas (2).»

Las dos reinas partiéronse de Valladolid hácia Yuste el 18 de Setiembre (3), para ver á su hermano despues de una ausencia de diez meses. Caminaron á cortas jornadas y llegaron á Yuste el 28. El Empera-

---

(1) Carta de Quijada á Vazquez, de 30 Agosto de 1557. (*Ibid.*, vol. I, p. 168 y 169.)

(2) Carta de Quijada á Vazquez, del 20 Set. de 1557. (*Ibid.*, p. 175.)

(3) *Retiro, estancia*, fol. 137 v.º

«dor las recibió con alegría (1). Le hallaron preocupado por los sucesos de Francia y tratando de distraerse con el arreglo de su casa y el cultivo de sus jardines. «S. M., escribía Quijada la víspera, está »cuidadoso de lo que haya podido ocurrir y del camino que seguirá su hijo despues de terminada su »empresa. Cree que sólo el tiempo le ha impedido saberlo.»

«Gózase el Emperador en construir un jardin sobre »el terrado, que están cubriendo por su orden; á los »lados plantan naranjos y flores. Piensa hacer lo mismo en el cuartel de abajo, donde quiere tambien hacer un oratorio (2).»

Cárlos V ideaba al mismo tiempo el plan de una nueva construccion, destinada á servir de alojamiento á su hijo, cuando de vuelta á España viniera á verle. Las reinas, á quienes no tendría en su residencia, iban á habitar por dos meses y medio al palacio de Jarandilla. De vez en cuando subían al monasterio para ver y saludar á su querido hermano, á quien profesaban un afecto sin límites; él les manifestaba constantemente su cariño y su confianza. Leonor, que entonces contaba 59 años, era mayor que él unos 15 meses; buena, dulce, sumisa, falta de ambiciones y falta acaso de voluntad, había sido un flexible instrumento de la política de su hermano, subiendo por su orden, y uno despues de otro, á los tronos de Portugal y Francia. Despues de la muerte de su segundo marido, el caballeresco y voluble Francisco I, se unió,

---

(1) *Retiro*, etc., fol. 139 r.º

(2) Carta de Quijada á Vazquez, del 27 Set. 1557. (*Re-traite et mort*, vol. I, p. 176-177.)

para no separarse más de ella, á su hermana la reina de Hungría, que profesaba una especie de adoracion al Emperador, á quien llamaba su *todo en este mundo, despues de Dios* (1), y á quien se parecía por la fuerza de su genio y la altivez de su carácter. Era resuelta, infatigable, orgullosa, penetrante, hábil para el gobierno y para la guerra; hallaba recursos para las supremas dificultades y los más graves peligros en su firmeza de pensamiento y en su varonil energía; no se dejaba sorprender ni la adversidad la abatía; no había querido auxiliar á su sobrino con aquella habilidad que puso, durante un cuarto de siglo, á servicio de su hermano. Suplicó al Emperador le permitiera vivir en España al lado de la reina Leonor y de la infanta su hija, y hallarse á la vez cerca de él. Durante todo este otoño tuvo Cárlos V en las inmediaciones de Yuste á sus hermanas, y discutió largamente con la reina de Hungría sobre asuntos de la monarquía española, meditando entónces y esperando darle en su direccion una parte activa.

---

(1) Carta de María, reina viuda de Hungría, al Emperador, en Agosto de 1555. *Papeles de Estado* del cardenal Granvela, t. IV, p. 478.

## CAPÍTULO VI.

### GUERRAS DE ITALIA Y DE FRANCIA.—SENTIMIENTOS DE CÁRLOS V.

Estado de Cárlos V en el invierno de 1557 á 1558.—Asuntos de Italia; victorias del duque de Alba; el duque de Guisa marcha á Francia, donde le llama Enrique II; paz entre los españoles y el Papa.—Descontento de Cárlos V al conocer sus condiciones, que cree humillantes.—Próxima llegada á Badajoz de la infanta doña María.—Las Reinas de Francia y Hungría van á su encuentro, despues de haber oido los consejos del Emperador.—El P. Francisco de Borja, á quien el Emperador había encargado una importante mision secreta en Lisboa, llega á Yuste. — Conferencia de ambos.—Conflicto de jurisdiccion entre el juez Quacos y el corregidor de Plasencia Zapata Osorio, que manda encarcelar al alguacil del Emperador, quien lo suspende en sus funciones.—Robo cometido en las arcas de Cárlos V en Yuste; el Emperador no quiere que sean sometidos al tormento los presuntos culpables.—Opinion del Emperador sobre la campaña de Francia; sus consejos; sitio y toma de Calais por el duque de Guisa.—Profundo disgusto que esta nueva causa produjo al Emperador. — Sus accesos de gota. — Remesas de plata á Felipe II. — Aniversario de la entrada de Cárlos V en Yuste; simulacro de profesion monástica. — Visitadores generales de la órden de San Jerónimo en Yuste; conversaciones de Cárlos V con ellos. — Entrevista de la infanta doña María con la reina Leonor en Badajoz.—Su separacion.—Enfermedad de la reina Leonor, su muerte.—Afliccion de Cárlos V; tristes y proféticas palabras que con este motivo pronuncia.—Regreso á

Yuste de la Reina de Hungría, que se aposenta en la residencia imperial.—Proyectos de Carlos V de asociar la Reina de Hungría al gobierno de España.—La princesa doña Juana, que aspira al gobierno de Portugal, rehusa.—Dieta electoral de Francfort: se acepta en 28 de Febrero la renuncia del imperio por Carlos V. Fernando es elegido Emperador el 12 de Marzo de 1558.—Palabras que pronuncia Carlos V, y órdenes al *saber que ya no es nada*.

Durante el segundo año de los que pasó Carlos en Yuste, inquietáronle más sus dolencias que en el primero, y los acontecimientos exteriores le enojaron profundamente. El invierno agravó las enfermedades del Emperador. Hacia fin de Noviembre de 1557 tuvo un fuerte acceso de gota al brazo izquierdo, que se corrió al derecho, impidiéndole durante algunos dias servirse de ambos. Tan violentas eran las punzadas que sufría, que dijo no haber experimentado jamás un ataque de la intensidad y gravedad de éste. A duras penas consiguió vestírsele el dia 20 y llevarlo á misa en una silla. Durante esta crisis dolorosa, que se prolongó hasta Diciembre, fué cuando supo el término humillante de los asuntos de Italia.

El duque de Alba había vuelto á penetrar en los Estados Pontificios á la cabeza de fuerzas superiores, despues de rechazar al ejército frances de la frontera de Nápoles, y de obligar al duque de Guisa á que levantara el sitio de Civitella. Habíase lanzado sobre el valle de Orvieto, y pasando por Banco y Sora se unió en Ponte di Sacco á Marco Antonio Colonna, que acababa de apoderarse del castillo de Pratica y de la ciudad de Palestina, de batir á las tropas del Papa entre Valmonte y Paliano, sitiado y tomado á Rocca di Massimo, y entrado en Segni á viva fuerza. Despues

de unirse marcharon sobre Roma, confiando sorprenderla. Paulo IV estaba reducido á la impotencia. El duque de Guisa, irritado porque los Caraffa se sostuvieran débilmente, habíase acantonado en Macerata con sus tropas. Los alemanes asoldados por el Papa, casi todos luteranos (1), más le dañaban para con sus amigos, que contribuían á defenderle contra sus adversarios. Merced á estas circunstancias, avanzó el duque de Alba sin obstáculos, llegando en la noche del 26 de Agosto bajo los muros de Roma, donde le hubiese sido fácil entrar. No lo intentó, ya porque temiera un fracaso al ver toda la ciudad iluminada, y juzgándola presta á la defensa, ya porque retrocediese ante el horror de un nuevo saqueo. Pero la amenaza de hacerlo consternó á la ciudad pontifical, llenando de cólera y espanto el corazón de Paulo IV. «Era una cosa horrible, dice el embajador veneciano Navajero, ver durante muchas noches las luces puestas en todas las casas, por miedo á los de fuera y á los de adentro. Esto producía un gran disgusto en toda Roma, que inspiraba á unos el deseo de que muriese el Papa, y á otros el de que entrara cuanto ántes el duque de Alba, hasta el punto de haberse puesto de acuerdo varios ciudadanos para abrirle las puertas en seguida que se presentase. El Papa lo supo, y fulminó contra ellos su enojo, llamándoles hijos degenerados de la antigua alcurnia y del valor de Roma» (2).

(1) «Esta gente tedesca, como dice Navajero, era in tutto luterana, non soleva la messa, abborriva l'immagini, non faceva in tutti i giorni differenza di Cibo, etc. (*Relazione di Roma*, en Alberi, serie II, vol. III, pág. 401.)

(2) Navajero, *Ibid.*, pág. 408.

Había Paulo IV puesto sus últimas esperanzas en las tropas francesas retiradas á Macerata y acampadas en Tivoli y Monte Rotondo; pero despues de la derrota de San Quintin Enrique II llamó con urgencia al duque de Guisa, porque en la extrema desgracia á que le había llevado ese último reves, le consideraba el único general capaz de detener al enemigo victorioso. Despues de darle cuenta de las medidas que había adoptado y de las considerables levas que acababa de decretar, le escribía en estilo noble y sencillo diciéndole: «Falta sólo corazon y no asombrarse por nada» (1); le aconsejaba que dejase fuertes guarniciones en algunas plazas de los Estados Pontificios y de Toscana, y que partiera inmediatamente con sus mejores tropas. «No estaré tranquilo, añadía, hasta que no sepa que os habeis puesto en camino» (2).

El duque de Guisa abandonó á Italia, y al partir dijo: «Amo mucho á la Iglesia de Dios, pero nunca intentaré empresas ni conquistas bajo la palabra y la fe de un clérigo» (3). Paulo IV, á quien dejó en circunstancias de hacer la paz con los españoles, vióse á su pesar obligado á ello, y despues de algun tiempo fuéle ménos extraña esa idea. De su parte Felipe II enviaba al Papa sus constantes súplicas y le ofrecía una obediencia que tocaba en humillacion (4). No po-

---

(1) Carta de Enrique II al duque de Guisa. 15 de Agosto de 1557. Ribier, t. II, p. 700.

(2) *Ibid.*

(3) Brantômé, t. V, p. 310. *Vie de Marie de Autriche, reine de Hongrie.*

(4) Carta de Selve á Enrique II. Ribier, t. II, p. 696 á 698.

día soportar la idea de encontrarse en guerra con el soberano Pontífice. Ordenó, pues, al duque de Alba que «negociara la paz en condiciones que no tuvieran cosa alguna de humillante para Su Santidad (1), porque prefería la consideracion de la Santa Sede á sus propias ventajas y á las conveniencias de su corona.» Estando el hijo de Cárlos V, tan poco parecido en eso á su padre, dispuesto á someterse á cuanto el Papa quisiera, era fácil el arreglo. Entre Paulo y Felipe se concluyeron á 14 de Setiembre dos convenios, uno público y otro secreto. Disponía el primero que el Rey católico se sometería al Papa renunciando á la alianza de los franceses; que le restituiría todas las plazas tomadas y que serían destruidas sus fortificaciones; que Paliano quedaría como en secuestro en poder de Juan Bernardino Carbone, pariente de los Caraffa, hasta que las partes lo resolvieran de otra manera. Por la estipulacion secreta se convino en que Juan Caraffa recibiría como principado la ciudad de Rosano; que se cedería Paliano al Rey de España, con facultad de donarlo á quien quisiera, excepcion hecha de los excomulgados ó los enemigos del Papa, lo que equivalía á excluir de su posesion á Marco Antonio Colonna, despojado de ella por amigo de los españoles, que se había distinguido auxiliándolos en la última guerra, y que era sacrificado, sin embargo, á la tenaz animosidad del Papa. Se estipuló, por último, que «Su Santidad recibiría del Rey católico, por me-

---

(1) Carta de Felipe II al duque de Alba, citada por Adolfo de Castro. (*Historia de los protestantes españoles, etc.*, in 8.º Cádiz, 1851, p. 131.—*Retiro, estancia, etc.*, folio 156 r.º)

dio del duque de Alba, como plenipotenciario, las pruebas de su sumision que se estimasen necesarias para obtener el perdon de las ofensas inferidas al Papa (1).»

El imperioso y altanero Paulo IV procuró hacer más notoria y ruidosa la humillacion del Rey que le había vencido, por medio de una ceremonia pública y solemne. Sentado en el trono pontificio y rodeado de los cardenales recibió en audiencia al duque de Alba, que, cayendo á sus piés de rodillas, le suplicó absolviere al Rey de España de las censuras que había merecido por hacerle la guerra. El Papa entónces, con la altiva majestad y la generosa indulgencia de un amo y de un superior, otorgó la absolucion que se solicitaba, despues de lo cual dijo en pleno consistorio «que acababa de prestar á la Sede apostólica el mayor servicio, enseñando á los soberanos Pontífices, con el ejemplo del Rey de España, á abatir el orgullo de los príncipes que desconocen toda la extension de la obediencia que deben al jefe visible de la Iglesia» (2). El duque de Alba, á quien Paulo IV alojó en el Vaticano, y á quien sentó á su mesa, deploraba profundamente la debilidad del Rey su amo. «Si hubiera sido yo Rey de España, dijo, el cardenal Caraffa hubiera ido á Brusélas á hacer de rodillas ante Fe-

---

(1) *Historia de los protestantes españoles*, p. 131.

(2) *Ibid.*, p. 131. Paulo IV decía á Selve, embajador de Enrique II, «que personne n'étoit exempt de sa jurisdiction, fût-il empereur ou roy, et qu'il pouvoit priver empereurs et roys de leurs empires et royaumes sans avoir à en rendre compte qu'à Dieu.» Carta de Selve á Enrique II, 8 de Enero de 1558. Ribier, t. II, p. 716, 22 bis.

lipo II lo que hoy he ejecutado yo ante Paulo IV» (1).

El restablecimiento de la paz con la Santa Sede produjo indecible júbilo en España, donde el soberano Pontífice tenía un partido poderoso, sobre todo entre el clero. En todas las ciudades se echaron á vuelo las campanas, y en Valladolid se verificaron procesiones en accion de gracias, á las que asistieron la regente y el príncipe D. Carlos (2). El Emperador estaba muy distante de participar de esa alegría; Vazquez le transmitió las cartas del cardenal de Sigüenza, en que se daba cuenta de la negociacion del tratado y del recibimiento hecho en el Vaticano al duque de Alba. Devolver al obstinado y tradicional enemigo de la dominacion española en Italia todo lo que se le había conquistado sin obligarle á restituir lo que arrebatara á los vejados partidarios de la casa de Austria, pareció á aquel político y valeroso anciano una falta y una vergüenza. Gaztelú escribía á Vazquez el 23 de Noviembre, diciéndole: «A pesar de la gota, el Emperador ha querido que le lean todos los despachos que me enviásteis... Púsose en cólera por lo de la paz, pareciéndole que es muy vergonzosa, é indudablemente S. M. no esperaba ver semejante cosa en estos tiempos» (3).

---

(1) «El Rey mi amo ha incurrido en gran falta. Si cambiándose la suerte yo hubiese sido Rey de España, el cardenal Caraffa hubiera ido á Brusélas á hacer de rodillas ante Felipe II lo que hoy he ejecutado yo ante Paulo IV.» (*Historia de los protestantes españoles*, p. 131.)

(2) Carta de Juan Vazquez al Emperador de 18 Noviembre 1557, en *Retiro, estancia*, etc., fol. 149 v.º

(3) «Púsose en cólera por lo de la paz, pareciéndole que es



No pudo Cárlos V acostumbrarse á la idea de lo que se había hecho, y todavía un mes después hablaba de ello con inextinguible enojo. «No pasa día, escribe Quijada á 26 de Diciembre, sin que el Emperador murmure entre dientes contra la paz» (1). Ni le calmó la lectura de los artículos reservados. «Tan mala es, dijo, la capitulacion secreta como el convenio público» (2).

El comendador de Alcántara presenció su ira y su desesperacion. Estaba allí como portador de una humildísima carta del duque de Alba, en que este magnate refería al Emperador lo ocurrido, anunciándole de paso que iba á embarcarse para Lombardía, á fin de arreglar los asuntos de aquel país y ponerlos en el buen estado en que ántes se encontraban, para solicitar inmediatamente del Rey que le permitiera retirarse y descansar de las fatigas y agitaciones de veinticinco años y venir á España á besar las manos de S. M. I. El favor de que gozaba el mensajero no bastó para que fuese bien acogida la misiva. Cárlos V nada respondió y no quiso ni oír la lectura de una relacion detallada de los acontecimientos que

---

muy vergonzosa, etc.» (*Retiro, estancia*, fol. 149 v.º) Su hermano Fernando no la juzgó ménos desfavorable, y lo manifestaba á Felipe II en estos términos: «Ansi me desplugo que la paz con el Papa no se hiciese con más ventajas para V. A. como yo quisiera ó él merescia.» Carta de Fernando I á Felipe II del 27 Noviembre 1557. (*Coleccion de documentos inéditos*, Madrid, en 8.º, t. II, p. 509.)

(1) Carta de Quijada á Vazquez de 26 Diciembre (*Retiro, estancia*, etc., fol. 156 r.º)

(2) «Dijo parecerle tan mal la capitulacion secreta como la pública.» Carta de Gaztelu á Vazquez. (*Ibid.*, fol. 158 v.º)

acompañaba á la carta del duque de Alba, «Ya sé bastante» (1), dijo por toda respuesta.

Las noticias de Portugal no eran más satisfactorias. Al cabo habíase decidido la infanta María á regresar á España y visitar á su madre. Érale penoso emprender este viaje; pero se veía obligada á transigir con ella. No iba á reunírsele para siempre, sino solamente á visitarla; así en vez de llegar á Jarandilla, como en un principio se conviniera, no pasaría de Badajoz, desde donde podía regresar á Lisboa si tal era su voluntad, despues de abrazar á su madre y recibir su bendicion. No se logró un resultado mejor en este asunto despues de transcurrido más de un año en negociaciones. Resignóse tambien á ello el Emperador, que había empleado en preparar la entrevista de una madre con su hija más tiempo y negociadores que otras veces para resolver los más árdulos negocios del imperio. Habían intervenido por su parte en arreglar ese, además del embajador ordinario D. Juan de Mendoza y del enviado extraordinario D. Sancho de Córdoba, llamado varias veces á Yuste, el P. Francisco de Borja, á quien envió á Lisboa Carlos para que neutralizara la influencia de los religiosos portugueses en el ánimo de la infanta, que era tan orgullosa como devota, tan áspera como tenaz.

Convenido el viaje de doña María, las reinas viudas de Francia y de Hungría se dispusieron tambien á marchar. Carlos no quería que sus hermanas permanecieran más tiempo en un país que por la elevacion de las montañas inmediatas es muy húmedo y frio en el invierno, deseaba que fueran hácia el Mediodía y

---

(1) *Retiro, etc.*, fol. 160.

esperasen allí á la infanta. El 14 de Diciembre subieron á Yuste para despedirse del Emperador; el 15 abandonaron á Jarandilla, tomando el camino de Badajoz. Ocho dias despues de su partida, llegó de Lisboa el P. Borja para dar cuenta á Cárlos de lo que había hecho en las varias comisiones que le había confiado: el viaje de la infanta, la cuestion de la regencia portuguesa y el cuidado de disponerlo todo de suerte que si su nieto D. Sebastian moría repentinamente, heredara el reino su otro nieto D. Cárlos.

A este efecto habíale enviado una instruccion secreta, redactada por Gaztelú, que atestigua los propósitos ambiciosos que alimentaba en interes de su raza. Cárlos V preveía desde Yuste en 1557 lo que Felipe II ejecutó desde Madrid en 1580, la reunion eventual de los dos reinos de la Península en un solo Estado, dando á Portugal un rey español ántes de incorporarlo á España. Esta reunion, provocada por la proximidad de los territorios, y que hallaba un obstáculo en la rivalidad y en los celos de ambos pueblos, estuvo á punto de ser un hecho sesenta años ántes, pero de una manera muy distinta. En 1497 el rey de Portugal D. Manuel y su esposa Catalina de Aragon fueron reconocidos herederos presuntos de Aragon y Castilla por las Córtes de ambos países, que en 1498 juraron á su hijo D. Miguel como á su futuro soberano. Cárlos V trató de hacer en mitad del siglo XVI á favor de un príncipe español nacido de una infanta de Portugal lo que se había establecido legalmente á fines del siglo XV en favor de un príncipe portugués nacido de una infanta de España. Su nieto D. Cárlos tenía un doble título á la corona lusitana por su abuela la emperatriz Isabel y por su madre doña Ma-

ría; pero el reconocimiento de su derecho estaba subordinado al derecho superior del cardenal Enrique, que representaba la rama masculina de la casa real de Portugal y que Carlos V consideraba, desde el punto de vista de su ambición paternal, ya como incapaz de suceder en el trono á causa de su carácter sacerdotal, ya como incapaz de dar nuevos vástagos á la dinastía por su edad y sus enfermedades. En 5 de Julio de 1557 encargó á D. Fadrique Enriquez hiciera á la reina Catalina algunas insinuaciones respecto de esto y que le dijera de su parte «que estando todos sujetos á la muerte y *pudiendo morir los jóvenes lo mismo que los ancianos*, deseaba saber lo que se había determinado para este caso (1). La misión confiada al P. Borja fué más expresiva. El piadoso embajador tenía orden, despues de exponerla plenamente á la reina Catalina, de comunicar bajo cifra al Emperador los resultados obtenidos ó prometidos, sirviéndose de nombres supuestos para designar las personas y los países. En esta correspondencia el padre Borja se nombraba *Pedro Sanchez* y á Carlos V, á quien se dirigía, le llamaba *Micer Agustino*, á la reina de Portugal *Catalina Diez*, al rey niño *Sebastian Diez*, á Felipe II *Santiago de Madrid*, etc.; Castilla se designaba con el nombre de *Milan* y Portugal con el *Perpiñan* (2).

El P. Borja había ido como español adicto á reali-

---

(1) Instrucción de 5 de Junio dada por el Emperador á D. Fadrique Enriquez. (*Retraite et mort*, vol. II, p. 210.)

(2) Carta del P. Borja al Emperador del 6 y del 12 de Octubre de 1557. (*Retraite et mort*, etc., vol. II, p. 253, 255, con la clave anexa nota I.)

zar la grave y misteriosa mision que le habia confiado su amo. Empeñó el viaje á pié, y apoyado en un baston, en los dias más calurosos del estío. Al llegar á Evora cayó gravemente enfermo. La reina Catalina le envió á buscar con una litera para que la ocupase tan pronto como pudiera emprender de nuevo el camino é hizo que lo condujesen á Aldea Gallega, á orillas del Tajo. Aquí le esperaba el bergantin real que le llevó al palacio de Xobregas, donde tuvo su residencia. Cuando la regente de Portugal conoció los propósitos de su hermano, léjos de rechazarlos como imposibles ó de creerlos peligrosos (1), los aprobó, prometiendo contribuir á que se realizasen inmediatamente. «Catalina Diez, escribía el P. Borja al Emperador, á quien he hablado de acuerdo con las instrucciones que traje, se ha confiado por completo á Pedro Sanchez; pero le ha comprometido á no comunicar por escrito su respuesta, sino de viva voz... Micer Agustino puede esperar satisfecho (2).» En otra carta añadía que «Catalina Diez obedecerá á Micer

---

(1) Esto es lo que falsamente sostiene Barbosa, cuyo aserto acepté en la primera edicion de este libro. Careciendo de los documentos auténticos de esta negociacion, juzgué exacto y bien informado en este punto, como lo está en otros, al autor de las *Memorias del Rey Dom Sebastiao* (vol. I, capítulo VI, p. 71 y siguientes; gran in-4.º Lisboa, 1736). Como buen portugues, Barbosa hace á Catalina rechazar la proposicion de su hermano el Emperador. El testimonio del Padre Borja y la afirmacion positiva de Carlos V prueban que se adhirió á ella.

(2) Carta del P. Borja al Emperador, del 6 de Octubre de 1557. (*Retraite et mort*, vol. II, p. 254.)

Agustino como podía hacerlo Santiago de Madrid.» Así sucedió: se convino en que la infanta doña María fuese á España á ver á la reina Leonor su madre; en que á D. Cárlos se le reconociese heredero de la corona de Portugal por medio de una pragmática, y en que para impedir que más adelante D. Sebastian contrajera matrimonio con una princesa de Francia, como quería el partido adverso á España, se le reservara para casarla con él una nieta de Cárlos V, hija de la reina de Bohemia, que vendría á educarse á la corte de Valladolid.

Cuando volvió el P. Borja cerca del Emperador, le manifestó los importantes resultados de su mision en Lisboa. El porvenir, que casi siempre escapa á la prevision de los más poderosos estadistas, parecía de antemano fijado; pero los acontecimientos hicieron fracasar estas combinaciones á largo plazo. Aquella pragmática tan formalmente prometida á Cárlos V y que debía regular el orden de sucesion á la corona portuguesa, no llegó á publicarse; la recelosa nacionalidad portuguesa desvió sabiamente de hacerlo á la regente Catalina. Don Sebastian no llegó á casarse con la hija del rey de Bohemia. El jesuita Luis Gonçalvez da Camara, su confesor y maestro, le apartó del matrimonio inspirándole piadosas preocupaciones, y arrastrado á empresas religiosas por el ardor de una fe conquistadora, y los arrebatos de una imaginacion belicosa, sin posteridad y sin prudencia, fué á buscar la muerte y á enterrar todas las esperanzas de la dinastia portuguesa en el campo de batalla de Alcázarquivir. Entónces se realizó el sueño de Cárlos V, aunque por diversos medios. Si Portugal no se unió á España en D. Cárlos, porque murió ántes que

D. Sebastian, fué incorporado á su corona por Felipe II, que sobrevivió al anciano cardenal Rey Enrique, verificando la anexion de ambos países, preparada por el Emperador veintitres años ántes en un claustro de Extremadura.

Despues que el P. Borja manifestó al Emperador todo lo que podía interesarle respecto á la corte de Portugal; conversaron ambos sobre su nuevo género de vida, que practicaban de bien distinta manera. El P. Francisco había llegado á esa suprema abnegacion cristiana que le colocaba muy por cima de todos los intereses humanos y de todos los afectos terrenales. Era insensible ya á la fortuna y áun á la vida de sus hijos; sólo amaba su alma y sólo rogaba por su salvacion. Decía que desde el momento en que Dios se apoderó de su espíritu, ninguna criatura, ni viva, ni muerta, tenía influencia bastante para turbarle; hasta tal punto era dueño y señor de sus sentimientos.

De bien distinta suerte, en el Emperador, el cristiano no hacía callar al hombre, ni el padre desaparecía bajo el cenobita. Aún le preocupaba el cuidado de su propia gloria, y más que otro sentimiento influían en él los de afecto y ambicion en pro de su hijo y de su nieto. No es extraño, por tanto, que le maravillase el sobrehumano desinterés de su piadoso amigo. Despues de preguntarle por sus hijos, manifestó que el almirante de Aragon, D. Sancho de Cardona, se quejaba del duque D. Carlos de Borja y le acusaba de retener contra justicia las ciudades del Real, cuya propiedad pretendía pertenecerle. Interrogó sobre esto al P. Borja, preguntándole lo que pensaba del derecho de D. Felipe, y cómo debería decidir en ese negocio. «Señor, respondió el P. Francisco,

ignoro á quién asiste mejor derecho; pero suplico á V. M. no sólo que haga justicia al almirante, sino que le otorgue toda la gracia compatible con la justicia.— ¿Por qué abandonais la causa de vuestro hijo? repitió el Emperador. ¿No fuera mejor que se le otorgase á él esa gracia que pedís?— Sacra Majestad, contestóle el P. Borja, el almirante de Aragon la necesita más que el duque, y es bien ocurrir á la necesidad mayor (1).»

Ni el Emperador envidiaba ese abandono de los afectos paternos á que se entregaba el estóico jesuita, ni se sentía inclinado á mortificarse como él. El P. Francisco dormía constantemente vestido sobre una áspera tabla. A propósito de esto le decía Carlos que «por sus continuas enfermedades ni podía hacer cuantas penitencias hubiese querido, ni le era posible dormir de aquella suerte. —Vuestra Majestad no puede acostarse vestido, díjole el religioso, porque ha pasado muchas noches cubierto con todas sus armas. Dejadnos dar gracias á Dios de que hayais prestado mayores servicios velando armado en defensa de su fe y de su religion que muchos monjes durmiendo en sus celdas cubiertos de un cilicio (2).»

Dos dias pasó en el convento el P. Borja; el Emperador hizo que le alojaran cerca de él (3), y todos los dias le enviaba un plato de su mesa. Transcurrido aquel breve tiempo partióse el jesuita de Yuste para

---

(1) *Rivadeneira*, lib. VI, c. VI, p. 447-448.

(2) *Ibid.*, p. 380.—Vera, *Epítome de Carlos V*, p. 252.

(3) Carta de Gaztelú á Vazquez del 26 de Setiembre de 1557. (*Retraite et mort*, etc., vol. I, p. 235.)—Nieremberg *Vida de Borja*, p. 136.

Simáncas, yendo á la casa de novicios de su orden que había establecido en este último lugar.

A la vez que estas grandes contrariedades y vivos sufrimientos, apenaban á Cárlos V pequeñas tribulaciones. Por su orden se estableció en Quacos un juzgado especial, que se confió al licenciado Murga. Era esta jurisdicción indispensable, porque los villanos de Quacos, pobres y turbulentos, mostraban poco respeto al ilustre cenobita que habitaba en su vecindad y que les hacía distribuir gran parte de las limosnas mensuales que destinaba á los necesitados de la Vera; disputaban continuamente con los de su servidumbre, les detenían y apresaban las vacas si por ventura las hallaban pastando en su bosque, y pescaban las truchas de los riachuelos de la montaña reservadas para el palacio.

El establecimiento de una jurisdicción nueva ofuscó al corregidor de Plasencia D. Pedro Zapata Osorio, que la consideró una usurpación y un atentado á su autoridad. Celoso é irritado un día envió cierta orden á Quacos; el alguacil del licenciado Murga opúsose á que se obedeciera y D. Pedro Zapata llegó al lugar con su teniente, un escribano, dos alguaciles y dos regidores de Plasencia y mandó prender al alguacil que había desconocido sus poderes y desobedecido sus órdenes (1). Irritó á Cárlos V la irrespetuosa osadía del Zapata é hizo que su hijo lo suspendiera y que el Consejo de Estado lo enviara á Valladolid; el ilustre soberano que tuvo por adversarios á Francisco I, á Clemente VII y á Soliman II llegó al término de an-

---

(1) Carta de Gaztelú á Vazquez del 5 de Enero de 1558. (*Retiro, estancia*, p. 240, 241.)

dar en disputas con un insignificante corregidor de Extremadura.

El juez Murga fué llamado á Yuste para perseguir á los autores de un robo audaz cometido en las arcas del Emperador y consistente en 800 ducados que se destinaban á limosnas. Sólo podía sospecharse de las personas que conocían la casa del Emperador y la existencia de dicha cantidad. Despues de pesquisas infructuosas, Murga solicitó del Emperador la órden necesaria para sujetar á la prueba del tormento á aquellos de quienes se sospechaba que habían cometido el robo; el Emperador no quiso; «hay cosas, dijo, que es preferible no saberlas (1).» No era habitual en Cárlos esta humana indulgencia; muchas veces dió muestras de una dureza implacable, como lo atestiguan las disposiciones rigurosas de sus edictos y sus leyes, y como lo demuestran las excitaciones que dirigió á la regente su hija y al rey contra los protestantes de España.

Poco tiempo ántes que sus hermanas abandonaran la Vera de Plasencia y que el P. Borja llegara á Yuste, tuvo Cárlos V el primer acceso de gota. El 12 de Diciembre experimentó ligera mejoría y el 4 de Enero de 1558 sufrió un nuevo y fuertísimo ataque que bajando de los brazos á las rodillas le causó grandes dolores de estómago y le mantuvo en el lecho hasta el dia 20. Entre estos dos accesos, y áun en medio de ellos, siempre que el dolor le molestaba ménos, se ocupó con activa solicitud en los intereses de su hijo; fijó toda su atencion en Francia, adonde debían en lo sucesivo concentrarse todos los esfuerzos y donde

---

(1) *Retiro, etc.*, fol. 158 v.º

se iban á realizar grandes acontecimientos. Mandó venir á Yuste á D. Juan de Acuña, que había hecho la última campaña y que llegaba de los Países-Bajos, «porque, segun dijo á Vazquez, quiero oirle hablar de ciertos asuntos de Flándes y deseo me aviseis de cuanto se os ocurra (1).»

Había recibido una carta de su hija, fechada el 14 de Diciembre, en la cual le manifestaba impacientes deseos por abandonar la pesada carga del gobierno. Solicitaba que Felipe II volviera á España para encargarse de él y tomar posesion de la corona aragonesa. La princesa doña Juana comunicaba además á su padre las deliberaciones del Consejo de Estado, que le hacían conocer los apuros económicos del reino, la dificultad creciente de continuar la guerra y lo oportuno que sería, despues de tener todo eso en cuenta, aprovechar las victorias que hasta entónces se habían logrado concluyendo una paz ventajosa. El Emperador le escribió el 26 de Diciembre oponiéndose á tales ideas en estos términos: «Sin duda es apetecible y excelente en todos tiempos la paz. Convencido de esto, jamás he buscado otra excusa á los terribles é innumerables desastres que la guerra hace sufrir á la cristiandad que la poca confianza que inspiran los franceses, segun lo muestra la experiencia. Jamás han respetado, ni ahora se someten, sino en la medida de lo que les conviene, á aquello á que se han obligado. Ignoro, por otra parte, estando sus asuntos en el estado que ahora tienen, con qué gé-

---

(1) Llegó á Yuste el 8 de Enero. El Emperador confirió con él el 9 y el 10. Carta de Gaztelú á Vazquez el 10 de Enero de 1558. (*Retraite et mort*, vol. I, p. 246.)

nero de condiciones, ventajosas para él, podría tratar de la paz. Sé que su regreso á estos reinos es, como decís, muy necesario; pero en modo alguno conviene que en momentos como los actuales se aleje de Flándes (1).»

Proponía el Consejo de Estado que si la guerra continuaba se atacara á Francia por los Pirineos con un ejército de infantes suministrado por las ciudades y los grandes de España, guardias de á caballo, 4.000 alemanes y 2.000 españoles de los viejos tercios. El Emperador, haciéndose cargo de esta opinión, decía: «Reconozco que por esa parte podría operarse un movimiento útil; pero veo muchas dificultades para que crea que el éxito pudiera coronar semejante empresa. No sé cómo podrían abastecerse las tropas que entraran por Navarra sin una escuadra que las auxiliara, y sin recibir asistencia de víveres de Vendôme (el rey de Navarra) cuando marcharan ya muy adentro... Creo que convendría mejor que el auxilio propuesto se convirtiera en un gran esfuerzo que debía realizarse el año que viene para penetrar en Picardía y en Normandía, porque espero en Dios que estando las cosas del rey de Francia en los términos en que están, se harían tales efectos que no pudiese levantar la cabeza tan pronto; pues no se ha visto ni se ofrecerá en muchos años tal coyuntura como la presente para ponello en ejecucion» (2).

---

(1) Carta de Carlos á su hija doña Juana. (*Retiro, estancia*, fol. 154 v.º)

(2) «Porque espero en Dios que estando las cosas del rey de Francia en los términos que están se harían tales efectos que no pudiese levantar la cabeza tan pronto; pues no se ha

Pero Felipe II no se parecía á Carlos V, y no había sacado más que muy mediano provecho de su buena fortuna. Despues de tomar á San Quintin, Ham, el Catelet y Noyon, de haber fortificado á las dos primeras de estas plazas y demolido las murallas de las dos últimas, licenció el ejército, cuyo sostenimiento era ruinoso, conservando no más las tropas indispensables para presidar las plazas más avanzadas é importantes. Dejó á Enrique II, con esto, todo el tiempo que necesitaba para reponer y reunir sus fuerzas y reparar el desastre que había sufrido. Y Enrique lo aprovechó bien: hizo un llamamiento al patriotismo del pueblo y de la nobleza, que le produjo subsidios cuantiosos, reunió en su alrededor á cuantos habían militado, tomó á sueldo 12.000 suizos y 6.000 lansquenetes, reorganizó su brillante caballería, y nombrando teniente general de los ejércitos franceses de todo el reino al emprendedor duque de Guisa, llegó á Italia con la flor de sus soldados y lo más escogido de sus capitanes, proponiéndose utilizar el desarme de los españoles y reparar en la campaña del invierno las derrotas sufridas durante el estío.

Carlos V previó con oportunidad este proyecto que le inquietaba, y escribió sobre él á su hijo con fecha del 15 de Noviembre: «Parece que el rey de Francia se arma apresuradamente, y podría ser que juntando su campo quisiera este invierno intentar recuperar alguna de las plazas que ha perdido ó ganar otras de

---

visto ni se ofrecerá en muchos años tal coyuntura como la presente para ponello en ejecucion.» (*Retiro, estancia, etc.*, folio 155 r.º)

nuevo» (1). Propuso que se empleara en rechazar este ataque un pequeño ejército fuerte de 10.000 peones y 1.200 ó 1.500 caballos, levantado por el baron de Polviller, jefe de banda de Suabia, por orden suya y de Felipe II, para entrar en Bresse y Saboya y cooperar aún en favor de su despojado soberano Filiberto Emmanuel. «Si el rey, decía, no tiene las fuerzas necesarias para ir adonde sea preciso, que ordene á Polviller unirsele... teniéndolo tras sí podrá fácilmente desafiar al enemigo, oponerse á sus propósitos é impedirle que los realice... tomando posiciones fuertes y cómodas le será fácil conocer á sus amigos y acometer ventajosamente á los adversarios, como yo hice en Valenciennes, en Namur y Reuty» (2). El consejo era prudente; pero no pudo seguirse. La expedición de Polviller había fracasado en el condado de Bresse. Inesperadamente se encontró el jefe alemán con los cuerpos franceses de Italia que Guisa había traído por Marsella y con los que llevó el duque de Aumale por los Alpes (3); derrotaron su pequeño ejército, no pudo unirse á Felipe II, y éste, desprevenido, sufrió considerables reveses.

No desmintió Guisa las esperanzas que había hecho concebir al Rey y al pueblo cuando le acogieron como

---

(1) «Y podría ser que juntando el rey de Francia su campo, quisiese este invierno intentar recuperar algunas de las plazas que ha perdido ó ganar otras de nuevo.» Carta de Carlos V á doña Juana, de 15 Noviembre. (*Retiro, estancia, etc.*, fol. 147, r.º)

(2) *Ibid.*

(3) *Histoire des ducs de Guise*, por René de Bouille. Paris, 1849, in 8.º, p. 408 á 410.

salvador (1); ideó un plan extraordinario capaz de desquitar á los franceses de la toma de San Quintin. Durante mucho tiempo había poseido la Inglaterra las costas occidentales de Francia; Felipe Augusto recuperó á Normandía y Cárlos VII la Guyena; pero no se logró expulsar por completo á los ingleses, que conservaron un punto importantísimo en aquella costa: la plaza de Calais. La conquistó Eduardo III en 1347; acantonados más de doscientos años en ella los ingleses, la fortificaron y llevaron á su recinto burgueses de Lóndres y aldeanos del condado de Kent hasta convertirla en verdadera colonia inglesa, en una especie de prolongacion del territorio británico sobre el continente europeo, que servía de etapa al comercio de lanas entre Inglaterra y los Países-Bajos, y de punto de partida de sus expediciones militares contra Francia. Situada en un punto poco accesible de la costa, rodeada por el Océano y gran número de lagunas pantanosas, con ciudadela interior, flanqueada por cuatro bastiones y rodeada de anchos fosos, por donde corren las aguas del Hames, del Guines y del Mark; defendida por los fuertes de Nieullay y de Risbank, colocado el primero sobre la única calzada que de la parte de tierra daba acceso á la ciudad, y el segundo de manera que protegiese el puerto y cerrara su entrada por la parte del mar, la plaza de Calais se juzgaba inexpugnable. Lo que parecía constituir su seguridad fué causa de su pérdida. Los ingleses, en el colmo de su orgullosa confianza, colocaron sobre una de sus puertas esta leyenda: «Cuando el plomo nade sobre el agua como el corcho, tomarán los fran-

---

(1) *Histoire des ducs de Guise*, p. 411.

ceses á Calais,» y descuidaron mucho la vigilancia de las fortificaciones. Tenían además la costumbre de disminuir su guarnicion durante el invierno, época poco á propósito para emprender un sitio. Aún lo parecía ménos el año de que tratamos por los reveses que acababan de sufrir los franceses en Picardía y en Italia. Cuando llegó el momento señalado por la costumbre para todos los años, fueron llamadas de Inglaterra algunas de las tropas que guarnecían á Calais. Lord Wenworth, gobernador de la plaza, reclamó; pero sus representaciones fueron desatendidas.

El duque de Guisa aprovechó esta excesiva confianza para arrebatarla á sus poseedores de una manera tan rápida como inesperada. Hizo que la reconocieran secretamente, y para engañar á los ingleses y á los españoles con diestras maniobras, manifestó el propósito de recobrar á San Quintin. Recorrió todas las plazas de la frontera, desde la Champagne hasta el Boulonnais, como si pensara ponerlas al abrigo de un golpe de mano, y aproximándose así, sin inspirar recelos, á la ciudad que quería sorprender, despues de haber hecho todos los preparativos del sitio y de haber dado á los navíos escalonados en la costa de Gascuña, Bretaña, Normandía y Picardía orden de partir para el Canal de la Mancha, llegó repentinamente á los muros de Calais el 1.º de Enero de 1558, atacó á la plaza y la puso sitio.

Desde luégo embistió vigorosamente contra los fuertes de Nieullay y de Risbank, de que se apoderó el dia 3. Dueño de ellos, volvió su artillería contra la puerta de la costa, apagando los fuegos de las fortificaciones que la defendían. Dirigió entónces los suyos



contra la ciudadela, en la que abrió brecha y penetró el 6 á viva fuerza, pasando á cuchillo á su guarnicion. Apoderado de la ciudadela, Calais no podía resistir. Intentaron los ingleses recuperarla, hicieron un desesperado esfuerzo por conseguirlo; pero éste fué imposible y se decidieron á capitular. El dia 8 se firmaron los tratados, y el 9 el duque de Guisa volvía á poder de Francia la plaza de Calais (1). Conservó prisioneros á lord Wenworth y 50 oficiales de la guarnicion. El resto quedó en libertad de regresar á Inglaterra. Eduardo III había tardado en conquistar á Calais once meses, y el duque de Guisa nueve dias en recobrarla. Francia le era deudora de la conservacion de Metz y de la reconquista de Calais.

No dió, sin embargo, con ella término á sus propósitos el duque de Guisa. El 13 se presentó delante de la ciudadela de Guines, ocupada por los ingleses desde 1351; al aproximarse el ejército frances la abandonaron sus moradores, refugiándose en la ciudadela. El duque entró en la ciudad el mismo dia 13 y el 21 obligó á los de la ciudadela á que capitulasen. Sin disparar un tiro se apoderó, por último, del castillo de Hames, que evacuaron los ingleses y que era el último punto ocupado por las armas británicas en el condado de Oye, vuelto así por completo á la dominacion francesa. Por tal manera logró el duque de Guisa la inmarcesible honra de terminar aquella lucha territorial que tantos siglos mantuvieron Francia é Inglaterra; encerró á ésta en Europa allá en sus islas y devolvió á su patria las fronteras que le perte-

---

(1) Véase para el sitio y toma de Calais, *Histoire des ducs de Guise*, por M. de Bouille, t. I, p. 420 á 430.

nećían, castigando á los ingleses por intervenir en una guerra que no tenía para ellos ni motivo ni intereses.

Se repararon las fortificaciones de Calais y se confió el mando de la plaza y la defensa de la costa reconquistada al valiente y experimentado Pablo de Thermes. Guisa, hecho esto, partióse para los Países-Bajos, donde el duque de Nevers tomó los castillos de Herbemont, Jamoigne, Chigny, Rossignol y Villemont, y donde él mismo iba á sitiar la importante plaza de Thionville.

La toma de Calais descubría la Flándes marítima y el sitio de Thionville amenazaba el ducado de Luxemburgo. A principios de 1558, Felipe II, reducido á la defensiva, estaba colocado en la peligrosa situación en que había colocado á Enrique II á fines de 1557. El 31 de Enero comunicó Vazquez desde Valladolid á Yuste la noticia de la toma de Calais, que entristeció profundamente al Emperador, enfermo casi sin interrupcion hacia más de dos meses y medio. El 2 de Febrero, dia de la Purificación, quiso oír la misa mayor en la iglesia, hizo que le llevaran en su silla de manos y comulgó. A pesar de que le rodearon de cogines de plumas, sentía un dolor vivísimo que le penetraba hasta los huesos (1). Unióse á este mal profundo la más viva ansiedad política cuando el 4 de Febrero le participó Quijada la pérdida de Calais, que le había ocultado desde la víspera por la tarde para que no pasase muy agitada la noche (2).

---

(1) Carta de Quijada á Vazquez del 3 de Febrero. *Retraite et mort*, etc., vol. I, p. 254.

(2) «No se le ha dicho nada de este correo, porque duer-

Al saberlo dijo Cárlos «que en su vida no había recibido pena tan grande» (1). Temió que los franceses victoriosos marcharan sobre Gravelinas y que nada era bastante á contener su arrojo y su fortuna. El mismo dia escribió á la regente de España en estos términos: «Hija mia: he sentido esa pérdida tanto como merece sentirse. Miéntas más pienso en ella más motivos encuentro y más peligros hallo en tener semejante noticia por la peor que pudieran haberme dado, tanto por la gran importancia de esa plaza fuerte y el lugar en que está situada, cuanto por la posicion del Rey, desarmado y sin dinero, y por las consecuencias que un hecho así puede traer. He reflexionado sobre lo que sería oportuno hacer en seguida y no veo cosa tan conveniente como apresurar, miéntas se reciben noticias y órdenes del Rey, el envío de la escuadra que ha de llevarle subsidio para que les utilice. Dad sin pérdida de momento orden de marchar al punto en que ha de recibirlo á Pedro Menendez.» Excitaba á la regente á que de acuerdo con lo dispuesto por Felipe II retirase de Sevilla los

---

me S. M. con más reposo y porque sentirá mucho esta nueva.» (*Ibid.*) Gaztelú escribió el mismo dia á Vazquez: Pareció al Sr. Luis Quijada y á mí que no se le debía dar anoche cuenta de lo que resultó de esta nueva Calés y lo demas, porque segun siente estas cosas y cualquier mal suceso que tengan las del Rey, tengo por cierto que sería causa de que la indisposicion fuese adelante y causase mayor inconveniente en su salud.» (*Retraite et mort*, etc., vol. I, p. 254, nota 2.º)

(1) «Fué tanta la pena que sintió que dijo que en su vida no la había recibido tan grande.» (Carta de Gaztelú, de 14 Febrero. *Ibid.*, p. 256, nota 1.º)

lingotes de oro y la plata que había allí, para disponer su inmediato transporte á los Países-Bajos. «Aun cuando sé que, conociendo las dificultades de la situación en que el Rey se encuentra, habreis procurado auxiliarme con toda la diligencia necesaria, os digo todo esto porque siento tanto lo que ha sucedido y lo que de ello puede desgraciadamente sobrevenir, que estaré inquieto hasta que no conozca su remedio» (1).

El correo de Africa trajo al mismo tiempo la alarmante noticia del próximo ataque de Orán, donde había ido á encerrarse el Conde de Alcaudete. Creyó Cárlos entónces que los franceses no encontrarían más obstáculo en su camino hácia Brusélas que el castillo fortificado de Gante y que los berberiscos se apoderarían de la ciudad que los españoles les habían conquistado medio siglo ántes, sirviéndose de ella para enfrenar y sujetar á los antiguos conquistadores de su país. Más conturbado se hallaba ahora en su soledad que ántes en el trono; pedía á toda hora informes rápidos sobre los sucesos de la frontera de Francia y de la costa de Africa. Vazquez, á quien dió órdenes terminantes, apresuró el envío de los caudales á Felipe II. Forzada la escuadra á arribar por el mal tiempo, hizo que un pequeño buque partiese inmediatamente con la primera remesa. Otros barcos, tan veleros como éste, á los que el rigor del invierno no impedía salir de Laredo, condujeron de allí á poco el resto á los Países-Bajos. Vazquez envió al príncipe Doria, sobre la renta de sacas pagadera en la próxima feria de Medina del Campo, 140.000 ducados para que

---

(1) Carta del Emperador á la princesa doña Juana, del 4 Febrero 1558. *Retraite et mort.*, etc., vol I, p. 257, 258.

uniese su escuadra á la de España en el Mediterráneo y protegiese las costas de la Península contra la armada de los turcos, que avanzaba (1).

Estos penosos cuidados contribuyeron á que se agravara el mal estado del Emperador, que tuvo un nuevo ataque de gota, el tercero de este invierno. Ni fué muy agudo ni duró muchos dias. El 8 de Febrero había recobrado el apetito y comió ostras frescas; pidió á Sevilla frutas de la India y zarzaparrilla para beber cocimientos de esa planta, lo que hacía decir á Quijada que «á los reyes débeles de parecer que su estómago y complexion son diferentes de los otros (2).» A pesar de esto, los humores que le atormentaban produciéndole crisis tan dolorosas y tan frecuentes aparecieron al fin, invadiendo sus extremidades inferiores y obligándole á dormir de noche con las piernas completamente descubiertas (3).

Ocurría esto á principios de Febrero, un año despues de su entrada en el convento. Si hemos de dar crédito á las relaciones de los frailes jerónimos, fué entónces, hallándose Cárlos postrado en su lecho, cuando se prestó á una especie de simulacro de profesion. El maestro de los novicios se encontró casualmente con el caballero Moron, guardaropa del Emperador, y le dijo riendo: «Señor Moron, muy pronto hará un año que S. M. reside aquí y que terminará

(1) Cartas del Emperador á Vazquez y de éste á aquél, del 7 de Febrero. (*Retiro, estancia*, fol. 162 y 163.)

(2) «A los reyes débeles de parecer que su estómago y complexion es diferente de los otros.» (Carta de Quijada á Vazquez del 9 de Febrero. *Ibid.*, fol. 163 v.º)

(3) Cartas de Mathys á Felipe II, del 14 de Febrero de 1558. *Ibid.*, fol. 164, 165.

su noviciado; que vea si le conviene seguir y si quiere profesar ántes de que espire el año, porque despues que este plazo se cumpla no le dejaremos marchar aunque tratara de abandonarnos. Os lo advierto á fin de que no se queje de mí cuando sea demasiado tarde.» Echóse á reir Moron de la ocurrencia y fué á referirla al Emperador, que se manifestó muy regocijado de oirla, á pesar de lo que en aquellos instantes le molestaba la gota. «Ve á buscar, dijo á Moron, al maestro de los novicios y asegúrale que si la comunidad está satisfecha de mí y quiere admitirme, yo estoy muy contento con todos ellos y me considero desde ahora fraile profeso.» El maestro de los novicios no esperaba que Moron refiriese al Emperador lo que le había dicho. Oyendo la graciosa respuesta de Cárlos añadió: «Seríamos muy difíciles de contentar si no nos satisficiese semejante novicio que tan buen ejemplo da á todos con su conducta. Ya que S. M. se considera profeso, nosotros nos ofrecemos á él como sus rendidos servidores y capellanes.»

El Emperador quiso llevarlo todo al último extremo. Llamó á su confesor Juan Regla y le pidió noticias acerca del ceremonial que se practicaba para recibir un religioso en la órden. Consistía éste en una informacion prévia encaminada á demostrar que el novicio era de sangre azul, que no tenía sangre de moros, ni de judíos, despues de lo cual se verificaba la profesion por medio de una procesion solemne y un sermon en que se le explicaban sus deberes religiosos, terminando la jornada con un banquete y un paseo por el campo. Cárlos ordenó que se hiciera todo esto con él. Prescindiendo de la averiguacion de su origen, todo lo demas, la misa, procesion, sermon y

*Te-Deum* se hizo el 3 de Febrero. El P. Francisco de Villalba predicó sobre el abandono cristiano de las grandezas terrenales, y dijo que era más glorioso imperio despojarse de todo para servir á Cristo que gobernar los mayores Estados del mundo. Aquel dia vinieron los flamencos de Quacos vestidos de fiesta, y de Plasencia enviaron al Emperador perdices, cabritos y caza para que obsequiara á los frailes, que anduvieron toda la tarde libremente por el bosque gozando de los templados rayos de un sol benéfico, cuya clarísima luz apenas habían visto hasta entónces desde las ventanas de sus claustros. Para perpetuar una adhesion tan alta y honrosa, aunque tan poco séria, los jerónimos de Yuste abrieron un nuevo registro de profesos, encabezado con estas líneas:

*«A la eterna memoria del ilustre Monarca y poderoso Rey, para que los futuros religiosos se glorien de ver escritos sus nombres y su profesion despues del nombre de tan glorioso Principe (1).»*

Algun tiempo despues los visitadores generales de la órden de jerónimos, Fray Nicolas de Segura y Fray Juan Herrera, que iban á hacer la visita trienal á todos los conventos, llegaron á Yuste, besaron las manos del Emperador y solicitaron su permiso para desempeñar la mision que les estaba confiada. Carlos V les dió la bienvenida, manifestándoles que su presencia en el convento no era un obstáculo para que se observaran y cumpliesen las costumbres recibidas. Rogáronle entónces que manifestara si ocur-

---

(1) Sigüenza, parte III, lib. I, c. XXXVIII, p. 198, 199.—Manuscrito de los jerónimos, c. XXX en *Retraite et mort*, vol. II, p. 35, 36 y 37.

ría algo en el monasterio que á su juicio hubiera menester correccion, para aplicársela inmediatamente. El Emperador dijo que todo le parecía bien ménos una cosa: «la asiduidad con que vienen á las puertas del convento algunas jovenzuelas para recibir parte de la limosna que se distribuye á los pobres y la prisa con que acuden los frailes á holgarse con ellas, causando grave escándalo á los de mi servidumbre.» Los visitadores ordenaron inmediatamente que las fanegas de grano que hasta entónces se distribuían á las puertas de Yuste las repartiessen los alcaldes de las villas de la Vera entre los más necesitados. La sancion penal que fijó el Emperador contra los infractores de ese precepto se resiente de inusitada rigidez. En los lugares circunvecinos se publicó á son de trompeta la órden, disponiendo que no se acercara al convento ninguna mujer á la distancia de dos tiros de ballesta, bajo pena de cien latigazos.

Si es cierto que el Emperador prometió todo esto á los rígidos visitadores, lo es tambien que tales ofertas no llegaron á realizarse. El profeso imperial, cuyo nombre se habían apresurado á inscribir pomposamente en sus registros los frailes de Yuste, los trató con altivez é indiferencia, poco propias de la vida conventual. Algun tiempo despues murió el prior, y entónces suplicaron á Cárlos que escribiera al general de los jerónimos, á fin de que este les autorizase para elegir otro. Cárlos excusó rasamente acceder á su demanda, y les dijo «que no quería en modo alguno embarazarse en ninguna de estas cosas, ni de su órden (1).»

---

(1) «Pero S. M. (dice) se excusó rasamente y no quiere

A fines de Febrero tuvo Cárlos un grave disgusto. Las dos reinas viudas de Francia y de Hungría se hallaban en Badajoz adonde llegó la infanta doña María el 27 de Enero para ver á la reina Leonor su madre. La princesa doña Juana envió tambien á Badajoz para que cumplimentase á la infanta á D. Antonio Portocarrero, que pasó por Yuste y ofreció sus respetos al Emperador, recibiendo de éste para sus hermanas y su sobrina cartas afectuosas, que á causa de la gota ni siquiera pudo Cárlos firmar por sí mismo; pero en las cuales hizo estampar el sello secreto reservado para ocasiones tales (1). Al mismo tiempo que el enviado de la regente y del Emperador llegaba á Badajoz, se dirigía á Yuste con un tren suntuoso don Manuel de Melo, que había acompañado á la infanta desde Lisboa (2). Pero la infanta, á quien colmaron de caricias y de obsequios (3) las dos reinas, se negó á visitar á su tío el Emperador y á vivir en España al lado de su madre. Quince dias no más estuvo con ella esta hija tan altiva y despegada, tomando despues la vuelta para Lisboa, miéntras las dos reinas volvieron tristemente al interior con el deseo de ir en peregrinacion á Nuestra Señora de Guadalupe. No lo pudieron conseguir porque en Talaveruela cayó gravemente enferma doña Leonor. Una fiebre maligna se complicó al asma que de antiguo padecía, y desde el primer momento su médico, el doctor Cornelle,

---

embarazarse en ninguna de estas cosas, ni de su orden.►  
(Retiro, estancia, etc., fol. 155 r.º)

(1) *Ibid.*, fol. 158 v.º

(2) *Ibid.*, fol. 160 r.º

(3) *Ibid.*

manifestó muy pocas esperanzas de salvarla. El secretario Gaztelú, enviado por Carlos V al encuentro de sus hermanas hasta Trujillo, fuese á Talaveruela al saber la triste noticia. Llegó el día 18, el mismo en que murió aquella princesa, á quien encontró presa de una violenta calentura y de un fuerte ataque de asma que apénas le permitía respirar (1); conservaba, empero, firmeza de ánimo, hasta el punto de pedir á Gaztelú que la enterara del estado de los negocios y referirle ella su entrevista con la infanta María. Volvió Gaztelú á verla á las seis de la tarde; estaba espirando, y el obispo de Palencia había ido á darle la Extremauncion. Pudo hablar hasta el último momento, y le dijo con dulzura infinita conmovedoras palabras. Pidió que se la enterrase sin pompa en Mérida y que el dinero que había de gastarse en sus funerales se repartiéra á los pobres. Sus últimas frases fueron para el Emperador y para la infanta (2), para su hermano y su hija; se la recomendó cariñosamente á Carlos y espiró sin que aquella pudiera venir á cerrar sus ojos.

La triste noticia de la muerte de su hermana afligió profundamente á Carlos. Sufría un cuarto ataque de gota cuando supo que doña Leonor había caído enferma. Inmediatamente envió á su lado á Quijada. El médico Mathys, que permaneció en Yuste, escribía el 18 á Valladolid que el Emperador estaba triste y

---

(1) *Retraite et mort*, vol. 270, 271. Carta de Gaztelú á Juan Vazquez, del 21 Febrero.

(2) Carta de Quijada, enviado también por el Emperador á Talaveruela, de 21 de Febrero. *Retraite et mort*, vol. I, p. 273, 274.

sufría mucho (1). Hablando el 20 de la agravacion de su mal, causada por gran inquietud de ánimo, decía: «Ha aumentado el dolor del brazo derecho y ha sido preciso dar de comer á S. M., que lo ha hecho sin apetito. Por la tarde ha tenido fiebre y congojas y el dolor del brazo era más vivo. Pasó mal la noche. Ayer se extendió el mal á la pierna derecha y tuvo los brazos completamente inmóviles. Podeis juzgar el disgusto que tendrá S. M. habiendo oido decir á Gaztelú, que ha vuelto, que doña Leonor está más grave y que no ofrece esperanza alguna (2).» Cuando Carlos V supo la muerte de su hermana, á quien había amado tiernísimamente, se le arrasaron los ojos. La reina Leonor le llevaba quince meses. Carlos presintió que no tardaría otro tanto en seguirla al sepulcro. «Antes que pasen quince meses, dijo, podrá ser muy bien que vaya á hacerle compañía (3).» Antes de que transcurriera la mitad de este tiempo, despues de la muerte de doña Leonor, habían fallecido D. Carlos y la reina de Hungría.

Hallábase ésta desesperada. A pesar de su inmensa fuerza de voluntad y del dominio que tenía sobre sus

---

(1) Carta de Mathys á Vazquez, del 28 de Febrero. *Ibid.*, p. 268, 269.

(2) Id. del mismo al mismo, del 20 de Febrero. *Ibid.*, página 269.

(3) «Sintiólo mucho y se le arrasaron los ojos y me dijo lo mucho que él y la Francia la habían siempre querido y que le llevaba quince meses de tiempo y que segun él se iba sintiendo de poco acá podría ser que dentro de ellos le hiciese compañía.» (Carta de Gaztelú á Vazquez, del 21 Febrero. *Ibid.*, p. 271.)

sentimientos, no pudo superar el dolor profundo que la embargaba; quería hablar de su hermana y los sollozos le impedían pronunciar una sola palabra (1). Fuese á Yuste buscando consuelos del Emperador y pronta á dárselos. Carlos, que había enviado á toda prisa á Valladolid por ropas de duelo para su servidumbre y la desus hermanas, quiso que estuviera todo dispuesto para la llegada de la reina de Hungría y que se alojara en la residencia imperial. Ordenó que le prepararan habitaciones en el piso bajo (2). Pasó esperándola el 24 de Febrero, aniversario de su nacimiento, que el año anterior había solemnizado alegremente, poseido de la más honda tristeza. La gota le atormentaba causándole profundos dolores en la cadera y la pierna izquierdas, tenía la boca inflamada y la lengua abotagada y no pudo comer más que mazapan y barquillos (3). El 28 llegó al monasterio el gran comendador de Alcántara, con ánimo de darle el pésame y áun de distraer sus penas, por lo agradable que era su conversacion al Emperador. Le encontró muy cambiado, y escribía á Vazquez: «Le he consolado de la pérdida de la reina de Francia y de las de Calais y Guines que S. M. ha sentido como la muerte. Estas penas, la pérdida de su hermana y los frios rigurosísimos de este invierno le han abatido mucho (4).»

(1) Carta de Quijada de 21 Febrero. *Ibid.*, p. 273.

(2) Carta de Quijada á la princesa doña Juana, del 23 de Febrero. *Retiro, estancia, etc.*, fol. 176 v.º

(3) Carta de Mathys á Vazquez, del 24 de Febrero. *Ibid.*, fol. 170 r.º

(4) Carta de D. Luis de Avila á Vazquez, del 28 de Febrero. *Ibid.*, fol. 170 v.º

La reina de Hungría llegó á Yuste en la noche del 3 de Marzo. El Emperador tanto temía como deseaba su llegada. «Me parecerá imposible, había dicho varias veces á Quijada, que haya muerto la reina cristianísima hasta que vea entrar sola á la reina de Hungría (1).» Esta entró, con efecto, sola, y el Emperador, aunque había tratado de disimularlo, se enterneció algo; su hermana no pudo disimular la pena. Permaneció doce dias al lado de Cárlos, que se había mejorado un tanto, si bien estaba aún muy débil. Sólo podía comer manjares excitantes, como arenques, pescados salados y salsas de ajo, y le faltaban fuerzas y ánimo para entregarse á ejercicios saludables que le habrían devuelto algun vigor. Mathys deploraba esta circunstancia y escribía sobre ello á Felipe II diciéndole: «que por falta de uso habían desaparecido casi, en la vida de la celda, todas sus funciones corporales. Con gran pena mia desespere de que vuelva á ejercitarlas vigorosamente. Es raro el dia que el Emperador anda quince ó veinte pasos; el resto del tiempo va en litera. Cierto es que en estos últimos dias no era posible que se sirviera de sus piés á causa de una pequeña llaga producida por la erupcion de las piernas. Pero aún cuando sus piés estuviesen libres de este achaque le sucedería lo mismo, porque no se valdría de ellos (2).»

---

(1) «Y S. M. me había dicho á mi algunas veces que no podía creer que fuese muerta la cristianísima reina hasta que viese entrar á la de Hungría sola.» Carta de Quijada á Vazquez del 4 de Marzo. *Retraite et mort*, etc., vol. I, p. 280.

(2) Carta de Mathys á Felipe II de 1.º de Abril. *Retiro, estancia*, fol. 178.

La reina de Hungría marchó de Yuste el 16 de Marzo, yendo á establecerse en Cigales. Antes de su partida tuvieron ambos hermanos una larga é íntima entrevista (1). Conocía el Emperador, por una experiencia de más de veinte años, las dotes de gobernante de la reina, y en vista de las graves circunstancias en que se encontraba la monarquía española y del deseo manifestado por la regente de que D. Felipe la reemplazara en el gobierno, deseó que su hermana se asociara á su hija, instándola para ello, é hizo que la acompañase Quijada, que debía traer de Villagarcía á su mujer doña Margarita de Ulloa con el jóven D. Juan de Austria para establecerlos en Quacos, en la más próxima vecindad de Yuste. Quijada tenía órden de ir despues á Valladolid, ver á la princesa regente y decirle en nombre de su padre que consultara todos los casos árduos del gobierno con la reina de Hungría, y muy especialmente los que se refirieran á los Países-Bajos.

Quijada desempeñó su mision sin éxito. La princesa doña Juana escuchó con disgusto el mensaje que le llevaba. Dijo que por su carácter la reina de Hungría no se limitaría á aconsejarle, que querría mandar, que la autoridad que le estaba conferida no admitía esa reforma en un ejercicio, que de adoptarse nacerían frecuentes y graves dificultades para el secreto y la unidad de las resoluciones y que en último caso prefería retirarse y renunciar al gobierno (2). En este sentido escribió al Emperador. Al mismo tiempo que manifestaba tanta resistencia al proyecto de dividir

---

(1) *Retiro, estancia, etc.*, fol. 173 r.º

(2) *Ibid.*, fol. 173 v.º

su autoridad con nadie en España, ambicionaba la posesion del poder que ejercía en Portugal su tia y suegra doña Catalina. Había mediado ya á este propósito el P. Borja en su último viaje á Lisboa. La princesa doña Juana invocaba nuevamente para sus pretensiones el auxilio del Emperador. «Escriba V. M., decía, á esa reina para que se cumpla inmediatamente la pragmática de Portugal. En cuanto á lo que V. M. aconseja sobre tratos con ella para que en el caso de que fallezca me deje por testamento la tutela del Rey y el gobierno del reino, aunque V. M. entiende de esto más que yo, me parece que podría producir todo ello un efecto contrario al que se apetece. La Reina no está bien quista de muchos personajes de su reino que desean la reemplace yo. Es evidente que en el caso de que la Reina falte no podrá ejercer nadie la tutela del Rey más que su madre, y quizás si la Reina me legara esa tutela sus adversarios lo acogerian mal. Dios le conservará la salud, y si V. M. quiere tendré allí personas que me avisen sobre cuanto ocurra y acerca de los deseos de cada uno. V. M. podrá resolver mejor en todos los asuntos cuando los conozca bien. El P. Francisco está aquí; vea V. M. si será oportuno hablar de esto con él para que se ocupe de ello cuando otra vez baje á Portugal. Infórmeme V. M. de lo que quiera que se haga (1)»

El Emperador abandonó el proyecto de agregar á su hermana al gobierno de España; pero trató de que fueran útiles, sin embargo, á su hijo la experiencia y el talento político de la reina de Hungría. La regente,

---

(1) Carta de la princesa doña Juana al Emperador del 22 de Marzo. *Ibid.*, fol. 175 y 176.

demasiado escrupulosa ó demasiado ambiciosa, conservó para sí sola la autoridad de España, sin avanzar un solo paso en la realizacion de sus ambiciones y de su deseo de apoderarse del gobierno de Portugal, donde, contra lo que había previsto, cuando terminó la regencia de doña Catalina, como durara aún la minoría de D. Sebastian, la reemplazó el cardenal infante D. Enrique. Catalina envió á Yuste uno de sus más adictos servidores, D. Alonso de Zúñiga, con encargo de visitar al Emperador y de ofrecerle algunos objetos para su uso y sus distracciones (1).

Cárlos V, que seguía desde el fondo del claustro en que habitaba, constantemente ocupado en los asuntos de su familia, sin olvidar nada de lo que pudiese redundar en ventaja de los vivos ó en honra de los muertos, ordenó el 23 de Marzo que se transportaran los restos mortales de su madre á la capilla real de Granada y que los acompañaran á esta última morada el arzobispo de Sevilla y el marqués de Comares (2). Poco tiempo despues, el dia 1.º de Mayo, aniversario de la muerte de la emperatriz Isabel, mandó celebrar por el descanso de su alma solemnes exequias, á las que, segun su piadosa y tierna costumbre, asistió como otros años (3). Al dia siguiente de esta ceremonia supo con júbilo que acababa de pasar á las sienes de Fernando la última de las coronas que ciñera, con-

---

(1) «Le envió anteojos, frascos de perfume, una botellita de oro, dos gatos de la India y una cotorra que hablaba á maravilla.» *Retiro, estancia*, etc., fol. 180 r.º

(2) *Ibid.*, fol. 176.

(3) *Ibid.*, fol. 181 r.º



servada hasta entónces contra su voluntad, la corona del imperio.

Se había realizado el más constante deseo de cuantos abrigara en los últimos años; estaba, según su propia expresión, desnudo de todo (1). No lo logró sin trabajo. Para dimitir la autoridad suprema tuvo que vencer tantos obstáculos como ordinariamente hay que superar para adquirirla. Su hijo le había suplicado que conservara el imperio, y su hermano Fernando, que no manifestaba gran impaciencia en ocuparlo, que aplazara todo lo posible su abdicación. Cuando Ruy Gomez fué al monasterio de Yuste á expresar los deseos de Felipe II sobre este asunto, Fernando escribió al rey de España en estos términos: «Dios sabe cuánto me regocijará que S. M. se resuelva á conservar el título de Emperador, cediendo á las instancias de V. A. Eso es lo que he deseado siempre y lo que ahora deseo también (2).»

Pero Carlos V, á pesar del vivo afecto que le inspiraba su hijo y del gran interés que tomaba en todos sus negocios, no accedió á lo que de él solicitaron Fernando y Felipe. Las hábiles súplicas de Ruy Gomez, los atrevidos juicios de Quijada, para quien renunciar el imperio equivaldría á descubrir la Italia y exponer los Países-Bajos, nada pudieron en el ánimo resuelto de Carlos, que se limitó, como lo había hecho hasta entónces, á esperar el resultado de la Dieta.

---

(1) Carta de Carlos V á Fernando, del 8 de Agosto de 1556. *Lauz.* t. III, p. 708.

(2) Cartas de Fernando I á Felipe II, de Praga á 26 de Abril y de Presburgo á 24 de Junio de 1557. *Documentos inéditos*, t. II, p. 475.

No llegó á reunirse esta en Egra porque los tres electores eclesiásticos y el conde Palatino no se atrevieron á abandonar sus principados (1) en el momento en que se aproximaba á las fronteras de Alemania la guerra entre los reyes de España y de Francia. Fernando aplazó cuanto pudo, á petición de Felipe II, la reunion de los electores, no sin que le costara trabajo ponerlos de acuerdo sobre la época y el lugar en que habían de reunirse (2). Los tres electores del Norte preferían á Ratisbona y los cuatro de los países meridionales de las orillas del Rhin, Ulm ó Francfort. Habiéndolos convocado Fernando en Ulm para el 6 de Diciembre de 1558, día de Reyes, no pudieron asistir los electores de Sajonia y Brandemburgo y solicitaron que se les convocara de nuevo más tarde y en otra ciudad de Alemania (3). Fernando designó la de Francfort y el 20 de Febrero, donde vino á terminar esta laboriosa eleccion del nuevo Emperador. Paulo IV pretendió suscitar nuevas dificultades reivindicando todas las pretensiones de largo tiempo atras abandonadas de los Pontífices de la Edad Media; declaró, pues, que la autoridad imperial no podía renunciarse sino en manos del Papa, como muestra de vasallaje; que Cárlos era todavía Emperador; que el duque de Sajonia, el margrave de Brandemburgo y el conde Palatino habían perdido su derecho elec-

---

(1) Carta de Fernando I á Felipe II del 19 de Abril de 1557. *Ibid.*, p. 404.

(2) Cartas de Felipe II á Fernando I de 15 Abril y 25 de Julio de 1557. *Ibid.*, p. 372 y 485-486.

(3) Cartas de Fernando I á Felipe II de 12 de Octubre y 16 de Noviembre de 1557. *Ibid.*, p. 499, 500, 502 y 505.

toral desde el punto en que incurrieron en herejía, y que por causa análoga, por sospechas de heterodoxia, debía conceptuarse incapaz de ser elegido el rey de los romanos que contribuyó á establecer la paz religiosa (1). A pesar de esta audaz oposicion los tres arzobispos de Maguncia, Colonia y Treveris, el rey de Bohemia, el margrave de Brandemburgo, el duque de Sajonia y el conde Palatino del Rhin, despues de haber admitido el 28 de Febrero la renuncia del imperio hecha por Cárlos V, eligieron para sucederle por unanimidad el 12 de Marzo á Fernando I.

Mes y medio transcurrió ántes que Cárlos V supiera que conforme á sus deseos había dejado de ser Emperador. Vagamente comenzó á circular por Yuste la noticia de este hecho ántes que el más interesado en saberlo lo conociera con exactitud y precision; por fin, el 27 de Abril comunicó Vazquez el acuerdo de la Dieta electoral. Cárlos renunció inmediatamente todos los títulos que hasta entónces había usado. Dejó de llamar á Vazquez su secretario y consejero, y le respondió poniendo así la direccion de su carta: *A Juan Vazquez de Molina, secretario y del Consejo del Rey mi hijo.* «He recibido, le decía, vuestra carta del 27 de Abril, me ha llenado de júbilo saber con certeza lo ocurrido á propósito de mi renuncia del imperio; todo ha pasado como era necesario, aunque de distinta manera que como se había dicho en los dias pasa-

---

(1) *Propos du Pape au sujet de la resignation de l'empereur Charles et de l'election du nouvel empereur.* Despacho de Roma, Marzo de 1558; Ms. Béthume, núm. 8657, p. 39, y cartas del obispo de Angulema á Enrique II y del cardenal de Bellay al cardenal de Lorena. Roma 11 de Junio y Julio de 1558. *Ribier*, t. II, p. 747, 759 y 760.

dos... He ordenado á Gaztelú que os escriba sobre dos sellos que deben hacerse de la forma y dimensiones que él os indicará. Cuidareis de que se hagan presto y se me envíen (1).» Gaztelú, con efecto, escribió aquel mismo día á Vazquez: «S. M., le decía, me ha encargado os diga que despues de aceptada su renuncia del imperio, no debe en lo sucesivo ponérsele en las cartas el título de Emperador ni otro semejante. Ha querido tambien S. M. que se le hagan dos sellos sin coronas, águilas, toison ni ornamentos de ningun género, y que se le envíen con la mayor prontitud posible (2).» Estos sellos, con efecto, no tienen más que un sencillo escudo con las armas de España y de Borgoña (3).

Por fin había llegado Cárlos á verse completamente libre y exento de aquella abrumadora grandeza, como de tanto tiempo atras deseaba. Hizo arrancar los escusones de las paredes de su vivienda y recomendó que se omitiera su nombre en las oraciones de la Iglesia y en los oficios de la misa, sustituyéndole con el de Fernando. «En cuanto á mí, dijo á su confesor Juan Regla, me basta con el nombre de Cárlos, porque ya no soy nada más (4).» Esta bellísima y

---

(1) Carta de Cárlos V á Vazquez, del 29 de Abril 1558. *Retiro, estancia*, fol. 181.

(2) Carta de Gaztelú á Vazquez, del 3 de Mayo. *Retraite et mort*, vol. I, p. 292, 293.

(3) *Ibid.*, prefacio, p. XXXVII y XXXVIII. M. Gachard se ha procurado en Simánkas una copia del sello fijado en las últimas cartas enviadas por el Emperador á Valladolid.

(4) Manuscrito de los jerónimos en *Retraite et mort*, vol. II, p. 39, 40.

sencilla declaracion la repitió delante de sus conmovidos servidores. Sin embargo, aunque desapareció de sus habitaciones la corona imperial, aunque sus sellos no ostentaban ya los antiguos títulos de Cárlos y aunque no volvió á repetirse su nombre en las públicas rogativas, continuó siendo para todo el mundo lo que hasta entónces había sido. De Valladolid, como de Brusélas, le escribían: *Al Emperador, nuestro amo*; y donde quiera que de él se hablaba todos empleaban para designarle el mismo título: *El Emperador*.

## CAPÍTULO VII.

### EL PROTESTANTISMO EN ESPAÑA.—DON JUAN DE AUSTRIA.

Descubrimiento de dos centros protestantes en Valladolid y en Sevilla.—Doctrinas luteranas propagadas en Castilla la Vieja y Andalucía por Agustín Cazalla y Constantino Ponce de la Fuente, que habían seguido á Carlos V en Alemania como capellanes y predicadores.—Número y calidad de sus adictos.—Indignación de Carlos V al conocer estos hechos.—Cartas que escribe á la princesa doña Juana y á Felipe II.—Sus invitaciones al inquisidor general Valdés.—Proceso de Cazalla, de Ponce de la Fuente y de sus partidarios.—Carlos V apresura su terminación.—*Autos de Fe* en Valladolid y en Sevilla.—Doña Magdalena de Ulloa y don Juan de Austria, hijo natural de Carlos V, se establecen en Quacos.—Declaración secreta de Carlos respecto al nacimiento de D. Juan y disposiciones que adopta en este asunto.—Educación de D. Juan; su estancia en Quacos; visitas á Yuste.—La princesa regente expresa el deseo de ir á Yuste á visitar á su padre y de dejar á su lado y bajo su dirección al príncipe heredero D. Carlos.—Preocupaciones que inspira á Carlos V la marcha del duque de Guisa á los Países-Bajos y la aparición de la escuadra turca en el Mediterráneo.—Consejos y precauciones que cree conveniente atender y adoptar.—Toma de Thionville y de Arlon por el duque de Guisa; el mariscal de Thermes invade la Flandes marítima; los turcos devastan á Menorca.—Batalla de Gravelinas; el conde de Egmont derrota al mariscal de Thermes.—Júbilo de Carlos V.—Diversos

resultados de esta campaña.—Negociaciones entabladas en Cer-camps y terminadas en Chateau-Cambrais para una paz que asegure la superioridad de España, paz que no llegó á conocer Carlos V.

Cárlos V no disfrutó mucho tiempo en su tranquila pureza las satisfacciones á que había aspirado tan vivamente de no ser nada y de no responder más que de sí mismo. Un acontecimiento inesperado vino muy pronto á turbar la paz de su refugio y á inquietar su fe. Uno tras otro se descubrieron entónces dos focos de propaganda protestante en España, uno en Castilla la Vieja, en Valladolid, donde estaba la corte; otro en la ciudad más comercial, más ilustrada y populosa de Andalucía, en Sevilla.

Ningun país parecía tan libre como España del influjo de las creencias religiosas que con caractéres en parte distintos y bajo formas algo diferentes, prevalecían en Alemania, dominaban Suecia y Dinamarca, habían sido aceptadas en la mayor parte de Suiza, ganaban la Francia, se difundían por los Países-Bajos é iban ántes de mucho tiempo á apoderarse de Inglaterra. El Tribunal del Santo Oficio debía, mediante el temor que inspiraban sus castigos y los rigores de su escrupulosa vigilancia, impedir que la reforma naciera ó arraigase en la Península ibérica. Terminada la reconquista, Fernando de Aragon é Isabel de Castilla le organizaron y atribuyeron una grande autoridad á fin de que sobre el principio religioso fundara la unidad política de la nacion. Hallóse investido con los poderes temporales y los derechos de la Iglesia, lo que le bastó á determinar violentamente la conversion ó la expatriacion de los judíos y los moros.

Tal fué la Inquisicion española, en cuyas hogueras perecieron más de 20.000 infelices víctimas, que llevó fugitivos á extraño suelo más de 400.000 israelitas y de 500.000 musulmanes (1), y que desde los confines de Navarra á los limites marítimos de Andalucía y de Pamplona á Granada, estableció, á lo ménos en la apariencia, el imperio absoluto de la fe católica. Instituida por el Rey, confirmada por el Soberano Pontífice, gobernada por un inquisidor general y un Consejo supremo, representada en las provincias por tribunales particulares, extendiendo por todo el territorio de la Península su inmensa red de familiares, alguaciles y jueces; dueña en muchos lugares de la jurisdiccion civil y la jurisdiccion religiosa; perseguidora de los delitos tanto como de las creencias, sin intervencion que moderase sus arbitrariedades, y con sus fallos inapelables, sus delaciones exigidas y largamente remuneradas, su procedimiento secreto y su sistema de torturas; facultada para imponer las penas más crueles y deshonorosas, para desenterrar los muertos, quemar los vivos, confiscar los bienes de los condenados y degradar sus familias, heridas de incapacidad por muchas generaciones, la Inquisicion debía contener á los espíritus emprendedores, inspirar temor á las conciencias vacilantes é impedir sin esfuer-

---

(1) Mariana, *Historia de España*, lib. XXVI, cap. I, asciendo á 800.000 el número de los judíos expulsados, y Llorente, *Historia crítica de la Inquisicion española*, t. I, capítulo VIII, art. 1.º, § 7, evalúa en 2.000.000 los judíos que huyeron de la Península, los moros refugiados en Africa y los españoles establecidos en América bajo Fernando é Isabel. Hay en estas cifras alguna exageracion.

zo todo intento de reforma en la fe, toda disidencia religiosa al Mediodía de los Pirineos.

Fernando el Católico empleó este formidable instrumento de uniformidad contra las razas extranjeras; Carlos V le utilizó contra las doctrinas heterodoxas. Lo que el abuelo había hecho por la causa de la nacionalidad, lo hizo el nieto por la de la religion. Sus creencias y su política obligaron á Carlos V, continuador de las tradiciones legadas por Fernando, á mantener inflexible la ortodoxia cristiana en sus estados hereditarios. Bajo este punto de vista no se diferenció mucho ni de su abuelo Fernando, que completó el catolicismo de España, ni de su hijo Felipe II, que sostuvo con su poder el catolicismo europeo. Perteneció á su raza, compartió la violencia de su celo y obedeció á la ley de su posicion. Si desatendió todo esto en Alemania por las necesidades que le obligaron á tolerar pasajeramente á aquellos á quienes hubiera querido combatir, si le forzaron á que transigiera con lo que deseaba destruir, no puede dudarse de que esto le causó profundo disgusto. Temió, como decía en Yuste y ántes de retirarse al monasterio, haber expuesto su salvacion, siquiera fuese en parte, siguiendo aquella política conciliadora. Asi es que en todos los demas reinos practicó duramente el sistema de la intolerancia. Afirmó la Inquisicion en España, la fortaleció en Sicilia, la introdujo en los Países-Bajos y trató de establecerla en Nápoles; pero se sublevó el pueblo contra ella y le obligó á que renunciara á esta odiosa institucion (1).

---

(1) Véanse los documentos y pruebas en Llorente, *ob. cit.*

Defensor ardiente de la Iglesia romana en sus países hereditarios, enemigo declarado aunque impotente de las novedades protestantes en el imperio electivo de Alemania, ¿cómo llegó á ver introducirse esas novedades en la Península, inaccesible á ellas por el concierto de la monarquía y la Inquisición? El conocimiento de las lenguas hebraica y griega, el estudio de los textos sagrados, la comunicacion con atrevidos controversistas del lado allá del Rhin y la lectura de sus obras, habían contribuido anteriormente á que penetrasen en España las doctrinas luteranas. Contrastadas y disipadas entónces (1), volvieron de nuevo traídas por los mismos que habían seguido á Cárlos V á Alemania durante los años de 1546 á 1552. Muchos predicadores y capellanes del Emperador fueron muy pronto, por el mismo medio en que vivían, tocados del espíritu innovador. El exámen de los dogmas los llevó mucho más léjos aún del punto á que llegaran anteriormente algunos lingüistas españoles por la interpretacion de los textos sagrados. Todo parecía precipitarse hácia la reforma en aquella sociedad europea erudita y razonadora, atrevida por curiosidad y religiosa por espíritu: la ciencia la preparaba á la herejía; la piedad la aproximaba á las doctrinas reformadoras y la controversia la arrastraba á adoptarlas. Esto fué lo que sucedió á dos de los principales teólogos de Cárlos V, á Constantino Ponce de la Fuente y á Agustín Cazalla, durante la cruzada católica que había emprendido el fervoroso Emperador contra el protestantismo alemán.

---

(1) Llorente, t. II, c. XIV, é *Historia de los protestantes españoles*, por Adolfo de Castro. Cádiz, 1851, in 8.º, p. 45 á 105.

Constantino Ponce extendió por Andalucía el gérmen de las innovaciones que Cazalla propagaba en Castilla la Vieja. La ciudad de Sevilla, adonde se retiró el doctor Ponce, estaba sometida á la activa vigilancia del Santo Oficio, que había perseguido como sospechosos de herejía á hombres recomendables por la extension de sus conocimientos y la pureza de su vida, como el canónigo magistral de la iglesia metropolitana Juan Gil, obispo electo de Tortosa, y el doctor Vargas, de la universidad de Alcalá de Henares. El canónigo Gil era un orador elocuente; el doctor Vargas un escritor profundo. La Inquisicion procesó á Gil en 1550, lo *reconcilió* en 1552 y retuvo preso hasta 1555 (1). Cuando murió Juan Gil (cuyos huesos fueron quemados años adelante en un auto de fe) le reemplazó en el empleo de canónigo magistral de Sevilla Ponce (1556), que había rehusado aceptar una posicion eminente en Cuenca y en Toledo. Constantino dirigía de algun tiempo atras en la ilustrada capital de Andalucía el colegio de la Doctrina, y había fundado en él una cátedra de las Santas Escrituras, cuyo sólo nombre era objeto de alarma para las conciencias. Los tres sabios doctores habían propagado con un misterio que á la larga no podía escapar á la vigilante mirada de la Inquisicion y con un éxito que por lo inmenso debía ser muy breve, las doctrinas proscritas. Cuando el Santo Oficio procesó á Gil, muchas personas cono-

---

(1) Reginaldi Gonsalvi Montani, *Inquisitioni hispanæ artes de lactæ*. Heidelberg, 1567, p. 256 á 265.—*Historia de los protestantes españoles*, p. 109 á 114. Llorente, t. II, capítulo XVIII.—*History of the reformation in Spain*, by Thomas M'Crie. Edimburgo, 1829, p. 152, 154.

cidas por sus opiniones luteranas abandonaron á Sevilla, yéndose á la tolerante Venecia ó á la libre Ginebra; fueron de este número Casiodoro de Reina, Juan Perez de Pineda, Cipriano de Valera y Julian Hernandez de Villaverde. Queriendo estos fugitivos servir en tierra extranjera la causa por que abandonaban la patria, tradujeron al castellano é imprimieron catecismos, biblias y resúmenes de la doctrina cristiana segun la interpretacion protestante. El emprendedor Villaverde se encargó de traer esas obras á la Península, disfrazado de arriero. Dos toneles llenos de libros fueron depositados secretamente en casa de don Juan Ponce de Leon, hijo segundo del duque de Bailen, primo hermano del duque de Arcos y pariente de la duquesa de Béjar, y en el convento de jeronimos de San Isidro del Campo (1), extramuros de Sevilla; el prior, el vicario, el procurador y la mayor parte de los frailes de esta casa eran partidarios de las doctrinas reformadas, adoptadas tambien por los dominicos, como Fray Domingo de Guzman, hijo del duque de Medina-Sidonia y el predicador del convento de San Pablo, y por los franciscanos del convento de Santa Isabel, que se habían dejado convencer. La capilla luterana estaba en la casa de doña Isabel de Baena, piadosa y rica dama de Sevilla (2).

El antiguo predicador de Carlos V, Constantino Ponce de la Fuente, era el que más partidarios atraía á su casa. Auxiliábale la brillante aureola con que había aparecido en la cátedra de la metrópoli, adonde

---

(1) *Historia de los protestantes españoles*, p. 250 y 251.

(2) *History of the reformation in Spain*, p. 217, 219.

acudían para escucharle la nobleza andaluza y el clero de Sevilla. En sus sermones mezclaba á los dogmas consagrados gran número de máximas luteranas, acostumbrando de esta manera á su auditorio á las novedades religiosas. Habiéndole oído el P. Francisco de Borja cuando en 1557 estuvo en Sevilla, comparó el sermón de Constantino Ponce al caballo de Troya, y excitó á los católicos á que desconfiaran de su enseñanza como de un lazo preparado para sorprender su fe (1). Algunos dominicos, que fueron á escucharle con intento de perderle, fueron más allá que el comisario general de los jesuitas y lo denunciaron á la Inquisición. Conceptuando ésta sospechosas las doctrinas de Ponce, lo citó varias veces al castillo de Triana, donde residía el Tribunal, para que explicara algunas de sus proposiciones. De buen grado le habrían perseguido los inquisidores, pero no se atrevieron á hacerlo por la consideración que Carlos V le dispensaba. Mucho alarmó á los amigos de Constantino saber que lo llamaban con tanta frecuencia del castillo de Triana, y le preguntaron con ansiedad por qué era citado ante los inquisidores. «Para quemarme, respondió, pero aún estoy muy verde (2).» Sin embargo de esto, para evitar la suerte que le amenazaba, se deshizo de gran número de obras de Lutero y Calvino que tenía en su casa y aún de sus mismos manuscritos, que contenían una doctrina semejante á la

---

(1) *Vida de Francisco de Borja*, por el cardenal Cienfuegos, é *Historia de los protestantes*, p. 267.

(2) «Me quieren quemar, pero me hallan muy verde todavía.» (*Ms. de Santivañez*, citado por A. de Castro, página 269.)

de los grandes innovadores. Confió este depósito á una dama de cuyos sentimientos religiosos, como de la adhesion personal que le profesaba, estaba muy seguro, á la viuda doña Isabel Martinez, que lo escondió tras una pared de la cueva de su casa. Ponce permaneció, sin embargo, en Sevilla expuesto al peligro, miéntras que doce jerónimos de San Isidro del Campo huían prudentemente á Ginebra.

En tanto que esto pasaba en Andalucía, Agustin Cazalla propagaba el luteranismo en el corazon de Castilla la Vieja. Pertenece á una familia notable que había desempeñado altos cargos en la administracion, y era su padre en Valladolid *contador mayor*. El doctor Agustin había estudiado en Alcalá de Henares. Pertenece al clero regular, y como elocuente canónigo de Salamanca lo escogió Carlos V para predicador de su corte. Era instruido, dulce, piadoso, de irreprochables costumbres, de espíritu atrevido y carácter débil. Despues de haber abandonado al Emperador, volvióse para su prebenda de Salamanca con las opiniones que había abrazado en Alemania; iba frecuentemente á Valladolid y allí las exponía en secreto y allí hizo progresos su enseñanza, que no pasaron durante mucho tiempo inadvertidos. Celebrábase los conciliábulos de los reformados casa de la madre de Cazalla, doña Leonor de Vivero. Sus habitaciones servían como de templo á los nuevos luteranos; allí se leían los libros santos y se escuchaba la palabra evangélica. Agustin Cazalla había convertido á muchos sacerdotes, abogados, jueces y personas de brillo por sus riquezas ó su posicion. En la primavera de 1558 descubrió este centro importantísimo, inmediato á la corte, y cuya propaganda irradiaba

hasta Zamora, Toro y Logroño, el inquisidor general Valdés. El centro de Sevilla tardó algún tiempo en conocerse.

El 27 de Abril Vazquez de Molina y la regente de España comunicaron la noticia al Emperador (1), que se manifestó muy afligido por ella y que reveló á la vez turbacion é ira al saber que las nuevas creencias empezaban á divulgarse en España. Quiso que se castigara con el más exagerado rigor á los que se habían dejado sorprender; en su recomendacion, severa hasta la crueldad, se adivina tanto el político español que no quería que alentasen disidencias en el seno del Estado, como el católico ardiente que miraba con horror la herejía y con miedo que su conducta pudiera ser tildada de tolerancia. Escribía á la regente en estos términos: «Serenísima princesa: Mi muy querida y amada hija... Aunque estoy seguro de que importando esto mucho á la honra y servicio de Ntro. Señor y á la seguridad de estos reinos, donde por su divina gracia se conserva intacta la religion, se procederá á las investigaciones y persecuciones oportunas con extraordinaria diligencia; os ruego lo más pronto que me es posible que ordeneis al arzobispo de Sevilla no se ausente de la corte; encargadle de proveer á todo lo preciso é intimad de mi parte á los del Consejo de la Suprema para que hagan cuanto se juzgue conveniente. Descanso en ellos y en que atajarán el mal en seguida, y en vos que les apoyareis y comunicareis el ardor de que necesitan. Los culpables deben ser castigados con la notoriedad y el rigor

---

(1) Carta del Emperador á Vazquez. (*Retiro, estancia*, fol. 180 v.º)

que exige la índole de su falta y sin excepcion de persona alguna. Si me sintiera con fuerzas para ello, procuraría contribuir por mi parte á ese castigo, añadiendo este esfuerzo á los que he realizado para obtener el mismo fin; pero sé que no es necesario nada de esto y que en todo se obrará como conviene.» Insistía en que se castigara en seguida y con energía á esos *luteranos*; «porque no puede haber reposo ni prosperidad allí donde no existe unidad de religion, como por experiencia he aprendido en Alemania y Flándes (1).»

Doña Juana enseñó la carta del Emperador al inquisidor general Valdés, cuyo celo dispensaba y hacía inútil toda excitacion. El avaro y terrible arzobispo de Sevilla estaba más dispuesto á inmolar heréticos por la conservacion de la fe que á dar sus ducados para la defensa del país. Persiguió á los *luteranos* españoles con infatigable encarnizamiento; se apoderó de Fr. Domingo de Rojas, hijo del marqués de Rojas, que se había ocultado, y al mismo tiempo mandó arrestar á su hermano D. Pedro Sarmiento Rojas, caballero de la órden militar de Santiago y comendador de Quintana, á la mujer de éste, á D. Luis de Rojas, nieto del marqués y heredero de esta noble casa, á doña Ana Enriquez, hija de la marquesa de Alcañices y á Juana Velazquez, de su servidumbre. En Logroño al caballero D. Carlos de Sesse y al licenciado Herrera; en Valladolid á doña Francisca de Zúñiga, hija del licenciado Baeza, á los dos hermanos del doctor Cazalla, clérigo, y á una de sus hermanas, á

---

(1) Carta de Carlos V á la regente doña Juana. (*Ibid.*, fol. 182.)



doña Catalina de Ortega, hija del licenciado Hernando Diez, á la beata Juana Sanchez y al platero García; en Toro á D. Juan de Ulloa, de la orden de San Juan, y al licenciado Hernando; en Zamora á D. Cristóbal de Padilla; en Palos á Pedro Sotelo y á Antonio Pazon, servidor de D. Luis de Rojas; todos fueron presos y encerrados en los calabozos del Santo Oficio. Sobre este grave descubrimiento y numerosas prisiones dirigió el inquisidor general Valdés á Felipe II un largo informe, que tambien envió á Carlos V. A pesar de que la Inquisicion no había aún descubierto el centro protestante de Sevilla, Carlos V experimentó dolorosa sorpresa cuando supo la destruccion que había hecho por tantos lugares en las creencias católicas la propaganda luterana, y escribió sobre esto á 25 de Mayo una larga carta á la princesa regente, diciéndole:

«Creed, hija, que este negocio me ha puesto y tiene en tan gran cuidado y dado tanta pena, que no os lo podría significar, viendo que miéntras el Rey y yo hemos estado ausentes de estos reinos han estado en tanta quietud y libres de esta desventura, y que ahora que he venido á retirarme y descansar á ellos sucede en mi presencia una tan gran desvergüenza y bellquería y han incurrido en ello semejantes personas, sabiendo que sobre ello he sufrido y padecido en Alemania tantos trabajos y gastos y perdido tanta parte de mi salud; que ciertamente, si no fuese por la certidumbre que tengo de que vos y los de los Consejos que ahí están remediarán muy de raíz esta desventura, pues no es sino un principio sin fundamento y fuerzas, castigando á los culpables muy de véras para atajar que no pase adelante, no sé si tuviera su-

frimiento para no salir de aquí á remediarlo...» Seguía aconsejándola que usara de todo rigor y recordándole el ejemplo de lo que había hecho él en Flándes, donde entró la herejía por la vecindad de Alemania, Inglaterra y Francia. Los Estados del país se opusieron al establecimiento de la Inquisicion, fundándose en que no había judíos en Flándes, y entonces designó á cierto número de sacerdotes encargados de inquirir quiénes incurrieran en herejía y de condenarlos á muerte inmediatamente, confiscándoles sus bienes; se quemó vivos á los pertinaces y se decapitó á los *reconciliados* con la Iglesia. «Creed hija mia, decía Cárlos al fin de su carta, que si en un principio no se hace uso de los castigos y remedios propios á contener tan grave mal, sin economía de medio alguno, no debe esperarse que más adelante pueda ni el Rey ni nadie atajarlo (1).»

Cárlos escribió aquel mismo dia á Vazquez, á Quijada, á la reina de Hungría y á Felipe II (2). Aun cuando había renunciado á toda autoridad conservaba aún la costumbre del mando, y hasta el último dia se vió en el solitario de Yuste al monarca de dos mundos. A Vazquez se dirigió, pues, como á su secretario (3) y ordenó á Quijada fuera de Villagarcía á

---

(1) Carta de Cárlos á doña Juana, del 25 de Mayo. (*Ibid.*, fol. 191 y 192.)

(2) *Ibid.*, p. 192, 193 y 194.

(3) En las cartas del 25 de Mayo, 5 de Julio y 9 de Agosto de 1558 llama otra vez á Vazquez *mi secretario y del mi Consejo*. Gaztelú refrendó estas cartas con la fórmula: *Por mandado de S. M.*, p. 295, 308, 312 del primer volumen de la coleccion de cartas copiadas en el archivo de Simáncas y publicadas por M. Gachard en su *Retraite et mort*, etc.

Valladolid para conferenciar en su nombre acerca de este asunto con la regente, el inquisidor general Valdés, los miembros de los Consejos de Estado, de Castilla y de la Inquisición, y excitarles á obrar sin tregua y á herir sin misericordia. Comunicó al Rey cuanto había hecho á este propósito y le recomendó de nuevo severidad inexorable. Felipe II estaba completamente conforme con su padre; en la exaltación de su fanática alegría escribió al márgen de la carta de éste: «Besadle las manos por lo que manda y suplicadle que continúe (1).» Dióle gracias con toda efusión y descansó en él respecto á las medidas que fuera necesario adoptar: «He visto, decía á su hermana en una carta posterior, lo que el arzobispo de Sevilla y los del Consejo de la Santa Inquisición nos han escrito y lo que el Emperador mi señor ha ordenado hacer, según sus sentimientos, y el santo celo que ha mostrado siempre por la conservación y aumento de la fe católica. Estoy seguro de que ha puesto y pondrá toda la diligencia necesaria y posible contra los inculpadados y que no levantará mano de este negocio hasta que se les haya castigado con todo rigor, ejemplarmente, como lo requiere la índole del caso que interesa al servicio de Dios, al bien, al reposo y la seguridad de estos reinos. A fin de que no haya retraso alguno en ejecutar lo necesario por consultarme aquí, donde me ocupan las atenciones de la guerra, escribo al arzobispo de Sevilla y al Consejo de la Inquisición para que se dé cuenta á S. M. de estos asuntos. Estoy seguro de que el Emperador los atenderá de buen grado y proveerá á ellos resolviendo lo

---

(1) *Retiro, estancia, etc.*, fol. 193 v.º

que le convenga, como se lo suplico en carta que de mi propia mano le escribo (1).»

Quijada no encontró á la regente ni al arzobispo en Valladolid, porque se habían ido á pasar las fiestas de Pentecostés al bosque real del *Abrojo*. Allí se fué tambien Quijada para transmitir á doña Juana las órdenes de su padre. La princesa lo envió á que las comunicara al inquisidor general, Valdés, al presidente del Consejo de Castilla, Juan de Vega, y á los miembros más importantes de los diversos Consejos del reino. Quijada encontró al arzobispo de Sevilla tan excitado como estaba D. Carlos; pero era ménos profunda la impresion que habían hecho en su ánimo los sucesos. Valdés quería, siguiendo las aterradoras prácticas de la Inquisicion, continuar las pesquisas é investigaciones con hábil lentitud para llegar á una severidad exagerada y completa en los castigos. Habiéndole dicho Quijada de parte del Emperador «que convenia apresurarse ahora y castigar á los convictos en los plazos más breves en que fuera costumbre hacerlo,» el arzobispo respondió: «Eso es lo que piden muchas personas y lo que el pueblo mismo reclama públicamente, con gran regocijo mio, porque esto prueba que no se condena mi conducta y que se desea el castigo de los herejes. Pero no es oportuno proceder con tanta rapidez; de esa manera no se podría conocer á fondo el asunto, que los jefes mismos descubrirán al cabo. No conviene marchar más de prisa. Se trata de saber toda la verdad; si los procesados no la confiesan en un solo dia, lo harán al si-

---

(1) Carta de Felipe II á doña Juana, de 6 de Setiembre de 1558. (*Retraite et mort*, etc., vol. I, p. 302 y 303, nota II.)

guiente, ya porque se les persuada ó ya porque se les arranque su secreto en los interrogatorios. Si se obstinan en callar apelaremos á la violencia y á la tortura. Así se sabrá todo (1).»

Consultado sobre este punto el Consejo de Estado y el de la Inquisicion, emitieron su parecer opuesto al de Valdés y conforme con el del Emperador. «Todos desean, escribía á Carlos V Quijada, servir con diligencia á Dios y á V. M... Están animados de un gran celo que les lleva á proceder con urgencia. El pueblo, por último, habiendo conocido los deseos de V. M. y su oferta de abandonar el monasterio para resolver esta cuestion, muestra extraordinario júbilo» (2). Se activaron las persecuciones y cada dia se hicieron nuevos arrestos. Valdés delegó su autoridad para Castilla la Vieja en D. Pedro de la Gasca, obispo de Valladolid, y para Andalucía en D. Juan Gonzalez de Muñibrega, obispo de Tarazona.

Habian sido descubiertos los *luteranos* que hasta entonces residían ocultos en Sevilla. La Inquisicion prendió al sabio y piadoso Vargas y al sencillo Fray Domingo de Guzman. El elocuente y sospechoso Constantino Ponce de la Fuente no volvió á ser llamado al castillo de Triana; se le encerró en un calabozo. En casa de la viuda doña Isabel Martinez, perseguida como herética, y gracias al terror de su hijo, que los entregó al Santo Oficio, se encontraron sus libros y papeles ocultos tras la muralla de la cueva.

(1) Carta de Quijada al Emperador, de 31 de Mayo. *Ibid.*, 289.

(2) Carta de Quijada al Emperador, de 10 de Junio. *Ibid.*, p. 385.

No pudo defenderse ni apelar á subterfugios de ningún género; sus propias obras y las de los grandes doctores de la herejía, con las que estaban las suyas, constituyeron prueba plena para condenarle. Lo arrojaron á un foso profundo, oscuro, húmedo, infecto, y lo trataron con tanto más rigor, cuantas mayores consideraciones le habían dispensado anteriormente. Cuando Cárlos V, que conocía todo el valor de su talento, supo la prision de Ponce, dijo: «Si Constantino es hereje, será un gran hereje.» Hablando de Fray Domingo de Guzman, añadió: «Más se le hubiera debido encerrar por idiota que por luterano» (1).

Los inquisidores arrestaron en Sevilla más de 800 personas de todos los sexos y calidades. El terror se propagó por todo el ámbito de la populosa ciudad. Muchas familias sospechosas ó que temían ser consideradas como tales huyeron á Inglaterra, á Suiza y á Alemania. Estos expatriados publicaron, desde el seguro abrigo de su destierro, dos escritos contra la Inquisicion, en los cuales estaban pintadas con el acento del dolor más patético y de la indignacion más vehemente la avaricia ruinosa, la ignorancia cristiana y la feroz inhumanidad del Santa Oficio. Uno de estos escritos había sido anteriormente dirigido al Emperador; pero éste, á pesar de las análogas denuncias que llegaban constantemente á sus oídos contra el Tribunal de la Fe, seguía considerándolo el medio más eficaz de mantener la autoridad religiosa y la unidad nacional. Así lo decia al prior de Yuste, Fray Martin de Angulo, con quien se dolía de no haber de-

---

(1) Sandoval, t. II, *Vida de Cárlos V*, § 10, p. 829.—  
Llorente, t. II, cap. XVIII.

tenido en 1521 la marcha del protestantismo con la muerte de Lutero, cuando se hallaba en Worms el reformador, y así lo expresó en su codicilo algunos días ántes de morir manifestando su última voluntad al Rey su hijo. «Le ordeno, decía, en mi cualidad de padre y por la obediencia que me debe, que procure cuidadosamente la persecucion y castigo de los herejes para que sean penados con toda la pompa y severidad que merece su crimen, sin excepcion de ningun género y sin contemplaciones á las súplicas, rango ó calidad de las personas. Para que mis intenciones se realicen le obligo á que haga proteger en todas partes el Santo Oficio, que tan gran número de crímenes impide ó castiga... Esto le hará digno de que Nuestro Señor asegure la prosperidad de su reinado y le proteja contra sus enemigos para mi mayor consuelo» (1).

Los sentimientos de Cárlos V, como sus consejos, las miras de su política como las recomendaciones de su ortodoxia, no le permitieron permanecer extraño á las terribles ejecuciones religiosas de Valladolid y Sevilla en 1559 y 1560. No vivió lo bastante para verlas; pero contribuyó á prepararlas. Tuvo su parte en los cuatro solemnes autos de fe celebrados con tanta solemnidad en Valladolid á 21 de Mayo de 1559, ante la regente doña Juana, el infante D. Cárlos y toda la corte, y á 2 de Octubre del mismo año ante D. Felipe II; y en Sevilla el 24 de Diciembre de 1559 y el 22 de Diciembre de 1560 ante el clero y la nobleza de Andalucía. El desventurado Cazalla, á pesar de su arrepentimiento, y el cadáver de Constantino Ponce,

---

(1) Codicilo. En Sandoval, t. II, p. 881 á 891.

muerto en la prision ántes de que se pronunciara su sentencia, fueron llevados á la hoguera, cuyas llamas devoraron 63 personas vivas. Al lado de estas víctimas inmoladas en nombre del Dios de la misericordia, comparecieron otros 137 reos condenados á menores penas y que revestidos del ignominioso *sambenito* fueron reconciliados con la Iglesia. Este horrible holocausto y esa degradante reconciliacion se realizaron en medio de las manifestaciones de asentimiento y alegría de un pueblo fanático, de un clero dominador y de una corte despiadada. La Inquisicion había vencido: despues de dominar la herejía se hizo dueña del trono; juraron permanecerle fieles sin restricciones y apoyarla sin reservas la regente, el príncipe heredero y el Rey (1); ántes había recibido manifestaciones expresivas de la sumision del Emperador, que llegó, acatando dócilmente las prohibiciones severas de la Iglesia española que condenaba la lectura del Antiguo y Nuevo Testamento en lengua vulgar, á suplicar del Santo Oficio se le otorgara licencia para leer la *Biblia* en frances (2); la obtuvo gracias á la confianza que inspiraba la sinceridad de su fe y al respeto debido á su poder. En la corte imperial de Yuste no quedó más *Biblia* que la suya. El sabio doctor Mathys tenía un bellissimo ejemplar frances que había traído de Flándes (3), y se le obligó á que lo

---

(1) *Historia de los protestantes españoles*, libro II y libro IV.—Llorente, t. II, capítulos XX y XXI.

(2) *Retiro, estancia*, etc., fol 195 r.º

(3) Cartas de Mathys á Vazquez de 30 Mayo y 19 Junio de 1558, citadas por nota en *Retraite et mort*, vol. I, páginas 197-198.

destruyese delante del confesor: la Inquisicion no le permitió conservarlo.

Miéntas tanto, la vuelta del estío, que aquel año se hizo esperar más que de costumbre en Extremadura, había mejorado un poco la débil salud del Emperador. El médico Mathys escribía el 18 de Mayo: «S. M. ha recobrado bastante sus fuerzas despues de la Pascua, y esto le hace estar muy alegre. Hace más de quince dias que tenemos cerezas. El Emperador come muchas; tampoco escasean en su mesa las fresas y S. M. tiene la costumbre de comer una escudilla de crema de estas últimas. Despues se le sirve un pastel con muchas especias, jamon cocido y pescado frito; esto es lo que forma la mayor parte de su comida (1).» Estos manjares salpimentados y el abuso de los pescados destruían los efectos temperantes de las frutas y contribuían á que aumentara más y más la erupcion de sus piernas, que llegó á impedirle dormir y se presentó acompañada de síntomas extraños. Mathys los vió con alarma y añadía, deplorando las malsanas costumbres de su indócil enfermo. «El Emperador come mucho y bebe más; no quiere cambiar su antigua manera de vivir y confía locamente en las fuerzas naturales de su complexion, que á menudo decaen y flaquean más pronto de lo que se presume, sobre todo en un cuerpo lleno de malos humores (2).» Sin embargo, con los baños, dándose algunos dias dos, consiguió Cárlos calmar, aunque sin disiparla, la irritacion de sus piernas. Quedóle, sin

---

(1) *Retiro, estancia*, fol. 188 v.º

(2) *Ibid.*, fol. 189 r.º

embargo, un fuerte dolor de cabeza que le molestaba por las tardes y que desaparecía ó con la cena de la noche ó durante el sueño (1). La ardiente temperatura del mes de Julio parecía haber disipado completamente sus males. «Acá hace gran calor, escribía Mathys, con el cual S. M. siempre se halla bien (2).»

A principios de Julio trajo Quijada á Extremadura á su familia, de Villagarcía, adonde había ido á buscarla por orden del Emperador (3). Se estableció en la mejor casa de Cuacos, preparada de antemano para recibir á su esposa doña Magdalena y al niño que había de ser años adelante vencedor de los moros y de los turcos, el héroe de las Alpujarras, de Túnez y de Lepanto. El hijo natural de Carlos V, tan ilustre despues en la historia bajo el nombre de D. Juan de Austria, respondía entónces por el modesto y oscuro de Jerónimo. Había nacido el 24 de Febrero de 1545, fruto de los amores del Emperador con una jóven y bella dama de Ratisbona llamada Bárbara Blomberg. Carlos ocultó cuidadosamente á todos su nacimiento y le confió desde sus más juveniles años al cuidado de servidores de baja condicion, pero leales. En 1550 ordenó á su ayuda de cámara Adriano Dubois y al ugiere Ogier Bodard, únicas personas que conocían

---

(1) Carta de Mathys á Vazquez de 24 de Mayo. (*Ibidem*, fol. 189 v.º)

(2) «Acá hace gran calor, con el cual S. M. siempre se halla bien.» (Carta de Mathys á Vazquez del 6 de Julio. *Ibid.*, fol. 206 r.º)

(3) Carta de Quijada á Vazquez del 9 de Julio y de Quijada á Felipe II del 28 de Julio en *Retraite et mort*, vol. I, p. 307 y 311.

el secreto, que lo llevaran á Francisco Massi. Ibase este para España con Ana de Medina, su mujer, y el 13 de Junio contrataron hacerse cargo del niño, que creían era hijo de Adriano, prometiendo tenerlo y tratarlo como si fuera su propio hijo; para el viaje y por el primer año recibieron la cantidad de 100 escudos, que debía reducirse á 50 ducados en los siguientes.

Massi (que era tocador de viola del Emperador) firmó un documento por el cual se obligaba á todo lo anteriormente consignado y á devolver el niño en cuanto Adriano quisiera. Este documento fué enviado á Cárlos V, que lo guardó en 1554 junto con sus disposiciones testamentarias más íntimas é importantes, con el documento relativo á Navarra y con otro que ordenaba para lo futuro la suerte del mismo D. Juan. En él decía: «Además de lo contenido en mi testamento declaro que, hallándome en Alemania despues de mi viudez, he tenido de una mujer soltera un hijo que se llama Jerónimo. Por razones que me inducen á pensarlo así, he querido que, si es posible inclinarlo á ello, tome espontánea y libremente el hábito de cualquier órden religiosa, sin que se le obligue ó violente á hacerlo contra su voluntad. Si no quiere y escoge la vida seglar, es mi voluntad y mi órden que se le den cada año 20 ó 30.000 ducados de renta sobre el reino de Nápoles, asignándole con esta renta tierras y vasallos. Para la asignacion de tierras y fijacion de la cantidad anual que ha de recibir, confío en lo que determinen el rey mi hijo ó, caso de que éste falte, el príncipe D. Cárlos mi nieto... Si el dicho Jerónimo no abraza el estado que deseo para él, gozará de dicha renta por toda su vida y despues de él sus herederos y descendientes legítimos. Cualquiera que

sea el género de vida que escoja, recomendando especialmente al rey mi hijo y al príncipe mi nieto que le honren y manden honrar otorgándole las consideraciones que merece y cumplir y ejecutar el contenido de esta cédula que he firmado por mi mano y con mi nombre, cerrado y sellado con mi pequeño sello secreto y que debe observarse y cumplirse como una clausura de mi testamento. Hecho en Brusélas el sexto día del mes de Junio del año de 1554 (1).»

En otro papel había escrito, para que pudiera descubrirse el niño cuya existencia le inspiraba tan afectuosa solicitud, lo siguiente: «A mi hijo ó á mi nieto... Si cuando se abran mi testamento y esta cédula no sabeis dónde se encuentra Jerónimo, podeis preguntarlo á mi ayuda de cámara Adriano, y si éste hubiera muerto, á Ogier, ugier de mi real cámara, á fin de que se haga con él lo que más arriba dispongo... Firmado: *Yo el Rey* (2).» Cuando el Emperador marchó de Brusélas en 1556 dejó estos papeles bajo un sobre cerrado á Felipe II, que escuchó entónces la confianza de su padre y escribió en el sobre: «Si muero ántes que S. M. remítansele estos papeles, si muero despues entréguense sin falta á mi hijo ó á mi heredero (3).»

El niño confiado á Massi fué llevado á España en el estío de 1550 y vivió algunos años en Leganes, á dos leguas de Madrid. Gustábale más correr por los campos y sembrados, cazando pequeños pájaros con la

(1) *Papeles de Estado del cardenal de Granvela*, in-4.º, tomo IV, p. 496 á 498.

(2) *Ibid.*, p. 498.

(3) *Ibid.*, p. 495.

ballesta, que estar al lado de Ana de Medina, viuda poco despues de llegar á España, y prefería estos ejercicios y sus juegos con otros pequeñuelos á ir al presbiterio y aprender los rudimentos literarios y religiosos del cura ó del sacristan del pueblo. Los ardientes rayos del sol que abrasa las llanuras de Castilla y el cierzo helado que descende de la cordillera del Guadarrama, habían hecho fuerte, ágil y atrevido al misterioso niño, cuyos azules ojos brillaban bajo la espaciosa frente de los Austrias y cuyo tostado rostro, ornado por blondos y largos cabellos, tenían una expresion encantadora, cuando por orden de su padre se trasladó del villorrio de Leganes al palacio de Villagarcía. Fué á recogerlo en 1554 el ugier imperial en el momento en que Cárlos V preparaba su abdicacion y su retiro á España, y con una carta de Luis de Quijada envió al jóven Jerónimo al lado de doña Magdalena de Ulloa. Retenían al esposo de ésta, Quijada, cerca del Emperador los deberes de su oficio de mayordomo; limitóse, pues, á escribirle diciéndole que el niño que se le confiaba era hijo de un grande amigo suyo, cuyo nombre debía ocultar (1).

Doña Magdalena de Ulloa había casado con Quijada en 1549. Era ella descendiente de la familia de los Ulloa (2), ilustre en las armas y las letras, linaje que desde el reinado de D. Juan II tomó parte en los

---

(1) *Don Juan de Austria, historia*, p. 11 á 13, y *Vida de Magdalena de Ulloa*, por Juan Villafañez, in-4.º Salamanca, 1743. A. 43.

(2) *Nobiliario genealógico de los reyes y titulos de España*, por Lopez de Haro, in-4.º Madrid, 1622, t. II, p. 240 á 242 y p. 444 y 445.

más importantes negocios y más gloriosas conquistas de la monarquía española, y que estaba enlazado con las familias más esclarecidas de Aragon, Castilla y Portugal. Era doña Magdalena hermana del marqués de la Mota; en sus costumbres había permanecido fiel á las tradiciones de la raza cuyo nombre llevaba, uniendo un espíritu ilustrado á la energía de ánimo. No tenía hijos de su matrimonio con Quijada y adoptó con amor el de Carlos V, educándole como madre cariñosa é inteligente. A su lado, y aprendiendo las lecciones de buen sentido y de honor militar del anciano soldado su esposo, se preparó el oscuro Jerónimo para ser el heroico D. Juan de Austria.

Más pronto hubiera venido á vivir junto al Emperador á estar dispuesta la casa de Quacos en que había de alojarse; pero esto no sucedió hasta el verano de 1558. Quijada y su mujer se instalaron allí, y el jóven que pasaba por su paje, cuyo alto origen comenzó muy en breve á ser sospechado por la indiscreta curiosidad de los frailes y de los flamencos. Al comunicar su llegada á Felipe II, único que estaba en el secreto, lo hacía Quijada empleando palabras misteriosas. «Sali, escribía, de mi casa lo más pronto que me fué posible con doña Magdalena y lo demas, y llegamos aquí el 1.º de Julio, encontrado á S. M. de excelente salud, con más vigor que el que tenía cuando me separé de él, con muy buen color é inmejorables disposiciones. De vez en cuando le aqueja un ligero dolor á la cabeza y alguna picazon á las piernas; pero estos males no le incomodan mucho» (1).

---

(1) Carta de Quijada á Felipe II, del 28 de Julio. (*Re-traité et mort*, vol. I, p. 311.)

En cuanto doña Magdalena se hubo establecido en Quacos, Cárlos V se apresuró á recibirla en el monasterio. La dama no fué solo á la audiencia del soberano. «S. M., escribía Gaztelú el 19 de Julio, está muy preocupado con la idea de enviar visitas y regalos á doña Magdalena, la mujer del Sr. Luis de Quijada. El otro dia vino á besar las manos del Emperador y éste la acogió con las mayores muestras de favor» (1). Sin duda de ningun género Cárlos vió con frecuencia á Quijada y al jóven paje, á quien amaba como un padre, sin poderle manifestar la intensidad y la causa de su cariño. El pequeño D. Juan divertíase en recorrer los bosques circunvecinos con su ballesta, y alguna vez fué ménos afortunado en estas expediciones por los verjeles de Quacos que lo que había de serlo años adelante en las alturas de la Alpujarra ó sobre las costas de Africa. Un viajero, que visitó la Extremadura más de ciento cincuenta años despues de estos acontecimientos, oyó referir un hecho cuya memoria se había perpetuado en el país, pasando de padres á hijos; el hecho es que los rudos aldeanos de Quacos hicieron bajar á pedradas de un árbol, que había escalado para coger sus frutos, al que más tarde obligara á huir á turcos y á moros (2). El pequeño conquistador, á quien su ardiente espíritu aventurero y su carácter emprendedor apartaban del claustro, iba á Yuste y en Yuste contemplaba con respetuosa admiracion al gran Emperador. Tuvo, aunque tardíamente, la gloria de llamarle padre, y su ambicion más

---

(1) *Retiro, estancia*, fol. 209 v.º

(2) D. Antonio Ponz, *Viaje de España*, t. III, carta 6.ª, § 20, p. 140, Madrid, 1784, in 12.º

querida fué la de que sus restos mortales se depositaran al lado de los de aquel á quien debía la existencia. Cuando murió, á la edad de treinta y tres años, solicitó de su hermano Felipe II este favor como recompensa á los servicios que había prestado á la causa de la cristiandad y de la monarquía española en las montañas de Granada, en el golfo de Lepanto, en la playa de Túnez y en las llanuras de Gembloux. «Suplico á la majestad del Rey, dijo, que, considerando lo que le demanda el Emperador mi señor y el buen deseo con que he tratado de servirlo, me conceda esta gracia y sean colocados mis huesos al lado de los de mi señor padre; con lo cual serán reconocidos y pagados todos mis servicios» (1). El cadáver del noble y querido niño que el Emperador quiso tener cerca de sí en los últimos días de su vida y de cuya suerte se ocupó con misteriosa solicitud la víspera misma de su fallecimiento, fué enterrado á su derecha en el panteon del Escorial.

La princesa doña Juana quiso llevar al lado del Emperador otro jóven de la misma edad, que había de morir ántes que el de Austria y de una manera mucho más trágica: el príncipe D. Carlos. Y era que inspiraba inquietud á la regente su carácter arrebatado, sus violentas inclinaciones, su escasa afición al estudio, de que tanto se quejaba el preceptor Honorato Juan, y que conociendo que no podía corregir estos defectos, pensaba que únicamente el Emperador sería capaz de imponerse á aquel carácter indómito.

---

(1) Carta del confesor de D. Juan á Felipe II, del 3 de Octubre de 1578. (*Coleccion de documentos inéditos*, t. VII, p. 248-249.)



Participó á Felipe II los descarríos del príncipe de España y le advirtió de la conveniencia de trasladar la corte fuera de Valladolid, donde estaba de más de cinco años ántes, y cuya prolongada estancia en ese punto había sido causa de desórdenes. Felipe II autorizó á la princesa para trasladar la corte adonde quisiera, con excepcion de Madrid; y como tenía el propósito de regresar muy pronto á España, solicitaba del Emperador que influyera con la reina viuda de Hungría para obligarle á aceptar de nuevo el gobierno de los Países Bajos y expresaba el deseo de que el príncipe D. Cárlos viviera al lado de su abuelo, encargando á doña Juana que se lo suplicara encarecidamente. Así lo hizo en estos expresivos términos: «Mucho me regocija ese proyecto, decía, aunque ha de ser molesto para V. M.; pero valdrá tanto realizarlo como dar la vida al príncipe. Suplico á V. M., por tanto, que ordene se lo lleven inmediatamente; V. M. no acertará cuánto me importa obtener esta gracia. Yo debo quedarme sola; mas me resignaré, porque veo todas las ventajas de que así suceda.»

Autorizada por Felipe para alejar la corte de Valladolid, preguntaba á Cárlos V si sería conveniente trasladarla á Guadalajara, á Toledo ó á Búrgos. «Si V. M., añadía, consiente en que se traslade la corte, ¿me otorgará licencia para que en el plazo que ha de mediar de su salida de aquí á su instalacion en otro punto vaya á besar sus manos? Iremos juntos la reina de Hungría, el príncipe y yo. Ellos quedarán al lado de V. M., y yo, aunque á mi pesar, volveré. Digo esto de la reina porque mi hermano me escribe pidiéndome que suplique á V. M. la haga venir y le inste vivamente para que vuelva á Flándes. Conviene

esto, como V. M. sabe y él lo desea, para dejar sus Estados bajo un buen gobierno. Si V. M. quiere dispensar esta merced á mi hermano, tambien podría otorgarme lo que le suplico. Crea V. M. que tanto mejor será cuanto más pronto esté ahí el príncipe D. Carlos (1).»

Siguiendo la costumbre que tenía de pedirle consejo para todo, consultaba la regente á Carlos V que sería conveniente hacer con el Adelantado de Canarias, que despues de haber prometido casarse con una de las damas de su corte, no quería cumplir las obligaciones de este mutuo compromiso (2). Le advertía tambien, en nombre del inquisidor general, de que los luteranos presos por el Santo Oficio hablaban del arzobispo de Toledo de tal manera, que sus palabras bastaban para tenerle por sospechoso y le atribuian sus opiniones religiosas. Valdés, que alimentaba contra Carranza sentimientos de animadversion y de envidia, aseguraba que ya le hubiese arrestado á no respetar su alto carácter eclesiástico, y rogaba al Emperador que estuviera sobre aviso cuando el primado fuera á visitarle á Yuste, cumpliendo una mision que había recibido en Flándes del Rey su hijo (3).

Carlos V estaba en esa época muy preocupado por la guerra que se proseguía con incidentes poco favorables á Felipe II, en la frontera de los Países Bajos y en el Mediterráneo. No había cesado de aguijonear el celo de los consejos y los ministros españoles, muy

---

(1) *Retiro, estancia*, fol. 213.

(2) *Ibid.*, fol. 214.

(3) *Ibid.*, fol. 215 r.º

entregados á las deliberaciones y demasiado sujetos á las trabas de un lento procedimiento burocrático. Ordenó que se fortificaran las islas del Mediterráneo y las costas de España para ponerlas al abrigo de un desembarco que pudieran intentar los turcos. Instó para que en seguida se enviaran á Flándes los auxilios en metálico que esperaba el Rey (1), deseoso de dar impulso á la campaña y recobrar en ésta la superioridad que había perdido en la anterior. El año 1558 había empezado con una sorpresa funesta al poder de los ingleses y á la reputacion de los españoles, y había continuado ofreciéndoles no interrumpidos reveses. El duque de Nevers se había apoderado de gran número de castillos en los Ardennes y el duque de Guisa atacó á Thionville sobre el Mosela. El 4 de Junio comenzó el sitio de esta importante plaza, ya acometida por Vieilleville, gobernador de Metz, y se terminó gloriosamente en diez y ocho dias. El 22, despues de grandes trabajos activamente realizados y de varios asaltos con talento y energia dirigidos, penetró Guisa en la ciudad, obligando á sus habitantes y guarnicion á capitular. En seguida tomó á Arlon y algunas otras plazas de escasa importancia, con el propósito de conquistar el ducado de Luxemburgo.

Miéntras que el duque de Guisa vencía sobre el Mosela, Pablo de Termes invadía con fortuna, á la cabeza de un pequeño ejército, la Flándes marítima. Dejó tras sí las plazas fortificadas de Gravelinas y Bourgbourg, y llegó hasta Dunkerque, tomándola por asalto en cuatro dias y guarneciéndola. Saqueó

---

(1) Carta de la princesa doña Juana al Emperador, del 8 de Agosto. (*Ibid.*, fol. 214 r.º)

á Bergues-Saint-Vinoc, y su ejército devastó todo el país hasta Nieuport. No iban mejor en Italia los asuntos de Felipe II, despues de la marcha del duque de Alba. La escuadra turca, enviada contra los españoles por el viejo Soliman II, había aparecido en los mares cristianos. Estaba compuesta de 133 barcos y era muy difícil resistir su empuje. Hizo un desembarco en el golfo de Sorrento, de donde se llevó más de 4.000 cautivos, que fueron reducidos á dura esclavitud; marchó de allí á las costas de la isla de Elba y despues á las aguas de Córcega con la esperanza de unirse á la flota francesa que poco ántes las había abandonado. De las aguas de Córcega se dirigió á las islas Baleares, fondeando junto á la de Menorca, donde los turcos sitiaron y tomaron por asalto la Ciudadela, transportando gran parte de la desgraciada poblacion menorquina á sus galeras.

Cárlos V, que era previsor y que alarmado por las eventualidades futuras no había cesado ni un solo día de aconsejar que se socorriera al Rey por todos los medios posibles, que se cuidasen y vigilasen las fronteras, avituallasen las guarniciones y se le diera cuenta de todo lo que ocurriera en Flándes y en Italia (1), supo con profunda pena estos multiplicados reveses. «Mucho han afectado á S. M., escribía Gaztelú á Vazquez, la pérdida de Thionville y la devastación y cautiverio hechos por los turcos en Menorca. No podemos distraerle ni consolarle de ello. Se queja del poco acierto con que se ha tratado de prevenir lo uno y lo otro (2).» Exhausto estaba de recursos su

---

(1) *Retiro, etc.*, fol. 204 v.º 207-208.

(2) Carta del 28 de Julio. (*Ibid.*, fol. 211 v.º)

hijo; al comienzo de este año debía á las tropas un millon de ducados y 600.000 á los banqueros; no sabía cómo proveer á las necesidades de una nueva campaña, y sin embargo acababa de hacer al duque de Alba un obsequio de 150.000 ducados. Carlos V halló fuera de tino semejante merced, y recordando la desventajosa paz concluida á las puertas de Roma, dijo con gracia: «Más hace el Rey por el duque que el duque ha hecho por el Rey (1).»

Los favores de la fortuna y las faltas de sus enemigos debían, no obstante, auxiliar á Felipe II en la empresa de reparar los anteriores desastres y terminar con ventaja esta campaña. El Consejo del rey de Francia dispuso que el duque de Guisa, despues de haber tomado á Thionville y Arlon, marchara sobre Flándes á la cabeza de su ejército y de las tropas que su hermano el duque de Aumale había reunido hácia la Fère; Pablo de Termes, victorioso, avanzaría al mismo tiempo hácia este punto. El plan era excelente, y de ejecutarse habría quedado Felipe II en situacion por todo extremo peligrosa; pero pocas veces ocurre que operaciones militares concertadas léjos del teatro de la guerra no fracasen, ya por inhábiles retrasos al cumplir las órdenes expedidas, ya por incidentes imprevistos. Esto es lo que sucedió entónces. El duque de Guisa perdió dos semanas en Arlon y Virton, donde dió algun descanso á su ejército, y Pablo de Termes no pudo sostenerse en la Flándes marítima.

El duque Filiberto Emmanuel había reunido sus tropas á Maubeuge y se dirigía hácia el condado de

---

(1) «Más hace el Rey por el duque que el duque ha hecho por el Rey. (*Retiro, etc.*, fol. 207 r.º)

Namur para oponerse á la marcha del duque de Guisa. Durante este tiempo el conde de Egmont, con 12.000 infantes y 3.000 caballos, se dirigía hácia Gravelinas, entre Dunkerque y Calais, y esperaba allí á Pablo Termes para cortarle la retirada. Este valeroso capitán, que acababa de ser nombrado mariscal de Francia en lugar de Strozzi, muerto delante de Thionville, no desmintió su reputacion de hábil. Capitaneaba un ejército inferior en número al de su adversario, y cargado de botin y aunque la gota le atormentaba, montó á caballo y avanzó hasta un tiro de arcabuz de los reales de Egmont, que le impedía seguir el camino. Tomó entónces el partido de escaparse por su derecha y seguir por el litoral hasta Calais, aprovechando el reflujo del Océano. Púsose en marcha y pasó fácilmente el rio Aa en un lugar inmediato á su desembocadura, en el momento en que el mar se retiraba. Pero el conde de Egmont á la vez atravesaba el mismo rio más arriba de Gravelinas y, adelantando al ejército frances, iba á cortarle el paso y á presentarse frente de él.

La batalla fué inevitable entónces. El mariscal Termes sólo podía volver á Calais abriéndose paso por entre los españoles; se preparó á hacerlo, adoptando las disposiciones convenientes. Atacado por las fuerzas superiores del conde de Egmont, resistió mucho y con entereza, cuando vinieron á decidir la accion doce barcos ingleses que la casualidad llevó á aquellos parajes y que comenzaron á hacer fuego sobre el flanco derecho del ejército frances que Termes creía defendido de toda agresion por la vecindad del mar. Este cañoneo inesperado llevó el desórden á sus filas; huyó la caballería, y la infantería fué cortada en grupos

por el enemigo. Pablo de Termes, herido, quedó prisionero de Egmont, lo mismo que la mayor parte de sus tenientes. Así consiguió Egmont en la batalla de Gravelinas (13 de Julio) mejorar la situacion comprometida del Rey su amo.

Felipe II se apresuró á noticiar este halagüeño resultado á su padre, que lo supo con extraordinaria alegría. «Buena ocasion es esta, dijo, de acometer á Calais, cuya guarnicion debe haber reducido considerablemente para reforzar el ejército de Termes (1).» Poco tiempo despues recobraba Felipe II algo que era más importante para él que la plaza de Calais, sobre todo desde que por muerte de María Tudor había cesado de ser rey de Inglaterra, en cuyo reino sucedió á su difunta esposa, la princesa Isabel. El decaecimiento de sus enemigos, cuyos recursos se habían agotado—aunque en esto no les llevaba Felipe ventaja,—los funestos consejos del condestable de Montmorency que sufría con impaciencia su cautiverio, y que despues de haber expuesto la Francia á una invasion provocando la imprudente derrota de San Quintin, la condenó á los sacrificios más duros é innecesarios en la humillante paz de Chateau-Cambresis; la debilidad y ligereza de Enrique II, que cedió á los interesados consejos del condestable y á la perniciosa influencia de la duquesa de Valentinois, omnipotente en su espíritu y en su corazon, devolvieron muy luégo á Felipe II todo lo que habían perdido los españoles, no sólo en esta guerra, sino en las precedentes.

La victoria de Gravelinas, que, en realidad, era

---

(1) *Retiro, estancia*, fol. 215 r.º

poco importante, no debía producir esos resultados. Muy pronto se reparó este reves, más brillante que decisivo. El duque de Guisa abandonó el ducado de Luxemburgo y se dirigió apresuradamente hácia el punto de union de la Champaña y la Picardía para proteger estas dos provincias contra los ataques del enemigo. Unió bajo sus órdenes todas las tropas francesas; vino el Rey el 7, desde Marchez, á revistarlas; constituían un formidable ejército de 40.000 infantes y 12.000 caballos, que debía considerarse invencible bajo el mando de un capitán tan hábil y experto como Guisa. Lo estableció el duque sobre el Somme, detrás de fuertes líneas, desde Amiens hasta Pont-Remi. Para desconcertar los proyectos de los españoles que se proponían sitiar á Corbie, introdujo en esta plaza considerables recursos. De esta manera tuvo en jaque al ejército de Felipe II, que el duque Filiberto Emmanuel atrincheró á cinco ó seis horas del suyo, y que, reducido á la defensiva, nada se atrevió á emprender.

Cuando ménos las ventajas de la campaña pertenecían á los dos contendientes. La victoria de Gravelinas fué gloriosa, pero estéril, para los españoles. Los franceses conservaban las plazas de Calais, Guines y Thionville. En tal situacion se reanudaron negociaciones para la paz, que habían sido iniciadas por la mediacion de la duquesa de Lorena. Los plenipotenciarios de ambas partes se avistaron en la abadía de Cercamp y acordaron una suspension de hostilidades y el licenciamiento parcial de los dos ejércitos; pero no pudieron convenir en otros puntos. Algunos meses despues, por instigacion del condestable Aimé de Montmorency y con el inconcebible asentimiento de

Enrique II, se concluyó el tratado de paz de Chateau-Cambresis, cuyas desventajas sólo podrían explicarse á haber ocurrido irremediables derrotas ó á influir en los que le convinieron la perspectiva de abrumadores peligros. Francia abandonó 118 entre plazas fuertes y castillos, recobrando á San Quintin, Ham, el Catelet y el territorio de la Théroouanne (la villa había sido arrasada por Cárlos V), y conservando en su poder Calais, Guines, Metz, Toul y Verdun. Enrique II restituyó á Felipe II el condado de Charolais, Mariembourg, Thionville, Montmédy, Danvilliers, Valenza y todos los castillos que ocupaba en el Milanesado; al duque Filiberto Emmanuel la Breus, el Bugey, la Saboya y el Piamonte, exceptuando las ciudades de Turin, Quiers, Pignerol, Chivaz y Villanueva-d'Asti, de que permanecía depositario hasta que se regularan los derechos de su abuela Luisa de Saboya; al duque de Mantua Casal y el Montferrato; á la república de Génova la isla de Córcega; al duque de Florencia Montalcino y lo que ésta poseía aún en el Estado de Siena, y, por último, al obispo de Lieja Bouvines y el ducado de Bouillon.

Para cimentar y hacer duradera la paz que tantas y tan inesperadas ventajas daba á España, Enrique II, que abandonaba las justas pretensiones de su pariente Antonio de Borbon sobre el usurpado reino de Navarra, dió en matrimonio su hija Isabel á Felipe II, viudo de María Tudor, y á Filiberto Emmanuel su hermana Margarita de Francia, duquesa de Berri. Cárlos V no gozó la alegría de ver concluido el convenio que reconciliaba á las dos monarquías más poderosas del continente, en honor de aquella que él contribuiera tanto á engrandecer, y que terminaba despues

de más de un siglo las largas guerras de Italia, asegurando un porvenir definitivamente á los españoles. Había caído mortalmente enfermo un poco ántes de que las negociaciones se reanudaran en Cercamp de una manera seria.

## CAPITULO VIII.

### MUERTE Y ENTIERRO DE CÁRLOS V.

Grandes calores y fiebres peligrosas en Extremadura á fines del verano de 1558.—Resfriado á que se expone el Emperador durmiendo con las ventanas abiertas durante la noche é inusitado ataque de gota que tiene en aquella estacion.—Llegada á Yuste de Garcilaso de la Vega con una mision de Felipe II.—Apremiante intervencion de Cárlos V cerca de la reina de Hungría para decidirla á tomar de nuevo el gobierno de los Países-Bajos.—Relato y exámen de los funerales simulados que Cárlos V, segun los frailes jerónimos, había hecho celebrar en vida.—Lugar, momento y causa de su postrera enfermedad.—Conocimiento que tiene de su gravedad y peligro.—Sus actos religiosos; su codicilo.—Su conversacion con Quijada sobre el sitio en que se depositarán sus restos juntos con los de la Emperatriz.—Respuesta de la reina de Hungría, que consiente en volver á los Países-Bajos; contento del Emperador.—Derrota del conde de Alcaudete en África ocultada á Cárlos V por miedo de que aquella noticia agrave su mal, cuyos ataques son más repetidos y violentos.—Inquietud de la princesa doña Juana y de la reina de Hungría, que piden ir á Yuste para ver y servir al Emperador.—Negativa de Cárlos V.—Ataque del 17 de Setiembre que, despues de diez y ocho dias de enfermedad, le deja veintidos horas sin palabra ni movimiento.—Temores y dolor de sus médicos y servidores.—Juan Regla le administra la Extremauncion.—Cárlos V pide y recibe el Viático el 20 de Setiembre con pleno conocimiento y gran devocion.—Suprema y secreta conferencia con Quijada.—Tardía llegada al monasterio del arzobispo de Toledo, Car-

ranza, que viene de Flándes encargado de una mision de Felipe II para Carlos V.—Cómo le recibe el Emperador moribundo, y asistencia religiosa que le da.—Últimas palabras de Carlos V.—Sencillez conmovedora y religiosa grandeza de su muerte, acaecida el 21 de Setiembre de 1558 á las dos y media de la mañana.—Admiracion de todos los que la presenciaban; cartas que escriben al rey Felipe II y á la regente doña Juana.—Desconsuelo de Quijada.—Entierro de Carlos V en la iglesia de Yuste.—Se deposita su cuerpo bajo el altar mayor.—Márchanse sucesivamente todos los que habían sido llevados á Yuste por la presencia del Emperador.—Funerales celebrados con gran solemnidad en España, Italia, Alemania y los Países-Bajos, en honor de Carlos V.—El padre Francisco de Borja pronuncia su oracion fúnebre en Valladolid.—Fin de Quijada y de D. Juan de Austria, que, despues de su muerte, yace al lado del Emperador su padre.—Visita de Felipe II á Yuste.—Traslacion en 1574 de los restos de Carlos V desde el monasterio de Yuste al monasterio del Escorial.—Últimos juicios sobre el reinado, retiro, espíritu y carácter de Carlos V.

Carlos V tocaba el término de sus dias. La erupcion de sus piernas se había renovado violentamente. No pudiendo sufrir la irritacion que le causaba, apeló para librarse de ella á medios peligrosos. «El picor de las piernas, escribió Mathys el 9 de Agosto, ha vuelto á empezar. Incomoda mucho al Emperador, que emplea repercusivos, asegurando que le va mejor con ellos, pero á mí me desagradan porque son muy peligrosos. Aunque S. M. me diga que prefiere una pequeña fiebre á ese picor, no creo que podemos nosotros elegir nuestros males. Sé muy bien que podría resultar de ahí una enfermedad más grave de la que tiene; plegue á Dios que no suceda y ojalá le otorgue la salud de que necesitamos (1).»

---

(1) Carta de Mathys á Vazquez, del 9 de Agosto en *Re-traité et mort*, etc., vol. I, p. 314 y 315.

Sumiso á las imperiosas voluntades de su intratable enfermo, el previsor, pero tímido médico, censuraba sus caprichos sin ser capaz de contrariarlos. Dejábale dormir con las puertas y ventanas abiertas en las noches de Agosto, que eran sofocantes á primera hora y muy frescas por la mañana (1). Así cogió Carlos V un resfriado que le irritó la garganta y le causó en seguida un ataque de gota inusitado en aquella estacion. El 10 de Agosto tuvieron necesidad de sostenerle cuando fué á oír la misa, y el 15, fiesta de la Asuncion, se hizo llevar á la iglesia, donde comulgó sentado (2). Al siguiente dia tuvo vahidos de cabeza y una especie de desmayo (3). Desde entónces se quedó muy débil, sintiendo mucho malestar, calor y sin apetito, que era mal síntoma. Señalábase aquella estacion por las numerosas enfermedades que reinaban alrededor del monasterio y que se extendieron hasta Valladolid. Las tercianas hacían estragos en la comarca; muchas personas morían de ellas en las aldeas vecinas; el conde de Oroposa las tuvo en su castillo de Jarandilla y los mismos servidores de Carlos V, muchos de los cuales estaban enfermos, no se escaparon por vivir en las alturas de Yuste (4).

El tiempo empezó á cambiar el 28 de Agosto. Ese dia desencadenóse sobre la montaña una violenta

---

(1) Carta de Quijada del 9 de Agosto. *Retraite, etc.*, p. 314, nota 1, y *Retiro, estancia, etc.*, fol. 215 r.º

(2) Carta de Mathys á Vazquez, del 17 de Agosto. *Retraite, etc.*, p. 315-316.

(3) Carta de Quijada á Vazquez. *Ibid.*, p. 319.

(4) Carta de Quijada, del 17 de Agosto. *Ibid.*, vol. I, página 319.

tempestad y 27 vacas murieron heridas por el rayo (1). Con eso refrescó el aire. Hasta entónces se había ocupado Cárlos V en los negocios importantes ó delicados relativos á los grandes intereses de la monarquía española ó á la concordia un poco alterada de su familia. Recibió varias visitas en Yuste y esperaba otras. El conde de Ureña, con numerosa comitiva, fué á besarle las manos (2). Cárlos V se alegró mucho de saber por D. Pedro Manrique, primer diputado en las recientes córtés de Valladolid como procurador de Búrgos, lo ocurrido en aquella asamblea, que se cerró á fines de Julio, y en que se votaron un servicio de rentas ordinario y otro extraordinario. Don Pedro Manrique iba á Brusélas para informar á Felipe II de aquella útil asistencia, de que primero dió cuenta al Emperador, que á instancias de doña Juana le entregó una carta de recomendacion para el Rey su hijo. Aquella carta fué una de las últimas que escribió (3).

Juntamente con Pedro Manrique había visto Cárlos V llegar al monasterio á Garcilaso de la Vega que volvía de Flándes con el arzobispo de Toledo Carranza y el regente de Aragon Figueroa. Garcilaso le trajo despachos de Brusélas y de Valladolid, así como partes circunstanciados de todos los sucesos militares. Felipe II encargó al arzobispo Carranza y al regente Figueroa de sus más secretas comunicaciones para su padre; rogaba ardientemente al Emperador que decidiese á la reina de Hungría á tomar de nuevo la ad-

---

(1) Carta de Quijada á Vazquez, del 28 de Agosto. *Retraite, etc.*, vol. II, p. 489.

(2) *Ibid.*, p. 488.

(3) *Retiro, estancia, etc.*, fol. 220 v.º

ministracion de los Países-Bajos cuando él mismo los abandonase. Rogábale tambien que emplease su irresistible autoridad con el rey de Bohemia, su yerno, para obligarle á que hiciera más feliz á la infanta María, que se quejaba de él (1).

Carlos V leyó ávidamente las cartas y relaciones que le enviaban de los Países-Bajos ó de Valladolid. Supo con satisfaccion el buen estado en que se encontraban las armas y los negocios de su hijo en la frontera de Picardía, despues de la victoria de Gravelinas; no ménos contento se mostró por el triunfo que habían obtenido el duque de Alburquerque y Carbajal por la parte de los Pirineos, donde habían hecho una excursion y quemado la ciudad de San Juan de Luz; reanimóse, en fin, adquiriendo la certidumbre de que la escuadra turca volvía á los mares de Levante. Casi todo el dia 27 de Agosto se pasó en escribir cartas para las gentes de España, la reina de Hungría (2), y al ministro Vazquez, á quien decía, para terminar: «Que no se despache correo á Flándes sin extremada necesidad, hasta que yo haya oido al arzobispo de Toledo y á Figueroa, y respondido á lo que el Rey debe escribirme por ellos, y á lo que Garcilaso me ha dicho de su parte» (3).

El 28, dia de la gran tempestad, tuvo el Emperador una larga conversacion con Garcilaso de la Vega. Dióle verbalmente y por escrito sus instrucciones para la princesa su hija y la Reina su hermana. Nada decía acerca del envío, tan vivamente solicitado del

---

(1) *Retiro, etc.*, fol. 222 v.º

(2) *Ibid.*, fol. 221 v.º

(3) *Ibid.*, fol. 221 v.º

infante D. Carlos á Yuste, ni acerca de la deseada traslacion de la córte desde Valladolid á otra ciudad; pero apremiaba con las mayores instancias y las más persuasivas razones á la reina de Hungría para que aceptase el gobierno de los Países-Bajos. «La Reina, decía, no debe permitir que en nuestros tiempos sufra nuestra casa afrenta y postracion, tales como sufriría si el honor y el patrimonio que heredamos de nuestros padres y de nuestros abuelos, que hemos conservado hasta ahora, y por lo cual hemos sobrellevado tantas y tan grandes fatigas, vinieran ahora á perderse, con infamia para nosotros y para el Rey, que es su hijo, no ménos que mio. Decidle que confio en su bondad, así como en el amor que siempre me mostró, y que tambien ha mostrado al Rey, para que, no obstante lo que sobre eso ha pasado, ora entre ella y yo, ora con distintas personas, viendo claramente el peligro que amenaza á nuestra casa, sacrifique toda otra consideracion y vaya á los Países-Bajos para prevenirlo. Este es el mayor servicio que puede hacer á Dios, y el mayor bien que puede hacernos á todos nosotros, y á nuestra casa, en particular, y de que el Rey y yo le estaremos muy agradecidos» (1).

Garcilaso partió en seguida para Valladolid y para Cigales, con orden de volver lo más pronto posible á

---

(1) Carta de Carlos V á la princesa doña Juana, cuya copia se encuentra en un manuscrito de la Academia Real de la Historia de Madrid, titulado: *Libro de cosas curiosas de en tiempo del Emperador Carlos V y el Rey D. Felipe II, nuestro señor, escrito por Antonio de Cercada, para el mismo.*—Mr. Gachard ha tomado del fragmento, que cita y traduce en las páginas XLIV y XLV de su prefacio á la obra *Re-*



Yuste, á dar cuenta de la mision que le encomendaba al Emperador (1).

Al siguiente dia de su partida sintió Cárlos V el primer ataque de la enfermedad que le mató. Esa enfermedad, si hubiéramos de creer la relacion de los frailes jerónimos, generalmente seguida por los historiadores, fué precedida, y en algun modo causada, por los funerales de sí propio que Cárlos V quiso celebrar en vida.

Ocho dias ántes, cuando la gota apénas le dejaba, cuando la erupcion de las piernas le atormentaba de nuevo, en medio de sus vivas preocupaciones políticas y de sus múltiples correspondencias, tuvo Cárlos V, segun la crónica del prior Fray Martin de Angulo, la conversacion siguiente con Nicolás Benigne, uno de sus barberos: «Maese Nicolás, ¿sabe en qué pienso? ¿En qué, señor? repuso el barbero.—Pienso, continuó el Emperador, que tengo aquí 2.000 coronas de economías, y calculo cómo podré emplearlas en hacer mis funerales.—No se cuide V. M. de eso, replicó Benigne, porque si muere y le sobrevivimos ya sabremos hacerlo nosotros.—No me comprendes bien, dijo el Emperador; para andar bien va mucha diferencia de llevar la luz detras á llevarla delante.» La crónica del prior de Yuste añade que despues de esa conversacion mandó hacer el Emperador los funerales de sus padres y los suyos. Sandoval, que refiere la conver-

---

*traite et mort*; no ha encontrado en dicho manuscrito la carta dirigida á la reina de Hungría, sino un extracto de las de la reina de Hungría á Felipe II.

(1) *Retiro, estancia, etc.*, fol. 222 r.º

sacion, no cuenta los funerales (1), y cuando omite, es probable que no los cree.

El fraile anónimo, cuyo manuscrito ha extractado M. Bakhuisen y acaba de publicar M. Gachard y el padre José de Sigüenza, que probablemente le copió en su historia de la Orden de San Jerónimo, van más lejos en sus relatos. Segun ellos, Cárlos V, gozando de perfecta salud y encontrándose mejor dispuesto que nunca, llamó á su confesor Juan Regla, y le dijo: «Fray Juan, me encuentro bueno, aliviado y sin dolor; ¿qué os parecería si mandase celebrar los funerales de mi padre, de mi madre y de la Emperatriz?— El confesor aprobó el propósito del Emperador, que en el acto mandó prepararlo todo para aquellas religiosas ceremonias. Empezó su celebracion el lunes (27 de Agosto) en honor de su padre. Se continuó los dias siguientes. Todos los dias, añade Fray José de Sigüenza, asistía el Emperador con su cirio encendido, que un paje llevaba delante de él. Colocado al pié del altar, seguía los Oficios, rezando con mucha devocion en un libro de Horas bastante pobre y mal adornado. Acabadas esas conmemoraciones piadosas, llamó de nuevo á su confesor y le dijo: «¿No os parece, Fray Juan, que habiendo hecho los funerales ajenos, puedo tambien hacer los míos propios y ver lo que harán muy luégo conmigo?» Al oír esas palabras, Fray Juan Regla se enterneció, se le saltaron las lágrimas y dijo como pudo: «Viva V. M. muchos años,

---

(1) Sandoval, *Vida del emperador Cárlos V en Yuste*, § 3 al fin del tomo II, pág. 826. Sandoval añade que estas 2.000 coronas se emplearon, despues de la muerte de Cárlos V, en comprar la cera, las colgaduras y vestidos de duelo para sus verdaderos funerales.

si á Dios place, y no nos anuncie su muerte ántes de tiempo. Aquellos de entre nosotros que le sobrevivieren cumplirán con ese deber, si nuestro Señor lo permite, como están obligados.» El Emperador, á quien animaba más alto espíritu, le dijo: «¿No creéis que eso me aprovechase?—Sí, señor, respondió Fray Juan, y mucho. Las obras piadosas que uno hace durante su vida tienen más mérito y un carácter más satisfactorio que las que hacen por él despues de su muerte. ¡Pluguiera á Dios que todos hiciéramos otro tanto y tuviéramos tan buenos pensamientos! El Emperador mandó prepararlo todo para la tarde y que empezaran en seguida los funerales.

»En medio de la capilla mayor se levantó un catafalco rodeado de cirios. Todos los servidores de S. M. bajaron vestidos de luto. El piadoso Monarca, vestido tambien de luto y con un cirio en la mano, estuvo tambien para verse enterrar y celebrar sus funerales. Rogó á Dios por aquella alma á quien habíamos debido tantas mercedes durante su vida, á fin de que llegando el momento supremo tuviese compasion de ella. Fué un espectáculo que arrancó lágrimas y suspiros á los que estaban presentes, y que no le hubieran llorado más si realmente lo hubiesen visto muerto. En cuanto á él, en la misa de sus funerales hizo ofrenda de su cirio en manos del sacerdote como si hubiera depositado en manos de Dios su alma, que los antiguos representaban por semejante símbolo. Inmediatamente despues, en la tarde del 31 de Agosto, llamó á su confesor y le dijo cuán alegre estaba por haber hecho sus funerales, y que sentía en el alma un júbilo que parecía tambien derramarse por el cuerpo.

»El mismo día llamó el Emperador á su guarda-joyas é hizo que le entregase el retrato de la Emperatriz su mujer. Un momento estuvo contemplándolo, y despues dijo al guarda-joyas: llevaoslo y dadme el cuadro de la Oracion en el Jardin de los Olivos.— Largo rato contempló ese cuadro, y sus ojos parecían esparcir al exterior los elevados sentimientos de su alma. Devolviólo y dijo: Traedme el otro cuadro del juicio final; esta vez la contemplacion fué más larga, la meditacion más profunda, hasta el punto de que el médico Mathys le dijo que cuidase de no caer malo por tener tanto tiempo suspensas las potencias del alma que dirigen las operaciones del cuerpo. En aquel mismo instante el Emperador se estremeció, y volviéndose hácia su médico le dijo: Me siento malo.— Era el postrero día de Agosto á eso de las cuatro de la tarde. Mahtys le tomó el pulso y lo encontró un poco alterado. Lleváronle en seguida á su dormitorio y desde entónces el mal se fué siempre agravando (1).»

Hé ahí una escena perfectamente arreglada y en la que no falta nada. Los más de los historiadores la han adoptado de los frailes y algunos han añadido pormenores todavía más extraordinarios. No sólo hacen asistir á Cárlos V á sus propios funerales, sino que le tienden como muerto en un ataúd y desde allí unía su voz á las de los frailes que cantaban para él

---

(1) *Manuscrito hieronymita*, analizado por M. Bakhuisen, c. XXXIII, p. 44 y 45. Gachard, *Retraite et mort*, etc., vol. I, Ap. C., p. 88 á 90. *Historia de la órden de San Jerónimo*, etc., por Sigüenza, tercera parte, lib. I, c. XXXVIII, fol. 200 y 201.

las oraciones de los difuntos (1). ¿Es verdadera esa singularísima escena? La naturaleza de la ceremonia, la salud del Emperador, las preocupaciones que llenaban su pensamiento, los pensamientos que absorbían su espíritu, el testimonio de sus servidores que contradice la relación de los frailes, los hechos auténticos que están en desacuerdo con la fecha asignada á ese acto tan extraño, no nos permiten darle crédito, ¿Cómo admitir primero la ceremonia en sí misma? La Iglesia católica la reserva para los muertos y no la aplica á los vivos (2). Verificada fuera de propósito

---

(1) Robertson, entre otros, al fin del lib. XII de su *Historia de Carlos V.*

(2) Un concilio celebrado en Tolosa á principios del siglo XIV la condenó formalmente. En 22 de Abril de 1327 uno de los cónsules de aquella ciudad hizo que se celebraran pomposamente sus propios funerales. Tendiéronlo sobre un féretro en medio de la iglesia de los Hermanos Predicadores y desde allí oyó una gran misa mortuoria. Lo llevaron al pie del altar mayor como si fuera á ser enterrado, y despues, saliendo del féretro, fué acompañado hasta su casa por sus colegas. Allí celebraron juntos el banquete fúnebre. El arzobispo de Toulouse se hallaba entónces ausente. A su vuelta, cuando le refirieron lo que había ocurrido, convocó para la celebración de un concilio provincial á los obispos, sus sufragáneos y á los abates de toda la provincia. Este concilio declaró que la Iglesia consideraba acto supersticioso el de los *funerales anticipados*, injustificado ante el derecho eclesiástico, como ante el derecho secular, y prohibió á los curas y religiosos, bajo pena de excomunion, verificarlos ni consentirlos. Hé aquí lo que á este propósito dicen las colecciones de los concilios de Hardouin y de Mansi:

«Die mercurii XXII aprilis MCCCXXVII, dominus d'Escalquentio, unus de consulibus civitatis Tolosæ, voluit vivus

perdería su eficacia con su razon de ser y convertiríase en una especie de profanacion. La Iglesia ruega por los que ya no pueden rogar ellos mismos, y en su provecho ofrece el sacrificio cristiano, en el que ya no pueden tomar parte. Ese acompañamiento piadoso y solemne del alma en su paso desde la vida perece-

---

tumulari; et sibi viventi tanquam mortuo, exequias in ecclesia fratrum prædicatorum: quod factum fuit cum magna et funebri pompa, omnibus viris capitularibus præsentibus, et ipso d'Escalquentio posito in feretro, et decumbente, more defunctorum adornato, manibus junctis, et quadraginta intertorciniis ardentibus illuminato. Missa alta de mortuis celebrata, et omnibus cæremoniis, quæ in hujusmodi funeribus adhiberi solent peractis, feretrum cum corpore fuit ad putatum, tanquam sepulturæ demandandum, et prope majus altare depositum: et sic fuit terminus hujus officii funeralis; et inde cum collegis suis domum repetit, et ibi praudio funebri donati sunt.

»Dum hæc gerebantur, absens erat dominus archiepiscopus qui reversus, et de præmissis plene informatus, convocavit synodum suorum suffraganeorum, et omnium abbatum suæ provinciæ; qui convenerunt Tolosam, in palatio archiepiscopali, die octava mensis junii, ubi per tres dies sequentes, quæstione solemniter agitata: an justum et rationi consentaneum esset, exequias et funera vivi, tanquam mortui, celebrare: definitum fuit planè, anticipationem funebrem nullo jure niti, nec ecclesiastico, nec seculari; ab ecclesia tanquam supersticiosam teneri; in jungendo omnibus ecclesiasticis, tam regularibus, quam sæcularibus, ne in posterum talia præsumant, sub pœna excommunicationis.

»Concilium Tolosanum celebratum anno Domini mcccxxvii die vii junii.» (Ex chronico ms. Guillelmi Bardini sub anno mcccxxvii. Hard.) Conc., t. VII, p. 1535.—Mansi, conc., t. XXV, p. 807.)

dera á la vida eterna, sólo tiene su mérito y su grandeza cuando tiene su realidad. No debe faltar á nadie, como tampoco falta la muerte. La Iglesia hubiera sido digna de censura si concediese al desordenado capricho de un vivo lo que se consagra al provecho espiritual de los muertos. Cárlos V sabía, por otra parte, muy bien que es más ventajoso rezar uno mismo que ser objeto de los rezos de los demas y apropiarse el sacrificio del Redentor por la comunión Eucarística, que ser asociado indirectamente á él por la piadosa solicitud de la Iglesia.

Así lo había hecho quince días ántes, y así lo hizo todavía despues. Lo demas no es otra cosa que la suprema y necesaria súplica de la Iglesia á favor de los que habiendo salido de este mundo no pueden arrepentirse del mal, ni obrar el bien, ni perfeccionar su alma, ni cambiar ellos mismos su destino.

Esas razones generales serían suficientes para dudar del funeral, áun siendo las únicas. Pero no lo son. Las más de las circunstancias referidas por los frailes son inverosímiles ó falsas. Los cronistas jerónimos pretenden que Cárlos V consagró á esa ceremonia 2.000 coronas que había economizado. Ante todo se suscita una fuerte objeccion contra la enormidad de la suma para ese acto. 2.000 coronas valdrían lo ménos 66.000 de nuestros francos (1), y apénas se hubiera podido emplear una mínima parte de esa en funerales sin pompa y casi sin gastos. Es probable, por el contrario, como asegura Sandoval, que de esa suma se

---

(1) La corona tenía el valor metálico de 11 francos. El valor relativo de la plata era en 1558 tres ó cuatro veces mayor que el que tiene ahora.

pagaran más tarde los gastos de los verdaderos funerales, cuyo solemne servicio duró nueve días (1). Por otra parte, las fuerzas del Emperador no habrían consentido el cansancio de semejante ceremonia. Su salud no era, como dicen los frailes, mejor que nunca. El 15 de Agosto se hizo transportar á la iglesia, don-

---

(1) Esa suma de 2.000 coronas estaba escrupulosamente guardada en la cámara de Carlos V, que no había querido tocarla. Hállanse indicios de esta cuidadosa conservacion en una carta de Gaztelú del 27 de Enero de 1558. (*Retraite et mort, etc.*, vol. II, p. 305.) Las 2.000 coronas, cuya existencia he demostrado anteriormente estaban guardadas en la Yuste. ¿En qué se gastaron? Acaso estaban guardadas en la bolsita de seda negra de que se habla en el inventario; pero cuando Quijada y Gaztelú lo hicieron, no se encontraron allí más que 54 escudos de oro. *Cincuenta y cuatro escudos de oro del sol en una bolsita de aguja de seda negra. (Retiro, estancia, etc. Ap. 7, fol. 48 r.º)* ¿En qué se había empleado el resto? ¿Dónde estaba? M. Gachard ha descubierto por una carta de Quijada á Felipe II, escrita el 12 de Octubre de 1558, que la víspera de su muerte dispuso Carlos V se enviaran 600 de aquellas coronas al ayuda de cámara Bodart para Bárbara Blomberg, madre de D. Juan de Austria. («S. M. me mandó el día ántes que falleciese que de su cámara se le diesen 100 escudos en oro, que con ellos comprase 200 florines de por vida para la persona que él dirá á V. M.») M. Gachard se pregunta si los 1.346 escudos de oro que faltan para completar los 2.000 se gastarían en aquellas simuladas exequias. No me parece admisible esta suposicion. Esos 1.346 escudos valdrian 44.418 francos. No es posible creer que se gastara una cantidad tan considerable en aquellas supuestas exequias, celebradas de improviso y sin solemnidad. En ellas, por otra parte, no se compraron vestidos de luto para los servidores del Emperador, como se hizo despues de su muerte,

de comulgó sentado; la gota no le dejó hasta el 24; la erupcion de las piernas sucedió en seguida á la gota; no era capaz de ir á la iglesia el 27, y estar allí de pié varias mañanas. Léjos de tener las ideas extravagantes que el odio puede sugerir á la imaginacion, estaba muy seriamente ocupado con las necesidades del Estado y los intereses de su familia; tenía que tomar decisiones sobre las demandas de su hija, que persuadir á su hermana, que conferenciar con los enviados de su hijo, esperando á unos y escuchando á otros; daba instrucciones y escribía cartas hasta dos dias ántes de su enfermedad mortal, sin que las dolencias ni los negocios dejasen libre y reposado su ánimo. En aquella postracion física y preocupacion moral, es tanto ménos posible que consagrarse los dias 29, 30 y 31 de Agosto á los funerales de su mujer, su padre, su madre y los suyos propios, cuanto que ya había celebrado los de la Emperatriz el 1.º de Mayo, aniversario de su muerte (1), y el 31 de Agosto, dia que se señaló

---

ni paños y colgaduras para la iglesia, porque las 100 varas de paño negro con que se enlutaron sus paredes y el paño de luto guardado en el oficio imperial, fueron comprados por Quijada para los verdaderos funerales, que fueron brillantes y duraron mucho tiempo. (Cartas de Quijada del 25 Setiembre y 16 Octubre 1558. *Retraite et mort*, etc., vol. I, pág. 402 y 432.) Dice tambien Sandoval: «Y con las mismas coronas se compró la cera y lutos con que fué sepultado y se le hicieron las honras.» (*Vida del Emperador Carlos V en Yuste*, § 3, al fin del vol. II, p. 826.)

(1) El 1.º de Mayo de 1558 Gaztelú escribía á Vazquez: «Juan Gaytan ha venido para poner orden en lo de la cera y otras cosas necesarias para honras que cada año se hacen á 1.º de Mayo por la Emperatriz.» (*Retiro*, etc., fol. 181 r.º)

para los suyos, llevaba más de veinticuatro horas de estar retenido en su dormitorio por la enfermedad. Si esas inverosimilitudes é imposibilidades no nos detuvieran, áun tendríamos que explicar por qué ni el mayordomo de Cárlos V, ni su secretario, ni su médico, cuyas cartas mencionan hasta los incidentes ordinarios de su vida religiosa, sobre todo cuando se relacionan en algo con su salud, no hablan de suceso tan extraordinario; porque recordando los funerales de la Emperatriz en el aniversario del 1.º de Mayo, no dicen nada de los funerales anticipados que el Emperador había ordenado para sí mismo; porque habiendo referido que el 15 de Agosto le llevaron á la iglesia, donde comulgó sentado, callan por completo la extraña escena del 31, á la que hubieran debido asistir, y que fué muy luégo seguida de la muerte del Emperador. Pero hacen más que callar, porque indirectamente la desmienten. Sus relatos están en completo desacuerdo con los de los frailes. El médico Mathys, que figura en la escena referida por los jerónimos, no pudo estar presente el 30, dia en que Cárlos V le envió al conde de Oropesa á Jarandilla, ni el 31, dia en que Cárlos V estaba ya enfermo en su dormitorio. El y Quijada dan á la enfermedad del Emperador otra fecha y otra causa. Hé aquí lo que á ese propósito dice Mathys á Vazquez el 1.º de Setiembre: «Muy ilustre señor: Hace pocos dias os escribí que S. M. estaba en un estado regular, pero que la erupcion había vuelto y que por la tarde solía tener dolores de cabeza y había acudido á los repercusivos contra la erupcion. Diré ahora á vuesa merced que el mártes pasado, dia 30 de Agosto, S. M. comió en el terrado, donde el sol reverberaba mucho. El Emperador comió poco y con

poco apetito, segun él mismo me dijo ayer cuando volví de Jarandilla, adonde había ido de su orden por la enfermedad del conde de Oropesa. Miétras que el Emperador comía le sobrevino un fuerte dolor de cabeza, que no desapareció en el resto del dia. Durmió mal toda la noche, pasando más de hora y media en completo insomnio y con gran calor; el miércoles por la mañana se encontró más aliviado, pero muy débil y con mucha sed. Se levantó, comió poco y tuvo más ganas de beber que de comer. Despues, á las dos, sintió frio y durmió como una hora. Al despertar sintió mayor frio aún en la espalda, en el pecho y en la cabeza, frio que le duró hasta las siete de la tarde. Entónces le ha acometido una fiebre acompañada de dolores y de gran calor á la cabeza, fiebre violentisima que ha durado con esa intensidad hasta las seis de la mañana de hoy 1.º de Setiembre, y que le ha hecho pasar la noche muy agitada, haciendo llegar hasta el delirio el calor que sentía en la cabeza. Hoy se ha levantado S. M. un poco y apenas ha comido. Continúa la calentura, si bien con ménos fuerza. Lo que me inquieta es que la calentura no cesa y que S. M. parece muy debilitado despues de este primer paroxismo. Si mañana no está el Emperador limpio, estoy decidido á sangrarlo.» Despues de rogar á Vazquez que comunicara á doña Juana estas desagradables noticias, añadía Mathys la siguiente postdata: «S. M. revela algun temor, porque para él esta fiebre, principalmente pútrida, es una cosa nueva que le intranquiliza. Así es que ha tratado de ocuparse en su testamento. Hasta ahora no parece que vaya la fiebre á desaparecer, y eso que han pasa-

do ya veinticuatro horas desde que empezó» (1).

Quijada, ménos inquieto que Mathys, intentó el mismo dia tranquilizar algo á la princesa, diciéndole que el Emperador se encontraba mejor; que despues de levantarse había oido misa, y que en el momento mismo en que él escribía, á eso de las ocho de la noche, el Emperador hacía su colacion con azúcar rosada; que el deseo que había expresado de hacer testamento nada significaba, porque, estando completamente bueno, había hecho análogas indicaciones (2). En una carta que dirigió á Vazquez el 1.º de Setiembre, le decía: «Temo que este accidente sobrevino á S. M. de comer anteayer en el terrado cubierto; hacía sol, y reverberaba allí mucho, y el Emperador permaneció en el mismo sitio hasta las cuatro de la tarde, sintiendo, al marcharse, un ligero dolor de cabeza. Despues durmió mal por la noche, lo que bien pudo causar el frio y la calentura» (3).

---

(1) Carta de Mathys á Vazquez, del 1.º Setiembre 1558, en *Retraite et mort*, vol. I, p. 322-323.

(2) Carta de Quijada á la princesa doña Juana, del 1.º de Setiembre. *Ibid.*, p. 324.

(3) *Retraite et mort.*, etc., vol. I, p. 326. Quijada, que no estaba en Yuste, sino en Quacos, el 30 de Agosto (V. su carta, vol. I, p. 320, y la nota unida á ella de M. Gachard), sólo presenció el alarmante acceso del 31. Por esto refiere la enfermedad del Emperador al 31, sin mencionar la indisposicion que le sobrevino en el terrado el dia 30. Miéntras que el médico hace partir de esa indisposicion todo el mal, el mayordomo sólo se fija en el dia siguiente, impresionado indudablemente por su más violenta explosion; pero el médico, el mayordomo y el secretario están de acuerdo respecto á la fecha y al lugar de la comida á que todos atribuyen el origen

El mismo día 1.º de Setiembre Carlos V conversó con su mayordomo y su confesor sobre sus últimas disposiciones testamentarias. Se sintió herido de muerte. Desde treinta años ántes no había tenido calentura sin accidente de gota (1). Quería añadir un codicilo al testamento, que otorgó en Brusélas el 6 de Junio de 1554. Para que este codicilo fuese válido, Quijada reclamó de Vazquez, por orden del Emperador, que Gaztelú fuese investido con el carácter de notario público (2); y Gaztelú, por su parte, previno á Vazquez que ordenara por medio del maestro general de postas el establecimiento de correos y estafetas en el camino de Valladolid á Yuste, para hacer más rápidas las comunicaciones entre la córte y la residencia imperial (3). Diariamente se enviaban del convento y de Quacos gran número de cartas, dando no-

---

de la dolencia. «Mártres pasado, 30 del mes de Agosto,» dice Mathys, el 1.º de Setiembre, «S. M. comió en el terrado, dove reverberaba mucho el sol,» etc. (p. 322). «Yo temo que este accidente sobrevino de comer *antier*,» escribe tambien Quijada el 1.º de Setiembre, «en un terrado cubierto, y hacia sol y reverberaba allí mucho,» etc. (p. 326). Gaztelú se remite á lo que escribe el médico (p. 329). Ninguno de ellos alude, ni durante los veintiun días que duró la enfermedad del Emperador, ni tratando de sus funerales, á las exequias anticipadas que, segun los monjes, debieron celebrarse el 31 de Agosto.

(1) «Pónenos en cuidado, porque há treinta años que S. M. no ha tenido calentura sin accidente de gota.» (*Ibid.*, p. 326-327.)

(2) *Retraite et mort*, vol. I, p. 327.

(3) Carta de Gaztelú á Vazquez, de 1.º de Setiembre (*Retiro, estancia*, fol. 255 r.º)

ticia de la salud del Emperador á la princesa su hija y al Rey su hijo.

La enfermedad se agravaba. El 2 de Setiembre se anticipó el frio nueve horas, y el Emperador, muy agitado, sentía una sed ardiente (1). Tuvo tan violento paroxismo, que le puso fuera de su juicio, en tanta manera, que, cuando terminó nada recordaba de lo que había pasado durante el dia (2). Despues de este paroxismo tuvo evacuaciones biliosas y vómitos. Se le preguntó si quería que le visitaran otros médicos y respondió que no, que bastaba con que llamaran al doctor Corneille Baersdorp, que estaba en Cigales al lado de la reina viuda de Hungría, y que conocía de antiguo su complexion y naturaleza (3). La noche del 2 al 3 fué muy angustiosa; pero la misma fatiga que sufrió le hizo dormirse. Desde las dos de la noche, sin embargo, no transcurría media hora sin que se despertara. A la mañana siguiente la calentura había cedido un poco, y Cárlos, sorprendido por la extraordinaria impetuosidad del mal, temiendo una recaída, confesó y comulgó (4). Quería estar preparado para la muerte y haber cumplido con todos sus debe-

---

(1) Carta de Quijada á Vazquez, del 2 Setiembre. (*Re-traité et mort, etc.*, vol. I, p. 330.)

(2) «S. M. bebió con un poco de azúcar rosada, dadas las siete, y hasta aquella hora había estado siempre fuera de su juicio, en tanta manera, que no se le acordó nada de cuanto había pasado aquel dia.» (Carta de Mathys á Vazquez, del 3 de Setiembre. *Ibid.*, p. 332.)

(3) Carta de Quijada, del 2 de Setiembre. (*Ibid.*, vol. I, p. 330.)

(4) Carta de Mathys, del 3 de Setiembre. (*Ibid.*, p. 332.)

res religiosos ántes de perder la conciencia de su estado, y ántes que su inteligencia ó su voluntad languidecieran ó decayesen.

Mathys le hizo sangrar á las ocho y media, sacándole de nueve á diez onzas de una sangre negra y pútrida. La sangría le alivió mucho y le limpió de calentura. A las once comió poco, pero con apetito, y bebió cerveza y agua con vino, durmiendo en seguida dos horas muy tranquilo (1). Dolíale aún la cabeza, por lo cual Mathys le sangró de nuevo en una mano, abriéndole la vena cefálica con gran contento, que no experimentó más que un ligero dolor en la nuca, y que quisiera que le hubiesen sacado más sangre, pues se sentía ser lleno de ella (2).

El día 3 de Setiembre, entre ocho y nueve de la noche, comió un poco de azúcar y bebió cerveza, y á eso de las diez comenzó á sentir angustias; el pulso se alteró y volvió á presentarse la calentura, atormentándole hasta la una de la mañana. Las dos sangrías no evitaron el paroxismo del día 4, que se adelantó tres horas, pero que no fué tan violento, pues no llegó á presentarse el delirio. Sin embargo, le causó una sed ardiente y un calor tan insoportable, que en poco tiempo bebió ocho onzas de agua con jarabe de vinagre y nueve onzas de cerveza; tuvo que quitarse la camisa y las medias que llevaba, quedándose sólo con la camisa y una ligera tela de seda sobre

---

(1) *Retraite et mort*, etc.

(2) «Dijo que harto quisiera que le hovieran sacado más cantidad de sangre; que se sentía ser lleno de ella.» (Carta de Mathys á Vazquez, del 4 de Setiembre. *Ibid.*, vol. I, p. 333.)

el pecho. La crisis terminó como las anteriores, por evacuaciones y vómitos de materias pútridas (1).

Hasta entónces se había ocupado de las disposiciones que debían incluirse en su codicilo. Había declarado á Quijada y Gaztelú su última voluntad, y los testimonios de recuerdo y de favor que deseaba dejar á cada uno de los servidores que le habían acompañado en su retiro. Discutió con Quijada sobre el lugar en que habían de verificarse sus funerales. En su testamento de Brusélas había ordenado que llevaran sus restos al lado de los de la Emperatriz, á la capilla real de Granada, donde estaban sepultados sus abuelos Fernando é Isabel, su padre Felipe el Hermoso y su madre Juana la Loca. «Deseo, decía tiernamente afectado, que cerca de mi cuerpo se coloque el de la Emperatriz, mi muy querida esposa, á quien Dios tenga en su gloria (2).» Cambiando entónces de pensamiento, deseaba que el último lugar en que había vivido fuese el de su eterno descanso. Pero no quería separarse en lo sucesivo de la Emperatriz, y ya que él no fuera á reunirse con ella á Granada, ordenaba que se trajese su cadáver al convento de Yuste. Quijada se oponía á este pensamiento, porque, segun decía al Emperador, el convento no tenía las condiciones necesarias para recibir y guardar á tan grandes príncipes; á su juicio era preferible Granada, donde los Reyes Católicos habían hecho abrir su tumba y la de su raza. No se rindió Cárlos V por completo á las objeciones de su fiel mayordomo, pero le hicieron fla-

---

(1) Cartas de Mathys y de Quijada á Vazquez, del 4 de Setiembre. *Ibid.*, p. 330-336.

(2) V. su testamento en Sandoval, t. II, fol. 860-861.



quear en su propósito. «El Emperador me contestó escribía Quijada á Felipe II, ciertas cosas que V. M. sabrá más tarde. Para decidir las en definitiva se confía á V. M., que hará de ellas lo que juzgue más conveniente. Pero mientras tanto que V. M. regresa á estos reinos, quiere que se le entierre bajo el altar mayor, colocando la parte posterior de su cuerpo debajo del ara, y fuera de ella, de forma que el sacerdote al decir misa ponga los piés sobre su pecho y su cabeza, la parte superior (1).

En esto se ocupaba en sus fúnebres conversaciones Carlos V. Seguía manteniendo las cláusulas de su testamento, por las que dejaba 30.000 ducados para rescate de cristianos cautivos, dotes de mujeres pobres y limosnas á necesitados, por las que prescribía que poco tiempo despues de su muerte se celebraran misas por el descanso de su alma en todos los conventos é iglesias parroquiales de España, y en las que fundaba misas perpetuas de canto llano, y solicitaba que el Soberano Pontífice decretara un jubileo general con indulgencias plenarias para atraer mayor número de oraciones sobre su tumba (2).

El dia 5 tomó un purgante de maná y ruibarbo (3), y el 6 tuvo un fuerte acceso que le duró trece ó catorce horas (4), quedando tan debilitado y exhausto,

(1) Carta de Quijada á Felipe II, del 17 de Setiembre. *Retraite et mort*, vol. I, p. 371, 372.

(2) Testamento de Carlos V en Sandoval, t. II, fol. 861, su codicilo. *Ibid.*, fol. 881.

(3) Carta de Mathys á Vazquez, del 5 de Setiembre. *Retraite et mort*, vol. I, p. 337.

(4) Carta de Mathys á Vazquez, del 6 de Setiembre. *Ibid.*, p. 339-340.

que Quijada no quiso hablarle de cosa alguna. El delirio fué extremado. Aun, por otra parte, no había llegado la autorizacion solicitada para que Gaztelú desempeñara el oficio de notario. La llevó á Yuste un correo especial llegado de Valladolid en la noche del 6 al 7 con cartas de la princesa doña Juana y de los principales personajes de la corte y de los consejos. La grave enfermedad del Emperador había inspirado á todos grande ansiedad; la princesa solicitaba permiso para ir á Yuste y atenderle en lo que hubiese menester (1).

El dia 7 lo pasó bastante bien; el pulso no parecía muy alterado, y el Emperador comió por la tarde huevos y bebió agua con vino. La inflamacion interior se extendió luégo á la boca, quedándole seca y dolorida (2). El acceso del dia 8 fué más breve que los de los dias anteriores, aunque no ménos violento; sufrió el Emperador un terrible delirio y gravaron los sufrimientos del mal un sello en su rostro con la espantosa lividez que le cubría (3). Anunciáronle entónces la llegada de Garcilaso de la Vega y del doctor Corneille Baersdorp, que venían de Cigales (4); el primero con una respuesta favorable de la reina de Hungría, y el segundo con el fin de prestarle los auxilios de su antigua pero ineficaz experiencia profesional. Cárlos V terminó ante todo su codicilo; hizo

---

(1) *Retiro, estancia*, fol. 229 v.º

(2) Carta de Mathys á Vazquez, del 8 de Setiembre. *Retraite et mort*, vol. I, p. 353.

(3) *Ibid.*, p. 354.

(4) Carta de Quijada á Vazquez, del 8 de Setiembre. *Ibid.*, p. 355.

que se lo leyeron y lo firmó el 9 (1). El día 10 llamó á su cámara á Garcilaso de la Vega, que la víspera había sido testigo para el otorgamiento del codicilo, á fin de que le diese cuenta de la mision que le encomendara cerca de la reina de Hungría (2). Esta, á quien Felipe II había instado por medio del arzobispo de Toledo para que volviera á encargarse del gobierno de los Países-Bajos, no accedió á los deseos de su sobrino, porque segun manifestó se lo impedían su edad avanzada, su salud destruida, la firme resolucion que había adoptado de pasar en la soledad los pocos dias que le restaran, los peligros á que expondría su honor y su reputacion aceptando la gobernacion y defensa de países mal dispuestos y constantemente colocados bajo la amenaza de una invasion, y sobre todo el voto inviolable que había hecho á Dios de no ocuparse más en negocios mundanos. Tales motivos le impedían aceptar una carga de que por ellos mismos habíase visto obligada á renunciarla poco tiempo ántes. Limitándose, pues, á dar excelentes consejos á su sobrino, le anunciaba que no abandonaría su retiro, y que para su manutencion y gastos, como para sostener la dignidad de su rango miéntras permaneciese en él, debía concederle el señorío de Almonacid, Zorita, Albalate é Illana con su jurisdiccion y rentas (3). No mantuvo firme su resolucion, sin embargo, la reina de Hungría, despues de oir á Garcilaso y leer las

---

(1) Carta de Quijada á Vazquez, del 10 de Setiembre. *Retraite, etc.*, p. 360.

(2) *Ibid.*

(3) Carta de la reina de Hungría á Felipe II. *Ibid.*, p. 341-352.

persuasivas cartas del Emperador y un nuevo despacho de Felipe II. Tomó la pluma y escribió á Cárlos, manifestándole que jamás se había visto tan conturbada é indecisa: que la adhesion sin límites, la veneracion y la obediencia que el Emperador la inspiraba la llevarían, por el deseo de complacerle en todo, á prescindir de su propia voluntad y á no tener en cuenta ni su edad, ni sus propósitos, ni los peligros que pudieran amenazarla; pero que había prometido solemnemente á Dios no encargarse de ningun gobierno, y que no le era posible infringir su voto sin ofender su conciencia y exponer su alma. Adoptando un término medio, ofrecía ir por tiempo limitado á los Países Bajos y auxiliar su administracion en presencia de él, bajo ciertas condiciones y siempre más con sus consejos que con sus actos. La enfermedad de su hermano la había trastornado, áun cuando no la juzgaba tan peligrosa como en realidad era. Entónces escribió á D. Felipe II una carta, más breve que las que ordinariamente le dirigía, diciéndole: «Le he escrito con mucha prisa á causa de la enfermedad de S. M. Cierto es que el médico tiene esperanzas y que no pelagra la vida del Emperador; pero aunque yo viva confiada en esto, no lo es ménos que allí donde tanto cariño hay es imposible que no exista mucha ansiedad. No estaré tranquila hasta que sepa que S. M. se encuentra perfectamente bien. He sabido que atraviesa ahora una grave crisis, y que no piensa, ni es dueño de sí, como sería necesario, y tengo grandes temores (1).»

---

(1) Carta de la reina de Hungría á Felipe II, del 9 de Setiembre. *Retraite, etc.*, p. 356-359.

La noticia de que la reina de Hungría comenzaba á ceder y desviarse de sus resoluciones, hasta entónces inflexibles, proporcionó á Cárlos una de sus últimas alegrías (1). Esperaba que en llegando á los Países Bajos consentiría en reemplazar por completo á D. Felipe en el gobierno. Inmediatamente envió á Garcilaso á Valladolid con encargo de que dispusieran un salvoconducto para el doctor Corneille y las diez ó doce personas que precederían á la reina de Hungría en su viaje á Flándes. La atención sostenida con que se ocupó de su codicilo y el vivo interés que concedía á la embajada de Garcilaso aumentaron su fatiga y le debilitaron mucho más (2). Ocultáronle con cuidado la noticia de la derrota y muerte del anciano conde de Alcaudete (3) llegada el 9 á Yuste, por las consecuencias desastrosas que podía tener ese hecho para las posesiones españolas de Africa.

El arriesgado gobernador de Orán pactó alianza con el bey de Fez, y encontrándose á la cabeza de un ejército fuerte de 10.400 hombres, secundados por nueve bergantines cargados de municiones y de víveres, declaró la guerra al bey de Argel y avanzó por la costa hácia Mostaganem, con intento de sorprenderla y conquistarla. Pero su enemigo le esperaba y su aliado le hizo traicion; el bey de Fez y el de Argel estaban de acuerdo bajo mano en contra suya y la expedición de Alcaudete fracasó, viéndose obligado

---

(1) Carta de Quijada á Vazquez, del 10 de Setiembre. *Retraite, etc.*, p. 360.

(2) Carta de Quijada á Vazquez, del 10 de Setiembre. *Ibid.*, p. 360-361.

(3) *Retiro, estancia*, fol. 231 v.º

á batirse en retirada. En Mazagran le acometió Hussen-Pachá, hijo del famoso Barbaroja, que puso en desórden las huestes españolas, convirtiéndose la retirada en derrota.

El funesto resultado de esta expedicion, en la que pereció casi todo el ejército español, muriendo el conde de Alcaudete, quedando prisionero su hijo don Pedro Cardona y comprometida la seguridad de la plaza de Orán, hubiera turbado profundamente al Emperador. Se le evitaron las emociones de que él mismo huía, como lo demostró no queriendo que fuesen á verle y asistirle ni su hermana ni su hija. Quijada le dijo que la reina de Hungría estaba dispuesta á ir si empeoraba, á lo que Cárlos repuso que no vendría despues del recado que acababa de enviarle. Añadió Quijada que la princesa doña Juana estaba inquieta y pronta á partir, no esperando para hacerlo más que su autorizacion, y Cárlos la negó.

«Me dijo que no, escribe Quijada, moviendo la cabeza, y se calló, porque como tiene la boca mala no habla ó no dice más que muy pocas palabras (1).»

La terciana había cambiado en doble terciana despues del 11, dia en que llegó de Plasencia á Yuste (2) el gran comendador de Alcántara para no abandonar más á su querido y glorioso amo. Los dos médicos Mathys y Corneille purgaron al Emperador con píldoras de ruibarbo. La debilidad de éste había llegado

---

(1) Carta de Quijada á Vazquez, del 14 de Setiembre. *Retraite et mort*, vol. I, p. 365-366.

(2) Carta de Quijada á Vazquez, del 12 de Setiembre. *Ibid.*, p. 362.

al mayor extremo (1), y aunque se trató de sostener sus fuerzas para que luchase contra el mal, dándole ya algunas cucharadas de sustancia de carnero (2), ya algunas tazas de caldo (3), que su gastado estómago no resistía siquiera, pues que las vomitaba casi siempre. El 16 experimentó alguna mejoría en el momento mismo en que entraba en el monasterio un correo de Lisboa, enviado por la reina Catalina para tener noticias, que solicitaba con empeño, de la salud de su hermano, por cuyo completo restablecimiento había ordenado que se hicieran rogativas públicas en todas las iglesias de Portugal (4). El gran comendador anunció á Vazquez este cambio en los términos siguientes: «Entre el estado en que hoy se encuentra S. M. y el de los dias anteriores hay la diferencia de la vida á la muerte (5).»

Pero á esta breve mejoría siguió una terrible recaída. Aquella misma noche, despues de dos horas de profunda agitacion, tuvo un acceso de frio tan intenso como hasta entónces no se recordaba. Despues del frio sufrió un vómito de bílis negra, espesa, inflamada, apoderándose de su decaido cuerpo una violentísima calentura que le tuvo veintidos horas sin habla

---

(1) «Estas tercianas son furiosas y largas,» escribía Quijada, «S. M. está muy decaido porque le aprietan mucho.» (Carta del 14 de Setiembre, *Ibid.*, p. 375.) «La flaqueza de S. M. es muy grande y siempre va disminuyendo la virtud.» (Carta del 15 de Setiembre. *Ibid.*, p. 368.)

(2) Carta de Quijada, del 10 de Setiembre. *Ibid.*, p. 361.

(3) Carta del 14 de Setiembre. *Ibid.*, p. 364.

(4) *Retiro, estancia*, fol. 234 r.º

(5) *Ibid.*, fol. 234 r.º

y sin movimiento. Esta crisis alarmante se prolongó por todo el día 17 y no terminó hasta las tres de la mañana del 18 (1). No consiguieron los médicos hacerle mover en todo ese largo período ni la cabeza, ni las manos, é intentándolo en balde muchas veces lograron introducir en su boca dos pequeñas porciones de refresco de cebada. Después de salvado, declararon los médicos que temían no pudiese el Emperador soportar otro acceso como éste. El 18 había el augusto enfermo recobrado su completo conocimiento, pero dijo «que no se acordaba de nada de lo que había ocurrido la víspera (2).»

El undécimo paroxismo se declaró el día 19 á las cinco de la mañana. Por la noche Carlos V había dormido y tomado, según la costumbre que no abandonó ni en lo más grave de su enfermedad, una ligera colación, inmediatamente seguida de vómito y de bebidas calmantes. El frío que sintió fué más vivo que nunca y duró desde las cinco hasta las once de la mañana. Cuando el calor empezó, los médicos creyeron que el Emperador, cuyas fuerzas parecían agotadas y que estaba sumido en el mismo silencio é inmovilidad que la víspera, sucumbiría durante el ataque y pidieron que le administrasen la extrema-unción (3). Quijada, por afecto y solicitud hácia su amo, se resistió largo rato: «Los doctores, escribía á las

---

(1) Cartas de Mathys, del 17 y 18 de Setiembre en *Retraite et mort*, vol. I, p. 368, 369, 370, 374 y 375. Carta de Quijada á Vazquez, del 18 de Setiembre, p. 377.

(2) Carta de Mathys, del 18 de Setiembre. *Ibid.*, p. 375.

(3) Carta de Mathys á Vazquez, del 19 de Setiembre. *Ibid.*, p. 379, 380.

ocho de la noche á Vazquez, me dicen que el mal aumenta y las fuerzan declinan, lo cual conocen por el pulso. En cuanto á mí, no me parece que el Emperador esté tan próximo de su fin, y hoy no ha estado tan fuera de sí como en el paroxismo anterior. Desde medio dia impido que le den la extrema-uncion, temiendo que, aunque no habla, se afecte demasiado. Los médicos se han vuelto hácia mí y me han dicho que ya era tiempo; les he respondido que yo estaría preparado, que no dejasen de observar el pulso y esperasen hasta el último instante. Podeis creer que ya le han enterrado tres veces y que esto me llega al alma y á las entrañas (1).»

Pero á eso de las nueve los médicos se mostraron tan alarmados y apremiaron á Quijada con tantas instancias, que accedió. El confesor Juan Regla llevó la extrema-uncion, que Carlos V recibió con pleno conocimiento, sin turbarse y muy devotamente (2). Quijada, trastornado por aquella fúnebre ceremonia, añadía al describirla estas conmovedoras palabras: «Mirad en qué estado debe de encontrarse el que lleva treinta y siete años sirviendo á un amo que le ve sucumbir de ese modo. Plegue á Dios darle el cielo si su voluntad es sacarlo de este mundo; pero persisto en decir que no morirá esta noche. ¡Sea Dios con él y con nosotros! (3)»

Carlos V paso, en efecto, la noche del 19 al 20 de

---

(1) Carta de Quijada á Vazquez, del 19 de Setiembre. *Retraite et mort de Charles V*, vol. I, p. 381, 382.

(2) Carta de Quijada á Felipe II. *Ibid.*, p. 409.

(3) Adicion de la carta del 19 de Setiembre, á las nueve de la noche. *Ibid.*, vol. I, p. 382.

Setiembre, resistiendo aún á la postracion y agonía; estaba casi sin pulso y hasta por la mañana le dijeron las oraciones que preparan á la muerte. Recobrando en aquel momento la plena posesion de sí mismo, conservó, quizas por un último esfuerzo de su voluntad, la razon más clara y la serenidad más piadosa hasta que espiró (1). Habiéndose confesado de nuevo, quiso comulgar una vez más, pero temió no tener tiempo si esperaba á que se le administrase el Viático con la hostia que consagrarse Juan Regla diciendo misa en su cámara. Mandó, pues, que fuesen á buscar el Santo Sacramento al altar mayor de la iglesia. Quijada no creía que tuviese la fuerza necesaria para cumplir aquel acto supremo del católico moribundo: «Considera V. M., le dijo, que no podrá recibir y tragar la hostia...—Podré, repuso sencilla y resueltamente el Emperador (2). Juan Regla, seguido de todos los frailes del monasterio, llevó procesionalmente el Viático. Recibiólo Cárlos V fervorosamente y dijo: «Señor, Dios de verdad, que nos habeis redimido, en vuestras manos entrego mi espíritu.» Oyó en seguida la misa, y cuando el sacerdote pronunció las tranquilizadoras palabras de la redencion cristiana *Cordero de Dios que quitas los pecados del mundo*, con su

---

(1) «Dió el alma á Dios sin haber perdido el habla ni sentido hasta el punto que espiró.» (Carta de Gaztelú á Vazquez del 21 de Setiembre. *Ibid.*, p. 387.) Quijada dice lo mismo en su carta á Vazquez escrita el 21 de Setiembre á las cuatro de la mañana, hora y media despues de la muerte del Emperador. *Ibid.*, p. 385.

(2) Carta de Quijada á la princesa doña Juana, 30 de Setiembre. *Ibid.*, vol. I, p. 415, 416.

desfallecida mano se golpeó humilde y alegremente el pecho (1).

Antes de cumplir esos deberes religiosos había concedido un momento á los cuidados terrenales: á eso de las ocho había mandado salir á todo el mundo de su cámara, excepto Quijada. Cayó éste de rodillas para recoger sus últimas palabras y Carlos V le dijo: «Luis Quijada, veo que me debilito y me marcho poco á poco; doy gracias á Dios, puesto que es su voluntad. Direis al Rey mi hijo que cuide de todos los que me han servido hasta la muerte... y que prohíba recibir extraños en esta casa (2).» Durante media hora le habló con voz baja y lenta, pero segura, de su hijo natural D. Juan, de su hija la reina de Bohemia, á quien hubiera querido más dichosa con Maximiliano, y de todos los objetos de su solicitud y cariño en este mundo que iba á dejar. Hízole supremas recomendaciones para Felipe II, y concluido esto ya no pensó sino en morir (3).

Durante todo el día 20, Juan Regla, Francisco de Villalba y algunos otros frailes del convento le recitaron las oraciones y le dirigieron las exhortaciones que la Iglesia reserva para los moribundos. Él mismo

---

(1) Carta de Quijada á la princesa doña Juana, del 30 de Setiembre, y sobre todo, carta de un monje que estaba presente. (*Carta sobre los últimos momentos del emperador Carlos V, escrita en Yuste á 27 de Setiembre de 1858* en la *Coleccion de Documentos inéditos*, t. VI, p. 667-670.)

(2) Carta de Quijada á Felipe II del 30 de Setiembre. *Ibid.*, vol. I, p. 410 y 411, y á Vazquez del 26 de Setiembre, p. 406.

(3) V. la misma carta del 30 de Setiembre, p. 411.

designaba los salmos y rezos que quería oír (1). También hizo que le leyeran el Evangelio de San Lucas, la Pasión de Cristo, que escuchó con las manos cruzadas en profundo recogimiento (2). Algunas veces cerraba los ojos al rezar, pero los abría al oír el nombre de Dios (3).

El arzobispo de Toledo, cuya presencia había deseado vivamente á causa de la misión de que le había encargado el Rey su hijo, llegó por fin al monasterio al medio día (4). Carranza había ido tarde á Yuste y á cortas jornadas. Carlos V, de quien fué capellan y predicador, le tenía en gran estimación por su ciencia, piedad y virtud. Háblele enviado como principal teólogo á Trento, donde el hábil y elocuente dominico adquirió grandísima reputación entre los padres del Concilio. Queriendo recompensar sus servicios religiosos y emplear activamente su celo, le designó dos veces para la mitra episcopal, sin que Carranza, por humildad, consintiese en aceptarla. En 1554, cuando Felipe II se casó con María Tudor, é Inglaterra fué violentamente convertida al catolicismo, le colocó al lado de su hijo. La parte demasiado ardiente que Carranza tomó en aquella restauración de la antigua fe,

---

(1) Cartas de Quijada á Vazquez (21 Set.). *Colección de documentos inéditos*, p. 385, y á Felipe II (30 Set.), p. 409.

(2) Carta de Quijada á Vazquez (21 Set.). *Ibid.*, vol. I, p. 409.

(3) *Ibid.*, p. 410.

(4) Cartas de Quijada á Felipe II (21 Set.). *Ibid.*, página 387; de Gaztelú á Vazquez (21 Set.). *Ibid.*, p. 388; y del arzobispo de Toledo á la princesa doña Juana (21 Set.), página 390.

los talentos que desplegó, los triunfos que obtuvo, hicieron que le cobrara mucho cariño su nuevo amo, de quien era una especie de director religioso en Inglaterra y Flándes, y que á la muerte del anciano Juan Martínez de Siliceo, le nombró, de acuerdo con el Papa, arzobispo de Toledo, sin que lo hubiese deseado, ni casi consentido. Primado de las Españas, contra su voluntad, incurrió, sin embargo, en el odio envidioso del inquisidor general Valdés, é hizo nacer la desconfianza en el espíritu de Carlos V (1).

El Emperador se admiró de que hubiese aceptado, y supuso que su humildad y virtud, bastantes fuertes para resistir á la oferta de un obispado ordinario, habían cedido á la de la primera Sede episcopal de España. Juntáronse, con esas impresiones desfavorables, las acusaciones más graves de Valdés, á las que debía sucumbir muy luégo el infeliz arzobispo. El inquisidor general dijo al Emperador que, con sus lecciones, había estimulado Carranza á los herejes españoles recientemente presos en Valladolid y Sevilla. La verdad era que, sin separarse en nada de la Iglesia ortodoxa, á la que seguía sumiso, Carranza se había aproximado á la doctrina fundamental de los innovadores, sirviéndose de su método de demostración, introduciendo en sus *Comentarios sobre el Catecismo cristiano* y en otras varias obras, el principio de la justificación gratuita por la fe en el Salvador

---

(1) Véase t. V, p. 389 sq. de la *Coleccion de Documentos inéditos para la Historia de España*; D. Pedro Salazar de Mendoza, *Vida y sucesos prósperos y adversos del D. Fray Bartolomé de Carranza*; Llorente, *Historia de la Inquisicion de España*, t. II, cap. XVIII, y t. III, cap. XXII.

Jesucristo, y recurriendo á la autoridad incontestable de los Libros Sagrados, en vez de emplear únicamente la autoridad tradicional de la Iglesia (1).

Cárlos V tenía, pues, prevenciones contra él. Cuando Quijada le introdujo en su cámara con los dos dominicos que le acompañaban, Pedro de Sotomayor y Diego Jimenez, el arzobispo se puso de rodillas al pié de la cama del Emperador y le besó su mano. El Emperador, que casi tocaba á su fin, le miró un rato sin decirle nada; despues le pidió noticias del Rey su hijo, y por último le dijo que fuese á descansar (2). Un poco ántes de la noche recomendó á Quijada que encendiese los cirios benditos, llevados del célebre santuario de Nuestra Señora de Monserrat, así como el Crucifijo y la imágen de la Virgen que la Emperatriz tenía al morir, y que quería le acompañasen tambien á su muerte (3). Pocos instantes despues, como su debilidad crecía, Quijada llamó al arzobispo de Toledo para que asistiese al Emperador en sus últimos momentos (4). El arzobispo le habló piadosamente de la muerte á presencia del confesor Juan Regla, del predicador Francisco Villalba, del prior de Yuste fray

---

(1) Véanse las mismas obras y Adolfo de Cartú, *Historia de los protestantes españoles*, lib. III, p. 191-199.

(2) Declaracion del monje jerónimo Marco de Cardona ante la Inquisicion. Llorente, cap. XVIII, art. 2.º, § 11; relato del monje anónimo, analizado por M. Bakhuizen, capítulo XXXVI, p. 47, y publicado por M. Gachard, vol. II, p. 43, 44, 45; carta del arzobispo de Toledo á doña Juana. *Retraite et mort*, etc., vol. I, p. 390.

(3) Cartas de Quijada á Felipe II (30 Set.). *Ibid.*, página 409-410, y á Vazquez (26 Set.). *Ibid.*, p. 406.

(4) *Ibid.*, p. 406 y 410.

Francisco de Angulo, del antiguo prior de Granada, del conde de Oropesa, de su hermano D. Francisco de Toledo, de su tío D. Diego de Toledo, del gran comendador de Alcántara D. Luis de Avila y Zúñiga, que estaban todos en la cámara y alrededor del lecho del Emperador. A petición del augusto agonizante leyó el *De profundis*, añadiendo á cada versículo observaciones á propósito para aquel fúnebre caso; cayendo luégo de rodillas, y mostrando al Emperador el Crucifijo, le dirigió estas tranquilizadoras palabras, que más tarde le fueron imputadas como un crimen por la Inquisición. «Hé aquí á Él que responde por todos; ya no hay más pecados. ¡Todo está perdonado!» (1). Algunos de los frailes que estaban en la cámara imperial y el gran comendador de Alcántara se admiraron de esas palabras, que parecían poner en el Cristo sólo la obra salvadora asegurada por la Redención de la Cruz al hombre, sin que éste debiera concurrir á ella con el mérito de las suyas. Así es que cuando acabó el arzobispo, D. Luis de Avila invitó á fray Francisco de Villalba para que, á su vez, hablase al Emperador de la muerte y de la salvación, pensando que le haría una exhortación más católica (2).

El predicador jerónimo no usó, en efecto, tan altos consuelos y esperanzas que dió á Carlos V moribundo. No los buscó en la redención general de Cristo, sino en la asistencia particular de los santos. «Alégrese V. M., le dijo; hoy es día de San Mateo; vuestra

---

(1) Declaración del gran comendador D. Luis de Avila y Zúñiga ante la Inquisición. Llorente, cap. XVIII, artículo 2.º, § 13.

(2) La misma declaración.

majestad vino al mundo con San Matías; saldrá de él con San Mateo. San Mateo y San Matías eran dos apóstoles, dos hermanos, que llevaban casi el mismo nombre, ambos discípulos de Jesucristo. Con tales intercesores nada se puede temer. Vuelva V. M. su corazón con fiadamente hácia Dios, que hoy le pondrá en posesion de su gloria» (1). Las dos doctrinas que dividieron aquel siglo, comparecían una vez más ante Carlos V espirante. Las escuchó con serena alegría, que iluminaba su demudado rostro, sin discernir probablemente la parte de más que una daba á la accion redentora de Dios, y la parte de más que otra exigía á la cooperacion moral del hombre. Confiando juntamente en el sacrificio reparador de Cristo y en la saludable intercesion de los santos, «mostraba, dice el arzobispo de Toledo, gran seguridad é íntima alegría que nos sorprendieron y consolaron á todos los que estábamos presentes» (2).

A eso de las doce de la madrugada del miércoles 21 de Setiembre sintió el Emperador que sus fuerzas estaban agotadas y que iba á morir. Tomándose él mismo el pulso, movió la cabeza, como diciendo: «Todo se acabó» (3). Pidió entónces á los frailes que recitasen las letanía y oraciones de los agonizantes y á Quijada que encendiese los cirios benditos. Hizo que el arzo-

---

(1) Manuscrito de los jerónimos, cap. XXXVI. *Retraite et mort*, etc., vol. II, p. 44 y 45, y Fray Josef de Sigüenza, parte III, lib. I, cap. XXXIX, p. 203.

(2) Carta del arzobispo de Toledo á la princesa doña Juana (21 Setiembre). *Ibid.*, vol. I, p. 393.

(3) Carta de Quijada á Vazquez, de la misma fecha. *Ibid.*, pág. 385.



bispo le diese el crucifijo que habia servido á la Emperatriz en el supremo paso de la vida á la muerte, lo llevó á sus labios y le estrechó dos veces contra su pecho. En seguida, teniendo en la mano derecha, sostenida por Quijada, el cirio bendito, y alargando la izquierda hácia el crucifijo que le presentaba el arzobispo, dijo: «¡Este es el momento!» Poco despues pronunció todavía el nombre de Jesus y espiró exhalando dos ó tres suspiros. «Así acabó, escribió Quijada en su dolor y admiracion, el más principal hombre que ha habido ni habrá» (1).

El inconsolable mayordomo añadió tristemente: *No puedo acabar conmigo de creer que es muerto* (2), y á cada instante volvía á la cámara del Emperador su amo, caía de rodillas al pié de su lecho, y besaba, llorando, sus inanimadas manos (3). Algunas horas despues que Carlos V dejó de existir, escribió á la princesa doña Juana: «Nuestro Señor se ha llevado á S. M. esta mañana á las dos y media, ántes de amanecer, sin que el Emperador perdiese la palabra ni el conocimiento hasta el instante en que feneció. Aunque sé que V. A. debe sentirlo como hija que tanto le quería, su vida y fin han sido tales que muer-

---

(1) «...Acabó el más principal hombre que ha havido ni abrá.» Cartas de Quijada á Vazquez, de 26 de Setiembre. *Retraite et mort*, vol. I, p. 406, y á Felipe II, del 30 de Setiembre. *Retraite et mort*, p. 410.

(2) «No puedo acabar conmigo de creer que es muerto.» *Ibid.*, p. 406.

(3) Cap. XXXIX del manuscrito de los jerónimos. *Ibid.*, vol. II, p. 49 y 50.

ven más á envidia que á compasion» (1). Al transmitir á Felipe II el codicilo de su padre y comunicarle sus últimas voluntades, le decía: «He visto morir á la reina de Francia, que terminó sus días muy cristianamente; pero el Emperador la excedió en todo, pues ni por un instante le vi temer á la muerte ni cuidarse de ella, aunque algunas veces hubiese dicho que no dejaba de darle miedo» (2).

Todos los que asistieron á sus últimos momentos quedaron profundamente conmovidos. El arzobispo de Toledo, el conde de Oropesa, el gran comendador de Alcántara, escribieron á la princesa su hija para manifestarle cuánta pena tenían y transmitirle religiosos consuelos (3). «No me puedo consolar, decia don Luis de Avila, ni dejar de sentir en el alma esta pérdida, cuando pienso, sobre todo, cómo no dejó de conocerme hasta que espiró. Pero tengo por cierto que está en el lugar que nos prometen nuestra fe y esperanza» (4). Al saber su humilde fin el presidente del Consejo de Castilla, Juan de Vega, que había sido su virey en Sicilia y le había servido valerosamente en varias guerras, escribió con sorpresa y admiracion elocuentes:

«El Emperador ha muerto en el monasterio de Yuste haciendo tan poco ruido con los grandes ejércitos que condujo por mar y por tierra y con los cua-

---

(1) Carta de Quijada á doña Juana. (*Retiro*, etc. folio 241 v.º)

(2) Carta de Quijada á Felipe II (30 Setiembre). *Retraite*, etc., vol. I, p. 410.

(3) Sus cartas pueden verse en *Ibid.*, p. 389, 396, 397.

(4) *Retraite*, etc., vol. I, p. 396.

les tantas veces hizo temblar al mundo, y conservando tan débil memoria de sus belicosas falanjes y de sus estandartes desplegados, como si hubiera pasado todos los días de su vida en ese desierto. Ciertamente podemos juzgar lo que vale el mundo, apreciándole por ese ejemplo, puesto que hemos visto al más principal hombre que hayan producido muchos siglos, tan cansado y fatigado de él, que ántes de acabar su vida, no pudo sufrirlo ni soportar las penas que traen la gloria y la grandeza. No encontrando en el mundo nadie que no fuese inútil y peligroso para su salvación, volvióse hácia la misericordia divina y puso su confianza en el crucifijo que tenía en las manos y que guardaba para aquella hora suprema» (1).

Durante todo el miércoles 21 de Setiembre, el cadáver del Emperador, velado por cuatro frailes, estuvo en el lecho mortuorio. Cubriale su bata de dormir con un tafetan negro sobre el pecho, el crucifijo que él y la Emperatriz habían tenido en la hora de la muerte, puesto sobre su corazón; la imagen de la Virgen colgada sobre su cabeza y el reposo y la serenidad en su pálido rostro (2). Al siguiente día, después de haberse asegurado bien de su muerte, aplicando el oído al pecho y pasando un espejo ante su boca (3), pusieronle en un ataúd de plomo, que se guardó en una caja de madera de castaño, y lo transportaron á la capilla ma-

---

(1) Sandoval, *Vida del Emperador Carlos V en Yuste*, § 20, fol. 386 y 387.

(2) Manuscrito de los jerónimos, cap. XXXIX. *Retraite*, etc., vol. II, p. 49 y 50.

(3) *Ibid.*

yor del convento, colgada toda de negro (1). En medio de la capilla se había elevado desde la víspera un catafalco, en el cual se veían las imágenes é insignias de su pasada grandeza (2). Las exequias, que dirigía el arzobispo de Toledo y á que asistieron el clero de Quacos y los frailes de los conventos circunvecinos, se celebraron durante varios dias con pomposa solemnidad. Los jerónimos de Yuste, los dominicos de Santa Catalina y los franciscanos de Jarandilla cantaron alternativamente los oficios de la Iglesia, y el padre Francisco de Villalba pronunció la oracion fúnebre del Emperador, con tanta emocion y elocuencia, que afectó vivamente (3) á cuantos le oyeron, y adquirió tanta fama, que Felipe II le escogió como su principal predicador. Los servidores de Cárlos V y los personajes que habían presenciado su muerte, todos de luto, siguieron la fúnebre ceremonia con profundo recogimiento. En medio de ellos estaba Quijada, tapándose la cara y teniendo á su lado al jóven y entristecido D. Juan. El rígido mayordomo exigió hasta el fin la observancia de la más estricta etiqueta imperial ante los venerados restos de su señor. Notando que habian puesto en el coro un asiento para uno de los principales concurrentes, á quien su enfermedad y debilidades impedían permanecer largo rato en pié, mandó á un paje que lo quitase, diciendo que no permitiría que nadie se sentase en presencia del Empe-

---

(1) Sandoval, *Vida del Emperador*, etc., § 17, p. 834-835.

(2) *Retiro*, etc., fol. 245 v.º

(3) Manuscrito de los jerónimos, cap. XLIII. *Retraite et mort*, etc., vol. II, p. 54 y 55.

rador, á quien se debía tanto respeto muerto como vivo (1).

Antes que terminasen los oficios solemnemente celebrados durante tres dias y continuados luégo con ménos pompa hasta el noveno, el cadáver del Emperador fué colocado, segun él había prescrito, bajo el altar mayor. El viérnes 29 de Setiembre se abrió su codicilo ante el corregidor de Plasencia, Zapata Osorio, que había ido á Yuste, y en virtud de su jurisdiccion dirigió el cumplimiento de aquella última voluntad de Cárlos V. A su presencia y por sus órdenes, á las cuales fué preciso esta vez obedecer, se levantó la tapa del ataud, se descubrió la cara del Emperador, y luégo que fué reconocida por Luis Quijada y Juan de Regla, como ejecutores testamentarios; por Enrique Mathys, Cárlos Prevost y Ogier Bodard como testigos; por fray Martin de Angulo, fray Lorenzo del Lozar y fray Hernando del Corral como representantes del monasterio; Gaztelú, en calidad de notario público, levantó acta del sepelio del cadáver en la cavidad del altar y de su depósito bajo la custodia de los frailes (2). Segun deseo manifestado por Cárlos V, cada dia se decían muchas misas por el descanso de su alma, y entre ellas nunca se olvidaban las que habían sido objeto de su devocion particular (3). Los frailes de Yuste, compañeros de su soledad, fueron guardianes de su tumba.

---

(1) *Retraite*, etc.

(2) Acta del depósito, de 23 de Setiembre. *Ibid.*, vol. I, p. 398-401.

(3) Durante mucho tiempo se rezaron quince diarias. Carta de Quijada (16 Oct.). *Ibid.*, p. 429.

Todos los que habían sido llevados á Yuste por la estancia ó la muerte del Emperador, se marcharon sucesivamente. El sábado 25 de Setiembre, al siguiente dia de las exequias, el arzobispo de Toledo fué el primero que salió del convento (1), de donde se alejaron en seguida los servidores de Cárlos V, despues de cobrar desde el 5 al 10 de Octubre sus legados, gajes y pensiones (2). Los frailes jerónimos que habían sido llamados de varios puntos de España para la música de su capilla ó las necesidades de su piedad, volvieron á sus respectivos conventos, llevando tambien recompensas particulares (3). El gran comendador D. Luis de Avila se retiró á Plasencia llena de luto el alma (4), y doña Magdalena de Ulloa, seguida de D. Juan, ántes de volver al castillo de Villagarcía, fué en peregrinacion á Ntra. Sra. de Guadalupe para depositar sus oraciones á los piés de la Virgen (5), ante quien tantas veces se había inclinado Cárlos V y cuya imágen fué enarbolada trece años despues por D. Juan en la gran escuadra cristiana de Lepanto. Quijada y Gaztelú se quedaron los últimos en Yuste, donde formaron hasta principio del mes de Noviembre inventario de todo lo que había pertene-

---

(1) Carta del arzobispo de Toledo á Vazquez, desde Villafranca de la Puente, á 28 de Setiembre. (*Retiro*, etc., folio 250 v.º)

(2) Cartas de Quijada á doña Juana y á Vazquez (16 de Octubre). *Retraite*, etc., vol. I, p. 428-431 y siguientes.

(3) Remuneraciones concedidas á los jerónimos, 15 de Octubre. (*Ibid.*, p. 424-427.)

(4) Carta de Quijada, de 26 de Setiembre. (*Ibid.*, p. 407.)

(5) *Ibid.*, p. 407, y *Retiro*, etc., fol. 262 r.º

cido al Emperador. Según sus voluntades, las provisiones de trigo, cebada, vino, etc., se dejaron al convento, así como el cuadro del Juicio final, de Ticiano, colocado encima del altar mayor, un solio de terciopelo negro puesto en el coro, las colgaduras de luto del aposento imperial, donde por mucho tiempo no se recibió á nadie, y la iglesia, donde no cesaron de rezar por él. Quijada recogió el viejo caballo que había servido últimamente á Carlos V. Todos los demas objetos de que usaba se transportaron en mulas á Valladolid, y la princesa doña Juana los conservó piadosamente (1), como preciosas reliquias de un padre y del más grande soberano de su raza.

Al desaparecer, Carlos V dejó un vacío inmenso y profundas aflicciones. «He sentido la muerte del Emperador mi señor, escribió Felipe II, más de lo que puedo decir, y con tanta más razon, cuanto que, fuera del verdadero cariño que yo tenía á S. M. como padre, á quien tanto debía, su sola autoridad y la sola sombra de su persona eran muy útiles y provechosas á mis negocios (2).» Pero el dolor de la reina de Hungría fué todavía más vivo. Se agravó su mal de corazón y tuvo dos ataques tan violentos, que la creyeron muerta (3). Queriendo acceder á los deseos del Empe-

---

(1) Carta de Quijada á J. Vazquez. (16 Oct.) *Retraite*, etc., vol. I, p. 431 y siguientes; Codicilo del emperador Carlos V en Sandoval, al fin del t. II de *Retiro*, etc., folio 261 v.º

(2) Carta de Felipe II á la princesa doña Juana (4 de Diciembre de 1558). *Retraite*, etc., vol. I, p. 447.

(3) Idem del obispo de Palencia á Felipe II. (20 de Oct.) *Ibid.*, p. 436.

rador su hermano, decidióse á partir para los Países-Bajos. Al anunciárselo á Felipe II le decía: «Desde la muerte de S. M. mis indisposiciones han aumentado de manera, que con pocos ataques como los que he tenido en estos últimos ocho dias pudiera suceder que me librase de este viaje (1).» No se equivocaba: á consecuencia de un nuevo ataque sucumbió en la noche del 18 de Octubre, y fué á reunirse con su hermano, que había perdido veintisiete dias ántes (2).

La muerte de Cárlos V llamó por un momento la atencion de todo el mundo, que hacía dos años no se fijaba en él. Se recordó hasta dónde había llevado la grandeza y el sacrificio del poder, y se celebró juntamente con los prodigios políticos de su reinado la maravilla cristiana de su abdicacion. En muchos países sometidos á la casa de Austria hubo gran duelo. Resonaron las iglesias con cánticos piadosos y oraciones fúnebres. En Valladolid, el P. Francisco de Borja refirió á presencia de la regente doña Juana, del príncipe D. Cárlos y de toda la corte de España aquella gran vida terminada en el retiro, y aplicó al poderoso Emperador, que había abdicado todas sus coronas para prepararse como cristiano á la eternidad, aquellas palabras del Rey profeta tan apropiadas para él: «*Ecce ellongavi fugiens et mansi in solitudine*. Me he alejado huyendo y he permanecido en la soledad (3). «El arzobispo Bartolomé de Carranza, en To-

---

(1) Carta de la reina de Hungría á Felipe II. (8 de Oct.) *Ibid.*, p. 418.

(2) Idem del obispo de Palencia á Felipe II. (2 de Oct.) *Ibid.*, p. 436, 437.

(3) Rivadeneyra, lib. II, c. XVIII, p. 386.

ledo, el emperador Fernando en Viena, la reina Catalina en Lisboa, los españoles en Roma (1) y, sobre todo, el rey Felipe II en Brusélas, hicieron á la memoria de Cárlos V exequias de sin igual magnificencia. Despues de aquel grande y postrero ruido, hizose el silencio en el mundo al rededor de su nombre transmitido á la historia, como se había hecho la soledad alrededor de su tumba en las montañas de Extremadura.

En el mes de Diciembre, Luis Quijada, que se había quedado el último en Quacos, abandonó á [su vez aquellos lugares, donde había permanecido dos años en la gloriosa y atractiva compañía de su amo. Consagrado por el imperecedero recuerdo de aquella estancia, el monasterio de Yuste vió llegar en el año siguiente al duque de Alba y al cardenal Pacheco, que durante tres dias asistieron constantemente en pié á los oficios cantados por el Emperador y recorrieron con la cabeza respetuosamente descubierta los aposentos en donde había vivido (2). Felipe II, que preparaba á Cárlos V en uno de los valles meridionales de la sierra de Guadarrama una tumba digna de él, fué en 1570 á visitar la residencia en que había pasado el último período de su vida y á ponerse de hinojos al pié del altar donde todavía descansaba. Durante las dos noches que pasó en el monasterio no quiso, por respeto, dormir en la cámara de su pa-

---

(1) Sandoval cuenta muy al por menor las honras de Cárlos V verificadas en Valladolid, Brusélas y Roma, vol. II, fol. 836-856.

(2) Manuscrito de los jerónimos, c. XLIII, *Retraite, etc.*, v. II, p. 54 y 55.

dre, y durmió cerca de ella, en un estrecho cuartito. Cuatro años pasaron todavía los restos del Emperador en la iglesia de Yuste. Pero cuando en 1574 estuvieron las obras del Escorial bastante adelantadas para recibirlos, Felipe II los hizo transportar á ese majestuoso y severo monumento, palacio y monasterio juntamente, que fué sepulcro venerado del padre, residencia preferida del hijo y donde Felipe II debía, como Cárlos V, acabar su vida entre los jerónimos (1).

El Emperador no fué llevado solo á las bóvedas del gigantesco edificio dedicado al mártir San Lorenzo, en memoria de la batalla de San Quintin, ganada el 10 de Agosto. Felipe II quiso rodearle allí de las personas á quienes más había amado. En el mismo año fueron conducidos procesionalmente al Escorial los ataúdes de Cárlos V, de su madre Juana la Loca, de su mujer Isabel de Portugal, de sus hijos D. Fernando y D. Juan, de su nuera doña María, de sus hermanas la reina Leonor, que le había precedido ocho meses en la tumba, y la reina María, que le siguió de cerca, sacándolos de Yuste, Granada, Mérida y Cigales, donde estaban (2). En aquella sazón, el fiel Luis Quijada no existía ya (3). Cuatro años ántes

---

(1) Véase todo el tercer libro del tomo III de la *Orden de San Jerónimo*, por Sigüenza, y especialmente los discursos 20, 21 y 22, fol. 668-690.

(2) *Ibid.*, discurso VII, fol. 566-571; *Memorias de Fray Juan de San Jerónimo*, en la *Coleccion de documentos inéditos*, etc., t. VII, p. 90-118, y c. XLVII y XLIX del ms. de los Jerónimos en *Retraite*, etc., v. 2, p. 57 á 65.

(3) Había muerto el 25 de Febrero de 1570. Felipe II reconoció y recompensó pródigamente los dilatados y valiosos

había sido muerto de un tiro de arcabuz, combatiendo con los moriscos sublevados en las montañas de la Alpujarra, donde acompañaba al heroico pupilo que le dejó Carlos V, y á quien Felipe II, que le había reconocido por su hermano en 1559, dió en 1569 el mando de las tropas, permitiéndole la gloria á falta del poder. Pero Gaztelú, convertido en secretario de Felipe II, vivía, y fué á Extremadura en busca del ataúd de su amo, al que acompañó por España á través de los pueblos consternados, hasta los umbrales del Escorial. Carlos V había dejado al Rey su hijo la eleccion de su última morada, «con tal que, dijo, el cuerpo de la Emperatriz y el mio estén juntos, como nos lo prometimos en vida.» Esa voluntad fué entonces cumplida, y cinco años despues su hijo D. Juan de Austria, glorioso heredero de su valor en las batallas, victorioso continuador de sus propósitos en el Mediterráneo, fué á su vez á ponerse á su lado.

Al terminar la historia, por largo tiempo desconocida ó desfigurada, de los dos últimos años de Carlos V, temo haberle dado, quizá, demasiada extension. Pero nada de lo que se refiere á un grande hombre es indiferente. Gusta saber lo que pensaba cuando dejó de obrar, y cómo vivía cuando dejó de reinar.

---

servicios que había prestado al Emperador. Le nombró comendador del Viso y de Santa Cruz, de Argamasilla y del Moral; administrador general de la Orden de Calatrava, Consejero de Estado y de Guerra, presidente del Consejo Real de las Indias, ayo de D. Juan de Austria, y gran escudero del príncipe D. Carlos.

Por otra parte, los pormenores interiores de su existencia privada sirven para explicar el término incomprendible, á no ser por eso, de su existencia política; sus múltiples enfermedades, la invencible intemperancia de su apetito, el antiguo cansancio de su alma, el creciente ardor de su fe, le condujeron desde el trono á la soledad, y rápidamente de la soledad á la tumba.

Cárlos V había sido el soberano más poderoso del siglo xvi. Heredero de las cuatro casas de Aragon, Castilla, Austria y Borgoña, representaba sus varias cualidades, y por muchos conceptos contradictorias, como poseía sus diferentes y extensos dominios. El espíritu siempre político, y á menudo astuto, de su abuelo Fernando el Católico; la noble elevacion de su abuela Isabel de Castilla, junta con la melancólica tristeza de su madre Juana la Loca; el valor caballeresco y audaz de su bisabuelo Cárlos el Temerario, á quien se parecía en el rostro; la ambicion industriosa, la aficion á las bellas artes, el talento para las ciencias mecánicas de su abuelo el emperador Maximiliano, todo eso heredó con sus propósitos y reinos. El hombre no flaqueó bajo la carga del soberano. Cárlos V llevó á su alma las grandezas y felicidades que la casualidad de numerosas sucesiones y la prevision de muchos príncipes acumularon en él. Durante largo tiempo sus fuertes y variadas facultades le permitieron atender con éxito á la diversidad de sus cuidados y la multiplicacion de sus empresas. Sin embargo, la tarea era demasiado grande para un hombre solo.

Rey de Aragon, tenía que conservar en Italia la obra de sus predecesores, que le dejaron la Cerdeña,

Sicilia y el reino de Nápoles y realizar la suya, haciéndose dueño del ducado de Milan, á fin de quitar la parte superior de esa península al poderoso rival que hubiera podido desposeerle de la parte inferior. Rey de Castilla, tenía que proseguir la conquista y operar la colonización de América. Soberano de los Países-Bajos, tenía que guardar las posesiones de la casa de Borgoña contra los ataques de la casa de Francia. Emperador de Alemania, tenía que protegerla, como jefe político, contra las invasiones de los turcos, llegados entónces á la cúspide de su fuerza y ambición, y como jefe católico, que impedir los progresos y triunfos de la doctrina protestante. Todo lo emprendió sucesivamente. Ayudado por grandes capitanes y hombres de Estado muy hábiles que supo elegir con arte y emplear con discernimiento, dirigió de un modo superior y perseverante una política siempre complicada y guerras sin cesar repetidas. Viósele muchas veces ir á todos los países, hacer cara á todos sus adversarios, concluir él mismo todos sus negocios, conducir en persona las más de sus expediciones. No evitó ninguno de los deberes que le impusieron su grandeza y sus creencias. Pero apartado sin cesar de la prosecución de un plan por la necesidad de atender á otro, no siempre pudo empezar bastante á prisa para triunfar, ni persistir bastante tiempo para acabar.

Logró, sin embargo, concluir algunas de sus empresas. Teniendo que extenderse á Italia, conservar la parte disputada de ese hermoso país y constituir la otra en sus intereses, lo consiguió á pesar de Francisco I y Enrique II, á costa de 34 años de esfuerzos y cinco largas guerras, en que, casi siempre victo-

rioso, tuvo á un rey de Francia y á un Papa prisioneros. Tambien logró, no sólo guardar los Países-Bajos, sino aumentarlos: por el Norte con el ducado de Güelbres, el obispado de Utrecht y el condado de Zutphen; por el Sur con el arzobispado de Cambray; al propio tiempo emancipó á Flándes y al Artois del vasallaje de Francia. Pero ¿cómo impedir que la Hungría fuese invadida por los turcos y el litoral de Italia, las islas del Mediterráneo, las costas de España fuesen assoladas por los berberiscos? Lo intentó, sin embargo. Él mismo rechazó de Viena, en 1532, al formidable Soliman II; tomó la Goleta y Túnez al intrépido devastador Barbaroja en 1535; quiso en 1541 hacerse dueño de Argel, donde le rechazó la tempestad. Por mar y por tierra hubiera completado aquella defensa de los países cristianos y se hubiera anticipado en la proteccion del Mediterráneo á su hijo inmortal, el heroico vencedor de Lepanto, á no haberse visto obligado por otros peligros á volver á otra parte sus miras. En cuanto al proyecto de convertir la Alemania á la antigua creencia católica, debió ser impotente porque fué tardío. Carlos V, obligado á tolerar el protestantismo cuando era todavía débil, lo atacó cuando era demasiado fuerte para ser, no diré destruido, pero contenido. Durante treinta años el árbol de las nuevas creencias había echado profundas raíces sobre el suelo de Alemania, que cubría entónces con impenetrables ramas. ¿Cómo abatirlo ó desarraigarlo? El católico español, el dominador italiano, el coronado jefe del santo imperio romano á quien el ardor religioso de su fe y la lógica política de su posicion prohibían admitir el protestantismo, que sólo toleró temporalmente, creyó en 1546 poder dominarlo por

las armas y convertirlo por el concilio. Después de afirmar sus establecimientos en Italia, renovar sus victorias en Francia, extender sus conquistas en Africa, marchó á Alemania. En dos campañas triunfó de las tropas protestantes; pero habiendo desarmado los brazos, no pudo someter las conciencias. Su triunfo religioso y militar sobre la Alemania protestante y libre, que no quería ser convertida ni oprimida, fué la señal de un irresistible levantamiento desde el Elba al Danubio y reanimó todas las antiguas enemistades contra Cárlos V en el resto de Europa, donde todo lo que parecía decidido á su favor volvió á ponerse en tela de juicio. Todavía hizo cara á la fortuna; pero llegaba al término de sus fuerzas, de su felicidad y de su vida. Abrumado por las enfermedades, sorprendido por aquel grande é inevitable reves de su último plan, imposibilitado para emprender, apénas capaz de resistir, no pudiendo ya gobernar y aumentar su vasto imperio, cuya carga debía dividirse á su muerte, no queriendo transigir con la herejía, victorioso en Alemania, creyendo engrandecer á su hijo en Inglaterra, habiendo sostenido una lucha y concluido una tregua sin desventaja con Francia, realizó el proyecto de abdicacion que había meditado durante tantos años y que exigían las necesidades del nombre, las fatigas del soberano, los sentimientos del cristiano.

El retiro no le cambió: mostróse siempre el profundo político bajo el piadoso solitario, y la costumbre de mandar sobrevivió á la renuncia del mando. Haciéndose desinteresado para sí mismo, no dejó de ser ambicioso para su hijo. Pronunciándose desde el fondo de su monasterio en 1557 contra Paulo IV,

como lo hizo en 1527 desde lo alto de su trono contra Clemente VII; aconsejando á Felipe II que persiguiese á Enrique II tan vigorosamente como en sus tiempos había perseguido á Francisco I; pensando sin cesar en guardar á los países cristianos de las devastaciones de los turcos, á quienes había rechazado de Alemania y vencido en Africa; defendiendo las doctrinas católicas de los ataques protestantes, si no con más convicción á lo ménos con más órden, porque entónces no se trataba de obrar, sino simplemente de creer, y si á menudo la conducta tiene que ser transigente, el pensamiento tiene que ser siempre inflexible; árbitro consultado y jefe obedecido de la familia, cuyos tiernos respetos é invariable sumision no le faltaron nunca, puede decirse que no fué otro en el monasterio que en el trono. Español intratable por sus creencias, firme político por sus juicios, siempre igual en las varias situaciones, si terminó su vida con la humilde devocion del cristiano, pensó hasta el fin con la perseverante altivez del grande hombre.

FIN.

## ÍNDICE.

	Pág.
DOS PALABRAS SOBRE EL TRADUCTOR.....	5
PREFACIO DEL AUTOR.....	1
CAPÍTULO PRIMERO.—CÁRLOS V ÁNTES DE SU ABDICACION.— Primeros pensamientos de abdicacion en Cárlos V.—Necesidades que por mucho tiempo le impiden realizarlos.—Gobierno de sus Estados; extension de sus empresas.—Cosas que establece en Italia; expediciones que hace al Africa; resistencia que opone á las conquistas de los turcos en Hungría; guerras que prosigue contra Francia; contiendas religiosas que sostiene contra los protestantes de Alemania.—Dificultades para que un solo hombre ejecutase tarea tan extensa y complicada.—Complexion física de Cárlos V; su carácter, espíritu, sentimientos, costumbres, enfermedades.—Momento en que, habiendo logrado sus varios propósitos, cree poder ejecutar el más peligroso de todos, sometiendo la Alemania á su autoridad y convirtiéndola al catolicismo.—Sus campañas y victorias en el Danubio y el Elba.—Momentánea sumision de Alemania.—Viaje del principe de España que Cárlos V apercibe para que le suceda, y á quien quiere reservar la posesion de la corona imperial.—Acuerdo con este motivo entre las dos ramas de la casa de Austria.—Trastorno de ese proyecto y de la dominacion de Cárlos V en el imperio por combinado ataque de los principes protestantes que se sublevan en Alemania, y del rey de Francia que invade la Lorena.—Peligrosa situacion de Cárlos V; su fuga á Inspruck.—Negociaciones de Passau; restablecimiento de la in-	

dependencia política y religiosa de los Estados germánicos.—  
 Fracaso de Carlos V contra Metz.—Disposiciones morales y  
 enfermedades físicas que le deciden á renunciar el poder y  
 retirarse del mundo.—Sus relaciones con los frailes y su pre-  
 ferencia por los jerónimos.—Religiosos de San Jerónimo en  
 España; su regla; su saber; sus establecimientos.—Monasterio  
 de Yuste en Extremadura.—Orden secreta que da Carlos V  
 para construir al lado de ese monasterio la residencia donde,  
 despues de renunciar sus coronas, debe pasar sus postreros  
 dias.....

21

CAPÍTULO II.—LA ABDICACION.—Causas que hacen aplazar el  
 retiro de Carlos V.—Campana de 1553-1554 contra Fran-  
 cia.—Matrimonio del príncipe de España, hecho rey de Ná-  
 poles y duque de Milan, con la reina María de Inglaterra.—  
 Su partida de Valladolid; su visita al monasterio de Yuste  
 para dar prisa á la construccion de la residencia destinada al  
 Emperador su padre; su embarco en la Coruña; su llegada á  
 Inglaterra, donde se casa con la reina María.—Peligros á que  
 está expuesta la dominacion española en Italia por el adveni-  
 miento del Papa Paulo IV, ardiente enemigo del Emperador,  
 que se alfa con Enrique II para desposeerle del reino de Ná-  
 poles y del ducado de Milan.—Negociaciones de paz con  
 Francia.—Abdicacion solemne de la soberanía de los Países-  
 Bajos.—Discurso de Carlos V, que refiere los principales su-  
 cesos de su vida, y da á conocer las causas que le deciden á  
 renunciar el poder.—Abdicaciones sucesivas de los reinos de  
 Castilla, Leon, Granada, Aragon, Cerdeña y Sicilia.—Noble  
 y conmovedora carta escrita por Carlos V á Andrés Doria,  
 acerca de la renuncia de sus coronas, y de su próxima partida  
 para el monasterio.—Tregua de cinco años concluida en Vau-  
 celles entre Francia y España.—Juramento que los embaja-  
 dores de Enrique II piden á Felipe, tocante á la observancia  
 de la tregua.—Visitan á Carlos V en la casita del Parque de  
 Brusélas, donde se habia retirado.—Curiosa conversacion.—  
 Necesidad en que Carlos V se encuentra de conservar todavia  
 la corona del imperio, que no abdicó hasta más tarde.—Sus  
 preparativos de viaje para España.—Gente que lleva á Yuste;  
 el mayordomo Quijada, el secretario Gaztelú, el ayuda de cá-

- mara Van-Male, el médico Mathys, el mecánico Juanelo, etc.—  
 Embarco en Zelanda.—Juicio que hace de él un embajador  
 veneciano, despues de su abdicacion..... 77
- CAPÍTULO III.—PARTIDA PARA ESPAÑA.—ENTRADA EN EL  
 CONVENTO.—Partida de Cárlos V.—Travesía de Zelanda á Es-  
 paña.—Desembarco en Laredo.—Preparativos ordenados por  
 Felipe II y la princesa doña Juana para recibirle; no son  
 bien ejecutados —Descontento del Emperador.—Su viaje por  
 Castilla la Vieja.—Su entrada enBúrgos.—Negociacion con  
 motivo de Navarra, á cambio de la cual pide Antonio de  
 Borbon, por medio de su enviado Escosura, el ducado de Mi-  
 lan, convertido en reino de Lombardía.—Conversacion de  
 Cárlos V con su nieto D. Cárlos, que sale á su encuentro hasta  
 Cabezon; carácter de este jóven príncipe; juicio que el Empe-  
 rador forma de él.—Llegada y estancia en Valladolid.—Par-  
 tida de Cárlos V para Extremadura.—Pasaje del Puerto Nue-  
 vo á la Vera de Plasencia; palabras que pronuncia el Empe-  
 rador en lo alto del Puerto.—Estancia de Cárlos V durante  
 tres meses en el castillo de Jarandilla; visitas que allí recibe;  
 provisiones y regalos que le envían de todas partes.—Con-  
 versacion del Emperador con el padre Francisco de Borja.—  
 Negociaciones con la corte de Portugal sobre la venida á Es-  
 paña de la infanta doña María, hija de la reina Leonor; sen-  
 timiento que manifiesta Cárlos V al embajador Lorenzo Pires  
 de Tavora por no haber realizado sus antiguos propósitos de  
 abdicacion despues de sus victorias en Alemania.—Continúan  
 los tratos con Escosura sobre el cambio de Navarra.—Guerra  
 de Italia; ruptura de la tregua de Vaucelles por Francia.—  
 Triunfos militares del duque de Alba en los Estados Pontifi-  
 cios; suspension de armas que concede Paulo IV; descon-  
 tento que por ello muestra el Emperador; hábiles y previ-  
 sores consejos que da.—Ataque de gota.—Restablecimiento  
 de Cárlos V, que se separa de una parte de su comitiva y  
 sube con los demas al monasterio de Yuste.—Su entrada en  
 el convento; cómo le reciben los monjes..... 128**
- CAPÍTULO IV.—INSTALACION Y VIDA EN YUSTE.—Palacio de  
 Cárlos V en Yuste; su distribucion interior; sus comunicacio-  
 nes con el monasterio; su terrado; su jardin. Mobiliario del**

Emperador; servicio de plata; cuadros; mapas; instrumentos de matemáticas; libros, memorias.—Número y oficio de sus servidores; alojamientos que ocupan, ya en el claustro del monasterio, ó ya en la vecina aldea de Quacos.—Vida de Carlos V en Yuste; distribucion de sus dias.—Sus relaciones con los frailes; su confesor Juan Regla; sus tres predicadores; su lector y sochantres.—Satisfaccion que siente en la soledad y reposo del claustro.—Celebracion en Yuste del 24 de Febrero, aniversario de su nacimiento, de su coronacion y de la victoria de Pavía.—Suma de 20.000 ducados de oro en que fija su manutencion.—Regreso de Lorenzo Pires de Tavora á Yuste.—Se reanudan las negociaciones, á consecuencia de las cuales obtiene Carlos V de Juan III que venga á España la infanta doña María.....

185

**CAPÍTULO V.**—ACONTECIMIENTOS Y VISITAS.—Arrepentimiento de haber abdicado, falsamente atribuido á Carlos V.—Guerra en Italia y en la frontera de los Países Bajos.—Dificultades y peligros de Felipe II.—Mision que da á su favorito Ruy Gomez de Silva para que vaya á Yuste y suplique al Emperador que le ayude, saliendo del monasterio y conservando la corona imperial.—Negativa de Carlos V, que concede, sin embargo, á su hijo el socorro de sus consejos é influencia.—Levas de tropas y de dinero.—Sumas llegadas de América á la Casa de Contratacion de Sevilla, y su transferencia.—Cólera de Carlos V; carta que escribe; medidas que ordena.—Eficacia de su intervencion en el empréstito forzoso que Felipe II impone á los prelados y grandes de España; energía de su correspondencia con el arzobispo de Sevilla, que se negaba, y á quien obliga á contribuir.—Remesa de las sumas necesarias para la guerra de Italia y la guerra de Francia.—Invasion del reino de Nápoles por el duque de Guisa, que no puede tomar á Civitella, y es obligado por el duque de Alla á volver á los Estados Pontificios.—Campaña de Picardía.—Sitio y batalla de San Quintin.—Carta de Felipe II al Emperador su padre sobre la batalla ganada por los españoles.—Alegria que Carlos V siente, y pena porque su hijo no estuvo en el campo de batalla.—Esperanza que tiene de que el ejército español victorioso marche sobre Paris.—

Estado del Emperador en Yuste.—Su comida en el refectorio del convento.—Visitas: el almirante de Aragon D. Sancho de Cardona; el presidente del Consejo de Castilla Don Juan de Vega; el historiador Sepúlveda; el gran comendador D. Luis de Avila.—Respeto de Carlos V á la verdad histórica.—Reanúdase la negociacion de Navarra.—Muerte de Juan III.—Menor edad del rey D. Sebastian, nieto de Carlos V, el cual interviene entre su hermana la reina Catalina, encargada de la administracion del reino, y su hija la princesa doña Juana, que aspiraba á la tutela del joven rey.—Llegada á Extremadura de las reinas Leonor de Francia y María de Hungría, que van á esperar á la infanta de Portugal. Llegan á Yuste.—Alegria y ocupaciones de Carlos V...

223

CAPÍTULO VI.—GUERRAS DE ITALIA Y DE FRANCIA.—SENTIMIENTOS DE CARLOS V.—Estado de Carlos V en el invierno de 1557 á 1558.—Asuntos de Italia; victorias del duque de Alba; el duque de Guisa marcha á Francia, donde le llama Enrique II; paz entre los españoles y el Papa.—Descontento de Carlos V al conocer sus condiciones, que cree humillantes.—Próxima llegada á Badajoz de la infanta doña María.—Las reinas de Francia y Hungría van á su encuentro, despues de haber oido los consejos del Emperador.—El P. Francisco de Borja, á quien el Emperador habia encargado una importante mision secreta en Lisboa, llega á Yuste.—Conferencia de ambos.—Conflicto de jurisdiccion entre el juez de Quacos y el corregidor de Plasencia Zapata Osorio, que manda encarcelar al alguacil del Emperador, quien lo suspende en sus funciones.—Robo cometido en las arcas de Carlos V en Yuste; el Emperador no quiere que sean sometidos al tormento los presuntos culpables.—Opinion del Emperador sobre la campaña de Francia; sus consejos; sitio y toma de Calais por el duque de Guisa.—Profundo disgusto que esta nueva causa produjo al Emperador.—Sus accesos de gota.—Remesas de plata á Felipe II.—Aniversario de la entrada de Carlos V en Yuste; simulacro de profesion monástica.—Visitadores generales de la órden de San Jerónimo en Yuste; conversaciones de Carlos V con ellos.—Entrevista de la infanta doña María con la reina Leonor en Badajoz.—Su separacion.—Enferme-

dad de la reina Leonor; su muerte.—Aflición de Cárlos V; tristes y proféticas palabras que con este motivo pronuncia.—Regreso á Yuste de la reina de Hungría, que se aposenta en la residencia imperial.—Proyectos de Cárlos V de asociar la reina de Hungría al gobierno de España.—La princesa doña Juana, que aspira al gobierno de Portugal, rehusa.—Dieta electoral de Francfort: se acepta en 28 de Febrero la renuncia del imperio por Cárlos V. Fernando es elegido Emperador el 12 de Marzo de 1558.—Palabras que pronuncia Cárlos V, y órdenes al saber *que ya no es nada*..... 266

CAPÍTULO VII.—EL PROTESTANTISMO EN ESPAÑA.—D. JUAN DE AUSTRIA.—Descubrimiento de dos centros protestantes en Valladolid y en Sevilla.—Doctrinas luteranas propagadas en Castilla la Vieja y Andalucía por Agustín Cazalla y Constantino Ponce de la Fuente, que habían seguido á Cárlos V en Alemania como capellanes y predicadores.—Número y calidad de sus adictos.—Indignación de Cárlos V al conocer estos hechos.—Cartas que escribe á la princesa doña Juana y á Felipe II.—Sus invitaciones al inquisidor general Valdés.—Proceso de Cazalla, de Ponce de la Fuente y de sus partidarios.—Cárlos V apresura su terminación.—*Autos de Fe* en Valladolid y en Sevilla.—Doña Magdalena de Ulloa y don Juan de Austria, hijo natural de Cárlos V, se establecen en Quacos.—Declaración secreta de Cárlos respecto al nacimiento de D. Juan y disposiciones que adopta en este asunto.—Educación de D. Juan; su estancia en Quacos; visitas á Yuste.—La princesa regente expresa el deseo de ir á Yuste á visitar á su padre y de dejar á su lado y bajo su dirección al príncipe heredero D. Cárlos.—Preocupaciones que inspira á Cárlos V la marcha del duque de Guisa á los Países-Bajos y la aparición de la escuadra turca en el Mediterráneo.—Consejos y precauciones que cree conveniente atender y adoptar.—Toma de Thionville y de Arlon por el duque de Guisa; el mariscal de Thermes invade la Flándes marítima; los turcos devastan á Menorca.—Batalla de Gravelinas; el conde de Egmont derrota al mariscal de Thermes.—Júbilo de Cárlos V.—Diversos resultados de esta campaña.—Negociaciones entabladas en Cercamps y terminadas en Chateau-

Cambrais para una paz que asegure la superioridad de España, paz que no llegó á conocer Cárlos V. . . . . 310

CAPÍTULO VIII.—MUERTE Y ENTIERRO DE CÁRLOS V.—Grandes calores y fiebres peligrosas en Extremadura á fines del verano de 1558.—Resfriado á que se expone el Emperador durmiendo con las ventanas abiertas durante la noche é inusitado ataque de gota que tiene en aquella estacion.—Llegada á Yuste de Garcilaso de la Vega con una mision de Felipe II.—Apremiante intervencion de Cárlos V cerca de la reina de Hungría para decidirla á tomar de nuevo el gobierno de los Países-Bajos.—Relato y exámen de los funerales simulados que Cárlos V, segun los frailes jerónimos, había hecho celebrar en vida.—Lugar, momento y causa de su postrera enfermedad.—Conocimiento que tiene de su gravedad y peligro.—Sus actos religiosos; su codicilo.—Su conversacion con Quijada sobre el sitio en que se depositarán sus restos juntos con los de la Emperatriz.—Respuesta de la reina de Hungría, que consiente en volver á los Países-Bajos; contento del Emperador.—Derrota del conde de Alcaudete en África ocultada á Cárlos V por miedo de que aquella noticia agrave su mal, cuyos ataques son más repetidos y violentos.—Inquietud de la princesa doña Juana y de la reina de Hungría, que piden ir á Yuste para ver y servir al Emperador.—Negativa de Cárlos V.—Ataque del 17 de Setiembre que, despues de diez y ocho dias de enfermedad, le deja veintidos horas sin palabra ni movimiento.—Temores y dolor de sus médicos y servidores.—Juan Regla le administra la Extremauncion.—Cárlos V pide y recibe el Viático el 20 de Setiembre con pleno conocimiento y gran devocion.—Suprema y secreta conferencia con Quijada.—Tardía llegada al monasterio del arzobispo de Toledo, Carranza, que viene de Flándes encargado de una mision de Felipe II para Cárlos V.—Cómo le recibe el Emperador moribundo, y asistencia religiosa que le da.—Últimas palabras de Cárlos V.—Sencillez conmovedora y religiosa grandeza de su muerte, acaecida el 21 de Setiembre de 1558 á las dos y media de la mañana.—Admiracion de todos los que la presencian; cartas que escriben al rey Felipe II y á la regente doña Juana.—Desconsuelo

de Quijada.—Entierro de Cárlos V en la iglesia de Yuste.—  
Se deposita su cuerpo bajo el altar mayor.—Márchanse sucesivamente todos los que habían sido llevados á Yuste por la presencia del Emperador.—Funerales celebrados con gran solemnidad en España, Italia, Alemania y los Países-Bajos, en honor de Cárlos V.—El padre Francisco de Borja pronuncia su oracion fúnebre en Valladolid.—Fin de Quijada y de D. Juan de Austria, que, despues de su muerte, yace al lado del Emperador su padre.—Visita de Felipe II á Yuste.—Traslacion en 1574 de los restos de Cárlos V desde el monasterio de Yuste al monasterio del Escorial.—Últimos juicios sobre el reinado, retiro, espíritu y carácter de Cárlos V.... 347



## CATÁLOGO DE LA BIBLIOTECA PEROJO.

Coleccion de filósofos modernos. Bajo este título está publicando las obras todas de los grandes filósofos modernos desde Descartes y Bacon hasta los últimos contemporáneos.—Van publicadas:

Descartes.—Traducción de *D. M. de la Revilla*; dos tomos en 4.º—24 rs. Madrid, 26 provincias.

Spinoza.—Tomo 1.—Traducción é introduccion de *D. E. Reus Bahantonde*.—Un tomo en 4.º de 368-CXVI páginas.—24 rs. Madrid, 26 provincias.

Seguirá á este:

Kant.—CRÍTICA DE LA RAZON PURA.—Traducción de *D. José del Perojo*.

Herbert Spencer.—Traducción de *D. José Andres Irueste*.

Voltaire.—Traducción de *D. Luis Simarro*.

Littré.—Traducción de *D. Pompeyo Gener*.

Haeckel.—Traducción de *D. Pedro Estasen*.

## OBRAS PUBLICADAS POR DICHA BIBLIOTECA.

Ch. Darwin.—ORIGEN DE LAS ESPECIES.—Traducción de la última edición inglesa. Un volumen en 8.º encuadernado con lujo —8 pesetas.

W. Bagehot.—ORIGEN DE LAS NACIONES Ó LEYES DEL DESARROLLO CIENTIFICO DE LOS PUEBLOS SEGUN LA LEY DE SELECCION.—Un tomo.—3 pesetas.

J. W. Drapper.—CONFLICTOS ENTRE LA CIENCIA Y LA RELIGION.—Un tomo.—3,50 pesetas.

L. Jacolliot.—VIAJE AL PAÍS DE LAS BAYADERAS.—Narracion de las costumbres y mujeres del extremo Oriente.—Un tomo.—2 pesetas.

J. Valera.—PEPITA JIMENEZ.—5.ª edición.—8 rs. Madrid, 10 provincias.

El mismo.—PASARSE DE LISTO, novela; un tomo en 8.º.—14 rs.

El mismo.—DISERTACIONES Y JUICIOS LITERARIOS.—24 rs.

Salvatore Farina.—AMOR VENDADO, novela italiana; traducción de *M. de la Peña*.—4 rs.

Erckmann-Chatrian.—HISTORIA DE UN QUINTO DE 1813; edición ilustrada.—4 rs. Madrid, 5 provincias.

Idem.—EL AMIGO FRITZ.—5 rs. Madrid, 6 provincias.

Idem.—HISTORIA DE LA REVOLUCION FRANCESA CONTADA POR UN ALDEANO.—6 rs.

El P. Curci.—EL MODERNO DISENTIMIENTO ENTRE LA IGLESIA Y LA ITALIA; única traducción completa.—8 rs. Madrid, 10 provincias.

Ros de Olano.—GALATEA; un folleto.—8 rs.

P. Heyse.—LOTTKA; novela alemana.—6 rs.

F. Lastres.—LA CÁRCEL DE MADRID; un folleto.—5 rs.

Perez de Guzman.—UN MATRIMONIO DE ESTADO.—20 rs.